Amor y odio

historia natural de las pautas elementales de comportamiento

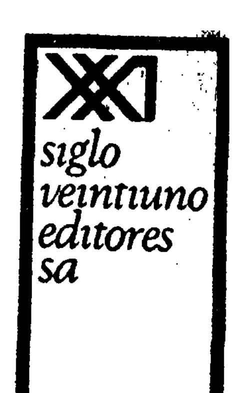
Irenäus Eibl-Eibesfeldt



AMOR Y ODIO

historia natural de las pautas de comportamiento elementales

por
IRENÄUS EIBL-EIBESFELDT



siglo veintiuno editores, sa

GABRIEL MANCERA, 65
MÉXICO 12, D. F.

siglo veintiuno de españa editores, sa

EMILIO RUBÍN, 7
MADRID-16, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

TACUARÍ 1271
BUENOS AIRES, ARGENTINA

TRADUCCIÓN DE FÉLIX BLANCO

primera edición en español, 1972

primera edición en alemán, 1970

título original: liebe und hass - zur naturgeschichte elementarer verhaltensweisen

impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

ÍNDICE

A MIS HIJOS
ROSWITHA Y BERNOLF

RECONOCIMIENTO

Estoy agradecido a muchas personas por la ayuda que me prestaron en mis trabajos, pero no puedo citarlas aquí a todas. En diversos países estuve trabajando en estaciones de misión, y también recibí apoyo de las autoridades locales y los consulados de Austria y de la República Federal Alemana. Debo especial agradecimiento al profesor Konrad Lorenz, que facilitó mi labor de muchos modos, y al doctor Hans Hass, con el cual realicé varios viajes que suscitaron, con nuestras observaciones en común y nuestras conversaciones, no pocas de las ideas aquí expuestas. Tengo también que agradecer en particular el haberme facilitado el viaje por el curso alto del Orinoco a la doctora Inga Steinvorth de Goetz y su hija, Elke Goetz. Un motivo especial de reconocimiento fue la colaboración de Hermann Kacher, que preparó todas las ilustraciones de esta obra. Debo también hacer constar mi agradecimiento por la ayuda económica que me prestaron la Max-Planck-Gesellschaft, la Thyssen-Stiftung y la von-Gwinner-Stiftung.

1

LA BESTIA HUMANA, CARICATURA MODERNA DEL HOMBRE

En la historia de la humanidad, los capítulos sangrientos se encadenan casi ininterrumpidamente. Hasta hoy, esto no ha cambiado. Pero en la actualidad, con el armamento atómico, corremos el peligro de que una conflagración bélica nos haga suicidarnos. Hemos domeñado a las fuerzas de la naturaleza, vencido a las enfermedades y acabado con los animales de presa que otrora nos amenazaban. Ahora somos nosotros nuestro mayor enemigo, cuando no logramos poner un freno a nuestra agresividad.

Pero, ¿hay acaso la menor posibilidad de lograrlo? ¿No estamos dominados por una pulsión de agresión innata, una sed de sangre, que en el mejor de los casos podemos reprimir, pero nunca suprimir? Últimamente se ha afirmado esto repetidas veces.

"Caín manda en el mundo. A quien lo dude, le aconsejamos leer la historia universal", escribe en 1969 Leopold Szondi. [183] Según este autor, todos los seres humanos tienen inclinaciones asesinas; y habla de una predisposición constitucional cainita, un factor pulsional innato en nosotros. Un retrato semejante del hombre hace Robert Ardrey. [8]

La prensa semanal y diaria ha tomado por su cuenta estos temas, y así podía leerse, por ejemplo, en la revista *Time,* el 17 de enero de 1969, que el hombre era el animal más agresivo de la tierra, que gozaba fundamentalmente torturando y matando otros animales... entre ellos a sus congéneres; que todo hijo querría matar a su padre, pero que ese impulso natural se disimulaba astutamente, ya que un día el joven a su vez sería padre.[1]

La tesis es la siguiente: el hombre es asesino por naturaleza. El entendimiento y la razón le hacen, empero, reprimir esos impulsos. Se podría hablar de un concepto de bestia domada. Según este modo

[1] "One of the worlds most aggressive beasts who fundamentally enjoys torturing and killing other animals, including his fellow man... his hormones urge him to copulate with his sisters and daughters just as well as other animals do generally. But his cortex tells him to barter his females to strangers for political advantage... He would like to murder his father, but this natural impulse is cunningly suppressed: one day he will be the old man." (*Time,* 17 de enero de 1969, p. 34.)

de ver, el bien[2] es consecuencia de la cultura, mientras que el mal se debe a oscuros impulsos contra los cuales el hombre nada puede.

Esta tesis de la criatura humana insociable y asesina no es nueva. Ya el filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679) la profesaba al atribuir al hombre solamente el instinto de conservación de sí mismo y la ambición de poder. La lucha que necesariamente ocasionaba esta tendencia de todos contra todos sólo se evita, según Hobbes, mediante las autoridades que imponen al hombre la unión a pesar suyo.

Mas también es antigua la tesis opuesta, según la cual el hombre era pacífico y amistoso y fue la civilización quien lo corrompió y lo hizo agresivo (Jean Jacques Rousseau, 1712-1778). La querella en torno a la "verdadera" naturaleza del hombre dura todavía, y las posiciones extremas de una y otra doctrina tienen sus defensores.

La tesis de Hobbes ha sido objeto de diversas reelaboraciones con el correr del tiempo. Thomas Huxley (1888) [90] interpretó la "lucha por la existencia", de Darwin, en este sentido, como una despiadada competencia a mano armada, de que sólo sale con vida el más fuerte, el más rápido y el más astuto. Compara el fenómeno con un combate entre gladiadores: los participantes son bien tratados y enviados a la palestra al día siguiente. Pero el espectador no necesita poner el pulgar apuntando hacia abajo, porque de cualquier modo no hay perdón. Piotr Kropotkin (1904) [109] sostenía que la civilidad es una ley tan natural como el combate. Señalaba que eso también podía leerse en Darwin, y que se recordaban más las frases brillantes de éste que sus ideas principales.

Los contemporáneos defensores del concepto de la bestia humana se autorizan en los resultados de los estudios del comportamiento (etología) y del psicoanálisis. Uno y otra han demostrado que el instinto agresivo es innato en el hombre, y este hecho se interpreta unilateralmente. Algunos lo utilizan para justificar y disculpar el comportamiento agresivo y otros, que no quieren aceptar esa posición conservadora, no atacan (cosa curiosa) a los que hacen una mala aplicación de los estudios etológicos sino a la etología, como si ella fuera la responsable. Así reprocha Arno Plack [147] a los etólogos su adhesión a la doctrina de que "todo es lucha", que explican la pulsión agresiva como el instinto fundamental de todo ser vivo y que con esa idea del carácter asocial del hombre justifican una cultura de la violencia. En

[2] En general se nos presenta la agresión como algo "malo", mientras el amor y la amistad y todo lo obligatorio o vinculatorio es "bueno". Esto es justo en tanto que la agresión, si bien contribuye a la conservación de la especie (y en este sentido es por lo tanto "buena"), puede tener tendencia a la degeneración patológica y así poner en peligro nuestra existencia. Con facilidad es uno demasiado agresivo, pero raramente demasiado amistoso.

dirección semejante apuntan muchas de las críticas reunidas en el libro de Ashley Montagu. [139] Es, pues, de suponer que los autores citados creen seriamente que la etología enseña la inmutabilidad de la naturaleza humana y ven en un instinto de agresión innato el motivo principal de nuestras acciones.[3] Es objeto de este libro desvirtuar tales ideas.

Anticipemos ya que el señalar el carácter innato de un comportamiento o una disposición no implica de ningún modo que sean inaccesibles a la influencia de la educación ni que se deban tomar por naturales en el sentido de que tengan un fin biológico determinado. Un comportamiento de origen filogenético puede perder su función original. Así pudo un fuerte instinto de agresión haber provocado en otro tiempo el desarrollo intelectual del hombre por la aguda competencia entre los grupos humanos y haber asegurado la difusión del género humano por toda la tierra. Pero hoy un exceso de agresividad podría conducir al autoaniquilamiento. No vamos, pues, a confirmarla porque sea innata en nosotros, y debemos por el contrario esforzarnos en controlarla. La etología nos ofrece con el estudio de los fundamentos las condiciones necesarias para una terapia en todo caso necesaria. Trata de averiguar cómo funciona el mecanismo fisiológico que produce un comportamiento, para estar en condiciones de poner remedio a las perturbaciones de su funcionamiento, conociendo éste. Al hacerlo puede descubrirse que llevamos arrastrando las adaptaciones filogenéticas como un lastre histórico que no tiene ningún cometido y aun puede ser perjudicial para el organismo, a la manera de un intestino ciego. En el comportamiento también hay intestinos ciegos.

No se puede ver muy bien en qué se sustenta el reproche de Plack de que los etólogos todo lo reducen al instinto de agresión, y Konrad Lorenz [127] cita expresamente a Plack (en *Historia natural de la agresión: el llamado mal*) al respecto cuando habla del "parlamento de los instintos" y dice bien claro que el animal a veces recibe motiva-

[3] Wolfgang Hädecke ha señalado el peligro de una mala aplicación ideológica de la etología: "El carácter antidogmático, y antiideológico por principio, de la etología no excluye su utilización posible en determinado sentido para sacar de ella argumentos tendenciosos. Si los etólogos no se andan con cuidado, sus descubrimientos podrían ponerse al servicio de una de las más antiguas doctrinas ideológicas, la de la inmutabilidad de la naturaleza humana, en que es sabido suele apoyarse en particular el antiquísimo principio de que siempre ha habido señores y esclavos. Una ciencia que si bien no de modo exclusivo pero sí de preferencia estudia los elementos heredados y probablemente invariables de nuestro comportamiento también se presta en este sentido a un empleo indebido, léase abusivo..." (*Neue Rundschau,* 80 [3], 1969, p. 452.)

ciones opuestas de diversos sistemas. La pulsión agresiva es tan sólo una impulsión entre muchas. Pero como se formularon los reproches, debemos admitir que en el examen de la agresión no se hizo ver suficientemente el potencial social del hombre y el animal.[4] En las disposiciones a la sociabilidad está la clave para la solución del problema que plantea la agresión. Por eso quisiera en esta obra hablar largo y tendido de los mecanismos vinculadores, de los antagonistas naturales de la agresión, que son los que nos permiten esperar un futuro más amable. El rechazo social (agresión) y el atractivo (inclinación) forman en los vertebrados superiores una unidad funcional, y como tal quisiera yo presentarlos.

Expongo en este libro la tesis de que el comportamiento agresivo y el altruista están programados de antemano por las adaptaciones filogenéticas, y que eso hace que haya normas trazadas de antemano para nuestro comportamiento ético. Los impulsos agresivos del hombre están según mi opinión compensados por inclinaciones no menos afincadas a la sociabilidad y la ayuda mutua.[5] No es la educación la que nos programa buenos, sino que lo somos por una predisposición constitucional. Si logramos probar esto, se derrumba la tesis citada al principio, según la cual el bien es sencillamente una superestructura cultural secundaria. Añadiremos que la tendencia a la cooperación y la ayuda mutua es tan innata como muchas de las pautas concretas de comportamiento del contacto amistoso. Será objeto de nuestra investigación averiguar por qué todas estas predisposiciones hasta ahora no bastaron para domeñar nuestras agresiones en todos los casos.

Para la realización de este plan parto del hecho de que a pesar de toda agresividad las personas vivimos en grupos, y me pregunto cómo lo hacemos exactamente. ¿Qué medios empleamos para mantener y reforzar el vínculo con nuestros semejantes por encima de la barrera de la agresión? ¿Hay pulsiones vinculadoras innatas contrarias a la pulsión agresiva, y qué papel tiene entonces la pulsión sexual? ¿Cómo evolucionan la sociabilidad y el amor en el curso de la filogénesis y en el desarrollo de la juventud? ¿Y cómo se desarrolla el odio?

El criterio metódico para esta investigación es el comparatista biológico que se desprende del conocimiento de nuestra evolución filogenética. Como en los círculos profanos hay ideas poco claras acerca

[4] En mi *Grundriss der vergleichenden Verhaltensforschung* estudio detalladamente por cierto los mecanismos vinculadores de los grupos. H. Hass expresa algunas consideraciones desconcertantes acerca de las vinculaciones desde un punto de vista funcional fácil de comprender en su *Energon,* obra que merece ser leída, y donde analiza comparativamente las estructuras orgánicas y las económicas (Viena, Molden, 1970).

[5] Claro es que estas disposiciones amistosas pueden también ser mal usadas. Piénsese por ejemplo en los peligros de la adhesión demasiado fiel.

del valor de la comparación entre el hombre y los animales, y los que cultivan las ciencias del espíritu a veces llegan a hablar al respecto de "deducciones analógicas inadmisibles" [155], yo quisiera antes de aceptar el diálogo tratar los conceptos fundamentales de la etología y el método comparativo para mostrar cómo se pueden interpretar las analogías. Efectivamente, para el lector sin formación biológica no es de buenas a primeras evidente que se puedan sacar del comportamiento de un ave o un mamífero datos importantes para el conocimiento de nuestra propia especie. Serán examinados en esta ocasión los mecanismos de la evolución filogenética y algunos conceptos muy empleados, como la acomodación, la ritualización y la selección. A continuación trataré de la agresión y de las pautas de comportamiento vinculadoras en el animal y el hombre, y mostraré que la facultad de crear un vínculo personal se hizo filogenéticamente al mismo tiempo que los cuidados parentales, y que esto se reproduce hasta cierto punto en el desarrollo de la juventud. El género humano recibió la facultad de amar al prójimo mediante el amor a la madre. La identificación con un grupo antes de pasar por esa fase sería difícil, si no imposible, para el niño.

El hombre está hecho desde su origen para vivir en asociaciones individualizadas. Al pasar a la vida en la comunidad anónima se presentan dificultades de identificación. Por una parte, hay la apremiante y manifiesta tendencia a vincularse también con los extraños. Por otra parte, observamos la tendencia a aislarse de los demás en grupos. Para ello tenemos propensión a poner a los miembros de grupos extraños dentro de un esquema hostil, y se plantea la cuestión de si al hacerlo relacionamos compulsivamente algunos pensamientos. Importa mucho para la búsqueda de la paz aclarar estas relaciones. El hombre se siente siempre poco ligado a los extranjeros, y por lo tanto poco inhibido para agredirlos. Es ésta una de las razones de que los conflictos intergrupales sean muy agudos. Por eso es urgentemente necesario despertar un nuevo sentimiento de solidaridad. Y para terminar estudiaremos las tendencias que en ese proceso sobresalen.

Empleo con frecuencia en este libro el concepto de amor. No se trata solamente del amor sexual sino, de un modo más amplio, de la relación personal y sentimental que vincula a una persona con otra o de la relación que de ahí se origina por identificación con determinado grupo. Lo contrario del amor es el odio, o sea el rechazo individualizado emocional y el odio que origina a un grupo. Entendiéndolo así podemos, pues, hablar solamente de amor y odio en el hombre. En los animales tan sólo podemos comprobar en forma puramente descriptiva la tendencia a buscar el contacto, la vinculación y, en su caso, la agresión individualizadas. Las afirmaciones relativas a mo-

vimientos de afecto que acompañarían a tales comportamientos son fundamentalmente imposibles, por razones epistemológicas. Sólo podemos suponer, por analogía, que al menos en los vertebrados superiores acompañan a las pautas de comportamiento apreciadas las emociones correspondientes. Con toda seguridad suelen ser semejantes las pautas de comportamiento descriptibles en el hombre y el animal, lo cual parece justificar en muchos casos la hipótesis de que tengan raíces comunes. Pero si hablamos ocasionalmente de amor sin especificar bien si se trata del hombre o de los animales, es por mor de la brevedad y de la mejor comprensión, a la manera como los fisiólogos hablan de hambre y de sed en los animales.

En su mayor parte, las ilustraciones de esta obra fueron dibujadas según fotografías de escena y otras películas y las fuentes se hallan indicadas en las leyendas de cada imagen. Para que el lector pueda hacerse una idea de la cualidad de la interpretación hice reproducir algunas de las imágenes fílmicas originales en una tabla al final del libro. Otras fotografías que también fueron copiadas pueden hallarse en mi *Grundriss der vergleichenden Verhaltensforschung*. Los números entre corchetes en el texto corresponden a los de la bibliografía.

2

PREPROGRAMACIONES EN EL COMPORTAMIENTO ANIMAL Y HUMANO

a] LAS FACULTADES INNATAS

En general, los hombres estamos convencidos de que obramos por nuestra propia voluntad, y creemos tener libre albedrío para decidir qué es lo que hacemos y qué lo que no hacemos. Pero esta claridad de decisión ¿no se ve a veces turbada por una irrupción de cólera? Y ¿no decimos a veces por imperiosa compulsión muchas cosas que de hallarnos de otro humor no hubiéramos dicho? Y ¿acaso no reaccionamos de un modo igual, en principio, y totalmente automático a determinadas situaciones sin tomarnos tiempo para reflexionar?

Si hablamos con un bebé, sonreímos amistosamente y alzamos la voz; animamos con inclinaciones de cabeza a nuestros interlocutores, y cuando nos hallamos perplejos nos rascamos la oreja. En muchos respectos nos conducimos como una computadora programada. Esta comparación no es de ningún modo forzada, ya que, efectivamente, reaccionamos de un modo previsible... Y si así no fuera, no habría ciencia del comportamiento. Esto significa que en algún momento de nuestra evolución fuimos "programados"; mas cuando se trata de saber cómo se realizó esa programación, se separan las opiniones.

Fundamentalmente hay varios modos imaginables. Los animales y los hombres están dotados de la capacidad de aprender, pueden apropiarse sus programas comportamentales en el desarrollo de su juventud, y tanto por autoadiestramiento como por ejemplo de los padres. Por otra parte hay también la posibilidad de que los organismos vengan ya al mundo equipados con sus programaciones comportamentales. Esto significaría que habían sido programados en el curso de su filogénesis[1] y que en ellos las pautas de comportamiento serían innatas, tanto como las estructuras corporales.

La llamada teoría del medio representa la opinión de que los hombres, aparte de algunos reflejos, aprendemos todos nuestros programas comportamentales en el curso de nuestro desarrollo juvenil. El neonato llegaría al mundo en cierto modo como una hoja de papel en blanco.

[1] Por la mutación y la selección, véase p. 33.

Fue Montagu [139] el primero en expresarse brevemente en tal sentido.[2] Esta creencia en la determinación exclusivamente cultural del comportamiento humano está muy difundida, y ha servido de base también para algunas utopías políticas. No solamente las pautas motoras concretas sino también las inclinaciones del hombre, como el afán de mejorar en la jerarquía social, o la agresividad, son según la teoría del medio consecuencia de la educación. Y si uno tiene esto o aquello por antisocial, se habla de una mala programación educacional y se propone educar a los niños de modo que no puedan aparecer en ellos las inclinaciones indeseables.

Pero en la práctica, el hombre resulta muy resistente a todo esfuerzo de reeducación en campos bien delimitados.

Tal vez haya a pesar de todo preprogramaciones en el comportamiento humano; mas de ser así, ¿en qué campos concretamente?

La investigación biológica del comportamiento reveló primeramente que en algunos animales podían preexistir determinadas pautas motoras en forma de adaptaciones filogenéticas. Los animales llegan al mundo con facultades de movimiento innatas. Un pinzón recién salido del cascarón sabe abrir el pico estirando el cuello para pedir comida; un polluelo sabe picotear granos; y un patito sabe zambullirse y buscar en el fondo cenagoso. Y el patito lo hará aunque lo críe una gallina: jamás seguirá el ejemplo de ésta, y no picoteará los granos. Es que ha heredado de sus padres esa "norma fija" de filtrar el cieno. Naturalmente, lo que se hereda no es el patrón de movimiento, sino la receta sobre cuya base se desarrollan las estructuras y conexiones nerviosas que son el fundamento del comportamiento. Las coordinaciones hereditarias (normas fijas) no siempre han de estar ya plenamente desarrolladas en el momento del nacimiento o la eclosión. Muchas pautas de comportamiento se van formando poco a poco después de ese momento, como se ha demostrado experimentalmente. F. Sauer [160], por ejemplo, crió currucas individualmente y aislados de todo ruido y comprobó que sus cantos y manifestaciones sonoras, propios de su especie, se desarrollaban sin haber tenido ningún ejemplo. Pero naturalmente, debe haber ciertas condiciones ambientales para que se produzca tal manifestación; sin embargo, es notable que en el ave se desarrolle la pauta del canto típica de su especie en un proceso de auto-

[2] En realidad no hay la menor evidencia ni razón para suponer que el pretendido "comportamiento instintivo filogenéticamente adaptado" de otros animales haga al caso en algún modo para la discusión de las fuerzas motivantes del comportamiento humano. Es un hecho que, a excepción de algunas reacciones del lactante semejantes a instintos (si se le retira súbitamente el apoyo o se producen ruidos fuertes), el hombre está enteramente desprovisto de instintos (p. 11).

diferenciación. Las informaciones relativas a la pauta canora están contenidas en su patrimonio heredado (genoma), y en el curso del desarrollo juvenil se revelan.

Las normas fijas han sido descubiertas también en los mamíferos. La ardilla de Europa central esconde nueces o avellanas en el otoño para provisión invernal. Al hacerlo así sigue un patrón unitario: con la nuez en la boca busca en el suelo hasta dar con la base de un tronco de árbol; entonces hace un agujero con las patas delanteras, echa la nuez, la pone bien firme con el hocico y después le vuelve a echar encima la tierra sacada. Las ardillas muy jóvenes no tienen este comportamiento, porque llegan al mundo desnudas y ciegas, altriciales. Repetidas veces he criado ardillas de modo que no tuviesen ningún ejemplo ni pudieran tampoco tratar por sí mismas de esconder nueces. Pues a pesar de eso, dominan la técnica de ocultar las nueces, que es propia de su especie. La primera vez que les ofrecía nueces a las ardillas ya crecidas, se las comían inmediatamente. Pero ya hartas, empezaban a esconderlas. Corrían de acá para allá buscando, hasta que empezaban a arañar en un rincón de la pieza; a continuación soltaban la nuez, la afirmaban con el hocico y volvían a hacer los movimientos de echar tierra y apisonarla con las patas delanteras... aunque no habían sacado nada de tierra del piso. Esto demuestra claramente que se trata de una cadena comportamental cuya programación se trasmite por herencia y se desenvuelve involuntaria y automáticamente. [43]

Pero observando las ardillas inexpertas se aprende todavía otra cosa. En sus intentos de esconder las nueces muestran un sorprendente interés por los obstáculos verticales. Se ponen sobre todo a hacer la acción de excavar delante de las patas de mesa o de silla o en los rincones de las habitaciones. Esta preferencia innata por los objetos erguidos lleva en la vida en libertad a la ardilla principalmente al pie de los árboles o de las rocas, donde le será después más fácil hallar lo que enterró. Es decir: no solamente son innatos en estos animales los movimientos de esconder el alimento, sino también, de un modo general, el reconocer los lugares apropiados para escondite.

¿Y en lo tocante a nosotros, los humanos? ¿Tenemos también nosotros nuestro equipo de pautas motoras innatas? Con toda seguridad, el mamoncillo no necesita aprender a mamar, y también sabe sonreír, llorar, aferrarse a uno y otras muchas cosas. Pero muchas de las pautas de comportamiento humanas se van desarrollando poco a poco, a medida que uno crece, y es difícil precisar qué es lo que sencillamente se perfeccionó, o sea lo que ya estaba programado de antemano. No se puede criar hombres privándoles de experiencia. Pero de vez en cuando llegan al mundo niños ciegos, y algunos sordos y

ciegos a la vez, y su estudio es muy revelador para lo que estamos tratando. Los que son ciegos y sordos de nacimiento crecen en continuo silencio y tinieblas, no ven la sonrisa de su madre ni oyen el sonido de la voz humana. Si la teoría del medio fuera cierta en su formulación extrema, sería de esperar que estos niños se diferenciaran mucho en su comportamiento de las personas sanas que crecen normalmente. Yo he observado niños de éstos y he comprobado que no es así. En muchos puntos de importancia decisiva obran casi exactamente como nosotros. Ríen y sonríen, por ejemplo, como nosotros cuando se ponen contentos, y también emiten al hacerlo los sonidos apropiados. Además, lloran como nosotros, dan pataditas, aprietan los puños y se les arruga la frente verticalmente cuando algo les enoja (fig. 1).

La objeción posible, de que los niños hubiesen aprendido a sonreír, por ejemplo, porque siempre los premiaran prodigándoles atenciones amistosas cuando "por casualidad" tuvieran un comportamiento parecido al sonreír, es fácil de desbaratar. Incluso los niños que tienen el cerebro gravemente dañado y a los cuales no es posible enseñar, por más que uno se empeñe en ello, a llevarse la cuchara a la boca, saben reír, sonreír y llorar. No es posible imaginar cómo pudieron aprender pautas motoras tan complicadas cuando no fueron capaces de realizar tareas mucho más fáciles de aprender. El que se empeñe todavía en defender la hipótesis del aprendizaje en este caso deberá postular otra hipótesis: una tendencia especial innata a aprender. Y el argumento de que los niños hubieran podido mediante el sentido del tacto tentar el rostro de los padres o cuidadores, leer en él su expresión y después imitarla no tiene ninguna validez. Conozco un muchacho ciego y sordo de nacimiento que, seguramente a consecuencia de un menoscabo producido por el Contergan, nació con unos muñoncitos en lugar de manos, que no le permiten palpar nada. Y la mímica de este niño es normal en lo esencial. Ríe por ejemplo de todo corazón cuando alguno juega con él.

Finalmente, contra la hipótesis del aprendizaje puede aducirse también que estos niños tienen una serie de vicios de mala crianza, como por ejemplo el comportamiento típico de los mayores cuando están encolerizados. Seguramente nadie les enseñó (ni tuvieron ocasión de aprenderlo tampoco) a patear, a apretar los puños ni a mirar enojados como los mayores, porque no pudieron tentarlos para recoger la información necesaria acerca de la mímica y los ademanes de cólera. Y estas formas de comportamiento se desarrollan precisamente en contra de la presión educadora del mundo que los rodea. Otro tanto puede decirse de algunas actitudes fundamentales de la vida social. Los niños normales temen a los extraños, los desconocidos, y lo mis-

mo sucede con los niños ciegos y sordos, que distinguen a los conocidos de los extraños por el olor. Al principio rechazan a las personas que no conocen, aunque nunca ningún desconocido los haya tratado mal. Al contrario, todo el mundo se esfuerza en portarse bien con esos niños.

Las informaciones que podemos obtener de los niños ciegos y sordos son empero limitadas, porque muchas de las pautas de comportamiento complicadas de los humanos, como las que se presentan por ejemplo al saludar o flirtear, se desencadenan por la vista y el oído. Estas puertas de entrada están empero cerradas en los ciegos y sordos, y no hay posibilidad de experimentar con ellos. El que tengamos muchas más cosas innatas de lo que suele suponerse lo vi en una muchacha de diez años, ciega de nacimiento, que oía bien. Me tocó algo al piano y yo le hice un cumplido. Entonces enrojeció, volvió el rostro hacia mí y bajó los ojos, como lo hubiera hecho en un momento de confusión cualquier muchacha que los tuviera buenos.

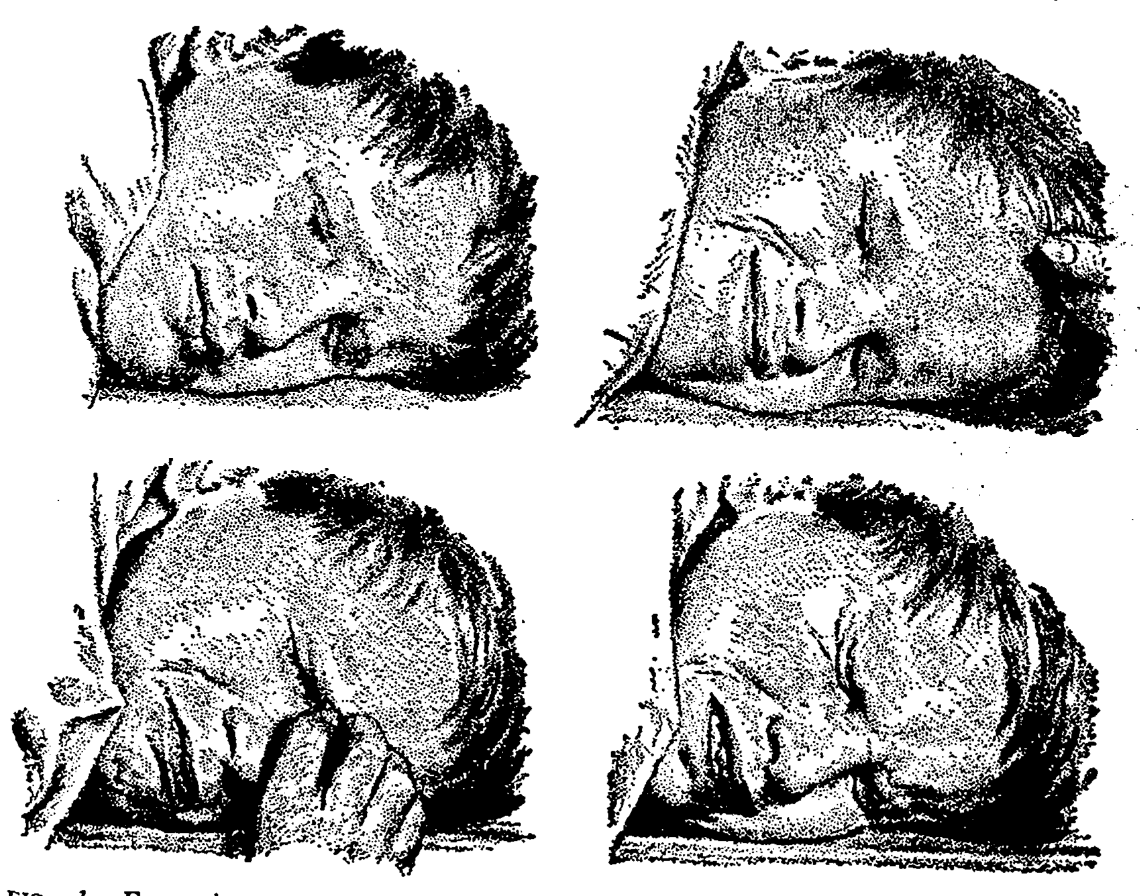


FIG. 1. *Expresiones del rostro de una niña de nueve años, ciega y sorda de nacimiento. Arriba, a la izquierda, tranquila; a la derecha, sonriente. Abajo, llorando. Según fotografías tomadas por el autor.*

Mas si se quiere saber lo que hay de innato oculto en el complicado comportamiento de las personas, por lo general tiene uno que

acudir a la comparación entre culturas. Se puede partir del hecho de que el hombre se empeña en modificar culturalmente aquello que es modificable. Solamente en Nueva Guinea se hablan unos cien dialectos. Esto está relacionado con la tendencia del hombre a aislarse en grupos pequeños, casi folklóricamente (fenómeno que se llama formación de clubes), incluso dentro de un grupo étnico. En cambio se advierte que en determinadas situaciones, como por ejemplo en el saludo o en el comportamiento de la madre con su hijo, se repiten exactamente las mismas pautas comportamentales hasta el menor detalle, y aun en los grupos étnicos más desemejantes. Esto sin duda significa que se trata de una norma innata. Ya Charles Darwin partió de esta hipótesis y con ello puso la primera piedra del estudio comparado de la expresión. Pero le faltaba el medio para la documentación objetiva del comportamiento, o sea la cinematografía, entonces inexistente. Actualmente hace tiempo que existe ésta, y el hombre es seguramente una de las criaturas más filmadas de la tierra. Podría, pues, suponerse tarea fácil la de probar la cuestión de los elementos innatos en el comportamiento humano. Bastaría con buscar en alguno de los grandes archivos fílmicos de los psicólogos o etnólogos y examinar, por ejemplo, el comportamiento de la salutación en los distintos pueblos en busca de invariables comunes; para ello, naturalmente, se concedería mayor valor a los documentos naturales, no preparados, del comportamiento humano, porque el hombre modifica considerablemente su comportamiento cuando nota que lo están filmando.

Quienquiera intente la valoración de los archivos fílmicos del modo indicado hallará que tales documentos son harto raros. Hay ciertamente una enorme cantidad de películas cinematográficas que muestran actividades culturales, como tejer esterillas o petates, hacer herramientas o ejecutar bailes concertados. Pero raramente ha tomado alguien del natural, y sin ser advertido, los gestos que se hacen para saludarse, para flirtear o para acariciar a un niño.

En estos últimos años me he esforzado, en colaboración con mi amigo Hans Hass, en preparar documentos de este tipo. [50, 72] Con objetivos simples de reflexión filmamos personas, sin que ellas lo supieran, en diversas partes del mundo. A cada documento fílmico añadimos datos de lo que la persona hacía antes y después de ser tomada, y en qué contexto social se produjo la forma de comportamiento de que se trataba; así se evitaban las fuentes de error de una interpretación subjetiva. La comparación de estos documentos arrojó concordancias hasta en detalles de la pauta motora. Así por ejemplo para saludar a distancia los pueblos más disímiles alzan y bajan rápidamente las cejas, y al mismo tiempo sonríen y muchas veces hacen

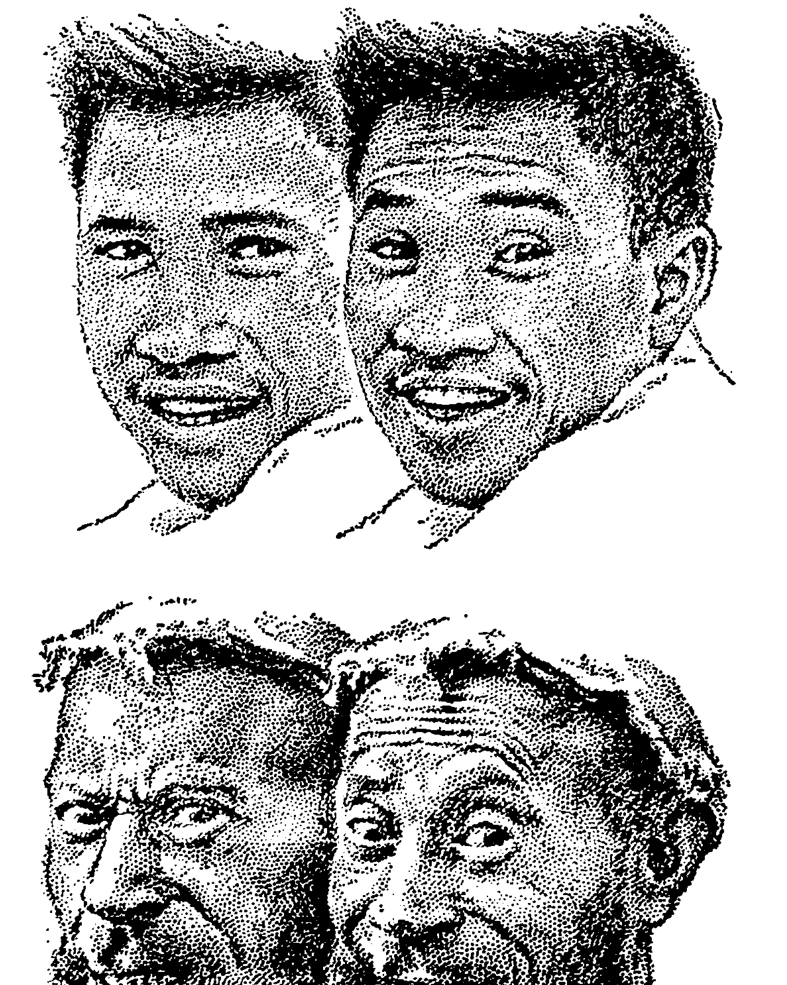


FIG. 2. *En la salutación con los ojos se alzan las cejas rápidamente, en cosa de 1/6 de segundo. La secuencia de las personas que aparecen en las figs. 2 y 3 nos muestra siempre la expresión del rostro en el momento de entrar en contacto los ojos y en el de la salutación. Los dibujos fueron sacados de las fotografías tomadas directamente por el autor en la filmación. Arriba, balinés; abajo, papú (woitapmin).*

con la cabeza como una seña de asentimiento, en forma marcadamente amistosa (figs. 2 y 3; véase también la p. 161).

Muchas de nuestras pautas motoras innatas son una antigua herencia filogenética, y lo confirma el hecho de que también las tienen los antropoides más directamente emparentados con nosotros. Para amenazar volvemos los brazos hacia dentro y alzamos los hombros. Al mismo tiempo se acortan los pequeños músculos que ponen rígidos los vellos de los brazos, la espalda y los hombros, lo cual nos procura un ligero estremecimiento. En los chimpancés advertimos un comportamiento de amenaza formalmente igual, sólo que ellos se despeluznan y ponen todos hirsutos, lo cual modifica de un modo impresionante su aspecto. La actitud ha durado en nosotros más que la pilosidad. Seguramente a nuestros antepasados humanos también se les



FIG. 3. *Salutación con los ojos. Arriba, francesa (según las tomas de H. Hass); abajo, indio waika (según tomas del autor).*

ponía erizada la pelambre, y a consecuencia de la posición erguida del cuerpo se desarrollarían algunas particularidades. Señala Leyhausen [121] que la corriente pilosa en los hombres —al contrario que en los antropoides— se dirige hacia arriba en los hombros y la parte superior de los brazos, de modo que los hombres muy peludos tienen en los hombros verdaderas vedijas. Si esto era ya así en nuestros ancestros, más peludos que nosotros, al producirse el despeluzamiento se haría más importante la región de los hombros. Todavía hoy el varón tiene tendencia a llamar la atención sobre sus hombros mediante la vestimenta y los adornos (figs. 4 y 5). Una preferencia innata le debió inducir a ello.

Otros gestos de amenaza que tenemos en común con los antropoides son el dar patadas en el suelo cuando estamos encolerizados y el enseñar los colmillos cuando nos ponemos furiosos. Es interesante

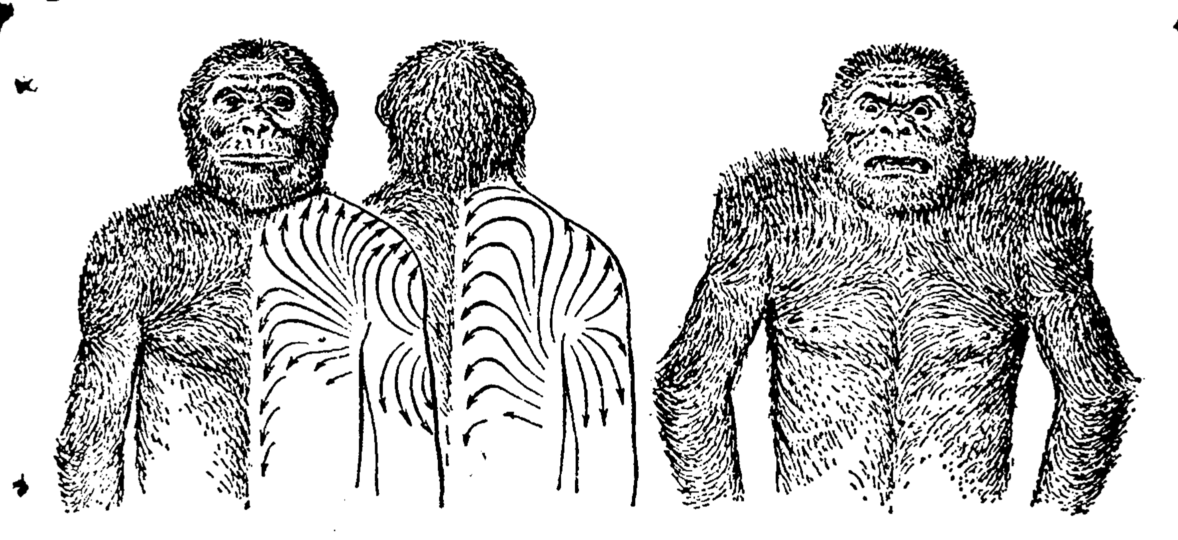


FIG. 4. *Las ondulaciones pilosas del hombre actual siguen un curso destinado a poner de relieve principalmente el perfil de los hombros al erizarse el vello, como si todavía tuviéramos pieles naturales. Seguramente era tal el caso en nuestros antepasados, como lo muestra hipotéticamente una reconstrucción de P. Leyhausen. En ella se señala el curso que siguen las ondulaciones pilosas en el hombre actual por delante y detrás trasladado a un antepasado hipotético, para mostrar el aspecto que posiblemente presentaría al erizársele el pelo. Las personas muy peludas todavía tienen mechones en los hombros. Al reducirse la pelambre en el varón le quedó la inclinación a hacer resaltar sus hombros.*

sobre todo el enseñar (pelar) los dientes. Los cinocéfalos, cuyos colmillos superiores son bastante largos, bajan mucho el labio inferior en las comisuras cuando hacen gestos de amenaza, para poder descubrir bien los colmillos cuan largos son. Nosotros hacemos otro tanto, aunque ya no tengamos largos colmillos. La pauta de movimiento ha sobrevivido a la reducción del órgano que primitivamente se trataba de ostentar (fig. 6).

En los capítulos siguientes describiremos otras pautas motoras innatas del hombre. Baste aquí la confirmación de que en las coordinaciones motoras del hombre hay adaptaciones filogenéticas, y que no pocas de ellas son visiblemente muy antiguas.

b] EL RECONOCIMIENTO INNATO

Una rana que apenas hace un momento no era más que un renacuajo nada en la charca e inmediatamente después de su metamorfosis trata de apresar al vuelo los insectillos que se mueven, sin haber tenido que aprender primero. Pero sabe que los insectos tranquila-



FIG. 5. *En las más diversas culturas tiene el hombre la tendencia a poner de relieve los hombros mediante la moda vestimentaria. Arriba, indio waika; en el medio, actor japonés de kabuki (ambos según fotografías del autor). Abajo, Alejandro II de Rusia (según un retrato contemporáneo).*

mente inmóviles no sirven para presa. Si se trata de averiguar mediante diversos simulacros qué es lo que verdaderamente desencadena la acción de apresar, se descubre que la rana trata de capturar cualquier objeto que se mueva, aunque sean hojitas o piedrecillas. La pulsión que le hace intentar el apresamiento de esas cosas es, pues,



FIG. 6. *En la amenaza, el mandril baja las comisuras de modo que se aprecie en toda su longitud el colmillo superior. Los hombres hacemos lo mismo a pesar de que nuestros colmillos no son tan largos ni mucho menos. Arriba, a la izquierda, mandril; a la derecha, actor de kabuki haciendo gestos de cólera (ambos según fotografías del autor). Abajo, muchacha furiosa (según una fotografía de E. von Eickstedt, de un estudio de personas, Stuttgart, 1963).*

innata en ella, y si no hay precisamente un etólogo operando, ese comportamiento conduce a la rana a su objetivo biológico, porque en el espacio natural donde se desenvuelve su vida se mueven sobre todo los insectos.

La facultad de reaccionar a determinados "estímulos-signo" con

acciones de apresamiento requiere aparatos especiales de recepción de estímulos y reelaboración, que casi están destinados a obrar como filtro (de estímulos) con determinados estímulos o combinaciones de éstos. Los llamados "mecanismos desencadenadores innatos". Sobre tales mecanismos desencadenadores innatos se activan también muchas pautas de comportamiento social (cortejo, combate), y en tales casos no solamente se produce una adaptación por parte del receptor a las señales emitidas por el congénere, sino que éste por su parte tiene dispositivos especiales de emisión que hacen de "desencadenador" o disparador, y que pueden ser estructuras corpóreas especiales (crines, crestas, airones), señales cromáticas, olores, manifestaciones sonoras o movimientos (movimientos expresivos). En la lagartija haitiana, las rayas azules laterales del macho desencadenan el comportamiento combativo en sus congéneres del mismo sexo. Las hembras a quienes se pintan artificialmente en los costados (que son grises) rayas azules son combatidas como rivales. Los petirrojos conocen a sus rivales por la mancha de la pechuga, y atacan también a un manojo de plumas rojas sujeto a un palo y colocado en su territorio. [115] Las pavas reconocen a sus polluelos por la voz y matan a los que no emiten sonidos; en cambio dan buena acogida a cualquier tejón disecado con un micrófono dentro que emita sonidos parecidos al llamado del pavipollo. [164] Desde que nacen, los macacos de la India aislados prefieren las imágenes de sus congéneres proyectadas contra la pared de su jaula a cualquier otra imagen. Emiten sonidos de contacto, invitan a jugar y aprenden rápidamente a proyectarse ellos mismos las imágenes apretando una palanca cuando cesa la proyección. A los dos meses de edad, estos macacos sin experiencia social reconocen también la expresión de sus congéneres. La imagen de un mono amenazante desencadena gritos de temor y retrocesos, y se reduce rápidamente la incidencia de las autorrepresentaciones si se les muestra esta imagen. Tal entendimiento de la expresión debe atribuirse a un mecanismo desencadenador, ya que los monos nunca habían visto antes a nadie como ellos. [159]

El hecho de que los hombres también reaccionemos a simulacros muy sencillos significa que también estamos dotados de mecanismos desencadenadores innatos. Por ejemplo, determinadas características del bebé humano nos parecen "un cariñito", "un amor" o bonitas, con lo que ya expresamos la tendencia a tomar al niño en brazos y acariciarlo. Estas características de lo bonito en el infante son los mofletes redondos, una frente redondeada y saliente, muy grande para la pequeñez del resto del rostro, ojos relativamente grandes, una boquita de mamoncillo, una cabeza demasiado grande para el tronco, formas redondeadas, etc. [123] Mas lo interesante es que tales carac-



FIG. 7. *El esquema infantil: los caracteres propios del bebé (cabeza grande en relación con el cuerpo, frente alta y saliente, mofletes, extremidades cortas y redondeadas, boquita succionadora, etc.) se presentan a menudo muy exagerados en las muñecas del comercio, para aumentar el efecto desencadenador de cariño de estos "bonitos" objetos. También suelen exagerarse los caracteres infantiles de la mujer junto a los sexuales (véase también la p. 142).*

terísticas siempre surten un fuerte efecto, aunque se presenten aisladamente en un simulacro. Hace poco vi unas figuras de gato torneadas cuya característica más notoria eran dos cachetes muy pronunciados. Esta característica infantil basta por sí sola para prestar al objeto un atractivo enternecedor y hacerlo vendible. Los cachetitos de los niños son propiamente desencadenadores, o sea estructuras diferenciadas al servicio de la emisión de señales; no se puede probar

que tengan ninguna función mecánica en la succión. Otros caracteres del infante pueden presentarse aisladamente con éxito también y exagerados, sirven a veces incluso de objeto supernormal. Es característica del niño pequeño, como ya hemos dicho, la relación entre el tronco y la cabeza: con un tronco relativamente pequeño va una cabeza bastante grande. Walt Disney, maestro en lindos embelecos, creó por ejemplo un perrillo que se pasea por sus tiras cómicas con una cabeza exageradamente grande y un cuerpecillo de nada. Su efecto es marcadamente gracioso. Y nos parece amable el Bambi disneyano, el venadito de la frente abombada exageradamente. También utiliza Disney las características de la torpeza (la falta de coordinación). Podríamos asimismo señalar que los animales falderillos, que a las damas solitarias de cierta edad sirven para abreaccionar deseos insatisfechos de cuidado de la progenie, tienen rasgos propios de niños pequeños; no hay más que recordar los pequineses, los "lulús" o los doguillos (fig. 7). Y si se observa la relación que tienen con sus dueños se comprueba que los acarician y hablan con ellos como si fueran niños pequeñitos.

De igual modo deben operar los mecanismos desencadenadores innatos en nuestra comprensión de la mímica, porque también en esto respondemos a las más sencillas apariencias. Por ejemplo, el águila nos parece audaz porque sus ojos de tejavana a medio velar, la angosta hendedura de la boca y las comisuras caídas como "despreciativamente" parecen semejar un hombre audaz, atento imperturbablemente a un objetivo lejano, que frunce las cejas como para dar sombra a los ojos y mirar decididamente a lo lejos y aprieta la boca fuertemente, con lo que sus comisuras bajan.

El hombre altivo alza la cabeza, y la nariz le queda alta en relación con los ojos; al mismo tiempo baja los párpados y también suele respirar profundamente, como rechazando en forma igualmente ritualizada todos los estímulos sensorios que le llegan de un contrario despreciado. Todo este comportamiento debe interpretarse como un movimiento ritualizado de retirada. En el camello, la situación especial del laberinto hace que siempre mire con la nariz en alto y parezca "arrogante". Y a pesar de que sabemos que esto no refleja un estado determinado afectivo del animal, no nos cae bien. En cambio nos parecen simpáticos los animales que por su propia estructura o configuración tienen las comisuras de la boca hacia arriba. [123]

Otro tanto sucede con las señales sexuales. Mencionemos que junto a los caracteres que podemos percibir con el sentido de la vista (como por ejemplo la anchura de los hombros del varón o el pecho de la fémina) hay señales olfativas que desempeñan un papel. Y así ha

comprobado LeMagnen [120] que las mujeres captan determinadas sustancias almizcleñas que los hombres no pueden oler; y solamente lo logran cuando se les inyecta estrógeno, la hormona femenina. El umbral olfativo de las mujeres muestra oscilaciones en el ciclo ovulatorio. Con la menopausia desaparece la facultad de percibir esos olores. Puede suponerse que los varones despiden olores de tipo semejante sin darse cuenta de ello. Es notable al respecto que en las regiones del Mediterráneo hay bailes en que los hombres lanzan delante de las mujeres que escogen unos pañizuelos. Y suelen llevarlos en las axilas antes del baile, para impregnarlos con su aroma.

Cuando las personas ven algo que despierta su interés, se les ensanchan las pupilas. Si a varones normales se les muestra una serie de diapositivas con muchachas desnudas, su pupila se ensancha. En cambio, los homosexuales responden con fuerte reacción pupilar a las imágenes masculinas. Según Hess [76], esta reacción automática opera como un detector de mentiras y es por lo tanto apropiada para la comprobación de simulacros. Coss [30] probó con este método la eficacia de los ocelos artificiales y demostró que dos ocelos pintados uno junto al otro llamaban más la atención que tres o solamente uno. Y dispuestos horizontalmente su efecto era más fuerte que en presentación vertical o inclinada. Más adelante hemos de ver en detalle la gran importancia que tienen los ojos en el contacto social de los humanos. Los diseños dentados desencadenan asimismo respuestas emocionales más fuertes (medidas por la dilatación de la pupila) que los redondeados. Esto podría significar una reacción innata ante la dentadura de un animal de presa, por ejemplo. La atención que despiertan tales señales es utilizada por la propaganda para atraer la vista. Por ejemplo, en la palabra OMO[3] concurren las dos oes en forma de ojo, con la M dentada, para llamar la atención.[4] En el ritmo de nuestra elocución hay ciertas claves melódicas y estructurales a las cuales reaccionamos mecánicamente. Algunas características de la melodía del lenguaje son iguales en todas las culturas. Los oradores políticos saben bien arrancar aplausos "espontáneos" y consolidar la cohesión del grupo mediante agresiones colectivas así activadas, no solamente empleando siempre los mismos latiguillos sino también influyendo en quienes los escuchan por el ritmo y la cadencia.

Los demagogos y los especialistas de la propaganda han sabido in-

[3] Marca de detergente.

[4] Los ojos que miran fijamente producen un efecto amenazador, y así se emplean de muchos modos circulitos o puntitos en forma de ojos con fines de advertencia o prohibición en uniformes, barcos, casas, etc. (O. Koenig, *Verhaltensforschung und Kultur*, en *Kreatur Mensch*, Munich, H. Moos, 1969.)

fluir en la voluntad de los individuos y los grupos humanos de igual modo, y sin conocimientos biológicos, mediante la adecuada presentación de los estímulos-signo correspondientes. Es un hecho que semejante influencia no siempre sirve incondicionalmente para el bien general. Si el hombre quiere protegerse contra esas influencias que se aprovechan de sus mecanismos instintivos necesita ante todo tener un conocimiento exacto de estos mecanismos pulsionales y de los estímulos que los ponen en marcha.

c] IMPULSOS

En general, los animales no esperan pasivamente a que algo suceda y suelen mostrarse activos por sí. Son ciertos impulsos internos los que les hacen obrar; y si se le presentan experimentalmente diversas cosas al animal, se puede comprobar cómo está dispuesto. Si tiene hambre, sólo mirará lo que pueda devorar, y de lo demás no hará caso. Si tiene sed, buscará el agua; si está de humor agresivo, buscará un rival, y si de humor sexual, alguien con quien copular. Los mecanismos fisiológicos que efectúan este acondicionamiento o apercibimiento específico para la acción han sido bastante bien estudiados. Muchas pautas de comportamiento innatas obedecen a grupos de células motoras espontáneamente activas del sistema nervioso central, en continua producción de impulsos que piden urgentemente descarga motora. La excitación producida en el sistema nervioso central puede acumularse y ocasionar la inquietud del animal, que busca situaciones estimulantes desencadenadoras que le permitan abreaccionar los impulsos acumulados en determinados movimientos. Si no halla ninguna ocasión de hacerlo, el comportamiento puede llegar a producirse en el vacío (en casos extremos) o en objetos de remplazo, debido a la acumulación de pulsiones en su interior. Un estornino bien alimentado que no tiene ocasión de apresar insectos sale volando de vez en cuando del palo donde está posado, hace ademán de apresar insectos inexistentes, vuelve a su lugar, hace el movimiento de matar y a continuación el de deglutir, todo ello en el vacío. [122]

Los hombres también somos movidos por impulsos internos. Sentimos hambre o sed, y nuestra disposición sexual tiene altibajos debidos a procesos fisiológicos que se producen en nosotros mismos. Muchos de nuestros impulsos tienen efectos molestos en la vida moderna en sociedad, como por ejemplo la pulsión agresiva, que en los vertebrados superiores desempeña una tarea importante (p. 65), pero en

la actual sociedad humana ha perdido mucho de su valor original. A tal punto que ha llegado a convertirse en una gran fuente de peligros, ya que la motivación interna impulsa al hombre a abreaccionar esta pulsión, pero dentro de la sociedad no siempre se dan las facilidades o posibilidades necesarias. El desconocimiento de los hechos biológicos proyecta los ataques periódicos de furia del hombre "hacia fuera"... y en la vida en comunidad, por ejemplo, contra las personas que están cerca de él, y en el plano de las grandes colectividades nacionales, contra las minorías o contra los pueblos vecinos. Como hoy día se ha convertido en un problema de vida o muerte la conservación de la paz mundial, es una necesidad apremiante la mencionada investigación de las estructuras que sirven de base al comportamiento agresivo.

Con toda seguridad, el hombre no tiene menos impulsiones innatas que los demás mamíferos, y quizá tenga más. Tiene, por ejemplo, la pulsión del habla: hasta los niños sordos de nacimiento balbucean. Muchos impulsos son incluso más fuertemente desarrollados que en los animales; pensemos, por ejemplo, en nuestra pulsión de curiosidad, que motiva el aprender.

d] LA TENDENCIA INNATA A APRENDER

En un medio ambiente que variase poco, los seres vivos podrían desenvolverse con preprogramaciones fijas. Pero las condiciones cambiantes requieren en el comportamiento una capacidad de adaptación por parte del individuo. Los animales deben valorar las experiencias, es decir ser capaces de aprender, y de hacer lo debido para la supervivencia a su debido tiempo. Para ello, el animal debe estar programado de modo que antes de toda experiencia distinga el premio y el estímulo punitivo, que cambian según la especie. Y un animal no relaciona todos los estímulos del mismo modo. En las ratas, si la inyección de una droga produce malestar, lo asocian con el alimento que ingirieron antes y no con las impresiones auditivas o visuales que reciben al mismo tiempo. Pero en cambio relacionan las sensaciones dolorosas con tales estímulos. Este modo de asociación selectiva requiere adaptaciones filogenéticas especiales. [64]

Los animales se muestran específicamente dotados de la facultad de aprender, tanto en lo tocante a la materia a aprender como al momento del aprendizaje y a la facultad de retener o apropiarse lo aprendido. Hay por ejemplo pájaros que deben aprender su canto. Pero algunos saben de nacimiento lo que "deben" aprender. Si se

les tocan diversos cantos grabados en cinta, eligen por modelo el de su especie. Es frecuente que sólo se aprenda en un período sensible determinado y el animal se atiene a lo que una vez aprendió. Muchas aves se aprenden, por ejemplo, el objeto de las actividades sexuales pulsionales en su temprana juventud, mucho antes del inicio de la madurez sexual. Las chovas y los pavos o guajolotes criados personalmente después cortejan a las personas, aunque mientras tanto hayan vivido con sus congéneres. [161]

Immelmann [91] hizo criar unos pinzones rayados machos por unas palomitas. A los tres meses los separó de sus padres adoptivos y los puso con hembras de su especie, con las que acabaron por emparejar. Poco después hizo un experimento de elección y puso a los pinzones a elegir entre hembras de su propia especie y palomitas. Y se comprobó que la experiencia realizada en el breve período de cría era la más fuerte, porque los pinzones eligieron por pareja a las palomitas. Era visible la troquelación que se había producido en la fase sensible, mucho antes del inicio de la madurez sexual, con las palomitas.

El hombre también está dotado de la capacidad de aprender de un modo específico. Una de las más sorprendentes es su disposición a aprender lenguas. También descubrimos que en determinadas fases de su evolución juvenil es especialmente sensible a influencias específicas del medio. Hay en la evolución humana períodos sensibles en que se fijan de un modo semejante a la troquelación algunas ideas básicas éticas y estéticas, como por ejemplo la "confianza primordial" (véase p. 202). Por otra parte está la tendencia de las personas a la fijación, de tipo troquelado, de ciertas ideas, aun sumamente peligrosas, y es justo preguntarse si se debería fijar política y religiosamente a los niños mediante la educación.

"Para ser justo con los jóvenes —escribe Hans Hass [72]—, a partir de los dieciséis años se debería decidir solamente en cuestiones éticas que se vieran del mismo modo en todas partes. Debería advertírseles acerca del peligro de una fijación prematura y decírseles claramente que tienen por nacimiento el derecho de juzgar y que un día decidirán por sí mismos; aunque al hacerlo se enfrenten a sus padres y su comunidad. Naturalmente, esto no pasa de ser una utopía por el momento. Pero tal vez se esté manifestando ya una tendencia en este sentido en la juventud contemporánea" (p. 206).

La facultad de aprender algunas cosas indica en el hombre una antigua herencia. Por ejemplo: los chimpancés amenazan golpeando objetos que hagan ruido. En libertad se sirven de verdaderos tambores de troncos, y en cautividad golpean las puertas de lámina, en lo cual algunos se revelan maestros. Jane van Lawick-Goodall [118, 119],

que vivió muchos meses en una región de África oriental donde abundaban los chimpancés, observó que un chimpancé macho daba a un grupo de chimpancés con que ella estaba familiarizada toda una representación con latas de petróleo vacías. Las golpeaba de frente, las tiraba hacia delante y era capaz de servirse de tres latas a la vez. Esto le dio considerable categoría. Como es un hecho que los chimpancés aprenden a tamborilear, y lo hacen lo mismo en libertad que criados en un zoológico, es necesario postular una disposición especial innata para aprender tal vez en forma de un mecanismo desencadenador innato que permitiría al animal apreciar cuándo hacía lo "debido" en el sentido de la conservación de la especie. Los instrumentos musicales de percusión son de los más antiguos que emplea el hombre, y muchas veces para amenazar y alardear (tambor de guerra); por eso no es impropio suponer una disposición innata heredada de nuestros ancestros los primates, como quien dice un don o una habilidad.

El comportamiento de los primates ha de haber pasado al hombre en forma de disposición innata a aprender algunas cosas. Por ejemplo, las figuras de guardianes y otros ángeles de la guarda que sirven para defender de los demonios, en las más diversas culturas, coinciden en su alarde fálico. Por eso a veces se interpretaban tales figuras erróneamente como genios de la fecundidad, hasta que se reconoció su función protectora. [52, 195] Ahora bien, lo interesante es que la presentación de los genitales masculinos es una pauta comportamental de diversas especies de monos en forma de amenaza para defender el territorio o bien de exhibición de jerarquía. Cuando un grupo de macacos está pastando, siempre hay algunos machos sentados de espaldas a ellos, montando guardia, y con sus genitales de vivos colores bien visibles. Si se acerca un congénere desconocido, los "guardianes" tienen una erección. En muchos monos enjaulados se puede ver lo mismo cuando uno se acerca a la jaula y desencadena la amenaza. Los guardianes que muestran sus genitales hacen el papel de postes fronterizos vivientes; y además de los genitales también muestran un rostro amenazador. Por su origen, este comportamiento debe considerarse una amenaza de cabalgazón ritualizada. En muchos mamíferos, la cabalgazón es demostración de jerarquía, y a veces, las hembras también usan de ella respecto de congéneres de condición inferior.

En el hombre también puede probarse esta disposición. A. Festetics [comunicación oral] me contó en una ocasión que los pastores húngaros violan a los jóvenes desconocidos que penetran en su territorio. Kosinski [103] dice otro tanto de los pastores polacos en una novela. En julio de 1962 publicaron los periódicos que el cónsul francés había sido afrentado con la violación por los argelinos victoriosos. Entre los ritos de admisión de las pandillas de jóvenes franceses está el de que

el jefe practique el coito anal con el aspirante (Roumajon, citado por Wickler). [198] En relación con esto están muchos interesantes ritos de iniciación universitarios. Los aspirantes a una hermandad de la Universidad Cornell, de los Estados Unidos, deben desvestirse en un lugar oscuro y ponerse de espaldas a los *seniors*. Entonces se les dice que se inclinen, que viene siendo lo mismo que presentar el trasero. A esta ceremonia llevan alcayatas de unos 12 cm de largo, que untan de vaselina y han de entregar a los *seniors*. Mientras se inclinan, tienen una mano en alto, como para recibir la alcayata devuelta, mas en lugar de ella les dan una ración de cerveza, se prenden las luces y empieza una orgía. [185] En las rijas juveniles se observan cabalgazones por detrás, con sujeción y ocasionalmente fuertes golpes lumbares. Todo esto señala que la cabalgazón es en nosotros un gesto de dominancia y amenaza. Tal vez de ahí provenga el exhibicionismo, ya que las investigaciones demuestran que muchos exhibicionistas tienen un comportamiento sexual perfectamente normal. No quieren seducir con eso, sino intimidar. Este exhibicionismo suele estar reprimido por los varones, pero resulta de todos modos evidente en muchas modas masculinas. [198] En general, este comportamiento parece tener una rudimentación subyacente (p. 33), pero esta tendencia se manifiesta culturalmente, entre otras cosas, en diversas figuras.

En los más diversos círculos culturales, los hombres tallan figuras itifálicas con un gesto amenazador en el rostro, y las ponen a la puerta de su vivienda, en los campos o en el interior de las casas, como vigilantes. Se conocen tales figuras en el Nuevo Mundo y en el antiguo continente, en África, Asia y Polinesia, pero por lo general han sido mal interpretadas. Yo coleccioné algunas en Bali y descubrí que los supuestos "genios de la fecundidad" servían en realidad para proteger las viviendas y los campos. Hace poco adquirí en el Japón pequeños amuletos que con facilidad se interpretarían también como amuletos de fecundidad, sobre todo dado que pueden comprarse en algunos templos con ocasión de las festividades de la fecundidad. Estos amuletos suelen tener un rostro amenazador, y si se abre un cajoncillo que tienen por detrás se halla un pene esculpido en un estuchito. Ordenados como son los japoneses, escriben en el dorso contra qué protegen, y uno puede leer: *Contra accidentes de automóvil.* Otra vez la función protectora. En definitiva, los malos espíritus tienen la culpa de todos los malos sucesos (fig. 8).

Así, pues, pueden descubrirse antiguas disposiciones innatas incluso en los objetos culturales; y muchas de nuestras manifestaciones culturales quizá estén configuradas con anterioridad, de un modo semejante. Todavía no se sabe nada en concreto, sin embargo, y aquí

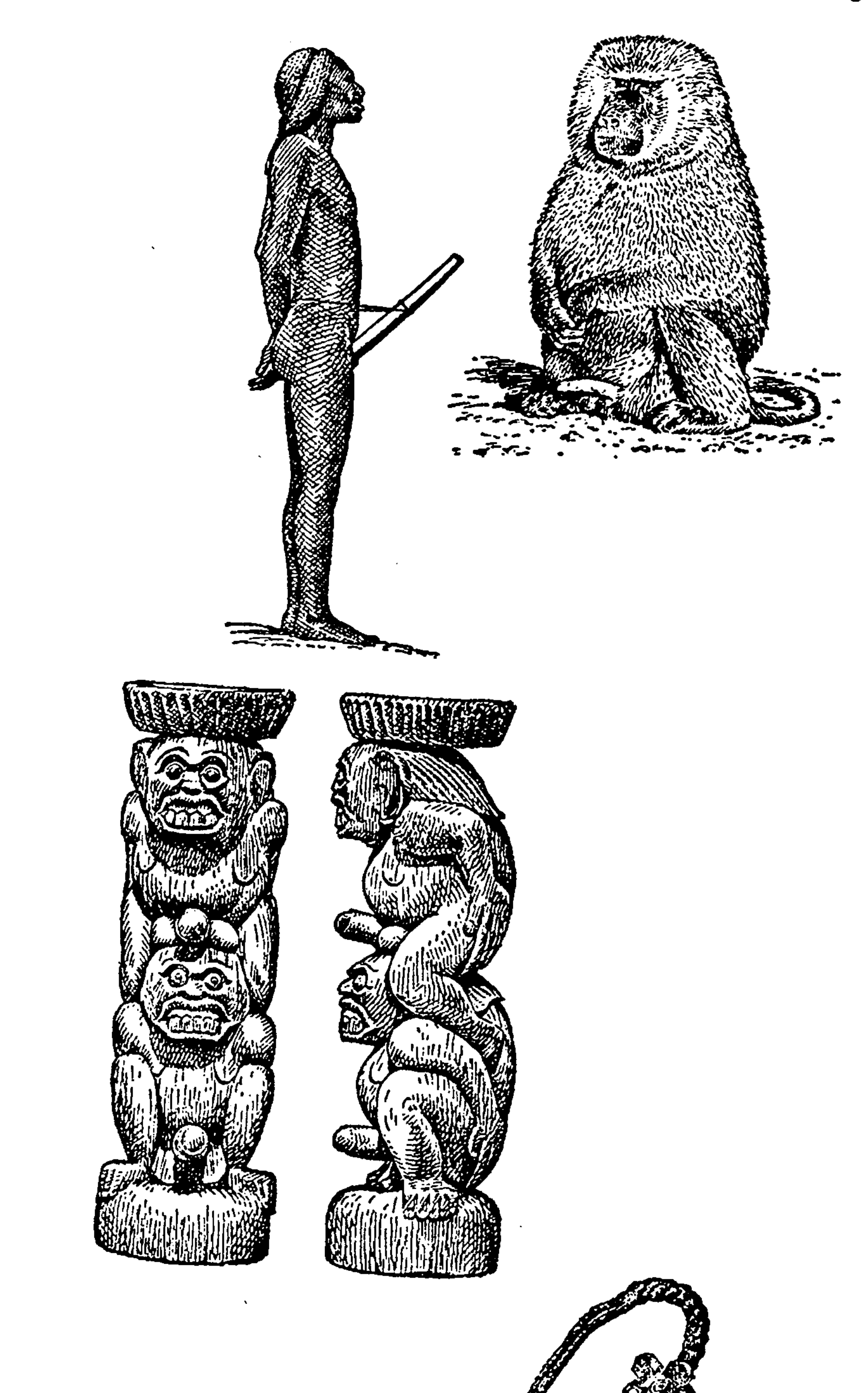


FIG. 8. *La amenaza fálica de los primates. A la izquierda, papú con vaina fálica; a la derecha, cinocéfalo sagrado montando guardia; abajo, amuletos fálicos protectores japoneses. Colección del autor (véase también I. Eibl-Eibesfeldt y W. Wickler, 1968).*

se ofrece al investigador comparatista un ancho campo no labrado. Veamos de todos modos algunos indicios al respecto.

A pesar de todas las lagunas de nuestro conocimiento está sin embargo demostrado ya que la afirmación de los partidarios de la teoría del medio, según la cual el hombre es conformado por el mundo exterior, no es acertada. De modo especial está preprogramado en parte decisiva en el campo de su comportamiento social. Una serie de pautas motoras son en él innatas en forma de normas fijas; está dotado de mecanismos de impulsión y de mecanismos desencadenadores innatos que le permiten reconocer antes de toda experiencia determinadas situaciones estimulantes desencadenadoras, o sea reaccionar de modo atinado en el sentido de la supervivencia. Es muy difícil que el aprendizaje influya en él para orientarlo en esta o aquella dirección, y más bien son las adaptaciones filogenéticas las que marcan la dirección y los límites de la modificabilidad adaptiva de su comportamiento. Los impulsos, las disposiciones a aprender o dones y los mecanismos desencadenadores innatos pueden influir de modo totalmente decisivo en las inclinaciones de las personas. Hasta qué punto importa esto en su comportamiento social es lo que veremos en las secciones siguientes. A pesar de sus adaptaciones filogenéticas se dice con razón que el hombre es una creatura de cultura. El control de las pulsiones en él innatas se efectúa precisamente, en lo esencial, mediante normas culturales de control. En los animales no sucede esto. En ellos, los sistemas pulsionales están sometidos en general y desde el nacimiento a los controles del desarrollo. En el curso de la evolución que tuvo por resultado el hombre (hominización) éstos sufrieron visiblemente una desestructuración que los hizo pasar a un lugar secundario, mientras los impulsos quedaban intactos. El remplazo de los controles innatos por los culturales significó una ganancia en capacidad de adaptación. El esquimal sigue reglas distintas de las del masai o el citadino contemporáneo de las grandes cosmópolis para la derivación de sus impulsos agresivos o sexuales. La libertad de las normas fijas innatas permite al hombre la acomodación a distintos hábitats, o nichos ecológicos. Los controles culturales del desarrollo pueden asimismo acomodarse rápidamente a la modificación de las condiciones de vida. Vivimos precisamente una época en que se buscan nuevas recetas para manejar o gobernar nuestros impulsos, porque las viejas ya no están de acuerdo con la situación de la humanidad, como lo demuestran sin lugar a duda los trastornos que se advierten en el comportamiento social de nuestros semejantes.

3

FILOGÉNESIS Y RITUALIZACIÓN

a] MECANISMOS DE LA EVOLUCIÓN

Todo organismo tiene detrás de sí una larga filogénesis, y muchas de sus propiedades sólo pueden interpretarse y explicarse entendiendo y conociendo su evolución filogenética. Hoy estamos perfectamente informados del desarrollo de las características anatómicas de los animales por los estudios anatómicos comparados y por el examen de los hallazgos fósiles. La evolución es un hecho aceptado por doquier. Pero todavía se discute si el principio de la mutación y la selección basta por sí solo a explicar la rápida evolución o si además de él deberían aceptarse otros factores de evolución. Con más frecuencia se plantea la cuestión de si tras la evolución filogenética se ocultan algunos factores orientadores y si también para el *comportamiento* podría aceptarse una evolución continuada.

Si consideramos la evolución de la mano en los fósiles, por primera vez comprobamos que de las especies zoológicas vivas en la edad antigua de la tierra solamente un pequeño porcentaje cuenta con descendencia en la actualidad. El torrente vital siempre está tomando derroteros sin salida, y ello parece deberse a un pulsar a ciegas las teclas de las posibilidades. La anatomía y fisiología comparada nos enseña además que todos los organismos arrastran consigo su "lastre histórico". Son el resultado de innúmeras reestructuraciones. De los vertebrados que vivían en el agua nacieron los vertebrados terrícolas, cuya circulación sanguínea fue modificada, pero no rehecha desde el principio, sobre bases nuevas. Hubieran podido hallarse mejores soluciones. [106] Lo que ya no tiene empleo se atrofia y queda en forma de rudimento, a menudo estorboso.

Acerca del mecanismo de la evolución estamos hoy perfectamente informados. Ya Darwin comprobó que las propiedades de los padres pasaban por herencia a sus descendientes, pero que se producía cierta dispersión en el proceso. No todos los descendientes de una pareja son iguales entre sí. Muchos de ellos resultan mejor adaptados que sus hermanos a ciertas condiciones del medio, y en la competencia con ellos son más venturosos y engendran más hijos, mientras los peor

adaptados son víctimas de una selección negativa y tienen menos hijos. De este modo, la evolución de una especie es impulsada en dirección de la mejor adaptividad, y toda modificación hereditaria que trae consigo una ventaja selectiva sirve de adaptación. No *hay* adaptividad que no sea consecuencia de una evolución orientada hacia tal fin biológico.

Las bases químicas de la herencia son los ácidos desoxirribonucleicos (ADN) del núcleo celular, compuesto por dos cadenas largas de elementos retorcidas como en una hebra. Cada elemento está por su parte compuesto por una molécula de azúcar, un grupo de fosfatos y una de las cuatro bases adenina (A), guanina (G), citosina (C) y timina (T). Las dos hebras de ADN se combinan sobre estas bases, donde se unen así complementariamente A con T y C con G. La serie lineal de estos pares de bases representa la escritura empleada para las recetas de la evolución del organismo, que regulan la síntesis de la albúmina celular, que de este modo traduce la escritura en caracteres. Toda variación en la sucesión lineal de las bases implica una variación de la receta genética. Las variaciones (mutaciones) se producen en las más diversas direcciones, donde la frecuencia de mutación nunca es muy elevada, de modo que la especie se mantiene relativamente constante y se atiene a lo ya acreditado y probado. Por otra parte, se hacen "experimentos" suficientes con nuevas variantes hereditarias al entrar en competencia los portadores de caracteres hereditarios producidos por mutación con los demás congéneres no modificados. El animal mutado puede apartarse considerablemente de la norma. En las poblaciones de moscas de la fruta siempre aparecen espontáneamente individuos ápteros. Las mutantes de esta especie en general no son aptas para la competencia. Pero ocasionalmente, estos seres insólitos tienen también oportunidades. En las islas de Kerguelen, donde continuamente ruge el huracán, hay moscas y lepidópteros incapaces de volar, que debieron nacer en virtud de esa ley; en cambio no hay insectos aptos para el vuelo, porque el vendaval se los lleva fácilmente (fig. 9). En aquellas condiciones totalmente insólitas, los que no pueden volar resultan mejor "adaptados". Es decir, las mutaciones que producían animales ápteros tenían un valor selectivo de signo positivo. Las mutantes correspondientes se imponen en el curso de las generaciones. También podemos ver en otra parte esos fenómenos. El lepidóptero del abedul reposa con las alas extendidas en los troncos de abedul, con los cuales va muy bien su coloración clara. Pero alguna que otra vez hay lepidópteros oscuros, aunque éstos se destacan de los claros troncos y por eso no tardan en caer víctimas de los pájaros, que se los comen. En los distritos industriales ingleses,

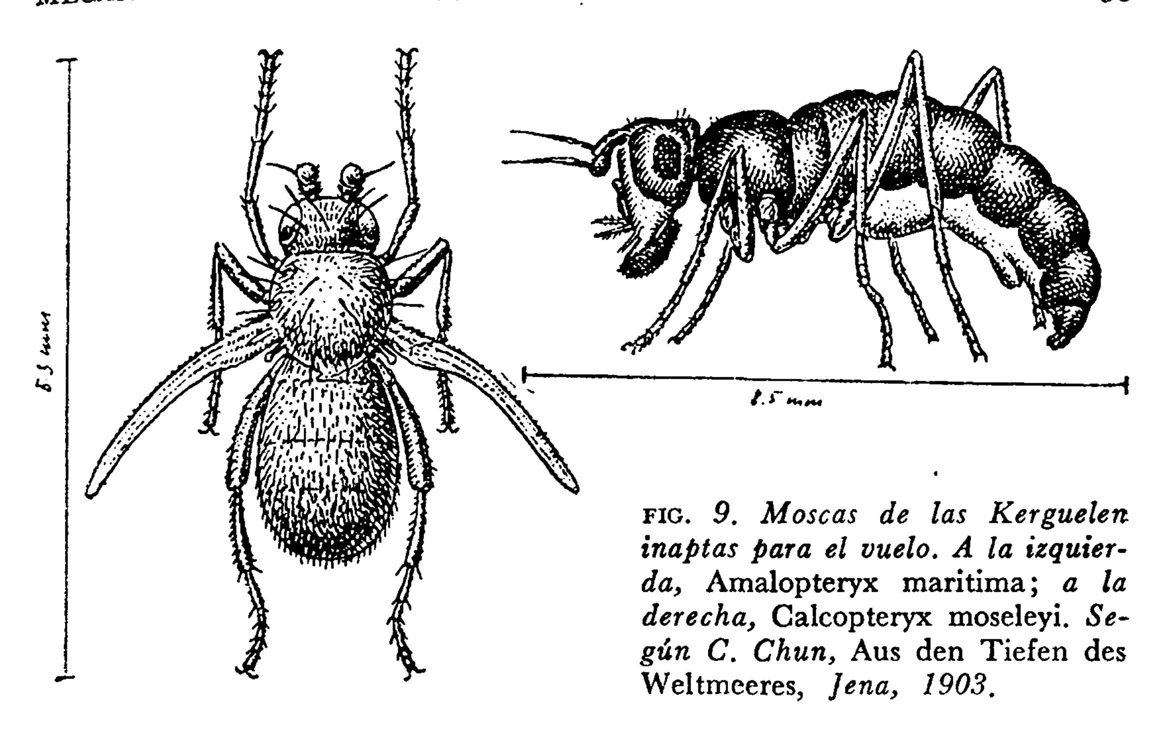


FIG. 9. *Moscas de las Kerguelen inaptas para el vuelo. A la izquierda,* Amalopteryx maritima; *a la derecha,* Calcopteryx moseleyi. *Según C. Chun,* Aus den Tiefen des Weltmeeres, *Jena, 1903.*

sobre todo, la industrialización modifica las condiciones. Los troncos ennegrecidos por el hollín hacen resaltar las mariposas claras. En cambio, las oscuras logran escapar a la persecución y sobreviven. En algunas comarcan predominan ya actualmente los lepidópteros oscuros del abedul (fig. 10). Es, pues, la selección la que determina lo que es adaptación en cada momento. Y decide la dirección que seguirá la evolución, mientras las mutaciones se producen casualmente según el medio, aunque siguiendo leyes propias.

Cada ámbito vital ofrece toda una serie de posibilidades de existencia a las creaturas. En nuestros jardines, por ejemplo, junto al petirrojo devorador de insectos viven los mirlos, que se alimentan de frutas y sacan de la tierra gusanos inaccesibles para los petirrojos. Hay también picos pequeños que buscan en las cortezas insectos que ningún otro pájaro puede apresar. Esta especialización les permite evitar la competencia con otros insectívoros. En el mismo jardín pueden vivir también un pinzón consumidor de cereales y un pico gordo o piñonero que parte las cáscaras duras, cosa que ninguna otra ave puede hacer. Cada una de las especies citadas está representada en un jardín por un número reducido de individuos, porque las posibilidades de alimentación son reducidas. Por la especialización en diversos modos de alimentarse pueden coexistir más aves en un espacio determinado que alimentándose todas del mismo modo. Puede decirse que hay cierto número de "lugares dentro del presupuesto" o nichos ecológicos que puede ocupar un animal mediante la elaboración de las formas adaptivas apropiadas, donde es factor decisivo

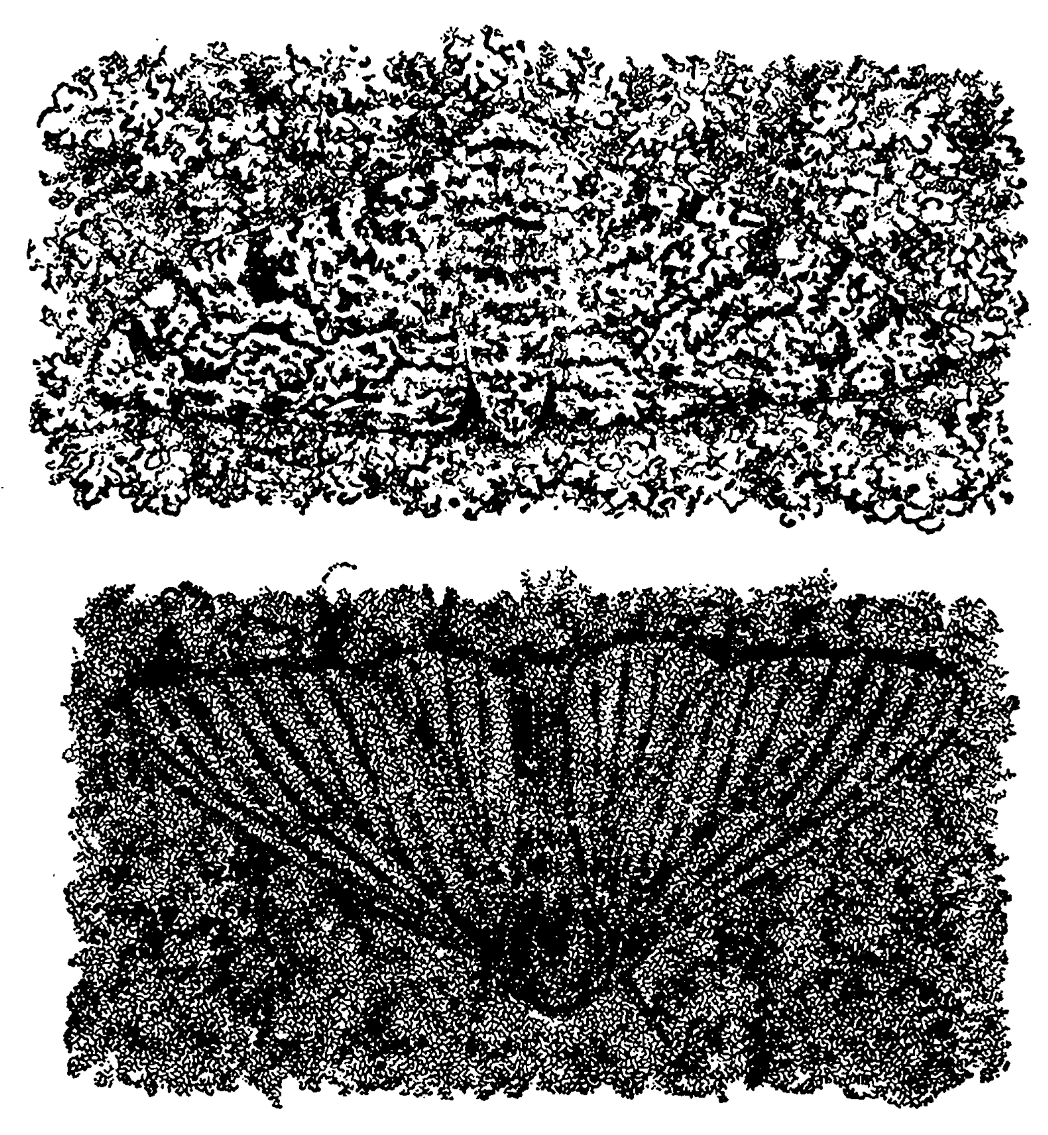


FIG. *10. Lepidópteros del abedul. Arriba, forma normal sobre una corteza de abedul. Abajo, forma oscura, que sobrevive en los distritos industriales hollinientos. Aclaraciones en el texto.*

la competencia que en ellos se acumula. Un buen ejemplo nos ofrecen los pinzones de Darwin de las islas Galápagos. [45, 116] Proceden de una forma común que inmigró porque allí no había todavía competidores canoros. La forma original se difundió por las islas, y bajo la influencia activante del aislamiento geográfico aparecieron los granívoros, los insectívoros, los vegetarianos e incluso un pinzón picamaderos que sacaba insectos de las ramas como un pico pequeño. Como éste, tiene un pico en forma de cincel, y sólo le falta la larga lengua con que el pico saca su alimento de los agujeros y galerías. Compensa este defecto mediante una herramienta: cuando ha abierto la galería de un insecto, vuela al cacto más próximo, rompe una espina de él, la toma con el pico en el sentido longitudinal y saca el

insecto escarbando.[1] Las distintas especies de pinzones de Darwin se parecen todavía mucho unas a otras, lo que explica su próximo parentesco. Son sorprendentemente diversas las formas del pico, en que se manifiestan sus diversas formas de procurarse el alimento (figs. 11 y 12).

En todos estos fenómenos de evolución de las especies hay una base de variabilidad genética que en definitiva se manifiesta mediante mutaciones no dirigidas. A muchos biológos les resulta difícil, en la evolución filogenética, creadora sin embargo de tan maravillosas formas adaptivas, aceptar que reine ciegamente el principio de mutación y selección. Pero hasta ahora no hemos visto otro camino. Podría pensarse que las adaptaciones individuales operaran también retroactivamente sobre el patrimonio biológico, lo cual produciría la rápida adaptación de la especie a determinadas condiciones del medio. Pero hasta ahora no hay ninguna prueba de este fenómeno, postulado por el francés Lamarck. Es ciertamente muy cuestionable que tal mecanismo resultara a la larga ventajoso para la especie. Semejante capacidad de adaptación haría que las especies se adentraran en callejones evolucionistas sin salida, aún más fácilmente de lo que se adentran sin eso. Cada especie tiene al cabo que vérselas con variaciones imprevisibles del medio. Y tantea todas las posibilidades creando sin cesar seres insólitos, de modo no dirigido, con su mecanismo de mutación... aunque sean moscas ciegas o incapaces de volar. Esos seres extraños, desechados normalmente por la selección, pero incesantemente creados de generación en generación, son en cierto modo un seguro de vida para la especie. Por ellos puede seguir fluyendo el torrente vital cuando alguna modificación drástica del medio hace de los hasta entonces mejor adaptados seres no adaptados. La orientación de la evolución se aprecia siempre mejor retrospectivamente. En rigor, no puede controlarse.

El que a pesar de ello tengamos tendencia a pensar por vías lamarckianas se debe a nuestra experiencia cotidiana. Sabemos que el ejercicio robustece nuestros músculos, que la planta del pie engruesa si andamos descalzos y que en general aprendemos rápidamente a acomodarnos a una nueva situación. Tomamos esto ingenuamente por un hecho natural, sin comprender que esas facultades presuponen mecanismos que determinan la variabilidad de modo que no se ejerza caóticamente en cualquier dirección y que la consecuencia sea más

[1] En mi obra sobre las islas Galápagos (*Galapagos, Arche Noah im Pazifik*), editada por Piper en Munich, en 1964, doy amplios informes acerca de los pinzones de Darwin, así como un reportaje fotográfico sobre el empleo de esa herramienta.

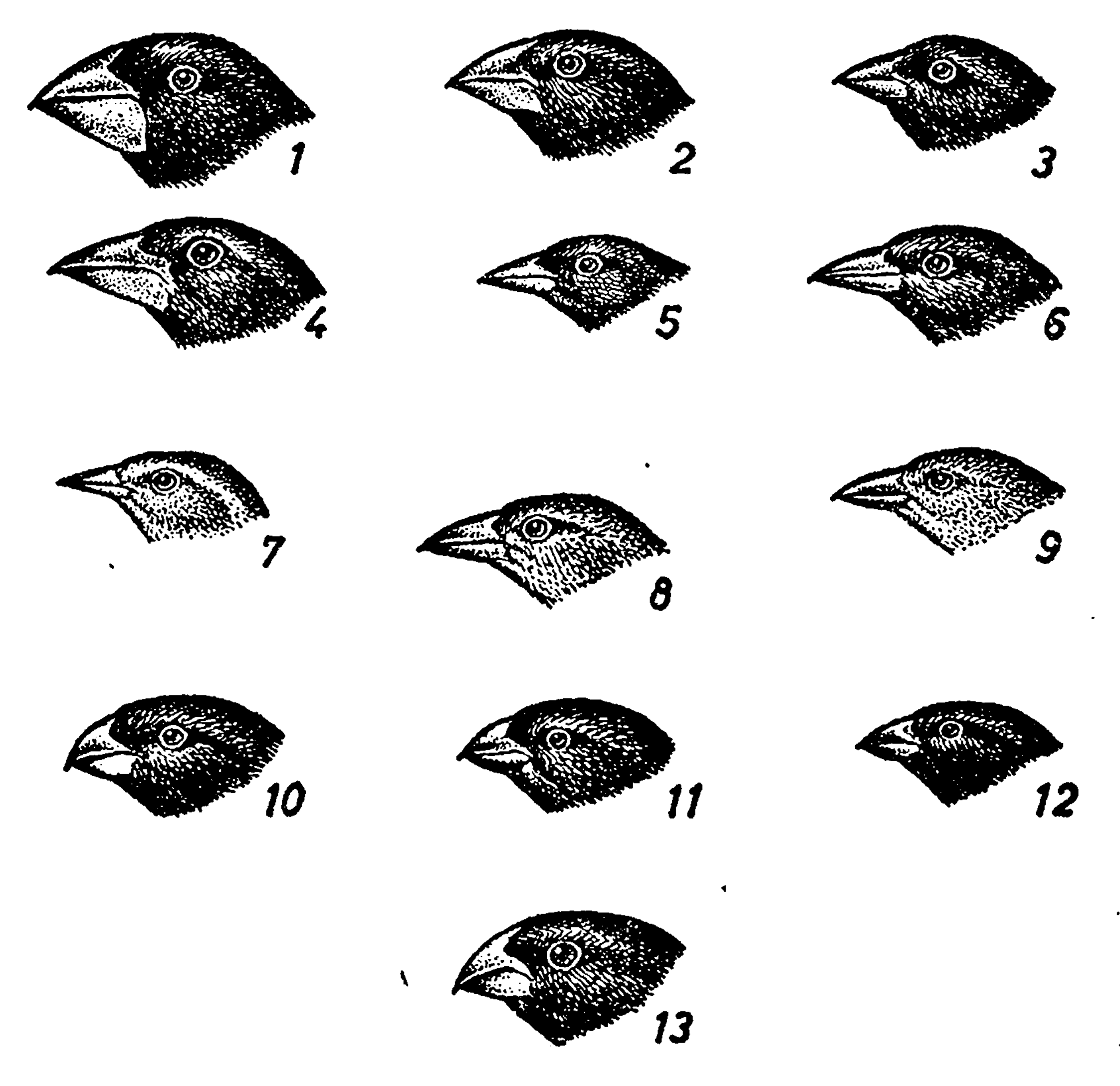


FIG. *11. En la forma del pico del pinzón de Darwin que vive en las islas Galápagos se manifiestan los diversos modos de alimentación. Por ejemplo el pinzón original, grande, pequeño y mediano (1, 2 y 3), se alimenta de preferencia, con semillas de distintos tamaños. El grande parte, como nuestro pico gordo, semillas de cáscara dura, cosa que ninguno de los otros puede hacer. La siguiente lista dará un cuadro general de las diversas especializaciones. Comen de diversos alimentos, con preferencia de los vegetales: 1, el gran pinzón original* (Geospiza magnirostris); *2, el pinzón original mediano* (G. fortis); *el pinzón original pequeño* (G. fuliginosa); *el gran pinzón original de los cactos* (G. conirostris); *5, el pinzón original de pico en punta* (G. difficilis); *y 6, el pinzón original de los cactos* (G. scandens).

Insectívoros: 7, pinzón insectívoro (Certhidea olivacea); *8, pinzón picamaderos* (Cactospiza pallida); *pinzón de los mangles* (Cactospiza heliobates).

Consumen alimentos variados, y de preferencia insectos: 10, gran pinzón insectívoro de los árboles (Camarhyncus psittacula); *11, pinzón insectívoro mediano de los árboles* (C. pauper); *pinzón insectívoro pequeño de los árboles* (C. parvulus).

Consume vegetales: 13, pinzón vegetariano de los árboles (Platyspiza crassirostris). *De Eibl-Eibesfeldt (1964, b).*

bien la adaptavidad. Estos mecanismos son resultado de la evolución filogenética. Con ello da por supuesto el lamarckismo precisamente aquello que querría explicar.

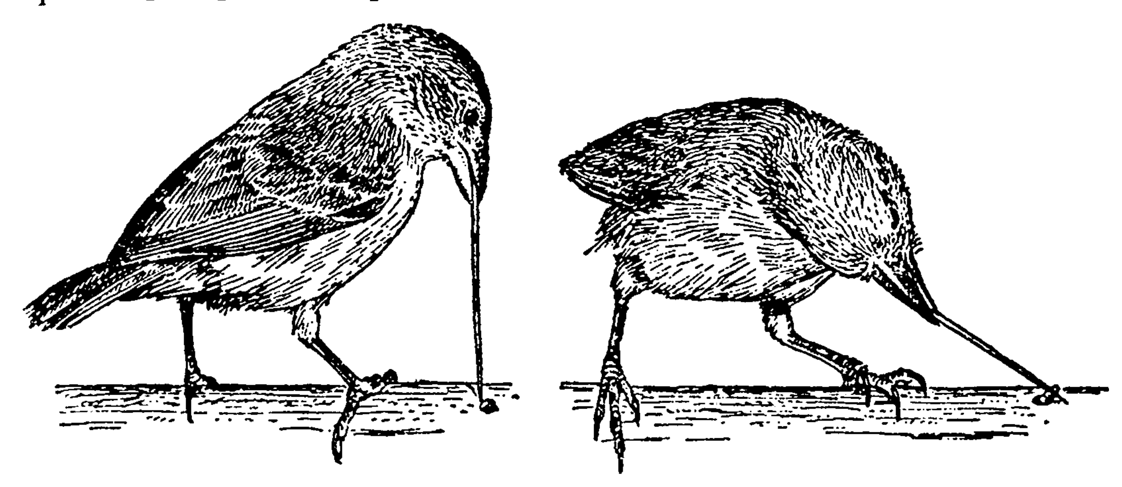


FIG. *12. Pinzón picamaderos provisto de una espina de cactácea, escarbando para sacar una larva de insecto de su agujero. Según fotografías del autor.*

La "racionalización" de la evolución en el verdadero sentido de la palabra aparece en el hombre con el lenguaje y la escritura, que nos hacen independientes hasta cierto punto del laborioso mecanismo de la mutación y la selección. El hombre puede probar mentalmente diversas posibilidades y trasmitir con inteligencia las recetas obtenidas por la palabra y la escritura. Éste es un progreso decisivo en relación con los animales, que también pueden ciertamente trasmitir pero siempre se ven obligados a ejecutar delante de los demás las habilidades que quieren comunicarles. Los macacos aprenden por imitación a lavar papas (p. 57). Pero el hombre puede trasmitir sin necesidad del objeto; puede comunicar sus recetas de palabra, y ni siquiera necesita hacerlo personalmente, sino que puede dejarlas escritas para todos. Nuestra cultura, que es acumulativa y característica esencial del hombre, se basa en tales aptitudes.

La rápida evolución, dirigida culturalmente, oculta empero un peligro. Las culturas se forman pronto, y en razón de sus normas especiales se aíslan de las demás. Ahora bien, las distintas culturas se conducen como especies biológicas, y por eso las califica Erikson [54] de seudoespecies. En Nueva Guinea se hablan unos cien dialectos, y en los Alpes cada valle de regular extensión tiene su propio traje típico y sus propias costumbres, así como su propio "orgullo de valle", que separa a su comunidad de las demás. Esta diferenciación es con toda seguridad un valor, y nadie querría sin duda renunciar a la diversidad cultural de la humanidad. Pero en el confinamiento hay un peligro, porque suele ser hostil, y esto aun para las pequeñas agrupaciones en el interior de grupos étnicos. La tendencia a la es-

peciación o *formación de clubes* es contraria a la fraternidad general. La educación tolerante deberá quitar al proceso de confinamiento su aspereza.

b] CÓMO SE INTERPRETAN LAS SEMEJANZAS

Para manejar los criterios necesarios a la comparación de los modos de comportamiento, y con ello a la reconstrucción de los caminos seguidos por la evolución filogenética, debemos empezar por una breve incursión en el campo de la morfología. La evolución filogenética de los caracteres físicos puede reconstruirse casi de golpe con ayuda de series de fósiles. Así se demuestra que la pata delantera del caballo, con su casco, procede de una extremidad con cinco dedos. Por la comparación con las especies hoy existentes comprobamos las analogías más lejanas. Todos los vertebrados, por ejemplo tienen, a pesar de sus modos de vida tan variados, fundamentalmente la misma estructuración del esqueleto axial, de los órganos internos y del sistema nervioso central. Y dentro de este grupo zoológico siempre podemos, basándonos en los caracteres comunes, juntar en unidades naturales los peces, los anfibios, los reptiles, las aves y los mamíferos, que no se hallan unos junto a otros sin ninguna relación, ya que las aves, por ejemplo, están más relacionadas, por muchos caracteres, con los reptiles que con los mamíferos. Aun cuando no hubiéramos descubierto el ave primigenia, con cola y dientes, en los esquistos de Solnhofen, postularíamos el parentesco entre ambos grupos y haríamos descender las aves de antepasados reptilinos.

De la semejanza escalonada puede deducirse el parentesco más o menos cercano o lejano de los animales. Si se juntan en un haz las formas zoológicas según características comunes se obtiene una manera de árbol genealógico, suponiendo al mismo tiempo hipotéticamente que un carácter es tanto más antiguo cuanto mayor es el número de especies que lo poseen. Y los hallazgos fósiles confirman la hipótesis de que los caracteres más comunes son asimismo los más antiguos.

Uno de los hechos menos conocidos es que Darwin se convenció de la evolución de las especies comparando las actuales. En las islas Galápagos vio los pinzones que hoy llevan su nombre y explicó su sorprendente semejanza como signo de parentesco natural.

Mas no todas las semejanzas implican una afinidad genética. Hay también coincidencias, que sólo se explican por una función semejante. Un animal que debe moverse en el agua tiene que ir hacién-

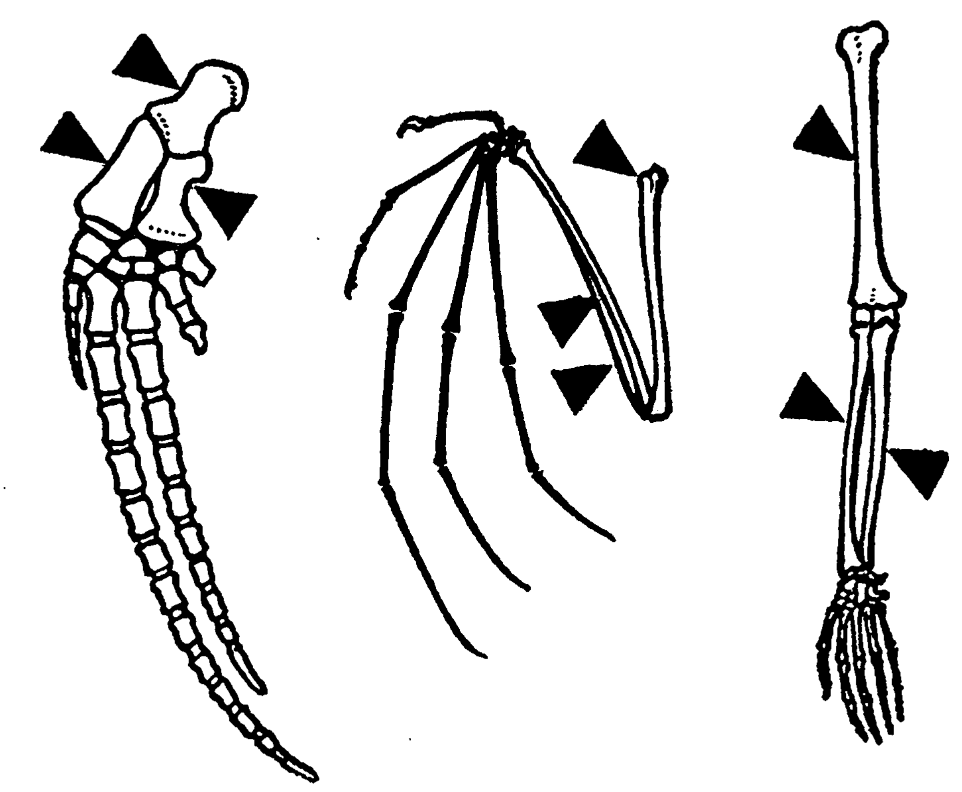


FIG. *13. La afinidad de las extremidades anteriores, exteriormente muy diferentes, de la ballena, el murciélago y el hombre se advierte en la organización ósea. El húmero, el cúbito y el radio en todo caso, podemos declararlos elementos homólogos.*

dose una forma corpórea que ofrezca al agua la menor resistencia posible. Los peces, los pingüinos, los ictiosauros y las ballenas fueron desarrollando su parecido externo, independientemente unos de otros, porque estaban sometidos a las mismas condiciones selectivas. Tales semejanzas se llaman analogías, para diferenciarlas de las homologías, que se basan en un conjunto de relaciones genéticas comunes (figs. 13 y 14).

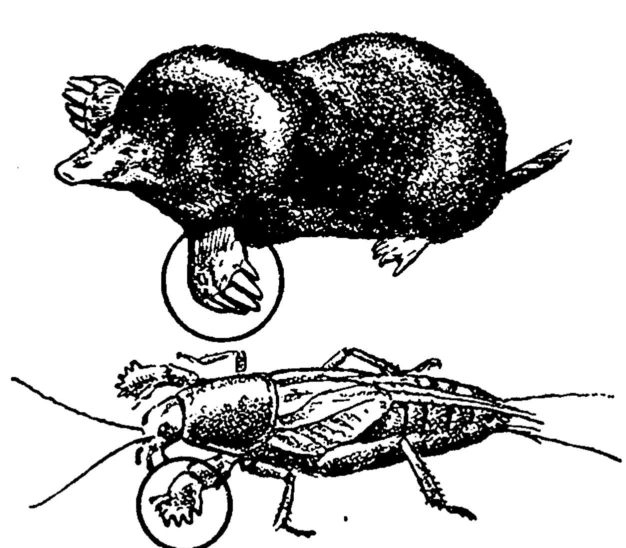


FIG. *14. El topo y el grillo topo o alacrán cebollero desarrollaron sus patas cavadoras independientemente uno del otro, para adaptarse a la vida dentro de la tierra. Las ilustraciones 13 y 14 son del libro de K. Lorenz,* Darwin hat doch recht gesehen *(Darwin había visto bien), Pfullingen, 1965.*

Las cosas se complican a menudo, y sobre una base común hereditaria se forman independientemente adaptaciones semejantes, como por ejemplo las aletas del ictiosauro, el pingüino, la tortuga marina y la ballena. En lo relativo a las aletas, estos caracteres son análogos, pero en lo relativo a su construcción básica como extremidad de vertebrados terrestres, homólogos.

Ahora bien, ¿cómo se distinguen en la práctica las homologías de las analogías? La semejanza de la forma especial significa solamente una relación de parentesco cuando la estructura es complicada y se da dentro de un grupo emparentado, aun con especies de muy diferentes modos de vida. Una evolución análoga es entonces menos verosímil, aunque no está excluida por completo. El criterio de la semejanza formal solamente bastará en los casos más raros para demostrar una relación de parentesco. Por lo general es necesario recurrir además a otros "criterios de homología". Por ejemplo, en los vertebrados suelen ser muy diferentes los huesos del cráneo. Los nasales pueden ser largos y estrechos o cortos y anchos, pero en su relación posicional con los demás huesos del cráneo se identifican en cada caso nasales, temporales, malares, etc., en las diversas especies y reconocer que son homólogos. Finalmente la homología se demuestra por la existencia de formas intermedias, como las que se hallan en la serie fósil del caballo.

Según estos criterios, estamos en condiciones de reconocer que son homólogos los caracteres físicos cuando al declarar que un carácter es homólogo al de otro animal queremos decir que entre los que tienen ese carácter hay además una relación genética y que el carácter lo heredaron de un antepasado común.

Si observamos ahora el comportamiento de las especies zoológicas que tienen entre sí un parentesco cercano comprobaremos también semejanzas. Casi todos los anatinos tienen como movimiento de cortejo en los machos el "silbido gruñido" o el "cabeza arriba cola arriba", como se han denominado esas pautas de comportamiento, y en la hembra, la incitación o instigación. Los movimientos son tan característicos que siempre se reconocen, a pesar de ligeras variaciones que puede haber de una especie a otra. Siempre forman unidades tan inconfundibles para determinadas categorías sistemáticas como los caracteres físicos. Y esto no nos maravilla mucho, ya que en definitiva las pautas de comportamiento se basan en las estructuras corpóreas y deben atribuirse a su actividad fisiológica. Como fenómenos cronológicos, las pautas de comportamiento tienen mayor grado de libertad que los caracteres físicos. Aparecen en variados traslapes e intensidades. Así pueden superponerse unos a otros diversos movimientos expresivos innatos con diversos grados de intensidad, lo cual significa

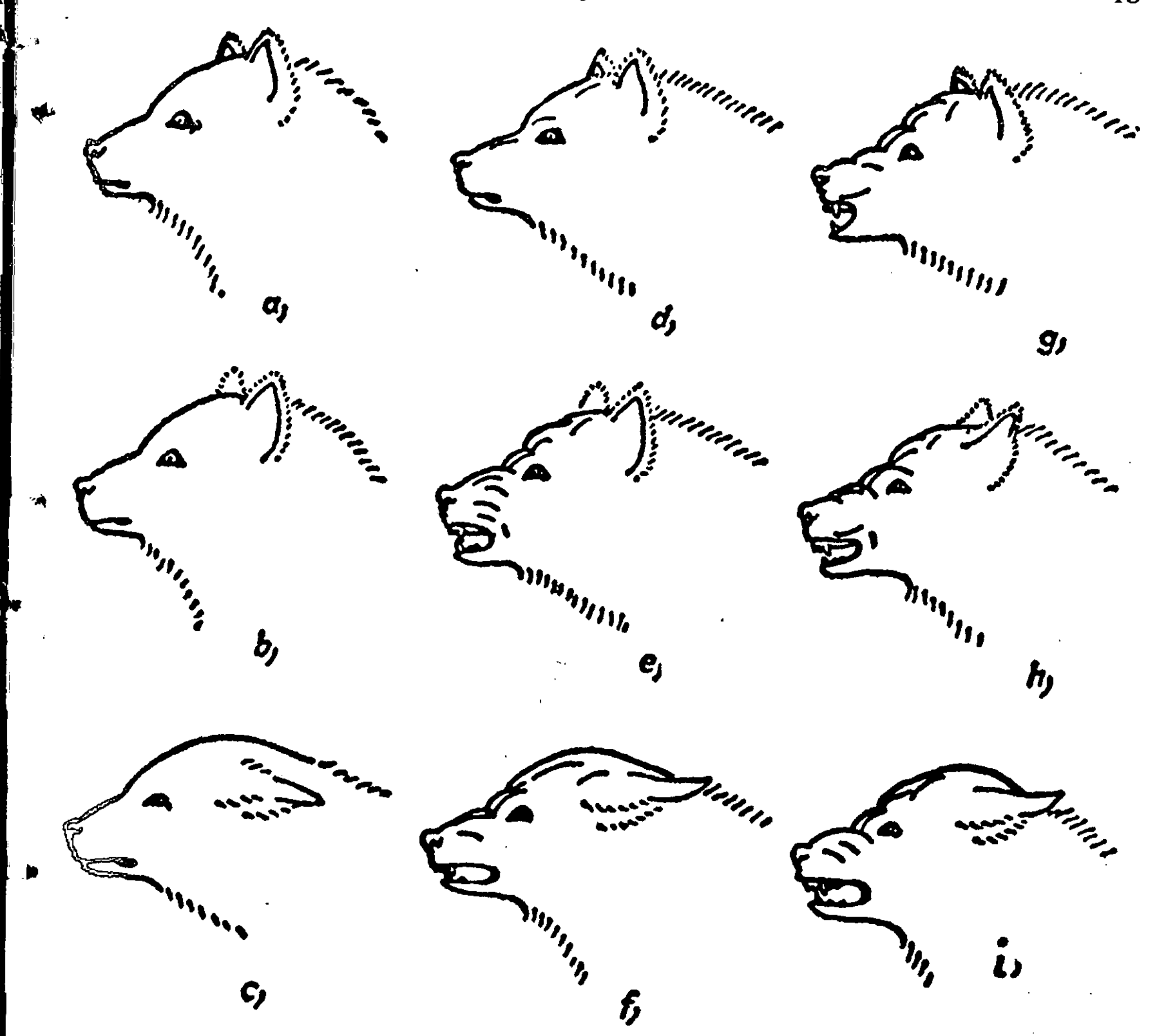


FIG. *15. Diversas expresiones faciales del perro, resultado de la superposición de diversos grados de intensidad en la intención de atacar y la de huir. De a) a c) aumenta la tendencia a la huida; de a) a g) aumenta la agresividad. Con sus correspondientes traslapes. Según K. Lorenz (1952).*

gran riqueza expresiva, como Lorenz [125] mostró en la mímica de los perros (fig. 15). El estudio de las pautas de comportamiento innatas resulta más difícil por el hecho de que no siempre son visibles. Pero mediante el cine y la grabadora se pueden conseguir en cualquier momento preparados ya listos. Para interpretar las semejanzas se emplean los criterios de homología ya descritos en la morfología: 1] La semejanza de la forma especial (de la pauta motora), 2] la semejanza de la ubicación (en el proceso) y 3] el criterio de la relación entre formas intermedias.[2] Con ayuda de este criterio se puede distinguir incluso entre pautas de comportamiento desemejantes una homología.

[2] Por lo general se ve uno reducido a comparar especies vivas, ya que las huellas fósiles de pautas de comportamiento son bastantes raras.

Así, por ejemplo, en la familia de los faisanes ha revelado la comparación del comportamiento de cortejo que el cortejo del pavo real macho es homólogo del reclamo por la comida del gallo doméstico y procede del reclamo alimenticio de un antepasado común. [162] Un gallo hace acudir a las gallinas del mismo modo que las gallinas a sus pollitos. Escarba unas cuantas veces, retrocede y picotea el suelo lanzando su reclamo. Si halla algo de alimento, lo alza y lo deja caer otra vez al suelo. Pero a menudo hace como si hubiera encontrado algo bueno y enseña a la gallina piedrecitas en lugar de alimento. Mas incluso este simbólico reclamo tiene éxito, porque la gallina se acerca y busca delante del gallo. El faisán cazador llama a sus gallinas de modo semejante, y otro tanto hace el faisán brillante, que se inclina profundamente al hacerlo delante de la gallina y llena el suelo de picotazos. Si la gallina atraída busca delante de él, abre las alas y las plumas de la cola y se está quieto con la cabeza inclinada, y solamente la cola se agita lentamente atrás y adelante como un abanico.

El faisán pavón escarba el suelo como un gallo doméstico para atraer a la gallina con el señuelo de la comida, y se inclina ante ella. Si se le acerca la gallina, mueve rápidamente la cabeza hacia ella, atrás y adelante. Si se le da alimento, se lo ofrece a la gallina, en un gesto que debe interpretarse como alimentación ritual. Normalmente no la alimenta; no obstante, la gallina picotea en el suelo delante de él. El pavón abre finalmente las plumas de la cola, las agita y da unos pasos hacia atrás. A continuación inclina la cola en forma de abanico hacia delante y con el cuello erguido señala con el pico hacia abajo. La gallina acude corriendo y busca en el foco del espejo cóncavo que forma en el suelo el abanico de plumas de la cola. Los pavos reales jóvenes además de hacer la rueda atraen escarbando y picoteando, otro indicio más del significado de atracción ritualizada por la comida que tiene el cortejo del pavón. Si no se conocieran las formas intermedias que los unen ni las fases juveniles poco ritualizadas del cortejo del pavón, apenas se sospecharía la procedencia del reclamo por la comida (fig. 16).

Las semejanzas del comportamiento pueden ser resultado de una función especial. La mayoría de las aves beben mojando el pico, sacando agua y tragándola después con la cabeza en alto. Pero una serie de aves de regiones secas han hallado por su parte el modo de beber sorbiendo. Los pinzones rayados, las perdices de las estepas y otras aves aspiran el agua (con el pico dentro de ella) por el esófago, como con una bomba. Aquí se trata de verdaderas analogías de comportamiento. [194] Las pautas de comportamiento de los cuidados parentales se hallan repetidas veces e independientemente unas de

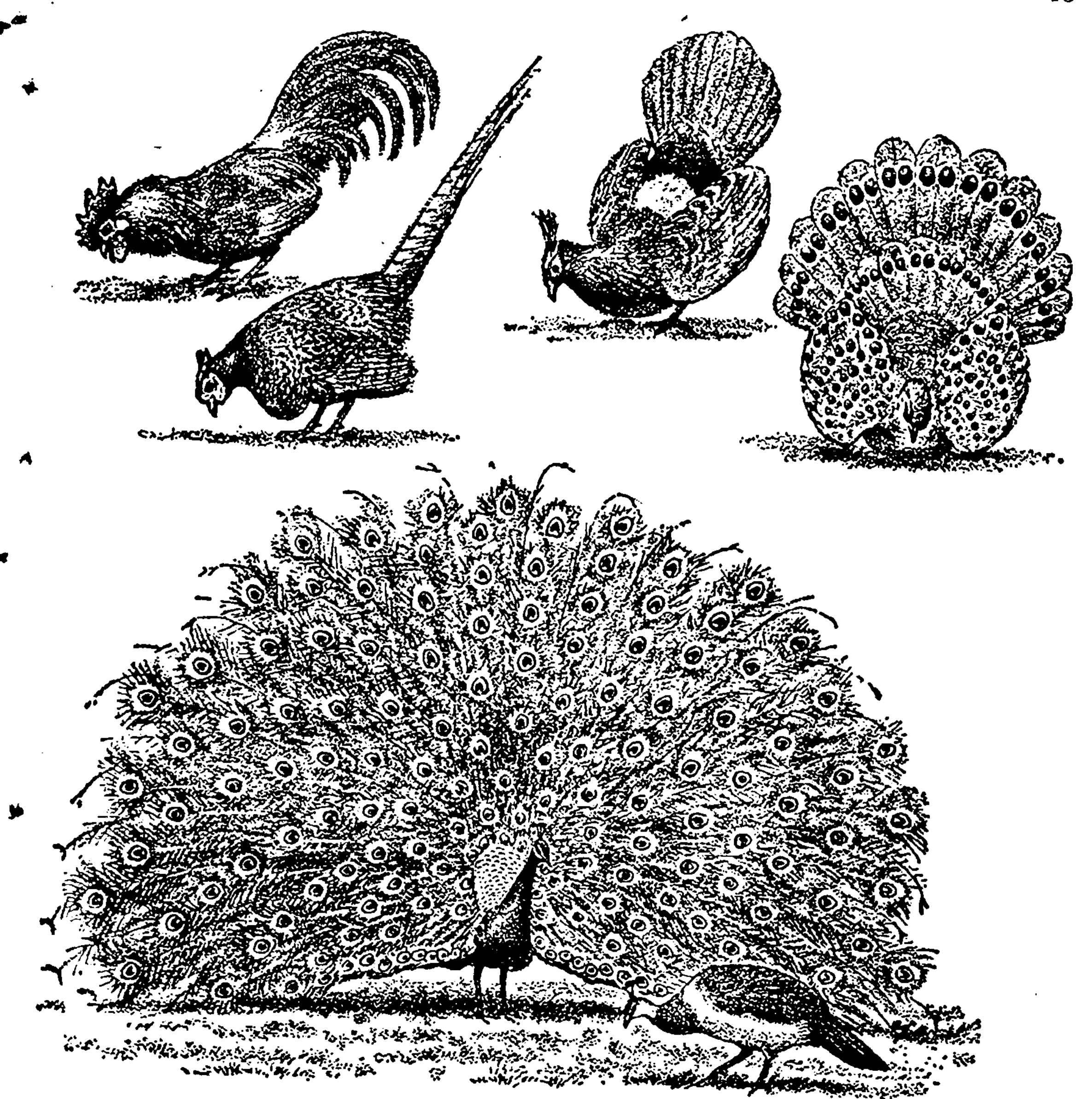


FIG. *16. El cortejo del pavón procede del señuelo de la comida. Arriba: gallo doméstico atrayendo a la gallina so pretexto de llamarla a comer; debajo, macho de faisán cazador atrayendo a la hembra con el alimento; al lado, faisán brillante y faisán pavón cortejando; abajo del todo, pavo real macho cortejando: la gallina atraída busca alimento por el suelo delante de él. Tomado de R. Schenkel (1956).*

otras, ritualizadas en diversas aves y mamíferos como gestos de conciliación; y los animales mayores las utilizan para cortejar y saludar. Es interesante el hecho de que en los insectos sociales (abejas, hormigas), y de modo muy independiente de ellos mismos, la alimentación de la progenie se transformó también en gesto vinculador o amistoso. Una vez formada genéticamente en el grupo zoológico la pauta de alimentar a los pequeñuelos, en cierto modo era lógico que este comportamiento de cuidado solícito en general se transformara en gesto

amistoso. En la mayoría de los casos se desarrollaron así en los pequeñuelos aparatos receptores que les permitieron reconocer en el comportamiento de cuidado de la progenie un acto de amistad (p. 22).

Las semajanzas, tan desconcertantes, en el comportamiento social de los cinocéfalos y de los hombres son consecuencia de una adaptación paralela a la sabana, con bases genéticas semejantes de partida. Unos y otros sobrevivieron en el espacio descubierto juntándose en grupos rígidamente organizados, que se asemejan en los detalles de su organización. Se nos parecen más los cinocéfalos, en muchos puntos de su comportamiento social, que los chimpancés, genéticamente más cerca de nosotros pero que viven en terreno no tan desprovisto de cubierto.

c] LA FORMACIÓN DE LOS RITUALES DESENCADENADORES

Al tratar del cortejo de los faisanes vimos cómo las pautas de comportamiento de la atracción por el alimento se fueron transformando gradualmente en una acción puramente simbólica —en una señal al servicio del cortejo. Calificamos tal proceso de ritualización. Toda pauta de comportamiento que acompaña con suficiente regularidad para caracterizarlo el estado de excitación de un animal puede ser el punto de partida de una evolución de este tipo. Y para otro animal puede llegar a ser señal del estado emocional. Si una muchacha se ruboriza sabemos que se avergüenza, y si alguien da con el puño en la mesa, sabemos que está enojado por algo. Y si para el que emite la manifestación excitante es ventajoso que el otro lo entienda, por el camino de la selección natural esa manifestación que delata la excitación se irá transformando más y más en señal.

Muchos mamíferos mueven la cola cuando están excitados. En el puerco espín, ese movimiento se ritualizó y convirtió en ademán de amenaza. Cuando el animal quiere amenazar agita rápidamente la cola, y las cerdas se golpean ruidosamente unas con otras. Refuerza el efecto de este movimiento el hecho de que al convertirse en manifestación de amenaza, las cerdas de la cola se transformaron en órganos resonantes huecos. En las serpientes podemos seguir una evolución paralela: en ellas también, la agitación de la cola se ha convertido en una corriente manifestación de amenaza. En la serpiente de cascabel se fue desarrollando así un movimiento amenazador, y el cascabel de la cola es un órgano adicional que subraya el efecto del movimiento.



FIG. 77. *Mujer turkana coqueteando: contacto visual, sonrisa e inclinación de cabeza con los ojos cerrados, forma ritualizada de evasiva ("fuga"). Según fotografías tomadas por H. Hass.*

Aparte de estos fenómenos que acompañan a la excitación hay pautas de comportamiento que ya tenían una función determinada que cumplir y que se convierten en movimientos expresivos. Un ejemplo de ello es la mencionada evolución del cortejo del pavón a partir de la atracción por el alimento. El pico negro tiene dos movimientos expresivos, derivados de su labor carpinteril. Para señalar su territorio golpea rápida y repetidamente ramas apolilladas y las hace resonar a lo lejos. En nuestro lenguaje esto quiere decir "aquí está uno trabajando", y sirve de advertencia a los rivales. Pero a las hembras, en cambio, las atrae. El segundo movimiento expresivo procedente del carpintear es el golpeteo de relevo. Si uno está harto de perforar, se pone a la entrada del agujero nidal y pica lentamente, deliberadamente, el borde del agujero. [171]

Hemos mencionado como otro ejemplo de amenaza ritualizada el enseñar (pelar) los dientes en los hombres y los monos. Los movimientos de huida y esquive están muy ritualizados en movimientos expresivos. La lagartija que se somete a otra se echa en el suelo y patalea. En cierto modo huye sin moverse del lugar, y así manifiesta estar dispuesta a la fuga. En el preludio al acoplamiento de mu-

chos mamíferos está ritualizada la huida de la hembra, quien invita a seguirla con ese "comportamiento esquivo", que se halla también en forma especialmente diferenciada en la coquetería humana. Este interesarse y desinteresarse son elementos típicos del comportamiento de coqueteo, que se manifiestan principalmente por el lenguaje de los ojos. Si una muchacha ha recibido el contacto visual, humilla la cabeza y baja los párpados. A menudo esto va ligado a un cambio de dirección de la mirada. Por lo general, los ojos vuelven a entrar en contacto con rapidez (figs. 17 y 18).



FIG. 18. *Muchacha samburu coqueteando. Contacto visual, bajada de los párpados y desvío de la mirada. En los movimientos de la cabeza apenas está esbozada la "fuga" ritual, que se limita a los ojos. Según fotografías tomadas por el autor.*

En todo el mundo, las personas que se encuentran algo confusas esconden total o parcialmente la cara. Seguramente, éste es un movimiento ritualizado de disimulo (figs. 19-21). También se observa en las muchachas que coquetean. Incluso en un muchacho ciego de nacimiento observé que escondía el rostro en las manos cuando se encontraba turbado.

Las pautas de comportamiento sufren una serie de modificaciones típicas al diferenciarse en señales. [48] Por lo general se simplifican, pero al mismo tiempo se exageran mímicamente al finalizar el movimiento. Con frecuencia hay una repetición rítmica del mismo, como por ejemplo, en el tamborileo del pájaro carpintero. Los movimientos expresivos aparecen también frecuentemente en una intensidad típica, inconfundibles que los define como señal. La secuencia comportamental



FIG. *19. Niña alemana de tres años que esconde el rostro detrás de las manos con juguetona coquetería. Según una foto tomada por el autor.*

variable puede resumirse en una nueva pauta comportamental fija, como nos lo demuestra la danza del *Labroides dimidiatus* (céfalo, mero limpiador), pececillo de los arrecifes tropicales que vive de limpiar a otros peces. Cuando se acerca a su hospedante sube y baja nadando, como columpiándose. Es un comportamiento que nació durante la filogénesis por el conflicto entre dos impulsos: el de nadar hacia el hospedante y el de huir a los protectores arrefices coralinos. [44]

Al mismo tiempo que evolucionan los movimientos expresivos se produce una evolución paralela de las estructuras morfológicas que subrayan el movimiento. Si el pelo se eriza con el miedo, suelen desarrollarse grandes melenas o crines, y si se trata de plumas, suelen aparecer adornos plumosos, penachos, etc. Con la ritualización, las pautas comportamentales reciben una nueva función, y al mismo tiempo se produce un cambio de motivación. El ademán de cabalgazón del cinocéfalo macho convertido en gesto de salutación es de motivación tan poco sexual como la mencionada presentación de los genitales.

Además de los filogenéticos hay todavía otros dos procesos de ritualización: la ritualización ontogenética que se produce durante el



FIG. *20. Ocultación avergonzada del rostro. Arriba, una samoana que contemplaba la fotografía de un joven y a la que se le hizo la reflexión de que parecía interesarle mucho. Abajo, una balinesa que reacciona a un cumplido. Según fotografías del autor.*

desarrollo juvenil y la ritualización tradicional a través de las generaciones, que desempeñan un papel muy importante, sobre todo entre los humanos. El curso normal de la ritualización en éstos mediante movimientos adquiridos por procesos de aprendizaje es igual al de la ritualización filogenética. También aquí se exageran mímicamente los movimientos al servicio de la trasmisión de señales y se acentúan por mecanismos adicionales. Aquí como allá observamos simplificación y repetición rítmica. Las igualdades no deben maravillarnos demasiado, ya que son siempre iguales los requerimientos por parte del receptor de señales, ya sea que se trate de ritualización filogenética, ya sea tradicional u ontogenética. Porque la evolución de las señales siempre



FIG. 21. *Intención de ocultar la parte baja del rostro en señal de confusión. Arriba, guerrero turkana al que se le elogió el tocado (según fotografías de H. Hass). Abajo, un guerrero waika que coqueteaba con mi acompañante (enseñándole la lengua, véase la p. 135), y al que sus acompañantes tomaron el pelo. Según fotografías del autor.*

es dictada por el receptor, que reconoce importancia a una pauta de comportamiento del otro y la eleva así a la categoría de señal.

Hallamos ejemplos de ritualización ontogenética en los movimientos mendicantes de los animales conservados en zoológico. Si los espectadores premian repetidas veces un movimiento con algo comestible, el animal aprende a volverse hacia los espectadores con tal movimiento. La mayoría de las veces se trata de movimientos de intención como agarrar, escarbar, apresar con la boca o chupar, que entonces repiten deliberadamente y con un ritmo especial. Pero muchas veces inventan también los animales movimientos nuevos. En la cueva de los osos de Berna vi uno de esos animales que cuando quería algo giraba erguido alrededor de su eje longitudinal. Otro se sentaba en el suelo, estiraba las patas traseras y se enganchaba las garras en los dedos de los pies; en esta posición se balanceaba con la boca abierta, pordioseando.

Entre los hombres, los ritos tradicionales desempeñan un importante papel. Ciertamente en nosotros es innato, en lo esencial, el reperto-

rio de los movimientos mímicos expresivos. No tenemos necesidad de aprender a reír ni a llorar. Pero muchas cosas nos son trasmitidas culturalmente. Por ejemplo, los ceilaneses dan a entender que están dispuestos a hacer algo balanceando la cabeza de lado. El europeo tiene que aprender la forma especial de asentimiento.[3] En Grecia, se comunica la negativa moviendo la cabeza con movimientos bruscos hacia arriba y hacia atrás, con lo que casi se cierran los ojos. En la negativa rotunda se alza una mano, o las dos, con la palma hacia el colocutor, de modo semejante a lo que hacemos nosotros cuando negamos algo indignados. Es verosímil que esta forma especial de denegación derive de un ademán social humano de rechazo. Los centroeuropeos hemos ritualizado, como otros muchos pueblos, el sacudimiento lateral de la cabeza para despedir o despachar a alguien. La mayoría de nuestros ademanes es de configuración tradicional, pero con frecuencia se puede demostrar que tienen una base innata. Las semejanzas de los movimientos expresivos y otras señales pueden además deberse a preferencias innatas del receptor de las señales (véase el ejemplo del realce de los hombros, p. 17).

Todo el mundo comprende, por ejemplo, que un hombre tiene intenciones amistosas cuando depone las armas ostensiblemente o por lo menos las "presenta" de modo que no parezcan amenazar al otro. Cuando saluda alguien que porta armas, por lo general en todas partes sigue el mismo principio, aunque el proceso formal pueda variar mucho. En Europa se hace el saludo militar presentando armas. Un masai que saluda a otro arroja su lanza al suelo delante de sí mismo. Un indio waika de intenciones amistosas tiene en una mano el arco y las flechas; y el caballero del medievo se quitaba las armas antes de acercarse a un castillo ajeno. Todavía hoy, el soldado depone las armas para entrar de invitado en una casa. Son muchos los ritos de entrega de regalos para crear y reforzar relaciones amistosas (p. 132).

Como disposiciones innatas, que determinan la formación de ritos culturales, se muestran también los paralelos en las danzas o bailetes de los varones en distintas culturas. Se trata de demostraciones de fuerza de acuerdo con un patrón, en el fondo siempre igual: se patea el suelo, se salta en el aire y a menudo se blanden armas al mismo tiempo. En principio es igual el alarde del tirolés que baila su zapateado, o el del escocés, el cosaco o el guerrero turkana que ejecutan

[3] La afirmación objetiva se comunica entre los ceilaneses como entre nosotros asintiendo con la cabeza: si se le pregunta a uno que si toma café y la respuesta es afirmativa, se la darán con la cabeza. Pero si se le pregunta: ¿Tomamos café? (o se le invita a tomar café), acepta meciendo la cabeza lateralmente. La negativa se hace como entre nosotros, sacudiendo la cabeza.



FIG. 22. *La amenaza del hombre y su ritualización cultural en la danza: Papú (dugum dani) amenazando a sus enemigos. Según una fotografía de M. C. Rockefeller en R. Gardner y K. G. Heider,* Gardens of War, *Nueva York, 1968. Cosaco bailando (tomado de la portada de una revista alemana,* Bunte Illustrierte, *49, 1965). Los saltos poderosos son parte esencial de muchas danzas viriles.*

sus danzas. Las sensacionales fotografías de Gardner[4] a propósito de los guerreros papúes en campaña demuestran que los militares se dejan llevar a demostraciones de fuerza semejantes en el frente de combate (fig. 22).

La formación de los ritos tradicionales se efectúa del mismo modo que la de los filogenéticos. Las pautas de comportamiento se simplifican y transforman en símbolo. El caballero antiguo se quitaba el casco para saludar; el moderno se alza el sombrero ligeramente. Y el alzamiento de la visera se ha convertido en el ademán que lleva los dedos al borde del gorro en el saludo militar. Los movimientos también son exagerados mímicamente, como por ejemplo en la forma de desfilar los militares, con grandes y firmes pasos, que indican vigor; o en el modo de caminar del rector de una universidad, con pa-

[4] Robert Gardner, *Dead Birds,* Harvard University; véase también R. Gardner y K. G. Heider, *Gardens of War,* Nueva York, Random House, 1968.

sos mesurados, en las solemnes celebraciones, para hacer gala de dignidad. En las abluciones rituales de los hindúes en el Ganges se ejecutan repetidas veces determinados componentes del comportamiento de limpieza en forma simplificada y al mismo tiempo exagerada. Los desgastes por el uso y las síncopas de los movimientos se plasman en nuevas unidades. Esto es así de modo principal en el campo del lenguaje. Sólo el iniciado sabe que para los vieneses *Hawidjere* es la antigua fórmula de salutación *Habe die Ehre* (Tengo el honor) y que *Dschamster Diener* equivale a *Ihr gehorsamster Diener* (Su más obediente servidor).[5]

En muchos pueblos se escupe como fórmula mágica de conjuro, y así los hacemos también los centroeuropeos. Nos escupimos en la mano antes de empezar un trabajo, y no para asir mejor el útil de trabajo, sino para favorecer el resultado. Pero ya no queda más que el ademán. Un escupitajo ritualizado en palabras es el *Toi, toi, toi* para desear que alguien se rompa el alma.

Al igual que los movimientos expresivos, los ritos humanos son también en el fondo señales, que indican poder, sometimiento, amistad y cosas semejantes. Una función muy importante de los rituales es la de consolidar el grupo. Los grupos humanos crean costumbres que les permiten diferenciarse de los demás; y hemos de tratar este complejo más ampliamente.

Podemos asegurar que las pautas de comportamiento son comparables, lo mismo que las estructuras físicas, y si sentamos como base los criterios de homología de la morfología, podemos reconstruir su evolución filogenética. Muchas semejanzas comportamentales se explican por desafíos semejantes del medio. Se asemejan en diversas especies porque realizan funciones semejantes, y no son necesariamente señal de un origen genético común. En el proceso de la ritualización, las pautas de comportamiento se transforman, en unión a veces de estructuras corpóreas especiales, en señales (movimientos o ademanes expresivos). Sufren además modificaciones que apuntan a dar a la señal una configuración llamativa e inconfundible. Esto también se aplica a las señales creadas en el proceso de la ritualización cultural.

[5] De modo semejante dicen el madrileño *Ausanda* por *Vamos, anda* y el mexicano *Chogusto* por *Mucho gusto.* [T.]

4

VENTAJAS DE LA SOCIABILIDAD

Hay animales que viven en grupos, y hay también solitarios bien conocidos; pero es asimismo frecuente que una especie zoológica sea al mismo tiempo sociable y agresiva. Como una y otra tendencia se desarrollaron en el curso de la filogénesis, es razonable preguntarse cuáles son sus ventajas en el sentido de la selección.

Las ventajas que procura a un animal el participar en una asociación son de género muy diverso. Los segadores, arácnidos mexicanos (*Leiobunum cactorum*), en tiempo de secas se apelotonan por millares, y así se protegen de la desecación o deshidratación. Los animales que se apartan de la manada hacen cuanto pueden por volver a ella inmediatamente, atraídos hacia sus semejantes por sustancias odoríferas especiales. [190] Los pingüinos imperiales de la Antártida soportan los violentos vendavales apretados unos contra otros estrechamente, para reducir la pérdida de calor. Así sobreviven a tempestades de más de 100 km por hora y temperaturas de 60° Celsio bajo cero. [149]

La mayoría de los peces oceánicos viven en bancos. Su afán de juntarse con sus semejantes es claramente apremiante, ya que si alguno queda rezagado busca presa de pánico, corriendo de acá para allá como una exhalación, la reunión con los demás, que le garantizan unas señales especiales, como por ejemplo unas marcas negras que llevan en el dorso o la aleta caudal. Las formaciones son abiertas, y cualquier congénere puede adherirse a ellas. Además, son anónimas, y los miembros de un banco de peces por lo general no se conocen individualmente. El banco de peces es en primer lugar una formación defensiva contra los enemigos devoradores. Esto puede parecer desconcertante, ya que a primera vista se le ocurre a uno la idea de que semejante concentración en un lugar facilitaría el apresamiento al depredador. Pero no es así: todo pez depredador tiene que acercarse lo suficiente a su presa, y elegirla bien antes de abrir la boca. Mas antes de que pueda fijar la vista en un pez de los que componen el banco, por lo general aquél se ha confundido entre los demás, y el asaltante tiene que ponerse a buscar una nueva presa. El continuo cambio de objetivos lo trastorna, y la confusión así creada protege a su víctima. En el océano Índico y junto a las islas Galápa-

gos, he visto cómo los peces carnívoros se afanaban en separar con tácticas especiales a algún pez del numeroso conjunto. Y si lo lograban, ya no tenían ninguna dificultad en apresar al pececillo aislado en medio de las aguas. [42, 44]

Los pájaros forman bandadas por las mismas razones. Pero ellos se ayudan además en el peligro atacando todos juntos al ave de presa. Las formaciones de vertebrados superiores y de insectos suelen ser asimismo colectividades defensivas. Las chovas atacan a un perro que ven con una chova en las fauces. Los macacos de la India y los cinocéfalos atacan a quienquiera se mete con uno de sus pequeñuelos. Su grito de angustia es una señal que desencadena de forma francamente refleja un ataque. Mis monos *Callithrix jacchus*, perfectamente domesticados, me atacan y amenazan si sus pequeñuelos lanzan un grito de miedo. Como los monitos chicos son muy curiosos, me buscan, pero después se asustan de su propia audacia y lanzan gritos de miedo y yo, que soy perfectamente inocente, me veo convertido en objeto de tales ataques. La protección frente a los enemigos fue un factor importante en la evolución que condujo a la formación de grandes concentraciones de animales. La protección y defensa de la nidada fueron sin duda antes que el cuidado de la progenie (alimentación y limpieza de los pequeñuelos). En casi todos los peces y reptiles que cuidan de su progenie, el cuidado se limita a defenderla de los enemigos. En el caso más sencillo, el animal adulto permanece junto a su descendencia, pero a menudo —sobre todo entre los peces— ambos progenitores permanecen juntos y defienden unidos a los pequeñuelos. Ésta es una de las raíces de la duración de las parejas, que en los casos extremos permanecen unidas toda la vida. Hay también formación de parejas sin cuidado de los hijos. Los peces mariposa (*Chaetodon*) están por ejemplo juntos toda la vida, tal vez porque en la inmensidad de los arrecifes son muy pocas las probabilidades de volverse a encontrar dos peces. [198]

Otra ventaja de la unión es la posibilidad de repartirse el trabajo: el macho puede encargarse de la protección de los hijos, y la hembra de proporcionarles alimentación, limpieza y calor maternal. Los lobos que viven en manadas cazan todos juntos: unos se adelantan al animal que quieren cazar para cortarle el camino mientras el resto de la jauría lo persigue y captura. Culmina la división del trabajo en los insectos, que tienen diversas castas, cada una con su cometido propio. Entre las hormigas tapiceras del trópico americano hallamos por ejemplo tres castas de trabajadoras: las grandes trabajadoras que defienden el nido, las medianas que cortan y transportan los trozos de hoja, y las pequeñas, que elaboran las hojas y las transforman en campo de cultivo para los hongos de que viven estas hor-

migas agricultoras, que además acompañan a las obreras de categoría mediana y las protegen, mientras trabajan, de los ataques de las moscas parásitas, que tratan de poner sus huevos encima de las trabajadoras. Durante el transporte de las hojas viajan encima de los trozos cortados y defienden a las portadoras. [49] La división del trabajo permite especializaciones muy grandes, y con ello un mayor rendimiento. Otro tanto sucede con las sociedades humanas.

La vida grupal facilita también la formación de tradiciones. Algunos monos imitan las invenciones de uno de ellos, y las conservan por tradición durante generaciones. Cuando alimentaban a los macacos de la isla japonesa de Koshima con camotes, se le ocurrió a una hembra lavarlos para quitarles la tierra. Los demás la imitaron, y ahora esta costumbre es una característica específica del grupo. [93, 96, 97] También alimentaban a los monos de aquella comarca con mijo que esparcían por la orilla. Al principio recogían grano por grano, hasta que aquella hembra que inventó el lavado de los camotes tuvo la idea de coger todo junto, granos y arena, y separarlos en el agua. Con el tiempo, este invento fue adoptado también por otros miembros del grupo. Cerca de Kyoto aprendió una hembra a calentarse junto al fuego como hacían los guardianes. Al cabo de poco tiempo lo hacían así todos los animales del grupo. También los chimpancés que viven en libertad tienen costumbres grupales específicas, trasmitidas por tradición. Los miembros de una familia o de un grupo grande se ayudan hasta el punto de sacrificar su propia vida por otro, y aun cuando no lleguen hasta eso, hacen muchas cosas que al individuo no le reportan necesariamente ventajas. Esto plantea la cuestión de la evolución del comportamiento altruista y de si podría explicarse por el principio de la selección.

La respuesta es afirmativa. En los animales sociables no debemos pensar tanto en el individuo como en el grupo, en el que están contenidos de todos modos los genes o caracteres hereditarios del individuo. Un grupo en que los individuos se sacrifican por la defensa del grupo o de los pequeñuelos trasmitirá su patrimonio genético mejor que un grupo que no tiene individuos dispuestos a esa defensa. Por la misma razón, los individuos que se comen todo lo que es de otro o lo combaten sin inhibiciones conquistan sin duda ventajas dentro de su grupo al principio, pero debilitan a ese mismo grupo como unidad y lo ponen en desventaja para competir con otros grupos. La brutal variante asocial puede imponerse al principio en el grupo, pero su genoma es menos venturoso. Si, por ejemplo, en una población de aves apareciese una mutante que expulsara del nido a todos los hermanos y hermanas, el animal sería el único superviviente de la nidada. Cada pareja tendría entonces un solo hijo,

mientras que de otro modo tendría varios. Debido a eso, tal mutante no se impondría nunca en la población. [196]

Las agrupaciones de animales se pueden dividir en dos grupos, según el carácter de abierto o cerrado. Las formaciones abiertas son aquellas en que los miembros permiten la entrada a otros que hasta entonces no pertenecían a ellas. Los miembros de una agrupación abierta en general no se conocen unos a otros, y son perfectamente intercambiables en cualquier momento. Como ejemplo de formación abierta podemos mencionar los bancos de peces.

Una formación cerrada es por el contrario una unidad intolerante. Los extraños no son admitidos en el grupo sin más ni más; y si lo intentan, son expulsados. Esto significa que los miembros del grupo se conocen, ya sea individualmente, ya sea por alguna característica común a todos los miembros del grupo. A veces, un grupo intolerante es burlado, como sucede con el caso del gobio ciego (*Typhlogobius californiensis*), en que dos animales de distinto sexo defienden un territorio común. El macho lo defiende contra cualquier macho de su misma especie, y la hembra del mismo modo, solamente contra las hembras. Contra el compañero del otro sexo estos peces no tienen nada, y así pueden cambiar de compañía sin más proceso. Muy diferente es en verdad el caso de los teleósteos, muy conyugales, como el pez anémona (*Amphiprion xanthurus*), cuyos machos y hembras son agresivos contra todo congénere y sólo toleran a su cónyuge, que reconocen individualmente. [197]

En muchos peces, aves y mamíferos que viven en parejas, los hijos reciben cuidados de ambos progenitores, y cuando se emancipan pueden abandonar el grupo. Muchas veces se disuelve entonces al mismo tiempo el vínculo que unía a la pareja. Pero con frecuencia queda ésta como familia núcleo. Si los hijos siguen con los padres, dan origen a la formación de agrupaciones familiares mayores, cuyos miembros suelen conocerse individualmente.

Las agrupaciones familiares se incrementan formando agrupaciones tribales, en que se unen varias generaciones. Estas "familias grandes" o superfamilias pueden todavía representar hasta cierta magnitud agrupaciones individualizadas, y entonces se advierten en ellas complicadas estructuras jerárquicas (p. 82). Mas si el grupo aumenta hasta sobrepasar determinado tamaño, en general el individuo ya no puede reconocer individualmente a los demás miembros del grupo. En tales casos, los miembros se reconocen por una insignia o distintivo común. Las ratas se marcan unas a otras con la orina, y crean así un olor grupal común. Si se separa una rata de su grupo y vuelve al cabo de tres días, la atacan sus excompañeras, porque mientras tanto perdió el olor del grupo. Y a la inversa, una rata extranjera es adopta-

da si la frotan con la orina de diversos miembros del grupo a que es extraña. En cierto modo, los hombres vivimos tanto en grupos individualizados como en formaciones anónimas de exclusividad mayor o menor (pp. 201-2). [48]

Este rápido examen nos demuestra que la unión en grupos reporta diversas ventajas. La evolución del comportamiento altruista es perfectamente comprensible según los principios de Darwin. La ayuda mutua hasta llegar al sacrificio del individuo tiene también un valor de supervivencia. Entre los vertebrados, la aparición del comportamiento asistencial o auxiliador debe ser de fecha reciente, geológicamente hablando. Tal comportamiento se observa ya en los peces, pero solamente en los grupos de teleósteos, geológicamente muy recientes. Entre los anfibios y reptiles, las pautas de comportamiento altruista parecen limitarse a algunos casos raros de defensa y transporte de los huevecillos. Los adultos nunca se ayudan. Hay ciertamente reptiles "sociables", pero si se les observa detenidamente se advierte que no hay entre ellos ninguna acción recíproca de amistad. Los saurios de las islas Galápagos, por ejemplo, yacen a veces por centenas unos junto a otros o encima de otros en las rocas, pero su único contacto con la pareja se limita a alguna que otra amenaza, y su mismo cortejo es un comportamiento de amenaza modificado por mutación. No se acicalan mutuamente, no se dan de comer ni se apoyan en momentos de peligro; no hay vinculación individualizada. En la mayoría de las aves y los mamíferos esto es totalmente distinto. Se apoyan unos a otros y se acogen con toda una serie de tiernas pautas comportamentales. Con la facultad de cooperar y el altruismo, los vertebrados sociables —y en evolución paralela los insectos sociales— han logrado una organización de nivel superior. En este adelanto se basa finalmente nuestra sociedad humana. La cuestión del impulso que puso en movimiento esta evolución ha de ocuparnos todavía.

5

LA AGRESIÓN VISTA POR LA ETOLOGÍA

a] VENTAJAS DE LA INTOLERANCIA

Los animales de muchísimas especies combaten a sus semejantes, y el hombre no es ninguna excepción. Por el contrario, su historia es una mezcla de acciones violentas y no violentas, y en nuestra época también se advierte la misma tendencia. Aunque nosotros representemos la tesis mencionada al principio de esta obra, de que el hombre es por naturaleza sociable y amistoso, no debemos pasar por alto su tendencia a la intolerancia y la insociabilidad, que debemos tomar en cuenta. Aquí nos ocuparemos exclusivamente en la agresión intraespecífica, y el notable hecho de que los animales de una especie combaten precisamente a los de su misma especie. Hay también una agresión interespecífica, en que los animales de presa atacan a otros animales, que son sus víctimas, pero esta forma de agresión no nos ocupará aquí. Únicamente queremos dejar bien sentado que deben distinguirse netamente una de otra estas dos formas. Ya en los movimientos se diferencia mucho la agresión intraespecífica de la interespecífica: una gata que ataca un ratón se conduce de modo muy distinto que cuando ataca una rival. Estas pautas de comportamiento fundamentalmente diferentes pueden activarse por estimulación eléctrica de diferentes partes del cerebro.

Hacemos resaltar la necesidad de distinguir porque en alguna ocasión ya fueron tratadas estas dos formas de agresión, sin ningún espíritu crítico, como si se tratase de una misma cosa, y también ha sucedido eso en las discusiones. Y. Z. Kuo [114] consiguió criar en buena convivencia gatos y ratones, y de ahí deduce que también es posible la convivencia pacífica del hombre. R. Dart [32] intentó explicar la agresividad del hombre moderno por el modo de vida rapaz de sus antecesores los australopitecos. Estos hombres simios que vivieron hace cosa de 1.7 millones de años golpeaban a sus víctimas con huesos de antílope, y esta "agresividad" sería el origen de la agresividad humana. Robert Ardrey [7] sigue la argumentación de Dart. Lo que olvidan ambos es el hecho de que los herbívoros no son más pacíficos que los carnívoros, de ningún modo. Los toros atacan a otros toros, y los gallos se han convertido en símbolo animal de la

agresividad.[1] Por eso, el modo de vida rapaz no es en absoluto premisa de la evolución que condujo a la agresión intraespecífica. Esto suscita la cuestión de si el comportamiento agresivo tendrá ventajas para la selección. Dada la amplia difusión del fenómeno es harto inverosímil que la agresión sea solamente una manifestación secundaria de otras manifestaciones vitales y no tenga otra misión que cumplir.

En su clásica obra *Territory in Bird Life*, Howard [87] ha dado ya una clara respuesta a esta cuestión. Demostró en ella que muchas aves canoras demarcan con su comportamiento agresivo un espacio determinado para territorio suyo y se lo imponen a sus congéneres. Por lo general, una pareja defiende en común su territorio. Esta intolerancia hace que los vecinos no aniden demasiado cerca, y esto no deja de tener su importancia. El congénere tiene, entre otras cosas, las mismas necesidades de alimentación y es por ello el competidor más fuerte. Si los petirrojos no fueran intolerantes, podría suceder que varias parejas anidaran unas junto a otras. Como estos pájaros no alcanzan un gran radio de acción, con la mala estación se agotarían pronto sus fuentes nutricias, y ninguna de esas parejas podría criar a sus pequeñuelos. La agresión crea distancias y distribuye los animales de una misma especie por un espacio bastante grande. El que no conquista un territorio, no puede criar descendientes. El comportamiento territorial es al mismo tiempo un importante mecanismo de control de la descendencia. El exceso de población hasta agotamiento de la base vital es evitado por ese medio. [203] La presión de los vecinos obliga además al poblamiento de regiones menos favorables. La conservación de la especie lo requiere, porque de esas regiones puede venir una repoblación de espacios vitales o ecológicos donde la población se extinga por alguna epidemia o catástrofe de otro tipo. La repartición que realiza la agresión territorial se produce también entre los animales que viven en grupos exclusivos (p. 57).

En estos casos, los grupos ejercen presión unos sobre otros, y así se conservan las distancias.

Otra ventaja del comportamiento agresivo se advierte en los combates entre rivales. Muchos son los machos de vertebrados que luchan con sus pares en la época de la procreación. En esta lucha se seleccionan los más fuertes y sanos, y esto tiene especial importancia allí donde son los machos los encargados de proteger a los hijuelos. En las islas Galápagos, los leones marinos patrullan infatigablemente a nado las costas y rechazan hacia las aguas someras a los jóvenes de su ha-

[1] Los tiroleses llevan plumas de gallo a manera de ornamento viril, y las llaman plumas de gallardía (*Schneidfeder*).

rén que se aventuran demasiado lejos. Los protegen de los tiburones. [41] Y claro está que los más fuertes pueden hacer mejor este trabajo.

b] LOS TORNEOS

La agresión empero no procura solamente ventajas a una especie. En un encuentro agresivo hay el peligro de que un conespecífico sea herido o muerto. Y esto no va de ningún modo "en el sentido" de la supervivencia. Si los cíclidos mataran regularmente a sus rivales en el combate, privarían a su especie de la reserva de machos jóvenes tan necesaria para reponer las pérdidas que le ocasionan los depredadores, los accidentes, etc. Por eso es tan importante el saber perdonar a los congéneres como el combatirlos cuando llega el caso. En los animales fuertemente armados, dos presiones selectivas opuestas provocan un conflicto al enfrentarse. ¿Cómo se resuelve este conflicto?

Lo más sencillo sería desarmar la agresión allí donde un congénere, gracias a sus temibles armas, puede matar fácilmente a sus semejantes. Pero, cosa curiosa, tal no es el caso. Antes bien, observamos que los animales bien armados suelen tener complicadas reglas para la liza, que les permiten encontrarse de modo incruento. Esto lo vi emocionado en las islas Galápagos, donde las iguanas o saurios marinos que se alimentan de varec pueblan a centenares los arrecifes de lava. La mayor parte del año estos saurios son muy tratables, pero en la época de la reproducción se delimitan los machos unos territorios de unos cuantos kilómetros de roca, donde toleran algunas hembras; pero si se acerca algún macho, lo atacan. En el combate no se muerden, y esto es importante, ya que poseen agudos dientes tricúspides con los que fácilmente podrían lesionarse. El torneo incruento empieza con un comportamiento intimidante: el dueño del territorio enarca su dorso y las espinas que le forman en éste como un crestón, y se muestra al contrario de flanco. Al mismo tiempo se yergue y corre con las patas estiradas, para parecer más grande. Abre la boca amenazando con morder y mueve la cabeza. Si el rival no cede, el dueño del territorio se lanza contra él. La primera vez que vi esta escena pensé que los dos animales se morderían al punto, mas no fue así. Antes de llegar a encontrarse, los animales bajan la cabeza, y después chocan sus bóvedas craneanas. Entonces se desenvuelve un combate, durante el cual cada uno trata de sacar al otro del campo. Las placas córneas que recubren el cráneo impiden que los antagonistas se

separen. Cuando uno de los dos es desplazado por el otro, el combate acaba. Pero también puede interrumpirse cuando uno de ellos observa que no da la medida para pelear con su contrario. Entonces se coloca en actitud humilde, aplastado sobre el vientre, delante del vencedor, quien al punto deja de pelear y espera en apostura amenazadora que el vencido evacue el campo (fig. 23). [45]



FIG. 23. *Torneo de las iguanas. Arriba: dos machos luchando a topetazos. Abajo: el perdedor (derecha) toma la posición sumisa, echado delante del vencedor. Según fotografías del autor.*

Los torneos de este tipo son muy comunes en el reino animal. Las serpientes de cascabel jamás se muerden, y las rivales pelean según reglas establecidas. Yerguen su tercio delantero, toman impulso y se dan cabezazos, hasta que una de las dos cae y se rinde. También combaten de este modo muchas aves y muchos peces y mamíferos. Pero no todos los animales portadores de armas siguen este modelo. Los perros y lobos empiezan el combate, después de un introito de amenaza, con intención de hacerse daño. Durante el intercambio de mordiscos uno de los dos acaba por advertir que es inferior al otro, y entonces busca su salvación en la huida o interrumpe el combate mediante un comportamiento humilde, en que se echa de espaldas y orina un poco. Este comportamiento es igual en su forma al de un pe-

rrillo o un lobezno, que se ofrece a que lo limpie su madre, y se debe entender como el recurso a un comportamiento infantil. En la realidad puede verse a menudo que el atacante pone punto final con un comportamiento de cuidado paternal y lame al perdedor (fig. 24). [127, 163] En todo caso deja de pelear porque tiene una inhibición de la agresividad. Mientras la iguana con su actitud sumisa desconecta los impulsos desencadenadores del comportamiento combativo y se concilia con el enemigo, el perro puede incluso volvérselo amistoso con su comportamiento infantil.

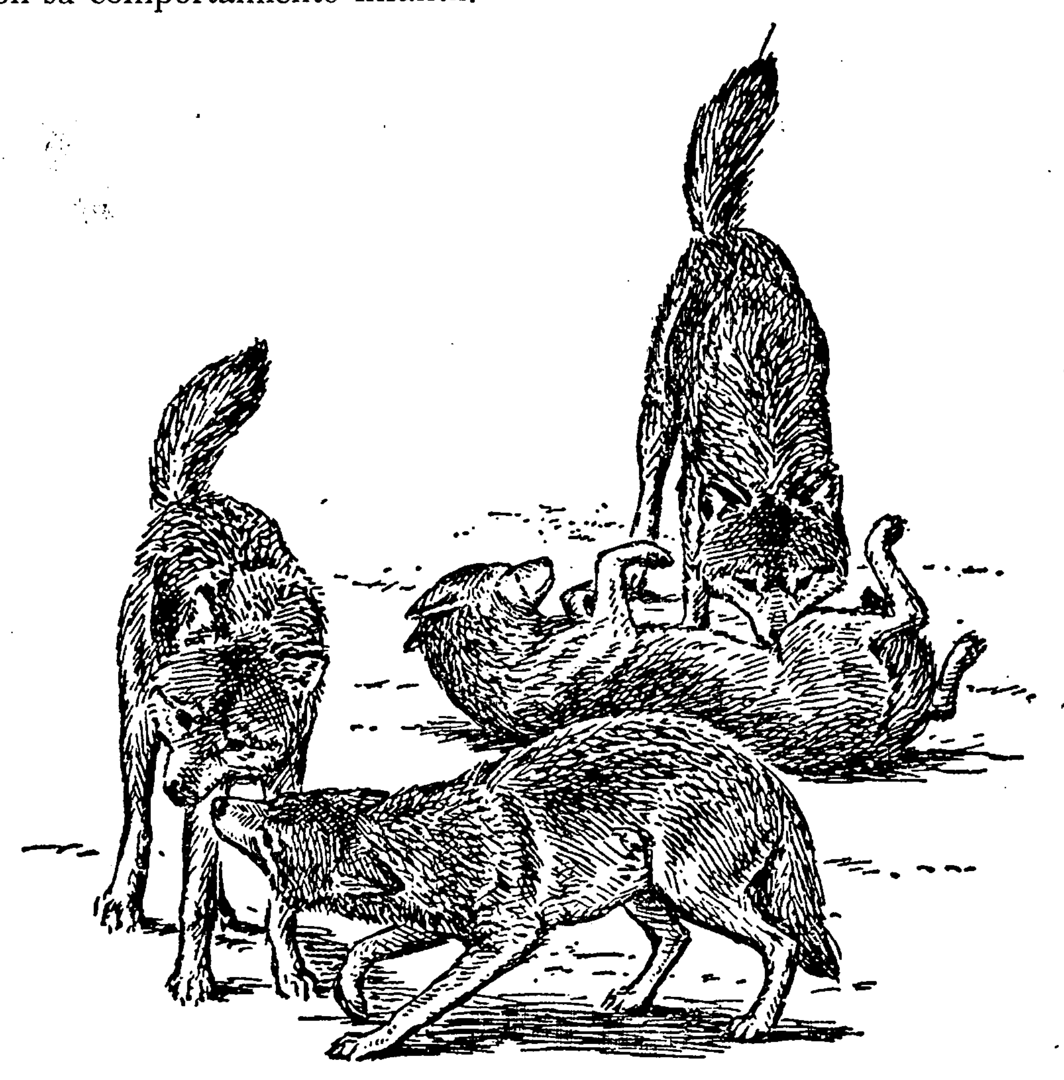


FIG. 24. *Comportamiento conciliador de los lobos: actitud de sumisión, echado de espaldas y, en el primer plano, pidiendo alimento. Este comportamiento infantil puede volver amistoso al contrario. Según R. Schenkel (1967).*

Hay toda una serie de vertebrados que no tienen mecanismo inhibidor de la agresión. Se trata en primer lugar de los que no poseen armas peligrosas, y después, de especies cuya capacidad de huida se ha desarrollado a tal punto que al cabo de un breve encuentro con el

adversario, el animal puede alejarse. Un hámster puede retirarse del terreno de su contrario en unos cuantos saltos tras de un breve intercambio de mordiscos. Así se ahorra la evolución las inhibiciones específicas de la agresión.

Un gran número de investigaciones ha dado por resultado que el comportamiento agonístico de los animales se halla preprogramado mediante toda una serie de adaptaciones filogenéticas (p. 11). Hay patrones de movimiento innatos, y por ello propios de la especie, para el combate. Los cíclidos se miden con su rival, aun cuando hayan sido criados en aislamiento, a coletazos y bocados. Las iguanas criadas en aislamiento combaten a cabezazos, mientras el leguan haitiano de cola carenada azota a su congénere con la cola. Los gallos de pelea criados en aislamiento se hieren con los espolones, y los corzos alimentados por la mano del hombre se topan con los cuernos, para citar sólo unos cuantos ejemplos.

El comportamiento de combate es activado en general por señales especiales del congénere. Ya mencionamos que las rayas azules laterales de la lagartija haitiana desencadenan combates de rivalidad y que los petirrojos reaccionan agresivamente a las manchas rojas del pecho. Los gasterósteos machos tienen en la época de la procreación el vientre rojo, y este carácter desencadena agresiones por parte de sus congéneres del mismo sexo. Incluso sencillos discos de cera sin aletas son atacados por ellos si están pintados de rojo por debajo. Y así reaccionan también los gasterósteos crecidos en aislamiento. [31, 186] Las ratas vueltas agresivas mediante un choque eléctrico no hacen caso de un simulacro, lo mueva uno o no. Pero atacan a una rata, viva o muerta, aunque en este último caso solamente si uno la mueve. [188]

En todos los casos mencionados no son condición indispensable las experiencias sociales para la aparición del comportamiento. Los investigadores norteamericanos también lo han comprobado: las palomas criadas lejos de toda sociedad atacan a otra paloma cuando en el curso de un adiestramiento se les interrumpe con el habitual premio en alimento. [9]

La diferente agresividad de las diversas tribus de ratones se determina genéticamente. Si se remplazan las madres de familias de ratones agresivas por madres de estirpes pacíficas, de todos modos los pequeñuelos se vuelven agresivos. Y los ratoncillos de madres pacíficas salen pacíficos aunque los críen madrastras agresivas.[2]

[2] K. Lagerspetz (1964), *Studies on the Aggressive Behaviour of Mice*, en *An. Acad. Sci. Fennice*, serie B, 131, Suomalaisen Tiedeakatemian Toimituksia, Helsinki.

c] LA PULSIÓN AGRESIVA

Un aspecto digno de atención en la agresión intraespecífica es su espontaneidad. El comportamiento agresivo no es desencadenado simplemente por determinados estímulos-signo; antes bien, se observa que los animales que durante mucho tiempo no pudieron pelear cada vez están más dispuestos a hacerlo, visiblemente en razón de un mecanismo interno propio que los impulsa a ello. Estos animales de humor combativo buscan activamente una situación estimulante desencadenadora que les permite descargar la pulsión combativa, claramente acumulada.

A. Rasa [151] estudió la acumulación y la abreacción de los impulsos agresivos en el cíclido *Etroplus maculatus*. Si se tiene a los machos cautivos en aislamiento durante bastante tiempo, a continuación no se puede emparejarlos sin más, porque atacan violentamente a la hembra que se les atribuye. Pero si con ésta se pone en el acuario otro macho, el ya avecindado se lanza sobre el rival, y como sus impulsos agresivos han hallado en quién descargar, está en condiciones de cortejar en paz a su hembra. Puede hacerse el experimento incluso de modo tal que la pecera esté separada en dos secciones por una placa de vidrio y en cada sección haya una pareja. Los rivales se pelean entonces a través del vidrio y se aparejan con las hembras que se les dieron. Pero si se aleja una de las parejas, el macho que queda sin rival se lanza contra su esposa y llega hasta matarla.

Los procesos fisiológicos en que se basa esa acumulación de la excitación todavía no han sido suficientemente investigados. Por la estimulación eléctrica del cerebro se puede provocar no solamente un comportamiento combativo concreto, sino una verdadera apetencia de pelea (=humor combativo). Colocando los electrodos en determinada posición en el cerebro de gallinas que por lo demás se movían libremente, von Holst y von Saint Paul lograron un ir y venir inquieto. [85] Parecía como que la gallina buscara algo determinado, y los investigadores lo probaron ofreciéndole diversas cosas. Si el estímulo cerebral daba sed a la gallina, buscaba agua y no hacía caso de rivales o compañeros sexuales que se le ofrecieran al mismo tiempo. Pero si el estímulo la había motivado sexualmente, sólo reaccionaba al compañero sexual, y si la excitación había sido agresiva, buscaba hasta dar con una rival, a la que atacaba de inmediato. En muchos vertebrados, la disposición agresiva varía según el nivel de la hormona sexual masculina en el ciclo anual. Las ardillas machos domesticadas suelen volverse agresivas regularmente en primavera, y atacan aun a sus cuidadores. Después de la época del apareamiento se calman. Me-

diante administración de dosis hormonales puede activarse artificialmente el comportamiento agresivo mucho antes de su tiempo. Los pavipollos se combaten entre sí, cosa que no hacen normalmente, después de serles administrada testosterona. Hay también razones para suponer que el metabolismo de las catecolaminas en el sistema nervioso central desempeña cierto papel en la aparición de disposiciones agresivas, pero se ignoran los detalles. Los sistemas pulsionales en que se basa la agresión deben ser innatos en el animal. Kruijt [101] crió gallos de pelea en aislamiento, que cuando fueron adultos combatieron a sus semejantes con las pautas comportamentales típicas de su especie. Mas si no se les daba ninguna oportunidad de pelear, lo hacían con su propia cola o herían con los espolones su propia sombra, lo cual demostraba a las claras su ansia de combatir. Experimentos nuestros todavía en curso demuestran que los hámsters y ratones domésticos criados en aislamiento social y colocados dentro de un laberinto en T por lo general escogen la rama cuya camarita final tiene por cebo un congénere del mismo sexo libremente accesible y combatible. El congénere que se halla en el lado opuesto, dentro de una jaulita de alambre y por lo tanto inatacable, interesa visiblemente menos. Los mamíferos sin experiencia social dan, pues, muestras de apetencia de combate.[3]

Podemos, por lo tanto, decir que las adaptaciones filogenéticas determinan el comportamiento agresivo en un gran número de vertebrados. Muchos animales están preprogramados de modo que reaccionen a determinadas señales con un comportamiento agresivo. Las muestras básicas de las pautas motoras que intervienen en ese comportamiento existen ya en forma de norma fija. Además, el comportamiento agonístico no siempre es de carácter puramente reactivo. La espontaneidad y la apetencia de combate demostrable también en los animales socialmente inexperimentados conduce a deducir la existencia de mecanismos pulsionales innatos.

Las hipótesis de que la agresión animal es algo exclusivamente aprendido son por lo tanto indefendibles. Mas esto no significa que el aprendizaje no desempeñe ningún papel en el desarrollo del com-

[3] Por otra parte, el comportamiento de los hámsters y ratones sin experiencia social cambia con gran rapidez. Una vez que han descubierto dónde está el congénere a combatir, corren unas cuantas veces hacia él y pelean. Si el otro se defiende y los muerde, en adelante evitan el conflicto y eligen la rama del laberinto donde está el congénere enjaulado. Aún más notable es, sin embargo, el hecho de que los buenos corredores que nunca fueron mordidos al final dejan de combatir. Después de unas cuantas carreras seguidas de combate, cada vez aumenta más en ellos la inhibición de la agresión. Supongo que lo que desarrolla esta inhibición es el hecho de que ya para entonces se han hecho conocidos el contrario y el animal en cuestión.

portamiento agresivo. Los experimentos de Scott [168] han mostrado claramente que se puede hacer muy agresivo un ratón por una serie de triunfos en combate. Y por el contrario, las derrotas repetidas extinguen la agresividad.

d] LA AGRESIÓN EN EL HOMBRE

Las opiniones están muy divididas en lo tocante a la naturaleza de la agresión humana. Ni siquiera hay acuerdo sobre la difusión del fenómeno. Helmuth [74] niega que la agresión sea un fenómeno universal, y señala los esquimales, los indios zuni y los bosquimanos, entre los cuales según él no se dan agresiones. Es evidente que piensa en agresiones colectivas en forma de encuentros bélicos y no en la agresión en general, ya que de otro modo no se le habría escapado que los esquimales ejecutan duelos cantados (p. 74) y pegan a la esposa y que los zunis tienen unos ritos de iniciación muy crueles, y que las agresiones son cotidianas entre esas gentes, que nos presentan como muy pacíficas. De los esquimales polares cuenta Rasmussen [152] una pelea entre esposos. El hombre golpeaba a la mujer porque no le quería afilar un cuchillo. Pero pronto la dejó, para apedrear a su perro y acabar rompiendo el cuchillo causa de la pelamesa. Al cabo de una hora los oyó Rasmussen bromear encantados. Es notable la evidente necesidad de descargar la agresividad una vez activada.

De los zunis escribe Helmuth [74]: "En ninguna parte de lo que dice R. Benedicts [13] sobre la vida de los zunis puede deducirse que haya agresión alguna" (p. 269). Weidkühn [192], que después leyó atentamente la citada obra de Benedicts, descubrió que describe cómo las mujeres se abalanzan sobre sus rivales y las apalean, y que a los sospechosos de brujería los cuelgan de los pulgares hasta que confiesan, y cómo unos dioses enmascarados castigan a los niños en los ritos de iniciación azotándolos con látigos de yuca.

Como ejemplo de disposición pacífica determinada por la cultura suele citarse a los arapesh de Nueva Guinea. Pero también estas gentes, que al parecer jamás se pegan, tienen sus agresiones. Margaret Mead [131, 132] dice que a los niños les enseñan a no descargar su cólera en otros niños sino en algún objeto. Si dos niños están jugando y se suscita una querella, inmediatamente interviene un adulto y los separa. El agresor es alejado del lugar donde jugaban y encerrado. En su rabia puede patear en torno suyo, gritar, llenarse de

suciedad por el suelo, tirar piedras o palos... ¡pero no se le permite tocar a otro niño!

"La costumbre de desfogar su cólera en las cosas que le rodean dura toda la vida. Un hombre encolerizado es capaz de pasar una hora golpeando su gongo y dando hachazos a sus palmeras" (M. Mead [132], p. 50).

Los indios hopis reprimen las agresiones físicas y tienen las luchas por cosa de mal gusto. Aprenden a sonreír hasta a los enemigos y a hablarles amistosa y normalmente en voz tranquila. Aprenden a compartir y a cooperar. Pero les queda una forma de agresión. "Con una lengua tan afilada como un dardo envenenado, continuamente se hallan en estado de guerrilla contra sus congéneres" (Eggan [38]).

Con toda seguridad hay diferencias culturales en la agresión humana. Todavía no ha presentado nadie la prueba convincente de que en un grupo humano no haya agresión de ninguna clase. Únicamente podría darse en territorios atrasados muy protegidos o como minoría tolerada dentro de un cuerpo étnico mayor que les presta protección. La agresividad, o sea la tendencia a la agresión, parece difundida por toda la tierra. Los pueblos primitivos y los civilizados no parecen diferenciarse en nada fundamental al respecto. Los indios de la selva virgen sudamericana, los papúes o las tribus del África negra en general no son menos agresivos que los ciudadanos de las naciones civilizadas. Y la agresión tiene en principio el mismo modo de manifestarse por todo el mundo. El alarde agresivo por los adornos, las armas y el aspecto viril tienen en el fondo en las más diversas culturas los mismos rasgos. El hombre se hace más impresionante mediante adornos de plumas, gorras de piel de oso y otras cosas que lo hacen parecer mayor, realza su musculatura y sus articulaciones por medio de vendas para las piernas o de muñequeras y de ornamentos, y a menudo exagera la anchura de sus hombros. Afecta tranquilidad y un aspecto desdeñoso. Hasta donde está comprobado, en todas las culturas es igual la mímica de la amenaza y la furia. Las personas de los más distintos ámbitos culturales patean cuando están furiosas —clara intención de ataque ritualizada— o aprietan los puños cuando se encolerizan.

Es universal la difusión del carácter heroico de la agresión, en forma de poemas épicos o de animales simbólicos agresivos (águila, león, oso, gallo), o de escudos heráldicos. También muestra el hombre orgullosamente las cicatrices ganadas en algún encuentro. Los waikas (indios que viven en las selvas vírgenes del Orinoco) se pelan cuidadosamente el cráneo para que se vean las huellas que les dejaron los combates a palos (p. 73), y en Europa se considera "macho" hacerse infligir cicatrices ornamentales con armas de esgrima. El valor se

considera virtud en todas partes, incluso entre los partidarios de la paz. La tendencia universal que hoy se advierte a cubrir con un tabú la agresión es un fenómeno novísimo y muy prometedor, que se basa en el incremento de la conciencia humanitaria y se debe sin duda en buena parte a la amenaza de autoaniquilamiento por la técnica de guerra contemporánea.

Como en los animales, en el hombre la agresión conduce a la delimitación territorial de los grupos y a la formación de un orden jerárquico. La agresión territorial ha favorecido la difusión del hombre por la tierra y el poblamiento de territorios improductivos cuando un pueblo más agresivo o más adelantado en la técnica del armamento arrinconaba a otro, que se batía en retirada, en algún territorio remoto. Y así fue incluso en nuestros tiempos modernos, como por ejemplo en el poblamiento de América del Norte o de Australia por los europeos. Según las normas morales de nuestros días, esto nos duele, pero el hecho no admite vuelta de hoja, y para comprobarlo basta con leer el Antiguo Testamento.

Mas a fin de dejar bien sentado que no estoy justificando la agresión quiero insistir en que no todo lo que otrora fuera adaptativo conserva esa función de supervivencia por siempre. Al cambiar las condiciones del medio no es raro que una adaptación se vuelva lo contrario y que como residuo histórico sobreviva pero ya no represente ninguna ventaja en la selección.

Muchos aspectos del comportamiento territorial humano denotan la antigua herencia de los primates. Ya mencionamos las estatuas fálicas que sirven para marcar las fronteras y defender de los demonios y que por su presentación de los genitales viriles recuerdan a los simios sentados que montan la guardia como postes fronterizos vivos.

Los hombres defienden tanto territorios individuales (incluso propiedades personales) como territorios comunes a todo el grupo. Cada quien muestra además una clara inclinación a mantenerse a distancia de los extraños, aparte de algunas situaciones especiales (tranvía, concentraciones de masas). Al hacerlo así sigue el ejemplo de muchos otros animales sociables, que mantienen las distancias entre individuos. Sommer [173] experimentó en bibliotecas. Si una persona se sentaba a una mesa ya ocupada mientras había otras libres, la persona que allí estaba sentada se cambiaba de lugar. Si no había ninguna posibilidad de apartarse, los subjetivamente avasallados levantaban barreras simbólicas entre ellos y su vecino, poniendo por ejemplo una regla para marcar el límite. Si se producía la transgresión de determinada distancia abandonaban el lugar, aun cuando objetivamente todavía les quedara espacio. Hay muchísimas situaciones cotidianas en que se manifiestan patentemente las inclinaciones terri-

toriales del hombre. Cuando alguien ha ocupado un compartimiento de ferrocarril tiene el derecho de medir a otro con la mirada sin que eso se tome por desvergüenza. Y como el que entra también reconoce el derecho territorial del ya ocupante, para preguntar si queda lugar libre emplea la fórmula mediante la cual se pide "permiso" para entrar.

El que llegó primero tiene visiblemente determinados derechos, que le reconocemos. Esto también se halla, hecho interesante, muy marcado en los primates. Si un chimpancé ha apresado una gacela o un cinocéfalo joven, la presa es suya. Aunque el cazador afortunado sea de condición inferior, raramente le disputará su posesión un individuo de categoría superior. [119] Si ponemos una hembra con un cinocéfalo sagrado y poco después añadimos otro macho, el recién llegado no se cuidará de la hembra, antes apartará la vista de ella ostensiblemente, porque respeta el hecho de que el otro la tenía antes de que él llegase. El poseedor observará por cierto un comportamiento notable: presenta su trasero lamiéndose la jeta y se muestra conciliador, como nosotros solemos hacer cuando comunicamos a un semejante una noticia desagradable mitigándola con una observación amistosa. Es como si en este caso el cinocéfalo dijera: —Lo siento mucho, pero es mía (H. Kummer, comunicación oral).

Consideramos ciertos ámbitos o espacios transitoria o continuamente como nuestros y tenemos tendencia a enojarnos ante la transgresión por parte de cualquier otro. Esto es así en forma notoria principalmente entre los niños que están creciendo y entre muchos enfermos de la mente, que defienden, por ejemplo, su lugar en la mesa o su cama con el mayor ardimiento (Staehlin [179]).

Una familia considera la casa y el jardín donde vive como terreno propio, y otro tanto hace la comunidad campesina con su pueblo y sus campos. Incluso una comunidad que sólo de paso se halla en un lugar, por ejemplo en un compartimiento de ferrocarril, se instala como una agrupación de tendencias exclusivas, y se necesitan rituales de conciliación para hacerla desistir de esa actitud.

Es específicamente humana la irradiación de la agresión en las esferas del espíritu, y así defendemos nuestra propiedad intelectual, y aun tratamos de difundir las ideas en forma agresiva, incluso las humanitarias.

Está universalmente difundida la motivación placentera de la agresión. No siempre se manifiesta directamente en las ganas de buscar pelea, si bien no sólo los tiroleses arman rijas en las posadas. Hay muchas formas de pelear jugando, y hay toda clase de competencias de este tipo, desde el rústico forcejeo con los dedos hasta el ajedrez o el fútbol. Estas competencias agresivas tienen por base cierto placer.

Es evidente que de este modo se descargan los impulsos agresivos, mientras que la acumulación de la agresión se siente como una tensión nada placentera. Este fenómeno acumulador de la agresión y su abreacción aliviadora no sólo es una vivencia subjetiva, y se puede provocar experimentalmente una acumulación de la agresión, demostrada con mediciones, así como seguir la abreación de las agresiones reprimidas.

Se invitó a algunos estudiantes a participar en experimentos durante los cuales serían intencionalmente enojados, y su irritación podría calcularse por la elevación de su presión sanguínea. Se separó en dos grupos a los participantes, y el experimentador debía realizar determinadas tareas. Se pedía a los participantes que comunicaran al experimentador apretando un botón cuándo cometía un error. Al primer grupo se le hizo creer que podía infligir al que conducía la experiencia un castigo eléctrico en forma de estímulo, mientras el segundo grupo solamente podía accionar una señal luminosa azul; en aquellos que creían poder castigar al experimentador, la presión sanguínea bajó rápidamente. Sus agresiones acumuladas se descargaban. Pero aquellos que solamente podían emitir un relámpago luminoso seguían irritados y su presión no bajaba gran cosa. [81]

En otras series de experimentos concebidas en forma semejante, [57, 80] se descubrió que hay muy diversos modos de producirse la derivación de la agresión. Las personas pueden ser enojadas mediante notas molestas, pero si pueden responder inmediatamente, su presión vuelve a bajar. Pueden descargarse también las agresiones contemplando una película cinematográfica de contenido agresivo; se advierte claramente la identificación del espectador con el suceso que se desarrolla. La gran demanda que tienen las películas de contenido agresivo en el cine y la televisión indica que hay una necesidad, o sea un mercado. Las personas descargan así fácilmente sus impulsos agresivos. La mayoría de tales películas están hechas de modo que primeramente la agresión activa al espectador y después lo hace descargar, por ejemplo en el "malo".[4] En la vida cotidiana desahogamos a menudo las agresiones activadas en nosotros emprendiéndola con objetos de remplazo, como dando portazos o pateando ciertas cosas. Una muchacha ciega y sorda de nacimiento que yo conocí se mordía la mano cuando se enojaba. Muchos pueblos han inventado válvulas de escape con algunas costumbres que les permi-

[4] La contemplación de películas agresivas activa agresiones, y no siempre están hechas las películas de modo que al final desaparezca la agresividad provocada en el espectador. La gran demanda de violencia, brutalidad y sadismo que aparece en los medios de comunicación con las masas es por eso un fenómeno que se debe tomar muy en serio.

ten desfogar su agresividad y hasta solucionar las disputas de modo incruento, mediante duelos cantados o competencias deportivas.

Los ya mencionados indios waika, de las selvas del Orinoco superior, tienen diversos modos de zanjar agresivamente las diferencias. En sus fiestas suele haber combates ritualizados entre convidantes y convidados, que en general se desarrollan en forma de pugilato, con intercambio de puñetazos en los músculos del pecho. En otra forma de encuentro, los contrincantes se golpean fuertemente los costados con la palma de la mano. Las querellas más graves, las resuelven los waikas mediante duelos a estacazos, en que los contrincantes se propinan en el cráneo golpes tan fuertes con largos palos que se abren profundas heridas. Después están tan orgullosos los contendientes de las cicatrices que les quedan como los miembros de algunas sociedades estudiantiles de los sablazos que dan y reciben. [28] Entre estos indios de la selva virgen, al primer problema serio que tienen dos pueblos amigos se inician combates ritualizados, cosa importante, porque entre dos pueblos rivales, el combate empezaría inmediatamente en serio. Otro tanto sucede entre los indígenas del centro de Australia. Cuando dos mujeres se pelean, cada una de ellas toma un garrote de madera dura. Se colocan la una frente a la otra, y la primera adelanta la cabeza para recibir el primer palo de la contraria. Después puede dar ella el suyo; y por lo general, así termina la querella, a menos que los espectadores tomen partido e inicien por su parte una rija. Los estacazos se asestan rabiosamente, y si el torneo no tiene consecuencias mortales, lo deben los indígenas a que, en comparación con nosotros los europeos, tienen el cráneo muy grueso. Los varones luchan también ritualmente lanzando su venablo al muslo de su contrario. Las razones para tales encuentros son el adulterio, los contactos sociales por encima de la separación de castas o el incumplimiento de ciertos ritos. [19]

Los esquimales también solucionan la mayor parte de sus diferencias de modo incruento y ritualizado. Entre los pueblos de Siberia, Alaska, la tierra de Baffin y el NO de Groenlandia, los contrarios luchan a veces hasta la muerte. Las tribus de esquimales que viven en el círculo polar ártico, desde la bahía de Hudson hasta el estrecho de Behring, se dan de bofetadas. En el O y el E de Groenlandia, en las Aleutianas y en la costa occidental de Alaska se dan duelos cantados, y en Groenlandia añaden a eso los golpes con la cabeza. Los cantares ejecutados siguen un modelo tradicional, pero el texto siempre se modifica según la ocasión por el individuo. El público es juez y aplaude al mejor cantor... aunque en realidad no sea quien tenga la razón. [78] Todos los motivos de querella, excepto en general el asesinato, se solucionan de este modo. Un groenlandés oriental puede incluso

requerir satisfacción de este modo por la muerte de un pariente, sobre todo cuando es demasiado débil físicamente para el combate y cuando está tan seguro de sus dotes de cantor que sabe saldrá vencedor (Holm). [82] Damos aquí un ejemplo de Rasmussen, citado por Hoebe [178], en 1922. E. se había casado con la que fuera esposa del viejo K., pero que se había divorciado de éste, quien ahora la quería otra vez. E. no estaba dispuesto a devolvérsela, y por eso llegaron al duelo cantado, acompañado de danza y mímica.

K.:

Now shall I split off words — little,
sharp words
like the wooden splinters which I
hack off with my ax.
A song from ancient times — a breath
of the ancestors,
a song of loving — for my wife.
An impudent, black-skinned oaf has
stolen her,
has tried to belittle her.
A miserable wretch who loves
human flesh —
a cannibal from famine days.[5]

Responde E. en defensa propia:

Insolence that takes the breath away
such laughable arrogance and effrontery.
What a satirical song! Supposed to
place blame on me.
You would drive fear into my heart!
I who care not about death.
Hi! You sing about my woman who
was your wench.
You weren't so loving then — she was
much alone.

[5] Ahora soltaré palabras, pequeñas/ pero duras/ como las astillas que hago saltar/ con el hacha./ Un cantar de tiempos antiguos, aliento/ de los ancestros/ y canción de amor vehemente, para mi esposa./ Un memo impudente de negra piel/ me la robó,/ y trató de rebajarla./ Un miserable desgraciado ansioso/ de carne humana.../ un caníbal de los tiempos de hambre.

You forgot to prize her in song, in
  stout, contest songs.
Now she is mine.
And never shall she visit singing,
  false lovers.
Betrayer of women in strange households.[6]

Así cantaban los contendientes alternativamente una serie de estrofas. Y P. Bohannan [23] describe una disputa de modo semejante ritualizada en el Tiv, Nigeria.

En el ámbito bávaro-austriaco todavía se acostumbran duelos semejantes con cantares. Un cantar típico alternativo, más atrevido, dice así:

Jetz hot oana gsunga
is eams Rotz owagrunna
wann er no amoi sing
dann schneuz ma eam gschwind!

—Und's Rotz-owarinna,
des geht di nix o,
leich mir dei Tüachl,
nocha putz i mir's scho!

Und's Tüachl-herleicha,
des is net der Brauch,
du nimm dir an Hadern
und putz dir dein Schlauch!

Estos cantares tienen de toda evidencia una motivación fuertemente agresiva, y si realmente no hay combate, la agresión toma por otro camino para desfogarse. No es fácil negar que haya placer en la tensión y en su alivio, una finalidad y un objeto de la agresión. Y éstas son las características esenciales que determinan una pulsión. Por otra parte, el hecho de la amplia difusión de la agresión entre los hombres en particular y entre los vertebrados en general parece ha-

[6] Insolencia que deja sin aliento/ es tan ridícula arrogancia y desvergüenza./ ¡Vaya canción satírica! Destinada/ a echarme la culpa a mí./ ¡No me vayas a meter miedo!/ Yo no temo a la muerte./ ¡Hola! Cantas de mi mujer/ que solía ser tu gata./ No la querías tanto antes, y/ la dejabas muy sola./ Te olvidabas de alabarla en canciones,/ en fuertes canciones de competencia./ Ahora es mía./ Y nunca irá a ver a amantes/ que le canten con falsía,/ engañadores de mujeres en hogar extraño.

cer la tesis de que tal disposición no es adquirida mucho más verosímil que la del aprendizaje de la disposición agresiva.

Los cantares combativos de los esquimales merecen atención porque se trata de encuentros agresivos en serio que conducen a una decisión pero están sin embargo totalmente ritualizados. Son comparables en todo a las polémicas de nuestros modernos parlamentarios, que se desarrollan ante un público de electores, quien con su aplauso designa el vencedor y el vencido.

Siempre ha habido intentos de ritualizar la agresión humana. Incluso en los encuentros bélicos. En diversas culturas se crearon algunas reglas de nobleza y caballerosidad en el combate. A las ritualizaciones pertenece el entendimiento de que si el vencido se somete, se le perdona la vida. Sin duda, esto presupone cierto grado de confianza mutua. El vencedor debe poder confiar en que el vencido no se lanzará a la guerra de guerrillas, y el vencido debe estar seguro de que no lo aterrorizarán ni explotarán. Como entre los combatientes, por razones fáciles de comprender, reina la desconfianza, bastan algunos desmanes de particulares para que la desconfianza aumente y se produzca una desritualización de la pelea, como se vio en grado excesivo en la segunda guerra mundial. La desconfianza entonces creada bloquea todavía el ansia general de que se establezcan contactos. No se toman muy en serio los tratados cuando tantos fueron quebrantados.

Si no hay posibilidad de abreaccionar las agresiones, en el hombre se acumula la agresión. Y como en el caso de la cólera de los exploradores polares o de los campos de concentración, se producen violentas y peligrosas descargas. En la vida corriente tenemos todos oscilaciones periódicas del apercibimiento interno para la acción agresiva, o sea que algunas veces somos más fáciles de irritar por estar contrariados, sin que pueda hacerse responsable de ello lo que nos rodea. Esto apunta a mecanismos motivantes que deben ser semejantes a aquellos en que se sustenta la agresión del animal. En favor de esto habla también entre otras cosas la misma dependencia respecto de la hormona sexual masculina. Adler [2], Freud [63] y Lorenz [127] han señalado la espontaneidad de la agresión y postulado la hipótesis de un instinto agresivo innato, y como ya dijimos, esta hipótesis tiene mucho en favor suyo. También explica nuestra sorprendente disposición a la agresión colectiva. Cuanto menos ocasión tenemos de dar satisfacción a ese instinto en la vida cotidiana, más dispuestos estamos a responder favorablemente a estímulos desencadenadores de la agresión. Una situación estimulante muy eficaz es la amenaza real o fingida al grupo a que pertenecemos. Tal amenaza desencadena fuertes emociones, y los demagogos de todas las épocas han sabido des-

pertar esta clase de entusiasmo y hacerlo servir para sus fines. También se pone en marcha la agresión cuando se impide (frustra) la satisfacción de una necesidad. Basándose en este hecho, comprobado mediante muchos experimentos, Dollard [36] y sus colaboradores han elaborado la hipótesis de que la agresión en el hombre se debe principalmente a sus frustraciones. Esta afirmación, claro está, puede hacerse sobre todo ampliando suficientemente el concepto. Konrad Lorenz, al contrario de los partidarios de esa hipótesis, sostiene que es bien sabido cómo la educación demasiado tolerante produce personas agresivas. A esto responde Plack que las tales personas fueron objeto de la peor frustración, que es el destete. Hasta ahora no se ha podido indicar qué condiciones podrían garantizar una educación sin la menor frustración ni decepción. Siempre se pueden postular algunas frustraciones, y si es necesario aun las del destete o alguna vivencia al nacer, para "explicar" la agresión. Pero así pierde todo su valor científico la hipótesis de la frustración.[7]

Algunos representantes norteamericanos de la hipótesis de la frustración se manifiestan últimamente bastante más cautos al respecto. Berkowitz [16] señala que la relación entre frustración y agresión no puede ser exclusivamente aprendida y que el aprendizaje puede coexistir con la determinación innata en el hombre.

El hecho es que las tendencias agresivas se desarrollan en las más diversas condiciones de crianza. Pueden desarrollarse con mayor o menor fuerza, y aunque los controles sociales cambien, siempre las hay. Es seguro que una educación que impone muchas frustraciones fomenta la actitud agresiva en el hombre. Las agresiones pueden provocarse también mediante el ejercicio cuando se le permite a un niño el libre desahogo de los impulsos agresivos o incluso se le recompensa por su desfogue. La opinión expresada a veces de que esos niños den así libre curso a sus agresiones y después se conviertan en ciudadanos pacíficos, se basa en un entendimiento erróneo del concepto de pulsión,

[7] A. Mitscherlich, en ocasión de la atribución del premio de la Paz al comercio alemán del libro en Frankfurt se expresó al respecto en el mismo sentido: "Con la tendencia a considerar al hombre menos como un ser con una historia natural y más como uno con historia social exclusivamente, reaparece en nuestra época la idea de que el hombre reacciona con hostilidad solamente a aquello que la sociedad le inflige como individuo en forma de decepciones y dolores. Según eso, el hombre sería muy pacífico por naturaleza. Yo no comparto esa opinión. ¿Qué "naturaleza" es esa que nunca acaba de revelarse debidamente? ¿A qué se debe que el hombre sea tan pacífico pero que la humanidad de generación en generación esté tan llena de fantasías destructivas y las ponga en práctica? ¿No es acaso esta creencia en la bondad de nuestra naturaleza una ilusión que nos impide conocer la realidad física?"

o sea en la hipótesis de que todo hombre recibe en dote determinada cantidad de agresión para que la gaste en su vida.

¿Qué consecuencias tiene para la convivencia humana la hipótesis de un instinto de agresión innato? Todo el que dirige hombres debe tomar en cuenta una disposición agresiva permanente que se desarrolla en contra de los esfuerzos de la educación. Es tan imposible deshacerse de ella por la educación como hacer desaparecer del mundo exterior todos los estímulos capaces de desencadenar agresiones. Mas ¿qué representa esto para la sociedad humana?

L. Berkowitz opina que la existencia de una pulsión agresiva innata descubre perspectivas espantosas: "Un instinto de agresión innato —dice— no puede hacerse desaparecer ni con reformas sociales ni evitando todas las frustraciones. Ni la total abnegación paterna ni el cumplimiento de todo deseo eliminarían por completo ese concepto, a consecuencia del conflicto interpersonal. Para la política social esto implicaría claramente que la civilización y el orden moral deben basarse en definitiva en la violencia y no en el amor ni en el bien" (p. 4).

En cambio, Freud es de opinión que si bien no puede eliminarse la agresión, sí puede neutralizarse activando todas aquellas fuerzas que preparan los vínculos afectivos entre las personas. Y dice: "Si la tendencia a la guerra emana del instinto destructor, hay que acudir a su contrario, Eros, contra ella. Todo cuanto vincula a las personas afectivamente debe operar contra la guerra. Estas vinculaciones pueden ser de dos suertes. En primer lugar, las relaciones como con un objeto de amor, pero sin finalidad sexual. El psicoanálisis no tiene por qué avergonzarse al hablar aquí de amor, puesto que la religión dice lo mismo: ama a tu prójimo como a ti mismo. Sólo que esto es fácil de decir pero difícil de hacer.

"El otro género de vinculaciones afectivas es el de la identificación. Todo cuanto establece importantes elementos comunes entre los hombres despierta tales sentimientos de comunidad, identificaciones. Sobre ellas se basa en buena parte la estructura de la sociedad humana" (S. Freud, *El porqué de la guerra. Carta a Einstein,* en Rodolfo Alonso, comp., *El psicoanálisis frente a la guerra,* B. A., 1970 p. 30).

Dos tesis fundamentalmente opuestas tenemos, pues: la pesimista, de Berkowitz, según la cual la hipótesis del instinto de agresión sólo puede producir violencia y acabamiento de la civilización y del orden moral, y la de Freud que, por el contrario, ve en el amor el enemigo natural de la agresión. ¿Quién tiene razón de los dos?

Berkowitz ve exclusivamente el aspecto dinámico del instinto de agresión, siempre listo, y que según él sólo puede dominarse por la fuerza. Seguramente es verdad, hasta cierto punto. Así como la recompensa de los actos agresivos puede producir una agresión más

fuerte, el castigo de las agresiones puede vencerlas. Esta pacificación tiene empero que ver con la iniciativa que se suele considerar positivamente correlacionada con la agresión. "Acometemos" una tarea, "atacamos" un problema y lo "dominamos". En nuestro lenguaje cotidiano se advierte que los logros culturales fueron también alimentados por la agresión. Ésta es precisamente una de las razones de que se enjuicie severamente en la actualidad la "sociedad de producción". Los partidarios de una sociedad tolerante la rechazan por incrementadora de la agresividad. Mas yo creo que no es necesario ser tan radical. Por lo demás, las medidas represivas sólo en parte sirven contra la agresión. Se sabe ciertamente que la represión de los impulsos ejerce un efecto degenerativo en la maquinaria fisiológica de la agresión, pero cierta disposición agresiva queda siempre, y tanto más dispuesta a imponerse en cuanto se presente la ocasión cuanto más tiempo haya transcurrido sin posibilidad de descargar. Es posible reducir la agresión, pero eliminarla por completo, con seguridad no lo es. Por eso, como dice Freud, es un "pecado de lesa educación" no preparar al hombre a la agresión con que en la vida habrá de habérselas. En vista de las pruebas existentes, es altamente irresponsable justificar la agresión señalando su aparente carácter de aprendida.

Sabemos que la abreacción de las agresiones acumuladas no se realiza en reciprocidad entre los humanos. Una tarea común también consume agresiones. Hay por lo demás costumbres derivadoras de la agresión de muy diversas suertes que hacen de válvula de seguridad, como por ejemplo los deportes guerreros. Seguramente es controlable la agresión de este modo, pero tan sólo cuando por otra parte se permite el pleno desenvolvimiento de lo que por ley natural se opone a la agresión. Sin activar las fuerzas "libidinosas", como dice Freud, ya no es posible controlar la agresión.

e] EL ORDEN JERÁRQUICO EN EL ANIMAL Y EN EL HOMBRE

Si se ponen aves de corral de diverso origen juntas, inmediatamente empiezan a pelearse, mas al cabo de unos días, los conflictos empiezan a perder intensidad, y finalmente el grupo convive en paz. Si se observa más detenidamente se ve que en el curso de las peleas se estableció una ordenación jerárquica. Las aves se pelean con las demás, una tras otra, y se van ordenando según sus victorias y sus derrotas. La gallina *a* ha vencido a las gallinas *b, c* y *d,* y les es superior en adelante. Es la primera para comer y para elegir el lugar donde

dormir, y puede picotear a una gallina inferior si ésta le impide el acceso al alimento. Por su parte, si la gallina *b* ha vencido a *c* y *d*, les es superior, y así se forman jerarquías lineales. Pero hay relaciones más complejas. La gallina *d*, inferior a las gallinas *b* y *c*, puede por su parte y ocasionalmente infligir una derrota a la gallina *a*, y entonces sigue ciertamente en posición inferior respecto de *b* y *c*, pero es superior a *a*.

Esta jerarquización impide los continuos encuentros en el grupo y es un medio de sobreponerse a la agresión. Mas en los vertebrados superiores, los de posición más elevada,[8] se encargan además de ciertas tareas en servicio del grupo. Entre los cinocéfalos amarillos, los jerarcas hacen de batidores en caso de peligro y buscan una escapatoria. Deciden la hora de salida y la dirección en que irá el grupo y eligen los lugares donde dormir. Protegen a los pequeñuelos y los inferiores de los desmanes de otros miembros del grupo y solventan las querellas. Los de categoría inferior buscan refugio junto a los de categoría superior.

Las múltiples tareas de éstos requieren toda una serie de cualidades, y entre las más importantes de éstas, junto a la fuerza física y la agresividad, están las facultades sociales y la experiencia entre los animales superiores. La posición jerárquica de un cinocéfalo o un macaco no es consecuencia de la agresión libre de inhibiciones. No es el más agresivo el que llega a los puestos superiores, sino el más amistoso, el que sabe ganarse las simpatías de los demás. Entre los cinocéfalos, los macacos de la India y los macacos japoneses el macho puede tener amistad con otros, premisa de una posición jerárquica elevada. Un macho de elevada posición debe ser tolerante con los jóvenes y permitirles dar vueltas y hacer ejercicio alrededor de él. Debe ser además un buen protector. Las cualidades sociales también deciden de la posición jerárquica, no sólo la agresividad del aspirante. El puesto que se alcance depende del reconocimiento de los demás miembros del grupo, y ese reconocimiento se le niega a un animal exclusivamente agresivo. Esto se refiere a los monos que viven en condiciones naturales, porque en las condiciones de hacinamiento de los zoológicos, los tiranos conquistan elevadas posiciones. [158]

Ciertamente, la elevada posición jerárquica también implica cierta

[8] En los monos superiores, la sencilla terminología del orden jerárquico (animal Alfa, animal Beta, etc.) tampoco declara las relaciones sociales de los animales de un modo satisfactorio. La posición social se define mejor aquí por los papeles que representan (hermano, tía, macho periférico, etc.). El papel se determina según la frecuencia con que se ejecutan ciertas pautas de comportamiento. Si cambia aquélla, se asume un nuevo tipo de comportamiento.

agresividad, motivada por la ambición de preeminencia. Pero los conflictos están muy ritualizados. Ya mencionamos el chimpancé de Jane van Lawick-Goodall, que ascendió de categoría después de haber descubierto que las latas vacías permitían hacer mucho ruido.

Además de las cualidades sociales decide también de la posición jerárquica la experiencia personal. Entre los cinocéfalos es ésta incluso más valiosa que la fuerza física, y eso se debe al hecho de que los machos viejos pueden conducir un grupo aun cuando su fuerza corporal haya disminuido. Por lo general, dos o tres viejos se juntan para formar un grupo jerárquico central. [37] Con la edad, estos monos adquieren una impresionante vestimenta de gala, una piel argéntea de largos pelos que realza su figura y ayuda a compensar las flaquezas corpóreas. Otro tanto se observa entre los gorilas, los chimpancés y también en el hombre. [48]

La formación de un orden jerárquico presupone dos disposiciones que no se observan entre los animales que viven solitarios. En primer lugar, los animales deben dar muestras de ambición,[9] y en segundo lugar deben mostrarse dispuestos a subordinarse en el caso de no poder llegar al pináculo. Una y otra son demostrables en el hombre. En su excelente estudio muestra Vance Packard [146] cómo nos esforzamos los hombres en mejorar de posición y cómo señalamos cada escalón de la pirámide jerárquica por medio de un símbolo que corresponde a la categoría alcanzada. El interés del *status* es un factor eficaz de propaganda, ya que si uno no ha logrado llegar a una condición elevada, en cierto modo la ocupa vistiendo como un señor, teniendo un vehículo de igual calidad, o adornándose de modo semejante al de quien ocupa altos puestos. Es un conocido eslogan publicitario el de "los hombres que llegan usan..." Morris [141] llama la atención hacia el interesante fenómeno de "imitación de la categoría", que consiste en aparentar o hacer muestra. Se siguen los modelos de las personas de elevada posición en la moda, el atavío y las costumbres, y a su vez eso obliga a aquellas personas a crear otras modas que las distingan nuevamente. Cita O. Koenig diversos ejemplos de imitación de los uniformes usados en los países vencedores. En Austria, Alemania, Rusia y Francia imitaron el uniforme de los húsares húngaros. Los húngaros por su parte copiaron a la tristemente célebre tropa de la guardia turca de los delis, que atacaban furiosamente en primera fila en los combates,

[9] En el afán de subir en la jerarquía entra no sólo la agresión contra los congéneres sino también la tolerancia. Los animales insociables solamente rematan su agresión cuando el rival se ha retirado algo. Entre los animales sociables, la pelea termina en cuanto el inferior reconoce su posición subordinada.

después de haber consumido opio, y formaban la guardia de corps de los principales dignatarios. Es corriente que se imite al más fuerte. Señala Morris además que los escaladores de la pirámide jerárquica, cuando no pueden llegar hasta donde quisieran se crean por su parte alturas hasta cuya cima pueden llegar, dedicándose a una afición y tratando de superar a los demás cultivadores de la misma actividad. Así puede por ejemplo un educador de palomas o un colector de heces de cerveza llegar a ser el rey de su grupo. Estas pirámides de remplazo son un modo inocente de satisfacer el ansia de notoriedad, y resultan instructivas para nosotros porque nos muestran la intensidad de esa pulsión en el hombre. El hecho de que hasta ahora no se haya podido hacer realidad en la práctica el modelo de una sociedad sin jerarquía (y la eliminación radical de las jerarquías establecidas no nos acercó nunca al ideal, porque al punto se formaron nuevos sistemas jerárquicos) demuestra que seguramente se trata de una disposición innata que arrastramos como herencia de los primates. En la formación individualizada deciden por encima de la posición jerárquica últimamente ocupada cualidades humanas como el valor, el amor al prójimo, el saber, y no solamente la agresividad. En el grupo pequeño individualizado, donde cada quien conoce bastante bien a cada cual, un miembro del grupo difícilmente podría hacer creer a otro que posee esas cualidades si no es cierto; pero en la sociedad anónima, la cosa es muy diferente (página 202).

Entre los hombres también se equipara la edad con la sabiduría. Antiguamente era esto muy sensato, porque los viejos poseían en verdad un mayor cúmulo de experiencias y conocimientos. Por eso, entre los civilizados como entre los primitivos, el consejo de los ancianos (senado) desempeña un papel considerable. Algunos jerarcas siempre son representados en figura de ancianos llenos de dignidad. La prolongación de la vida humana empero hace que hoy personas visiblemente declinantes por la edad ocupen posiciones de importancia decisiva. Poco ha lo advirtió J. D. Frank [59]: "Entre los dirigentes de las democracias modernas es rara la enfermedad mental declarada, pero la incapacidad latente bajo la presión de la edad y la pesadumbre del puesto desempeñado es por desgracia mucho más común de lo que uno podría imaginar. Solamente en este siglo hubo por lo menos seis *premiers* británicos y un buen número de ministros del gabinete que estuvieron enfermos durante su desempeño; los Estados Unidos proporcionan el ejemplo de los presidentes Wilson y Franklin Roosevelt, quienes en los últimos meses de su mandato padecieron fuerte arterioesclerosis. . . A la incapacidad de Wilson para dirigir eficazmente los asuntos del Estado debe sin duda

atribuirse que su país no entrara en la Sociedad de Naciones. Roosevelt, cuyas fuerzas se veían ya decaer en Quebec, era en Yalta un moribundo, incapaz de informarse debidamente antes de la conferencia..." (pp. 85-6). Ejemplos semejantes podrían sacarse también de la historia reciente de Alemania. En política, donde es conocido que no hay retiro para las primeras figuras, esto es especialmente grave; y para la sociedad, peligroso. Es evidente que aquí el respeto innato por los ancianos nos lleva a un callejón sin salida.

Ya mencionamos la segunda disposición que es condición indispensable para la formación de un orden jerárquico, que es el estar dispuesto a subordinarse, basada en el respetuoso temor que inspiran los personajes encumbrados. Los animales solitarios ignoran esta disposición. Una vez crié un tejón, pero me fue imposible prohibirle nada. Si abría mi armario y me sacaba las mudas, yo lo regañaba, y él me contemplaba con la mayor atención; pero si le daba un papirotazo en el hocico, me atacaba. No se sometía. En cambio, el perro obedece prontamente.

El orden jerárquico es un medio de ordenación social y por ende, de dominar la agresión. Mientras se basa en el carácter y el saber, es aceptable para la sociedad. Uno no tiene más remedio que reconocer la autoridad basada en el conocimiento técnico. Eso lo dijo H. Marcuse [129] poco ha en una nota de un estudio. "Lo que parece biológicamente imposible es arreglárselas sin represión ninguna, represión impuesta por uno mismo o por algún otro... El poder que tiene, por ejemplo, el piloto en su avión es un poder racional. Imposible imaginar una situación en que los pasajeros dicten al piloto lo que debe hacer para dirigir su aparato. El agente de tránsito también parece un buen ejemplo de autoridad racional. Evidentemente, se trata de necesidades biológicas. Pero el poder político, el poder que se apoya en la explotación, en la opresión, no lo es" (p. 41).

Las formas de pretensiones hereditarias al mando son tan condenables como los sistemas de clases o de castas. Los grupos que se aíslan de los demás son al cabo enemigos de ellos (véase lo que dijimos de la seudoespecie en la p. 39). Cualquier formación de barreras de ese tipo aumenta el peligro de encuentros agresivos. Si nuestro fin es el amor sin restricciones a la humanidad, es necesario superar la división de los hombres en clases. "El verdadero amor a la humanidad vendrá con toda seguridad, pero solamente después de haber eliminado las clases del mundo", escribe Mao Tse-tung.[10] En

[10] Mao Tse-tung, *Discursos a los escritores y artistas de la China nueva*, Berlín oriental, 1952, p. 59.

el caudillaje hereditario está ya el germen de la degeneración. Cuando el aguante y la humildad llevan a los hombres a un sometimiento ciego, dejan de ser virtudes. Y con esto llegamos al problema de la valoración de las normas comportamentales, que examinaremos ampliamente en el siguiente capítulo.

6

LA RAÍZ BIOLÓGICA DE LAS NORMAS ÉTICAS

a] DE LA VALORACIÓN

¿De dónde nos viene el conocimiento de lo que es bueno y lo que es malo? En nuestro examen hemos evitado estos conceptos dentro de lo posible y nos hemos limitado al estudio de las ventajas para la selección. Vimos que ciertas pautas de comportamiento, por ejemplo las altruistas, son ventajosas para la conservación de la especie y que otras, como el matar a un semejante, son desventajosas. Si se tratase de valorar, podríamos calificar de malo —y condenable— todo cuanto va en sentido contrario al de la conservación de la especie. Lo más probable es que nos conduzcamos de modo totalmente inconsciente cuando consideramos negativos todos los impulsos tendientes a la degeneración patológica y que por lo tanto ponen en peligro la convivencia, como es el caso de modo especialísimo con la agresión. Pero ¿cómo sabe el individuo qué debe hacer y qué no? ¿Aprende los mandamientos, o los deduce, cuando se plantea por ejemplo la cuestión de si puede desear que los otros obren como a él le gustaría obrar? O sea, dicho de otro modo, ¿obramos, según la ley moral de Kant, de modo que el principio máximo de nuestra voluntad en todo tiempo pueda servir de base para una legislación general, en decisión libre y razonable, independientemente de cualquier mecanismo de la naturaleza? ¿O sentimos además a priori lo que es bueno y lo que es malo? Se trata de saber si además de las normas de origen cultural, probadas y justificadas, hay otras innatas y fijadas biológicamente en nosotros. La teología moral supone que el hombre siente, como un imperativo, que debe hacer lo que está bien y no hacer lo que está mal, y que esto es innato en él. En cuanto a lo que sea exactamente bueno y malo, debe suponérselo o colegirlo, y para ello en primera línea debe tener en cuenta el respeto a la personalidad... o sea el amor, que entraña el respeto a la vida del prójimo. Según este modo de ver, las normas se comunican solamente de un modo muy general, y las reglas concretas de comportamiento se derivan de la observancia de las primeras. Hace unos años, por ejemplo, se hizo una encuesta a propósito de la cuestión de la inseminación artificial con semen de un extraño,

y la mayoría de los maridos la rechazó. Con el respeto a la personalidad —en este caso la del marido—, la teología moral fundamentaba el rechazo de la inseminación artificial mediante un donador. Últimamente hubo otra encuesta sobre el mismo tema, y tanto el esposo como la esposa estaban de acuerdo por lo general en aceptar; de este modo, tampoco queda objeción teológica válida contra esta forma de "adulterio". Fundamentos semejantes tiene la monogamia.

Por otra parte, la teología moral trata de ver el orden divino en la naturaleza. La doctrina teológica del derecho natural postula que el mundo de lo creado es la realización de las ideas divinas. Las criaturas irracionales fueron dirigidas por Dios hacia su fin biológico mediante la fuerza compulsiva de la naturaleza; por eso podemos orientarnos en este mundo y utilizarlas como indicadores para nuestra actividad consciente. La naturaleza proclamaría así la voluntad de Dios y nos proporcionaría medidas, leyes morales en cierto modo, naturales. En una alocución, al iniciarse el IV año de la Academia Papal de Ciencias (3 de diciembre de 1939), declaró el papa Pío XII: "Cuando nuestra razón no se apega a la realidad de las cosas o es sorda a la voz de la naturaleza, fantasea por el reino de los sueños y corre tras de una quimera. Entre Dios y nosotros está la naturaleza" (Wickler [198]).

Quien quiera orientarse por la naturaleza y sacar de ella normas éticas, no debe apoyarse en un conocimiento parcial, porque irá errado. La actual discusión acerca de la licitud de diversos métodos anticonceptivos artificiales es un buen ejemplo al caso. Del hecho de que en los animales el acto de la cubrición sirve casi exclusivamente para la reproducción dedujeron los teólogos (moralistas) que en el hombre también el fin divino era principalmente ése, y que por ello debían rechazarse los métodos anticonceptivos artificiales como contrarios a tal mandato. Se olvidaba que precisamente en el hombre el acto sexual cumple una función nueva, de vinculación de la pareja. [148, 198] De modo fundamental, esa forma de deducir las normas es correcta siempre que se tenga presente el hecho de que con base en el estudio de los animales sólo podemos crear hipótesis que se apliquen al hombre con mayor o menor grado de probabilidad. En todos los casos debe comprobarse su solidez estudiando al hombre. Quien deduce normas para el comportamiento humano basándose exclusivamente en la difusión de un comportamiento en el reino animal peca contra la disciplina científica. No obstante, siempre sucede que la selección de los ejemplos por lo general refleje las tendencias del autor. En su obra *APO und Establishment aus biologischer Sicht* argumenta Frank [58] de este anticientífico modo. Como insiste tanto en presentarse como biólogo, es nece-

sario dejar bien sentado que pocos son los biólogos que deducirían algo de valor universal para el comportamiento del hombre basándose tan sólo en el modo de vivir de las musarañas de los bosques, las comadrejas ratoneras, los lemmings de montaña, los ratoncillos campestres, los conejos silvestres y los perros de las praderas. Es bastante fastidioso tener que leer semejante defensa de lo establecido (el *Establishment*), entremezclada con datos biológicos.

Otra cosa hay que tomar además en cuenta, y es que en la naturaleza se da el fenómeno del conflicto entre funciones. Para muchas especies zoológicas es por ejemplo ventajoso devorar lo más posible en breve tiempo. Pero así no se puede masticar bien y eso es una desventaja. Comer mucho y masticar bien son dos cosas que se contradicen. Algunos ungulados hallaron la solución de rumiar. Muchos peces llevan en los costados señales llamativas que caracterizan su especie; pero como son de colores vivos, resultan muy visibles para los depredadores, y los peces que viven en aguas abiertas o en fondos marinos descubiertos no pueden permitirse el lujo de llamarles la atención. La necesidad de enviar señales a los congéneres y al mismo tiempo hacerse poco visible para el enemigo que se alimenta con ellos condujo a diversos compromisos. Algunos peces "inventaron" la facultad de cambiar de color. Irradian vivos tonos cuando envían señales a un congénere, pero al momento cambian de color, y toman uno poco llamativo. Otros llevan sus señales visibles ocultas en aletas que normalmente llevan replegadas y que sólo despliegan a fin de anunciarse. [42, 44]

Conflictos comparables se hallan también en el comportamiento humano. La compasión puede entrar en conflicto con la necesidad de obedecer. Una y otra son valores éticos, y para ambas debe haber, como ya veremos, una disposición innata. En un caso así, el hombre no puede confiar incondicionalmente en el "parlamento de sus instintos" y seguir al que tenga más fuerza, y quizá deba entender bien el conflicto para buscar la solución. Tal vez se me pregunte qué es lo que se debe entender. Y yo responderé que ante todo se debe entender la conveniencia o adecuación al fin. Es fácil de comprender que cuanto opere en contra de la supervivencia se valore con signo negativo. ¿Pero hay aparte de eso una jerarquía de los valores? ¿Puedo valorar una tendencia innata en más que otra? ¿Es la compasión, por ejemplo, o el amor al prójimo una emoción más noble, y por lo tanto de un valor superior, que la acometividad? Con seguridad es esto muy problemático, ya que todas esas emociones son adaptativas. Cuando un grupo humano extermina a otro, podría decirse que el vencedor estaba mejor dotado, incluso biológicamente, que el vencido, y que es perfectamente justo que el más

apto se imponga así. A mi ver podría fundarse un modo de valorar según el cual tales opiniones no serían aceptadas. Y para ello me fundo en el hecho de la evolución. Raro es el biólogo que considera la naturaleza efectivamente indiferente a los valores. Hablamos de una evolución superior de los organismos en el curso de la filogénesis, de animales superiores e inferiores, y con ello entendemos más o menos diferenciados. Ahora bien: no solamente son aquellas pulsiones vinculadoras cuyo correlato subjetivo es entre nosotros el amor al prójimo de fecha más reciente que la agresión, sino que aparte de eso han sido causa de una tremenda diferenciación de nuestro comportamiento social. El maravilloso desenvolvimiento de la civilización está basado en la cooperación y en el apoyo mutuo. Con la facultad de amar, los vertebrados superiores se elevaron por encima de la agresión y llegaron a un nivel evolutivo que debe valorarse como "superior" o más alto. Si no tuviéramos más que la agresión, es probable que todavía estuviéramos en la etapa de los reptiles.

Con el mismo argumento puede el biólogo declararse por el valor de la libertad individual. Nuestro desenvolvimiento cultural, y con él la evolución acelerada y "racionalizada" (p. 39) se basan en él. Y en definitiva, se trata de un paso hacia delante de la evolución, y todavía no podemos prever sus consecuencias.

Al deducir las normas debemos tener en cuenta que puede haber mucho lastre histórico. Ya mencionamos que los animales arrastran consigo estructuras que en su tiempo se desarrollaron como adaptación pero que con los cambios del medio perdieron su valor de conservación de la especie (p. 33). De igual modo pueden muchas tendencias hondamente arraigadas resultar anticuadas, o sea impropias para el fin biológico. Esto sucede, por ejemplo, con la imposición de la conformidad, la obligación de aceptar. Los hombres de todas las épocas tienen tendencia a excluir con violentas reacciones de hostilidad a los no participantes y las minorías que difieren de la mayoría. Los demagogos de todos los tiempos apelaron al "sano sentir de nuestro pueblo" siempre que quisieron excitar a la persecución contra las minorías. Esa tendencia se manifiesta ya en los niños pequeños, que se burlan de sus compañeros de juego cojos o tartamudos. Este comportamiento obliga a la asimilación de los que pueden adaptarse, que pudo ser una ventaja en la selección antiguamente, ya que consolidaba la unidad del grupo.

Pero hoy, con toda seguridad esto no es ya ventajoso. El talento divergente es muy valioso en una sociedad donde la división del trabajo está tan diferenciada. Además, hemos llegado a un nivel de conciencia que nos permite reconocer que las personas que se apartan de la norma son en lo esencial iguales que nosotros.

Debemos iluminar esta conciencia, porque es el único medio que tenemos de superar nuestra arcaica intolerancia. El hecho de que una tendencia sea innata no la justifica.

La tendencia a la conformidad se revela en diversos patrones de cortesía. Para determinadas ocasiones, nos vestimos todos igual, y así damos a entender nuestra identidad. No es bien visto quien no hace como los demás. Incluso en la mesa tiene la gente tendencia a pedir lo mismo que los otros, aunque en esto es menos fuerte la compulsión conformista.

Otro par de ideas que se acerca al de bueno y malo, pero no se confunde con él, es el de los contrarios o antónimos *sano* y *enfermo*, o digamos *normal* y *anormal*. Si se quiere determinar la norma, no sólo debe uno guiarse por la difusión numérica de un carácter en una población. Aunque la cifra de los diabéticos sea superior a 80% en una población, jamás se nos ocurrirá considerar normal este trastorno en el metabolismo de la glucosa. La cifra se obtuvo por medidas de sanidad, y por otra parte es claro que representa una desventaja en la selección. Junto a la norma estadística, que solamente nos da información relativa a la distribución numérica en el momento de tomar los datos, está la norma ideal, que puede obtenerse teniendo en cuenta el valor de los caracteres en la selección.

Por esta razón está equivocado Kinsey [98] cuando afirma que los conceptos de normal y anormal no están en su lugar en la ciencia, y sobre todo, se sirve del concepto de normal cuando se trata de valorar las aberraciones sexuales.[1]

b] LA INHIBICIÓN DE LA AGRESIÓN

El mandamiento que dice "No matarás" se encuentra en una u otra forma en todos los pueblos, incluso entre los cazadores de cabe-

[1] Sobre la sodomía escribe Kinsey [98]: "Hay informes de personas criadas en granjas que viven en un temor perpetuo de que se descubra su pasado. El médico que pueda asegurar a tales individuos que su actividad era biológica y psicológicamente parte del comportamiento normal de la clase de los mamíferos y que ese tipo de contactos se da en un elevado porcentaje de la población masculina en el campo contribuirá en gran medida a la solución de sus conflictos". Aparte de que la argumentación no es válida, debe precisarse que es absolutamente falsa la afirmación de que algo comparable es un fenómeno normal entre los mamíferos. En los animales silvestres que viven en libertad no conocemos apareamientos entre especies distintas ni homosexualidad, y sólo se pueden obtener esos fenómenos artificialmente por troquelado. [167]

zas y los caníbales. En ninguna parte está permitido en general matar a un semejante. Seguramente esto es ya bueno por razones de conveniencia objetiva, puesto que la convivencia social apenas sería imaginable sin tal reglamentación. Mas lo interesante es saber si reconocemos esta ley solamente por la razón o si al hacerlo seguimos una tendencia innata. De ser así, nuestra esperanza de convivencia pacífica tendría mejor fundamento que si hemos de imponer la fidelidad y obediencia a la ley mediante la fuerza y la razón pura solamente.

Ya vimos cómo algunos animales impiden que se mate a un congénere reglamentando los combates; evita también la muerte del congénere la existencia de mecanismos inhibidores del ataque. Muchos animales se someten en el curso de una pelea con el congénere. Sus gestos de humildad impiden nuevos ataques. Este comportamiento "análogo a la moral" (Lorenz [127]) es innato en los animales. También los hombres tenemos todo un repertorio de gestos o ademanes de humildad y conciliación, en su mayoría innatos. Así gimen y lloran de modo semejante en principio las personas de las más diversas culturas, y no sólo con los mismos gestos, sino también con los mismos sonidos. Ya dijimos cómo lloran igualmente los niños sordos y ciegos de nacimiento. En los mismos gestos o ademanes de sometimiento de origen cultural se ocultan asimismo elementos innatos. Uno trata de hacerse pequeño cuando se somete, por ejemplo, inclinándose, arrodillándose o postrándose. El desamparo, la debilidad y el comportamiento infantil despiertan de igual manera la compasión (p. 122).

Nuestra señal de amistad más importante es la sonrisa. Con esta pauta innata de comportamiento estamos en condiciones de hacernos amigos de gente perfectamente desconocida para nosotros. La sonrisa desarma. Hace poco leí de un sargento norteamericano que de pronto se halló frente a dos soldados del Vietcong. Le falló el fusil, y sonrió, y esto inhibió a sus enemigos. Pero la desconfianza y el temor pronto ahogaron el contacto apenas iniciado. El norteamericano cargó otra vez su arma y los mató. El tirano de Corinto Cipselo se salvó de niño, según la leyenda, porque sonrió a quienes iban a ser sus verdugos.

Es además de por sí conciliador lo propio de los niños (véase el esquema de lo infantil en la p. 24). Hay informes harto comprobados ciertamente de niños indefensos objeto de violencia, pero tales hechos siempre son descritos por los cronistas como algo extraordinario y espantoso. Es revelador que todo el mundo se indignara con la matanza de Song my, mientras el asesinato anónimo de un número mucho mayor de civiles por los bombardeos se toma con rela-

tiva calma. La idea de matar a mujeres y niños en todo tiempo pareció espantosa y sublevante. Cómo puede ser así es lo que vamos a ver. Como el niño inhibe las agresiones por el sólo hecho de su presencia, muchas veces se apela a él con fines conciliatorios. Por ejemplo, cuando los indígenas australianos querían aceptar el contacto con los blancos, dos varones de elevada jerarquía empujaban delante de ellos a un niño de corta edad, en cuyos hombros llevaban puestas las manos. Confiaban en que nadie iba a hacer daño a un niñito. [12] Ilustraremos más adelante este principio con otros ejemplos. Baste por ahora con retener el hecho de que en lo tocante a la inhibición de las agresiones los humanos no somos distintos de los vertebrados superiores. Con pocas señales y en cosa de segundos calmamos a alguien. Es de lo más sorprendente la rapidez con que una sonrisa, un comportamiento sumiso (a menudo con simulado desamparo infantil) y una disculpa balbuceada amansan a quien hervía en rabiosa cólera.

Mas el despertar compasión y mostrarse conciliador no son siempre recursos suficientes para impedir la muerte del congénere. ¿A qué se debe? Opina Lorenz que solamente es suficiente la inhibición de la agresión respecto de los semejantes que nos son conocidos. La necesidad de amar a todos nuestros semejantes es fácil de comprender por nuestra razón, pero tal y como estamos hechos, no podemos satisfacerla. El cálido sentimiento del amor y la amistad solamente nos liga con algunos individuos, y con la mejor voluntad del mundo no podemos cambiar ese hecho. Según Lorenz, la única esperanza que nos queda es que nuestros descendientes, bajo la presión de la selección, se modifiquen genéticamente y logren la facultad de amar a todas las personas sin distinción. El hombre actual no es lo suficientemente bueno para las exigencias de la vida social contemporánea. Tal es en realidad la impresión que uno tiene cuando presencia los despiadados conflictos bélicos entre los pueblos.

Con seguridad estamos menos inhibidos, por naturaleza, respecto de los extraños. Todo automovilista sabe cuán fácilmente se indigna uno con los extraños que le estorban el paso. Hace poco se me atravesó y me pasó uno. Yo me preparaba ya a injuriarlo cuando reconocí en el que manejaba a un buen conocido mío, y al momento cambié de humor; nos sonreímos, nos saludamos con talante amistoso e inmediatamente había desaparecido mi indignación. Con los desconocidos somos menos tolerantes.

Es en nosotros ésta una disposición innata que compartimos con los mamíferos que forman agrupaciones exclusivas. Pero de cualquier modo, en todos esos animales el choque agresivo normalmente no acaba en muerte. Aunque los gorilas, los chimpancés y los oran-

gutanes tienen una gran fuerza física y una dentadura poderosa, hasta ahora solamente se ha descrito un caso en que un macho gorila ahogó a otro; y aun el informante no lo vio en persona, sino que se lo contó un guarda. Que yo sepa, ningún observador ha mencionado que un mono haya matado a otro viviendo en libertad. Entre los hombres, la cosa es muy distinta. Se ha calculado recientemente [28] que 25% de todos los varones pierden la vida en choques bélicos entre los indios waika. Y este hecho no se explica solamente por la menor inhibición respecto de los extraños. Hay dos factores que contribuyen a ello.

Para la efectividad de los conciliadores gestos de humildad es condición indispensable que el atacado tenga tiempo suficiente de emitir señales de sometimiento y que su contrario pueda captarlas. Por lo general, no se dan estas condiciones cuando los hombres se lanzan unos contra otros con las armas en la mano. Con la invención del hacha de piedra, el hombre pudo poner a su contrario fuera de combate de un solo golpe, con lo cual le privaba de toda posibilidad ulterior de manifestar sometimiento. Seguramente no es ninguna casualidad que hallemos los primeros cráneos humanos machacados coincidiendo con la aparición de las primeras armas. De los cráneos de australopitecos que desenterró Dart en África del Sur, la mayoría tenían huellas de violencia.[2] Nuestras inhibiciones innatas de la agresividad están determinadas por nuestra dotación biológica. Cuando dos personas se atacan con las manos desnudas, una de ellas puede al fin someterse y excitar la compasión de la otra. Pero la invención de las armas cambió de repente la situación, y es de suponer que el hombre de entonces se encontró en un estado crítico semejante al que ahora atravesamos en nuestra era atómica. Nuestros ancestros lograron adaptarse, pero a cada arma nueva se presentaba el mismo problema, el de hallar nuevos controles culturales, y la formulación de reglas de comportamiento caballeresco siempre iba a la zaga de la técnica del armamento. En la cuenca alta del Orinoco tuve hace poco la experiencia de las dificultades que plantean a los hombres las armas recién introducidas. Los indios waika allí establecidos recibieron hace algunos años unos machetes de las misiones. Durante mi primera estancia, un hombre de un poblado había pegado a su mujer precisamente con el machete, y le había infligido profundas incisiones en los hombros y los brazos. Después había reflexionado y había llevado a su mujer a la vecina misión

[2] Roper [154] ha reunido pruebas de lesiones craneanas en los hombres del pleistoceno. Muchas de ellas fueron interpretadas injustamente, sin duda, como causadas por la mano del hombre, pero de todos modos las que quedan son en número suficiente para justificar su tesis.

para que la curaran, y la había atendido mucho. Tales accidentes suceden con cierta frecuencia y, por lo visto, los waikas aún no han comprendido del todo cuán peligrosos son esos machetes. Cuando están excitados los usan como un palo. Con sus flechas envenenadas tendrían mucho más cuidado para andar dentro de su grupo.

Con un arma se puede matar fácil y rápidamente. Y al apuntar desde lejos, el tirador por lo general no tiene conciencia de que se apresta a matar a un semejante. Se fija en una manchita oscura del paisaje y dobla un dedo. Nada más. No es capaz de sentir que eso pueda tener consecuencias tan enormemente graves para su semejante. Y si se quisiera hacer que el piloto de un bombardero matara a sus víctimas una por una, se rebelaría indignado. El adelanto técnico ha vencido con sus mañas nuestras inhibiciones innatas, y debemos compensar ese hecho por la razón si queremos sobrevivir como especie. Pero las inhibiciones siguen en su lugar, y no debemos olvidarlo. Las imploraciones y la facultad innata de compadecerse son en nosotros adaptaciones de origen filogenético.

Quizá más grave aún que la invención de las armas sea la aptitud que tiene el hombre de anatematizar a sus enemigos. Gracias a su intelecto, tan desarrollado, puede convencerse a sí mismo de que sus antagonistas no son hombres, sino en el mejor de los casos animales, o monstruos formidablemente peligrosos, "sabandijas" que puede y debe uno exterminar. Los mundurucus, indios del Brasil, dividen el mundo en dos: ellos y los *pariwat* (todos los demás). Estos pariwat son como salvajina, y también los llaman "animales" cuando hablan de ellos (Murphy [142]). En la isla de Java emplean la misma palabra para "humano" y "perteneciente a nuestro grupo". Una investigación de las tiras cómicas norteamericanas de tema bélico arrojó el resultado de que incluso los gritos de muerte y espanto de los norteamericanos estaban representados de otro modo que los de los enemigos. [185] Y para que los combatientes no acaben por darse cuenta de que los enemigos son hombres como ellos se promulgan severas leyes de no fraternización, que restringen el contacto con los enemigos aun después de sometidos. Seguramente no serían necesarios los ingentes gastos de propaganda bélica que se hacen si el hombre no estuviera en el fondo dispuesto al contacto y hasta cierto punto inhibido para atacar a cualquier semejante. La tendencia a establecer un vínculo con el prójimo es en realidad tan fuerte que siempre hay el "peligro" de que dos grupos enemigos traben una amistad si se hallan mucho tiempo frente a frente a distancia relativamente pequeña. En la primera guerra mundial, las trincheras del frente occidental estaban tan cerca unas de otras que los franceses y los alemanes, durante los meses de calma

que hubo en el frente, no tuvieron más remedio que descubrir propiedades humanas en el contrario, y bastaba la idea de que el del otro lado también tenía hambre y padecía las mismas miserias cotidianas para "desmoralizar" a las tropas. La cosa fue tan lejos que hasta se intercambiaban cigarrillos, y el generalato comprendió que era hora de cambiar de lugar aquellos soldados. En tales casos se ve claramente que basta el reconocimiento de que los otros también son personas humanas para inhibir el ánimo combativo y favorecer la tendencia a crear un vínculo. Es decir, para que se inhiba la acometividad no es necesario que haya un vínculo individualizado, pero sí favorece considerablemente (p. 116) la tendencia.

La anatematización no consiste solamente en ponerle al contrario el marchamo de inhumano, sino ante todo en hacer que inspire temor y desconfianza. Y el miedo, como sabe todo viajero, cierra las puertas. Los pueblos primitivos muchas veces son agresivos entre sí por miedo y nada más. Si uno los visita con un grupo grande de personas debe anunciar bien claramente sus intenciones amistosas. Entre los agresivos waikas, por ejemplo, solamente se permiten las visitas amistosas de poblado a poblado si los visitantes llevan consigo mujeres y niños. En mis incontables viajes por pueblos primitivos solía ir solo, y jamás se me enfrentó nadie con hostilidad. Pero yo nunca despertaba temor, sino sólo curiosidad, y esto me daba ocasión de hacerme amigo de aquellas personas por la sonrisa y con ayuda de otras pautas de comportamiento vinculadoras (p. 121).

La gran importancia que se atribuye a la propaganda de guerra muestra cuán fuerte es en los hombres la tendencia al contacto pacífico. Y una vez establecido este contacto entre las personas, aparecen fuertes inhibiciones contra el ataque. Ya Darwin [34] opinaba que una tarea decisiva del hombre civilizado era la de extender a todos los hombres, por encima y más allá de la solidaridad con su pequeño grupo, los sentimientos de simpatía que lo unen a sus conocidos:

"Cuando el hombre adelanta en la civilización y las pequeñas tribus se unen para formar comunidades mayores, la más sencilla reflexión le dice al individuo que debe extender sus instintos y simpatías sociales a todos los miembros de la misma nación, aun cuando personalmente le sean desconocidos. Una vez llegado a este punto, queda de todos modos una frontera artificial que le impide extender sus simpatías a todas las personas de todas las naciones y todas las razas" (p. 158).[3]

[3] Estas ideas las recogió recientemente A. Gehlen [65], que habla de una ética tribal extendida: "La ética del amor al prójimo es la familiar, que vive primeramente dentro de la gran familia, pero es capaz de ensanchamiento, hasta abarcar a toda la humanidad" (p. 121).

Nuestro examen ha mostrado que también respecto de los desconocidos tenemos inhibiciones que nos impiden atacarlos, siempre que no levantemos barreras que impidan el contacto ni empleemos armas que nos distancien del contrario, tanto que no podamos percibir sus reacciones humanas. Nuestra mayor esperanza está en el hecho de que estas inhibiciones del ataque no fueron creadas como una superposición cultural. De no ser así, resultaría demasiado fácil establecer una cultura despiadada, porque no habría normas que obligaran a nada. Pero en todas partes, la muerte de los semejantes se siente como un conflicto.

De los factores indicados, que permiten al hombre burlarse de las inhibiciones innatas, tengo yo por el más peligroso de todos la capacidad de representarse a sus semejantes como seres odiosos. Esta facultad de suprimir la compasión es en definitiva la que lo convierte en un asesino impasible. En este sentido dice también Lorenz que el hombre puramente positivo, que no escucharía sus voces internas (imagen utópica de futuro), con toda seguridad no sería un ángel, sino más bien todo lo contrario.

c] OBEDIENCIA Y LEALTAD

Con seguridad es innata en nosotros la facultad de compadecer. En cambio, es muy inseguro todavía hasta qué punto están determinadas otras actitudes éticas fundamentales por las adaptaciones filogenéticas. Sorprende de todos modos que a través de las culturas ciertas virtudes tengan validez, como por ejemplo el valor, la fidelidad al amigo, el amor al prójimo, el espíritu de sacrificio, el respeto y la obediencia. Estas similitudes pueden deberse tan sólo a paralelismos en el desarrollo cultural. Mas para la obediencia a la autoridad tenemos una experimentación que nos indica cómo esta disposición es innata en nosotros.

La obediencia a la autoridad era y es en diversas culturas un valor ético. Las órdenes eclesiásticas todavía exigen el sometimiento ciego, y la disposición de Abraham a matar a su hijo sigue hoy en pie, como estremecedor símbolo, en nuestra cultura occidental. Pero la obediencia ciega a la autoridad es de todos modos cada vez más combatida. La obediencia debe prestarse solamente por convencimiento, y debe terminar cuando se le pide al hombre que inflija un daño a su semejante. Mas incluso en aquellas culturas que representan este ideal puede en determinadas condiciones sobreponerse

la obediencia a la compasión. Milgram [134-136] lo demostró en experimentos muy impresionantes. Invitó a personas de diferentes profesiones a participar en un experimento fingido. Se les dijo a los invitados que iban a determinar con el experimento la influencia de los estímulos punitivos en el progreso del aprendizaje. Se les mostraría una persona que en un espacio contiguo, amarrada a una silla, tenía electrodos sujetos a los brazos. Se trataba de enviar estímulos de castigo a aquel espacio, mediante un aparato eléctrico que en él se encontraba, siempre que el amarrado cometiera alguna falta; además, la intensidad del estímulo aumentaría a cada falta. El aparato de estimulación tenía para ello una serie de 30 pulsadores, de 15 a 450 voltios. Y para colmo, los últimos grados del castigo estaban señalados como "peligrosos". Habiéndosele preguntado a un grupo de personas que cómo creían se desarrollaría aquel experimento, todos dijeron a una que nadie llegaría hasta el último grado de estimulación, o casi nadie. Porque seguramente se opondrían. Solamente 0.1% cumplirían puntualmente la tarea encomendada. Pero la realidad desmintió cruelmente aquellas esperanzas de índole cultural. Aunque en la pieza contigua se oían quejas grabadas en cinta cuando funcionaban los impulsos más fuertes ("Me duele", "ya no más", etc.), 62.5% de los participantes obedecieron las indicaciones del que conducía el experimento. Al hacerlo así, los que obedecían vivían claramente un conflicto interno. Las quejas despertaban su compasión, y propusieron al experimentador que se abandonara el experimento. Pero habiendo declarado aquél que debían proseguir, lo hicieron, a veces riendo como histéricos y afirmando que ellos no tenían ninguna responsabilidad. Cuando el que dirigía el experimento no estaba presente, daba sus indicaciones por teléfono, y entonces los participantes hacían trampa. Simulaban aumentar el castigo a cada falta, pero en realidad no lo hacían. Esto demuestra que no tenían ninguna motivación sádica. Al desaparecer la autoridad disminuía claramente su tendencia a obedecer. Si los participantes en el experimento llegaban cuando éste se hallaba ya en curso, un cómplice del director tomaba el aparato y preguntaba si el que dirigía el experimento era doctor, y si el director decía que no, aumentaba el número de los que no querían obedecer. Los experimentos de Milgram demuestran que las disposiciones innatas se sobreponen a los troquelados culturales. La tendencia a obedecer que revelaron es una peligrosa inclinación del hombre. Con toda seguridad, la disposición obediente, la tendencia a disciplinarse y someterse, es un valor ético, pero puede hacer de los hombres instrumentos sin voluntad. Hay que tenerlo presente para combatirla.

Disposición es también la fidelidad al partido, que se presta a

abusos. Seguramente es "bueno" que apoyemos a nuestros amigos y seamos leales al grupo. Lorenz describe cómo los hombres ante un peligro de fuera apoyan a los miembros del grupo, si es necesario jugándose la vida. Acompaña a tal acción la emoción del "entusiasmo militante", así como arcaicos movimientos suplementarios o adicionales (p. 17). El erizarse de nuestros vellos nos parece un "estremecimiento sagrado" que nos recorre. El instinto de ayuda es fácil de explotar, y todos los dictadores saben procurarse comportamientos de apoyo que unifiquen al grupo fingiendo algún peligro. Sus agresiones se dirigen entonces colectivamente contra el enemigo. Arthur Köstler[4] interpretó esto a su manera y declaró que las grandes catástrofes de la historia no debían atribuirse a un comportamiento agresivo básico en el hombre sino a un exceso de lealtad del individuo respecto del orden social. Le importaba principalmente el efecto periodístico al hacer esta declaración, pero el exceso de lealtad sólo es peligroso porque el hombre lleva dentro un comportamiento agresivo básico.

Resumiendo, podemos decir que para nuestro comportamiento ético hay sobre todo normas innatas. En todas partes se considera asesinato, por ejemplo, matar a una persona con la que se está relacionado. El vínculo varía de una cultura a otra. Para muchos polinesios era lícito el infanticidio con tal que el niño todavía no hubiera tomado el pecho de la madre. Fuera de eso, era asesinato. En las Molucas, el cazador de cabezas tenía que matar a su enemigo solamente por detrás. [184] Si le había visto el rostro y después lo mataba, era asesinato. El saludo repetido obligaba a los beduinos rwala a prestarse asistencia (p. 158). Cuando un papú había comido con otra persona, era su amigo y no podía matarla. [144]

Aparte de esto puede comprobarse en el hombre una inhibición innata, una repugnancia por el acto de matar, cuyo correlato subjetivo es la compasión. Su eficacia varía ciertamente según el grado de conocimiento personal, pero también puede activarse mediante determinadas pautas de comportamiento del amigo. La facultad de hacer odioso al contrario y la invención de las armas facilitaron al hombre el pasar por encima de las inhibiciones.

No debemos ceder necesaria e incondicionalmente a todas nuestras inclinaciones innatas; sobre todo, en el caso de la obediencia y la lealtad, dos disposiciones de que tan fácilmente pueden abusar los demagogos, y que por eso solamente tienen un valor ético condi-

[4] Conferencia pronunciada en Estocolmo, en 1969, con ocasión del 14o. Simposio del Premio Nobel.


cionado. Las inclinaciones innatas contrarias a la agresión deben ser valoradas más altamente que ésta. La interpretación del fenómeno evolutivo permite en mi opinión esa ordenación de los valores. El amor al prójimo también tiene, por la misma razón, una categoría superior. A continuación mostraremos las raíces filogenéticas de esta ética.

7

LO CONTRARIO DE LA AGRESIÓN

a] RITOS VINCULADORES

Los animales pueden ser sociables y agresivos. A primera vista, esto parece difícil de armonizar, ya que cuando el congénere provoca al mismo tiempo los impulsos amistosos del acercamiento y los del rechazo, el conflicto se antoja insoluble. Y efectivamente, todos los animales que viven en agrupaciones cerradas se encuentran con esa problemática, y se requiere toda una serie de invenciones para realizar la tarea. Entre otras cosas, deben crearse ritos de apaciguamiento y de vinculación. Los animales agresivos que viven en grupos están continuamente en acción para mantener la paz. Un león marino tiene que hacer obra de pacificación varias veces al día. Si dos de sus mujeres se pelean, rápidamente se mueve hacia tierra y se mete entre las dos, saludando a uno y otro lado. Los cinocéfalos de elevada jerarquía intervienen en las querellas de los miembros de su grupo amenazándolos por su parte; y si esto no sirve, atacan, con lo cual la pelea acaba al momento. Los ritos de salutación desempeñan un papel importante en la vida de los animales sociales, y se ha comprobado su función conciliadora en el hombre y el animal (p. 101). Si un nicticórax olvida una vez, al posarse en el nido, el saludo a los suyos, tanto los hijos como la compañera lo reciben a picotazos. Y si a manera de experimento dejamos pasar cierto tiempo sin saludar a nuestros amigos, corremos el peligro de que se enojen con nosotros. Si se observa a los animales sociales se comprueba que la mayoría de sus ritos sirven para la conciliación, enteramente igual que nuestra sonrisa. Las situaciones de tensión eventuales se resuelven mediante gestos amistosos. Recordamos el cinocéfalo sagrado (p. 71) que se encontró poseedor de una hembra por haber sido el primero que se encontró en contacto con ella y que se concilió al rival sin hembra haciéndole la presentación y chupándose los labios. Las personas solemos dar las noticias desagradables con excusas o gestos amistosos para suavizar la impresión. El calmar la agresión es una tarea central de los ritos sociales. Ahora bien, ¿cómo son éstos concretamente y cómo se formaron?

Los reptiles insociables poseen ya la facultad de conciliación. Una lagartija que ha sido vencida por otra se echa sobre el abdomen. Esto es exactamente lo contrario de la actitud de amenaza y desafío; las señales desencadenadoras del combate se desconectan, y el encuentro termina, sencillamente porque el animal deja de producir un efecto que provoque la agresividad. Es difícil decir si en este caso se desencadena además una inhibición de la combatividad.[1] El principio de ocultar las señales que desencadenan el combate para rehuir nuevos ataques es muy común. Muchos cíclidos que fueron vencidos en un encuentro cambian el traje de gala por una coloración nada llamativa, que a veces se asemeja a la de los pequeñuelos. Los ritos que además de servir para la conciliación crean un vínculo son en general algo más complicados.

Hace un par de años vi sentado en una roca volcánica en la ribera de la isla de Narborough, de las Galápagos, cómo los cormoranes incapaces de volar (*Nannopterum harrisi*) criaban a sus pequeños. Delante de mí había dos nidos, y en cada uno un ave adulta protegía del sol a los pajarillos con las alas extendidas. Gañían fuertemente con el calor, que era en verdad insoportable. De vez en cuando, las aves caían adormecidas, pero al punto las despertaban sobresaltadas los gritos mendicantes de los pequeñuelos o un movimiento del vecino. Entonces se lanzaban una contra otra con el pico abierto. Pero los nidos estaban tan separados que los vecinos no podían alcanzarse, y así quedaba la cosa en aquellas demostraciones de insociabilidad.

El aire vibraba sobre los negros arrecifes y velaba la isla volcánica del fondo. Yo estaba ya buscando un lugar sombreado cuando vi llegar de la costa un macho de cormorán calado hasta los huesos y contoneándose. De su pico colgaba un manojo de algas. Fue derecho a uno de los nidos y despertó a su hembra, que lanzó al cielo con el pico enhiesto un hondo "crocró" gutural. El macho se inclinó, y la hembra aprovechó la ocasión para arrancarle con un movimiento vehemente el manojo de varec, que añadió a las paredes del nido. Mientras tanto, el macho se secó alas y plumas y a los cinco minutos, ya listo, se posó en el borde del nido, ciñó brevemente con su pico el de su compañera, le mordisqueó la nuca y apuntó con el pico hacia el fondo del nido. Ante este requerimiento, la hembra se alzó y se alejó (fig. 25). [45]

Después vi más ceremonias de relevo nidal de este tipo y cada

[1] En muchos reptiles, la actitud humilde es al mismo tiempo petición de apareamiento por parte de la hembra. Ocasionalmente, los machos de las lagartijas tratan de copular con el rival que se somete.

vez el ave que volvía al hogar traía un regalo, por lo general un manojo de algas, y a veces también una estrella de mar o un palito arrastrado por el agua. Nunca llegaba sin nada, y esto me indujo al siguiente experimento.



FIG. 25. *Ceremonia de relevo del cormorán inapto para el vuelo. El macho de vuelta al hogar entrega primeramente un manojo de algas a la hembra. A continuación puede secarse las plumas junto a ella. Con movimientos de mordisqueo apenas insinuados (alisamiento ritualizado del plumaje) pide después a la hembra que le deje el nido. Según fotografías del autor.*

Al ver que llegaba otro macho con su regalo me acerqué y se lo quité del pico. Estos cormoranes, como muchos animales de las Galápagos, no son ariscos y la cosa resultó fácil. El cormorán miró un momento sorprendido, pero era claro que no comprendía aquello; después se acercó contoneándose al nido, y entonces se desarrolló un pequeño drama conyugal. En lugar de gritos de saludo, el macho fue acogido con picotazos. Rápidamente se alejó de allí, buscó un palito de los que lleva el agua e intentó nuevamente el acercamiento. Y entonces sí: la hembra tomó el regalo y aceptó la proximidad del macho.

Es evidente que estas aves provocan intensas agresiones en sus congéneres, y que sólo los calma la entrega de material para el nido. Debe observarse además que el ave que recibe el regalo lo toma por lo general con movimientos bruscos. Esto despierta la sospecha

de que entre otras cosas el regalo sirve de pararrayos para conjurar la agresión acumulada; cosa muy posible, ya que los movimientos empleados para arrebatar al macho lo que lleva son de forma igual a los de un acto agresivo, o sea que la descarga se realiza precisamente al realizarse los movimientos. Sabemos además que los animales pueden descargar sus agresiones en un objeto de remplazo: cuando un enjaulado del zoológico no puede llegar al objeto de su cólera porque está en una jaula vecina, suele atacar a alguien que se encuentre dentro de su propia jaula. Sucede esto también cuando un animal de segunda categoría es atacado por uno de jerarquía superior. El atacado no se atreve a devolver el golpe, pero se libera de las agresiones en él activadas atacando a un tercero que le sea inferior. Grzimek [67] ha calificado acertadamente este comportamiento de "reacción del ciclista". Las aves descargan frecuentemente sus agresiones sobre objetos que tengan cerca. El ostrero peleador (*Haematopus ostralegus*) picotea entre dos asaltos material para el nido, el paro de los pantanos (*Parus palustris*) arranca musgo de las ramas entre dos disputas y las gaviotas plateadas (*Larus argentatus*) sacan de raíz manojos de hierba en los litigios por cuestiones de límites. [187]

La entrega de material nidal por el cormorán para redimirse en el acto del relevo nidal bien pudiera desempeñar esa función de derivación de la agresividad. Tal pudo haber sido el ensayo filogenético para la ritualización de ese comportamiento que se convirtió en gesto de salutación. Cuando el ave que se halla en el nido arrebata el material nidal al compañero y abreacciona así sus agresiones, bien pudiera repetir la situación de donde partiera la ritualización.

Sea como quiera su origen, el hecho es que los gestos de la entrega de material para el nido hoy son gestos comunes de salutación en las aves y tienen una función claramente conciliadora. Siendo estudiante lo vi de un modo que me impresionó cuando trabajaba en la estación biológica de Wilhelminenberg, cerca de Viena. Había Otto Koenig llevado del lago Neusiedler una garza que no se dejaba alimentar. Cada vez que nos acercábamos se nos enfrentaba con el pico en actitud defensiva. Tras de unos cuantos intentos fallidos de darle de comer se le ocurrió a Koenig una idea: tomó un carricillo y se lo puso al ave delante del pico. La garza se abalanzó como con intención de atacar, arrebató el carricillo y lo incluyó en su nido. A continuación se comportó con nosotros de modo fundamentalmente distinto, y a partir de aquel momento se dejó alimentar. Las garzas grises (*Ardea cinerea*) se entregan mutuamente carricillos en el emparejamiento, y nuestra avecilla había entendido perfectamente el ademán amistoso.

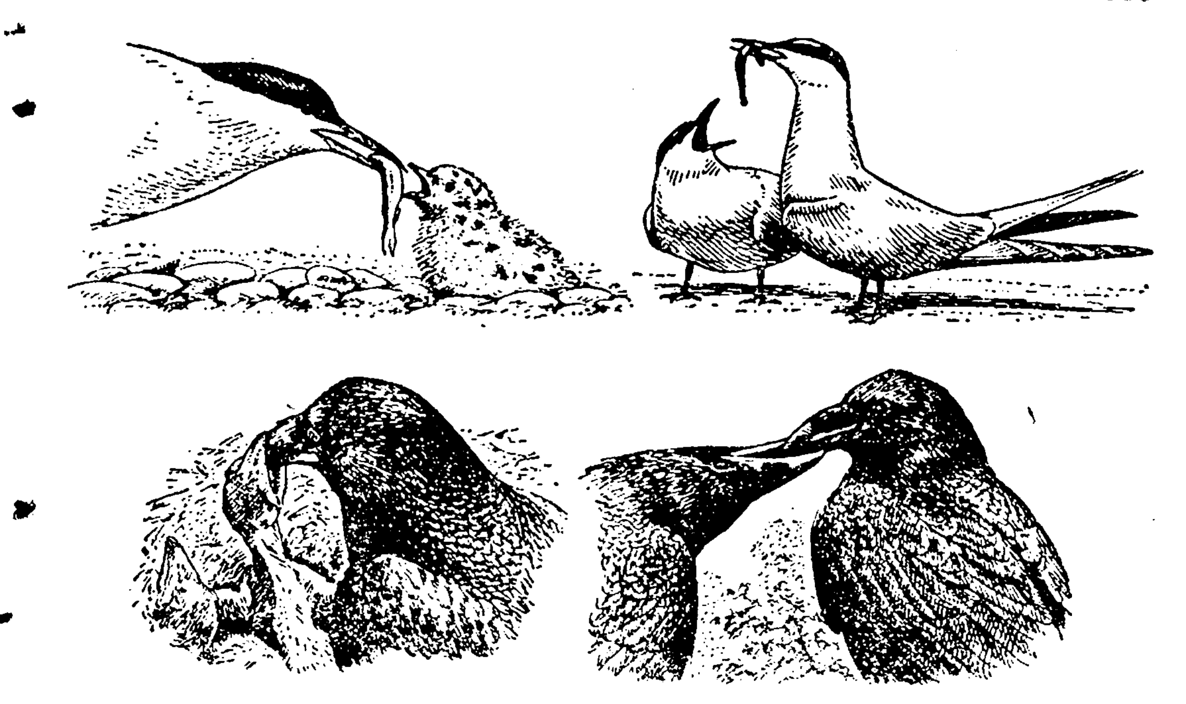


FIG. *26.* Sterna hirundo *de río alimentando a sus pequeñuelos. Al lado: macho con un pez, cortejando a la hembra, que pide alimento (de W. Wickler, 1969). Abajo: cuervo alimentando a sus hijos* (Corvus corax) *y pareja de cuervos en alimentación nupcial. Según fotografías de E. Gwinner.*

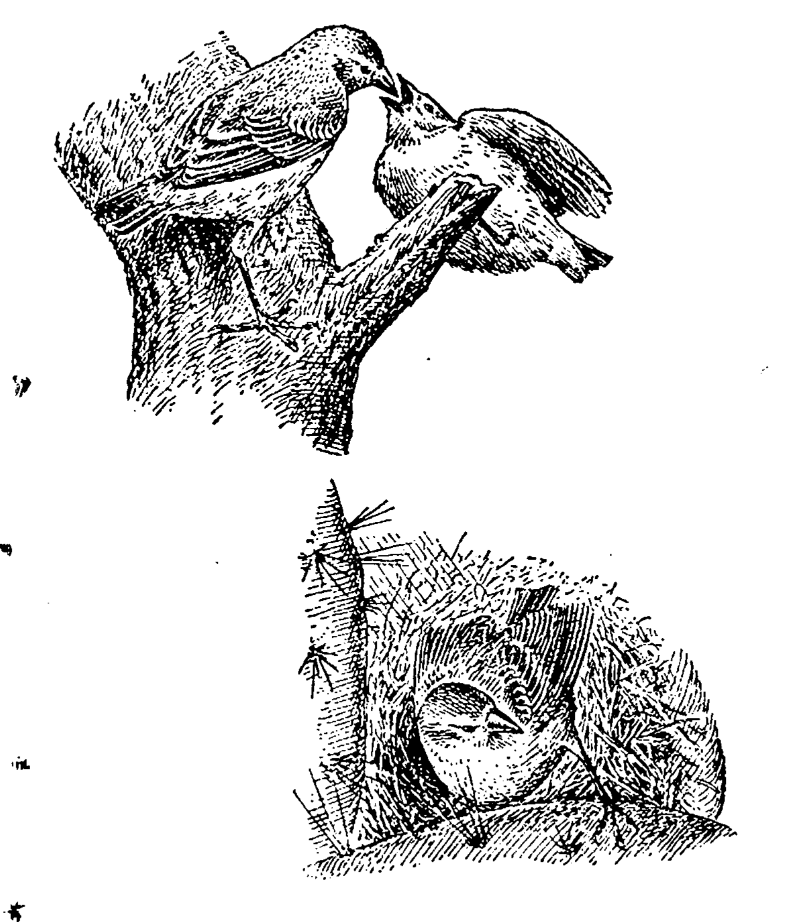


FIG. *27. Pinzón picamaderos* (Cactospiza pallida) *que pide comida a su macho abriendo la boca, estirando el cuello y haciendo retemblar las alas. El macho la alimenta. Abajo: macho a la entrada del nido, atrayendo a la hembra con el temblor de sus alas. Según una película tomada por H. Sielmann.*

Son muchas las aves que se entregan mutuamente material para el nido en la formación de parejas. El macho de la grulla sarus (*Grus antigone*) empuja pajitas hacia su compañera cuando le hace el amor. Entre los estercorarios *skua*, la hembra deposita hierba delante del macho. No pocos machos de aves canoras cortejan con un tallito en el pico, como por ejemplo el pinzón rayado (*Taeniopygia guttata*). Entre los somormujos crestados (*Podiceps cristatus*) cada miembro de la pareja tiene una matita de material para el nido en el pico cuando se hacen el amor. Los gansos silvestres sacan material para el nido del fondo del agua delante de la hembra en el preludio al acoplamiento y hacen movimientos de nidificación. Las palomitas diamantinas (*Geopeliz cuneata*) reciben de su macho en el acto de la copulación un tallito.

Los pingüinos de la tierra de Adelia (*Pygoscelis adeliae*) ponen a los pies de la hembra una piedrecilla, y de igual modo se comportan muchos piqueros, como el de pies azules (*Sula nebouxi*), que por cierto no hace nido. El movimiento expresivo derivado de la construcción del nido sufrió aquí la reducción de la pauta de comportamiento original. Se ha observado lo mismo en el cuco del centro de Europa, cuya hembra tiene una ramita en el pico cuando un macho la corteja. El ave del paraíso roja (*Paradisea rubra*) desprende hojitas en el cortejo, las tiene un momento en el pico y después las deja caer al suelo; y así se forman verdaderos tapices de hojas al pie de los árboles donde estas aves se hacen el amor. De tal modo pudo haber nacido del ofrecimiento de las hojas el adorno de la plataforma nupcial con hojas desprendidas, comportamiento típico de diversas aves que moran en el follaje de los árboles.

En la ceremonia del relevo nidal vimos cómo el *Nannopterum harrisi* tenía otras pautas de comportamiento: el apresamiento del pico y el mordisqueo del plumaje de la nuca.

El apresamiento del pico es un gesto ritualizado de alimentación. Procede del comportamiento de cuido de la progenie y sirve asimismo para conciliarse con el compañero. Esos gestos de alimentación desempeñan un importante papel en el comportamiento tierno de muchos animales. Con frecuencia, el compañero o la compañera recibe verdaderamente alimento, y así se confirma el vínculo con un premio. Los machos de golondrina marina (*Sterna hirundo*) cortejan a su hembra ofreciéndole un pez. Los paros, los cuervos, los papagayos y muchas aves canoras alimentan a su compañero como si fuera un pequeñuelo (fig. 26). La interpretación de este hecho como un comportamiento derivado del cuido de los pequeñuelos se corrobora con el hecho de que el así alimentado pide su comida a menudo como un pequeñuelo. Un paro macho mueve las alas temblando como un

pajarillo cuando corteja, y con eso obtiene comida; y viceversa, cuando la hembra emite señales de amabilidad, él la alimenta. Mas no solamente provoca el limosneo la alimentación, sino que también sirve para atraer a la hembra. En las islas Galápagos filmamos a un pinzón picamaderos haciendo retemblar sus alas para atraer a la hembra a la entrada del nido (fig. 27).

La alimentación motivada por la ternura se transformó frecuentemente por ritualización en meros gestos o ademanes. En el pinzón real, por ejemplo (*Pyrrhula pyrrhula*), no hay intercambio de alimentos en el "flirteo con el pico"; sencillamente se dan el pico y nada más. Como gesto amistoso, la alimentación ritualizada puede incluso sobrevivir a la desaparición de la alimentación de cuidados

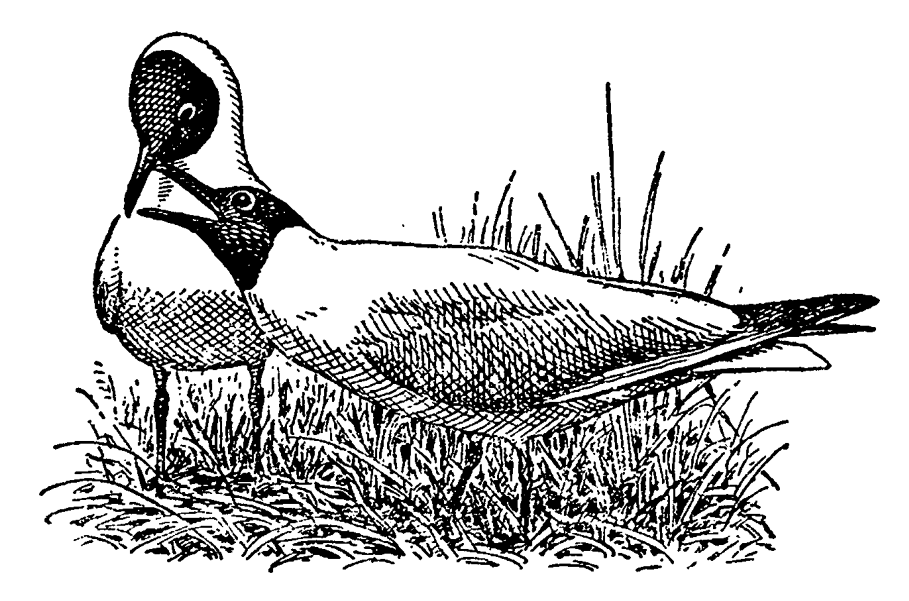


FIG. 28. *Gaviota de cabeza negra* (Larus ridibundus) *pidiendo comida como acto de cortejo. Según una fotografía de N. Tinbergen.*

a los pequeñuelos. El cuco da de comer a su hembra aunque no cuida de los hijos. En la viuda del paraíso de cola ancha (*Steganura obtusa*), cuya progenie también es parásita, el macho alimenta en el vacío, ritualmente, delante de la hembra. En cambio en la viuda del paraíso de cola en punta (*Steganura paradisea*) observamos que el macho ejecuta delante de la hembra un comportamiento altamente ritualizado de mendicación como demostración amorosa. [145]

En los mamíferos se desarrollaron diversas formas de manifestar ternura con el hocico a partir de la alimentación con la boca. Los chacales dan de comer a sus hijos, como otros muchos cánidos depredadores, directamente con la boca, o regurgitándoles el alimento. Entre los chacales y licaones (*Lycaon pictus*), los adultos también se alimentan mutuamente. Los lobos y perros domésticos se concilian con un congénere pidiéndole alimento con el hocico, tocándole

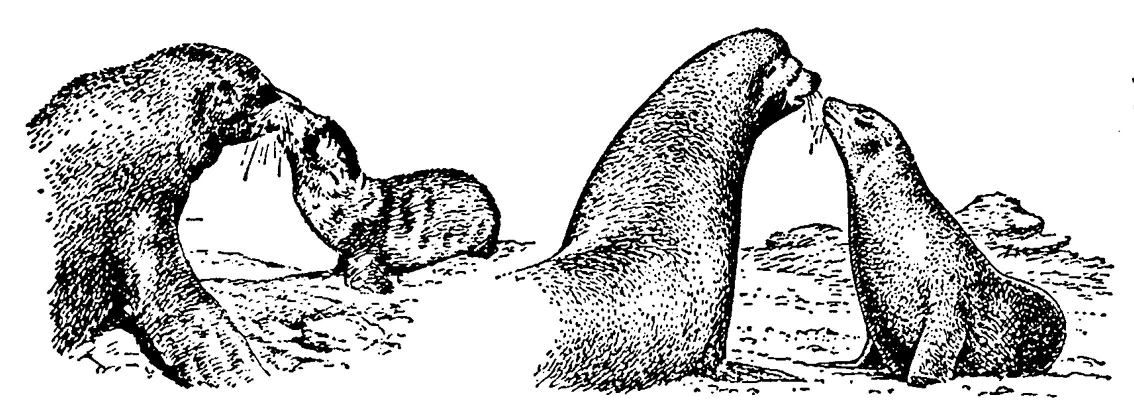


FIG. 29. *Ternura con el hocico. Izquierda: foca lanuda que saluda a su hijo frotándole el hocico con el suyo. Derecha: macho de foca marina saludando a una hembra. Según fotografías del autor.*

en las comisuras de la boca y lamiéndole, y el otro se lo tolera. En una serie de depredadores, de esas etapas iniciales salió un tierno frotarse los hocicos. Las focas marinas saludan a sus hijos frotándoles el hocico con el suyo. Este modo de saludar se ha observado también entre machos y hembras (fig. 29). De la procedencia del beso humano hablaremos más adelante (p. 125).

Las pautas comportamentales que se advierten en los cuidados corporales de índole social también producen efectos calmantes y vinculadores. Muchas aves y mamíferos se acicalan mutuamente, y por cierto del mismo modo que las madres limpian a sus hijos: lamen al compañero o la compañera, le frotan y le peinan la piel o el plumaje. Con frecuencia queda todo reducido a un gesto fugaz. El cormorán que releva a la hembra solamente le picotea unas cuantas veces el plumaje de la nuca. En otros casos, los adultos se alisan las plumas mutuamente durante mucho tiempo y con gran dedicación. Todo el mundo puede observar esta actividad en los monos del zoológico. Es curioso que la actividad social del alisamiento entre miembros de un grupo de monos aumenta súbitamente cuando hay monitos presentes. Mis tres micos *Callithrix jacchus* se alisaban mutuamente tres veces más cuando una hembra había parido, y eso apoya la interpretación de los cuidados corporales de índole social como acción derivada del cuidado de la progenie. Era evidente esta motivación en los monitos, porque además se esforzaban en alcanzar el recién nacido, pero el padre se lo prohibía. Observaciones semejantes se han hecho con los makis. Cuando entre los sifaka enmascarados (*Propithecus verreauxi*) nace un hijo, los adultos se alisan cuatro veces más que antes. [95]

La función conciliadora de los cuidados corporales de índole social está documentada con una serie de observaciones. En la casa de fieras de Schönbrunn vivía un onagro macho que siempre atacaba

al entonces director Otto Antonius cuando se aproximaba al recinto. Como Antonius siempre se mantenía a distancia, el onagro no podía descargar en él sus agresiones. Entonces, regularmente se dirigía a un vecino suyo, y al hacerlo volvió una vez su grupa hacia Antonius. Éste tomó su manojo de llaves y lo rascó suavemente con él: "El resultado fue desconcertante: como movido por un impulso eléctrico, el onagro se apartó al punto de su vecino, se quedó quieto y se abandonó al placer de aquella estimulación cutánea alzando ardorosamente el labio superior. Desde entonces cambiaron totalmente sus relaciones conmigo y cada vez que me veía u oía se aproximaba, se volvía y me acercaba la grupa para que lo rascara" [7, p. 300].

Yo mismo me hice amigo, por el cuidado o halago cutáneo, de un gálago gigante que al principio era muy huraño. Alzando una pata, el animal acabó por pedirme que le rascara las axilas y el pecho. Es evidente que al animal que los recibe le parecen agradables los cuidados corporales de índole social.

Las pautas de comportamiento de este tipo fueron frecuentemente ritualizadas y convertidas en simple ademán o gesto. El maki o lémur mongoz hace en el aire con la mandíbula inferior, para saludar, los movimientos de una almohaza, al mismo tiempo que lame en el vacío. Los macacos chacharean y mueven rápidamente la lengua incluso para saludar a una persona. Después observé lo mismo con un *Cercocebus torquatus* manso y un mono *Ateles geoffroyi*. También señalaré movimientos humanos formalmente muy semejantes.

Al examinar la alimentación de cortejo mencionamos que el alimentado muchas veces pide como un animalito y toma así la iniciativa del contacto. El batir de las alas de los pajarillos mendicantes fue en muy diversos grupos de aves ritualizado en movimientos de cortejo. Los estorninos machos que cantan, aletean, y el pájaro fragata macho presume con las alas extendidas y las bate cuando una hembra pasa volando, después echa la cabeza ligeramente para atrás y la agita con rapidez. Éste es otro movimiento mendicante ritualizado.

Los albatros juntan los picos con movimientos laterales rápidamente ejecutados al cortejar, y al mismo tiempo los abren y cierran como pequeñuelos que piden comida.

Los *tupaia* pequeños lamen la saliva de la boca materna. El macho cortejante lame los labios de la hembra. Los perros de jerarquía inferior hacen ademanes de conciliación como los perrillos que piden alimento, topando con su hocico las comisuras de las fauces del superior en jerarquía. Del repertorio comportamental del lactante también pudieron pasar elementos al repertorio del adulto. Del pisoteo

de ordeño de los perrillos nació el amistoso tocar con la pata que es en los perros mayores un ademán de toma de contacto. Los perros que se someten, como ya dijimos, calman al adversario echándose de espaldas como los perrillos jóvenes para que los limpien, y además se orinan, lo cual muchas veces provoca que los laman para secarlos. En todo caso, el comportamiento infantil inhibe las agresiones. Los licaones africanos emplean para la salutación un lamer de las tetillas derivado de la lactancia. [111] La jaca de Uganda (*Adenota kob*) después del acoplamiento guarda junto a sí a la hembra y le lame las tetas. [26] La hembra del venado se acerca a su macho con el cuello estirado, como el venadillo que acude a mamar.[2] [20] De igual modo se comportan las gamuzas. [107] El macho de la gacela de Grant, cuando joven, se somete a los mayores en esa posición.

El *Papio ursinus* saluda a sus congéneres castañeteando la lengua y besuqueándose con ellos, y este comportamiento forma parte también del preludio al acoplamiento. Según Anthoney [6], se trata de movimientos de succión rápidamente repetidos, y ese besuqueo se desarrolla en transición continua, a partir de la mamada, en el curso del crecimiento del animal. Lo desencadena la contemplación de los pezones, del pene, de las posaderas femeninas y aun del rostro del pequeñuelo, todos de color igualmente rosado. Esas partes del cuerpo son atractivas para el papión y contribuyen así a la cohesión del grupo.

De lo dicho hasta ahora debería deducirse con toda claridad que las pautas de comportamiento infantil pertenecen al repertorio comportamental de los animales adultos, que las utilizan cuando se trata de conciliarse con alguien o de procurarse una buena acogida. Mi tejón domesticado todavía me chupaba la sangría, mucho después del destete, cuando tenía miedo. Un pardillo (*Carduelis*) macho que se había roto una pata y pedía como un pequeñuelo era alimentado por otro. En una colonia de incubación se halló un pájaro fragata grande, que sólo tenía un ala, junto con un pelícano grande y ciego. Los dos sólo pudieron haber sobrevivido porque los alimentaran sus congéneres. [115]

La vuelta al comportamiento infantil se llama regresión, y las pautas del comportamiento infantil, infantilismo (p. 122). En el repertorio de los adultos son también infantilismos las manifestaciones sonoras del polluelo recién salido de la nidada. Cuando el macho de

[2] Ewer [55] opina que aquí podría tratarse de un movimiento que señalara la intención de echarse. Los gamos se muestran conciliadores echándose en el suelo con el cuello estirado hacia adelante.

hámster *Cricetus cricetus* va tras de una hembra en plan de cortejo, emite ruidos como los de los animalillos que caen del nido. [40] En la misma situación, los machos de ardilla utilizan la llamada de los pequeñuelos. [39] La corza en celo atrae al macho con quejidos semejantes a los de los gatitos que llaman a su madre.

La pareja de *Trachyphonus d'arnaudii,* pajarillos africanos, canta a una una melodía, y en algunas partes de ella cada quien un trozo. Tan bien acordados están que no es fácil advertir que se trata de dos aves cantando una misma tonada. En estos duetos, el macho



FIG. 30. *Infantilismos en el dueto de salutación del* Trachyphonus d'arnaudii: *a) piar mendicante de los polluelos; b) grito del macho joven; c) detalle de un dueto. Tomado de W. Wickler (1969).*

mezcla en determinado punto del canto un "schräh" que procede de los gritos mendicantes de los pequeñuelos (fig. 30). [199] Un interesante complemento: el tableteo del pico en los pinzones *Estrildidae* (*Lonchura* y *Spermestes*) es una actividad ritualizada de alimentación que aparece en el cortejo. En algunas especies de *Lonchura*, como la *striata*, este tableteo del pico se incluye en el canto amoroso. [169]

Los monos de Berbería (*Macaca sylvana*) machos apelan directamente con el niño, como hacen las personas (p. 91): se acercan al superior jerárquico con un monito prestado para conjurar la agresión. [Crook, comunicación oral]. Mencionemos también que entre los macacos japoneses, el estar ocupado con un niño puede elevar la posición social del macho. Itani [93] observó un macho que logró entrar en el grupo principal y subir de categoría acariciando un pequeñuelo. Pero en general no explotan tan directamente las señales infantiles.

En los vertebrados superiores, la mayoría de estas pautas de comportamiento son infantilismos y actividades de cuidado de la prole transformados. De las ocho actividades conocidas de solicitación de los *Estrildidae*, tres proceden del piar mendicante de los pequeñuelos, dos de la alimentación y dos de la nidificación. El origen de la octava es desconocido. [69] Todos los gestos de confortación en el repertorio que tienen los chimpancés para saludar (beso, palpación, asimiento, abrazo y estrigilación o estregamiento) se derivan del contacto entre madre e hijo.

Es digno de nota que también en los insectos sociales fueron aplicadas las pautas comportamentales del cuidado de la progenie al servicio de la vinculación grupal. Hormigas, termes y abejas se alimentan mutuamente. Las hormigas o avispas que regresan al panal son rodeadas por las compañeras y obligadas a regurgitar algunas gotas de alimento mediante un vivo juego de antenas. Las ya alimentadas son a su vez solicitadas, y así se reparte el alimento. El himenopterólogo Forel calificaba el tragadero de los himenópteros de "estómago social", ya que de este modo el contenido del buche se va distribuyendo a todos los habitantes del panal o el nido. En las avispas y las abejas se puede comprobar que el alimento hace de conciliador. Una avispa regurgita alimento en comportamiento humilde. Las abejas que han perdido el camino pueden ser adoptadas por colmenas extrañas. Al principio están expuestas a ataques, pero si logran repartir rápidamente alimento, se conquistan a las agresoras y hallan buena acogida.

Entre las avispas y los avispones, las trabajadoras alimentan las larvas. Segregan entre sus mandíbulas un líquido claro rico en albú-

mina, que aquéllas toman con gran avidez. Ya Wheeler [193] manifestó la sospecha de que el intercambio de alimento fuera una de las raíces de la vida social en los insectos. Los estados formados por los insectos son según él familias permanentes, y la alimentación mutua es el adhesivo que asegura la cohesión del grupo. Solamente los insectos que cuidan de su progenie pueden alimentarse mutuamente, y sólo ellos forman estados.

Las pautas de comportamiento del cuidado de la progenie son especialmente convenientes para la cohesión del grupo porque el comportamiento de asistencia a los pequeñuelos se entiende primordialmente como algo amistoso. Y a su vez, la madre está adaptada a las señales que el animalillo emite, y reacciona cuidándolo. Ya volveremos a hablar de esto cuando veamos relaciones correspondientes entre los humanos.

La conciliación y la vinculación pueden también producirse por señales sexuales. El cíclido *Tropheus moorei* emplea el movimiento de zarandeo, que es parte del comportamiento amoroso del macho, como gesto de conciliación. Los cinocéfalos sagrados efectúan la conciliación mostrando el trasero. También los machos se sirven de este ademán de presentación, originalmente sexual y femenino, y sucede a veces que los machos cabalguen simbólicamente por breve tiempo al presentador. Este comportamiento pertenece a los ritos de salutación empleados al encontrarse. Los cinocéfalos sagrados de jerarquía inferior saludan a los superiores, incluso de pasada, volviendo brevemente hacia ellos el trasero. En una serie de monos con presentación femenina como saludo, los machos no solamente han adoptado el gesto en su repertorio comportamental. Por ejemplo, en el cinocéfalo sagrado, los machos muestran una tumefacción roja de las posaderas como imitación intraespecífica de la señal femenina. [198] Se sabe de copulaciones vinculatorias heterosexuales del cinocéfalo sagrado que no producen eyaculación.

b] PULSIONES VINCULADORAS

La fusión de un grupo de animales para formar una asociación no sólo presupone la existencia de pautas comportamentales vinculadoras y conciliadoras sino también el impulso de emplear esos medios, y de un modo general la apetencia que siente el individuo por la proximidad de su congénere, o sea la necesidad de buscar y con-

servar esa proximidad. Esto es ya así en los animales que viven en formaciones abiertas.

A los buceadores siempre nos impresionan los bancos de peces. Cuando millares de cuerpos argénteos aparecen en el profundo azul del mar, nos invaden en silencio y vuelven a desaparecer en la abisal lejanía oceánica, el suceso no es fácil de olvidar. Yo he pasado muchas horas observando los peces de tales formaciones y siempre me ha sorprendido la gran necesidad que esos animales sienten de estar juntos. Los que quedan separados por algún accidente nadan veloces de acá para allá, llenos de pánico, buscando la inclusión en el bando. Y si al fin vuelven a hallarse entre los demás, se calman y se comportan de modo socialmente indiferente. Sólo buscan la proximidad de los demás; pero no tienen ninguna otra relación con ellos.[3] Estos peces gregarios se conducen en general como si el congénere fuera un refugio ante el peligro.

Efectivamente, la búsqueda de protección es uno de los principales motivos de la unión con los congéneres, y tal vez uno de los más antiguos. El umbral de huida del pez gregario es bastante más bajo cuando está solo que cuando nada con toda la compañía.

Los vertebrados superiores buscan ante todo refugio en su madre; lo mismo las gallinas que los hombres. Entre los cinocéfalos, el pequeñuelo acude siempre a su madre en los primeros meses de vida; posteriormente busca también protección en otros adultos de alta jerarquía. Por lo general, el objetivo de su huida es el macho de jerarquía superior y esto, cosa curiosa, aunque fuera él quien provocara la fuga. Si no se halla ningún animal de categoría superior a la vista, dos pequeñuelos o dos adultos huyen juntos y se abrazan uno al otro. Cuando un monito está sin compañía y espantado, él solo se abraza a sí mismo. Pero en su origen, el refugio es siempre la madre; a ella se aferra el monito, y a veces para consolarse le succiona el pecho (fig. 31). Entonces, el umbral de huida sube notablemente. Lo que antes hiciera huir ahora se considera con interés desde la posición segura. El efecto tranquilizante que produce la madre también se puede lograr con simulacros. Los macaquitos de la India criados en aislamiento huyen cuando uno los espanta hacia una armazón de alambre cubierta de tela, y se aferran a ella. [70] Los niños de los humanos se calman cuando se les da un chupete, y para dormirse abrazan gustosos o aprietan en la mano objetos blandos, como ositos de peluche o una cobijita de lana. Un

[3] Hay también peces que viven en bancos más pequeños y que por eso conocen individualmente a sus compañeros de banco. Pero son excepciones. En el caso típico, el banco de peces es una formación anónima.



FIG. *31. Una de las raíces del afán de contacto es la busca de protección en la madre. Los lactantes temerosos se refugian en el pecho materno y maman para calmarse, o bien toman el pezón en la boca, como lo hacen este macaquito de la India y este negrito. Según fotografías del autor.*

mamoncillo suele gritar cuando lo dejan y se calma en cuanto lo cogen. En cuanto puede menearse o correr, se esfuerza en llegar a la madre si algo lo inquieta, y se aferra a ella (figs. 32 y 33).

En todos estos casos podemos comprobar una apetencia de seguridad activada por las ganas de huir. Siempre es el semejante lo que el agujero para el ratón y el cubierto o refugio de los arrecifes para los peces del coral. El semejante ofrece refugio y protección y así en cierto modo adquiere una valencia de hogar. Con toda seguridad es ésta una de las raíces de la tendencia a buscar el contacto. El semejante se convierte en objetivo de la huida y su proximidad significa protección. Por eso es fácil reforzar la vinculación en un miembro del grupo mediante una motivación de temor. Hess comunicó que los patitos siguen a su madre de tanto más cerca cuanto más fuerte es el estímulo eléctrico con que se les castiga. [75] Si una hembra de cinocéfalo sagrado no sigue a su macho, éste corre a ella y la muerde fuertemente en la nuca; entonces, ella vuelve a seguirlo. Y con frecuencia basta que el macho la mire amenazadora



FIG. 32. *Los temerosos buscan protección uno en otro. El más joven de estos dos niños sonjo (el de la derecha) se abraza al mayor, y éste por su parte lo rodea protector. Abajo: madre de macaco de la India con su hijo mayor. El contacto con la madre tranquiliza. Según fotografías del autor.*

y fijamente. [112] Entre los hombres también, el miedo refuerza la adhesión al grupo, y esto se explota en política (p. 155).

Probablemente, la vinculación por el impulso de huida es muy antigua, pues opera ya en la formación abierta y anónima. El apego del niño a la madre debió ser motivado así originalmente. La vinculación es de origen instintivo y no se produce secundariamente, por la alimentación, como a veces se ha afirmado (p. 194). Los niños criados en casas cuna se apegan a los de su edad y buscan protección unos en otros, aunque no se alimenten mutuamente. El macaquito de la India se aferra cuando tiene miedo a un simulacro blando y no a una armazón de alambre, aunque a ésta esté sujeto su biberón, que busca cuando quiere beber. [70]

El apego de la madre al niño es motivado en cambio por el instinto del cuidado maternal. El hijo no representa para la madre un congénere con valencia de hogar sino que es primordialmente un

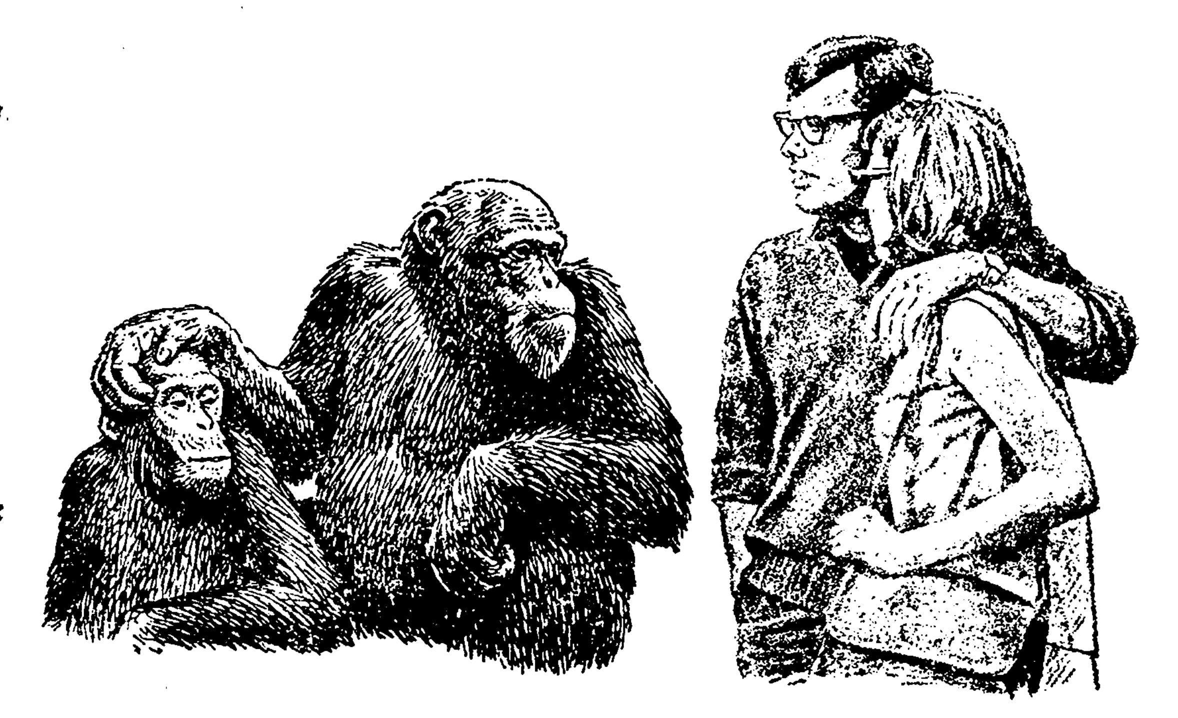


FIG. 33. *El efecto tranquilizador del contacto corporal perdura en los adultos. Una hembra de chimpancé, de unos cuatros años, se cobija bajo la mano de un macho (según una fotografía de J. y H. van Lawick-Goodall). Una parejita. Según fotografía del autor.*

objeto de asistencia. Entre todos los mamíferos, los pequeñuelos emiten señales que provocan solicitud. Pueden ser olfativas, acústicas u ópticas, y entre los primates son las señales ópticas de los hijos las que adquieren mayor importancia. Los cinocéfalos tienen la piel negra hasta el sexto mes de vida. Esa piel negra desencadena el comportamiento asistencial y el interés amistoso entre los adultos, a tal punto que los machos viejos a veces toman a un pequeñuelo para limpiarlo y lo socorren cuando es atacado. Los macacos jóvenes (*Cercopithecus aethiops*) también tienen un color de piel diferente de la coloración adulta. Los machos del cercopiteco verde atacan incluso a las personas que molestan a uno de sus pequeñuelos. En cambio no le prestan asistencia al joven o al adulto cuando ya tiene su coloración definitiva, aunque vean que lo cogen preso. Los *Presbytis obscurus,* de un pardo intenso, tienen de pequeños una piel casi dorada, y mientras llevan esa coloración, todas las hembras los cuidan.[4]

[4] La inhibición que produce la coloración infantil de los langures no opera, sin embargo, en un macho ajeno al grupo. Si un macho conquista la dirección de un grupo de langures, mata a todos los pequeñuelos que tenía el grupo, pero deja a los que nacen después de su toma del poder, aun cuando no sean más hijos de él que los otros. De todos modos, este comportamiento asesino sólo ha sido observado hasta ahora por un investigador. [164]

Los chimpancés pequeñitos tienen en el extremo del torso un mechón de pelo blanco muy visible en la presentación. Ya vimos también las señales de los pequeñuelos humanos.

Con frecuencia tiene la madre un comportamiento guardián muy marcado. Los cinocéfalos llevan a sus pequeños, en las primeras excursiones, sujetos por la cola, y cuando hay algún peligro los atraen hacia sí. Las hembras de los antropoides vigilan asimismo los primeros pasos de sus hijos y los hacen volver cuando se alejan demasiado. También aquí se trata de un comportamiento guardián puro, que además se observa ocasionalmente en las relaciones entre adultos. Los leones marinos de las Galápagos hacen volver a la orilla a las hembras que se alejan de su harén con la misma técnica que utilizan para empujar hacia las aguas someras a los pequeñuelos que se alejan demasiado por el mar. [41] Las aves sociables también tienen un comportamiento guardián. Todavía no se ha comprobado si éste se deriva del comportamiento de cuidado de la progenie. Lorenz [127] describe cómo las chovas son vueltas a la bandada por miembros de ésta. En 1929, un grupo de chovas y cornejas se estableció cerca de la colonia de chovas que él tiene, y los pequeños volátiles se mezclaron con los extranjeros, de modo que había el peligro de que volaran con aquella bandada migrante cuando se fuera de allí. Pero dos machos viejos de la colonia hicieron volver a las avecillas una a una en unas cuantas horas, volando por encima de ellas y abanicándolas con la cola, al mismo tiempo que lanzaban el grito o reclamo de vuelo.

La vinculación de la madre al hijo está con mucha frecuencia —pero no siempre— individualizada, o sea que las madres reconocen personalmente a cada uno de sus hijos. Esto es así principalmente en las madres que crían a sus hijos y los atienden durante bastante tiempo. En tales animales no conviene seguramente que la madre no pueda distinguir entre sus pequeñuelos y los de las demás y que admita pequeñuelos sin distinción, ya que ello podría hacer que una hembra tuviera demasiados animalillos en torno suyo, y al final no podría alimentarlos ni cuidarlos. Sin duda hay aquí una presión selectiva que fomenta la formación de relaciones individualizadas. Con frecuencia, las madres atacan violentamente a los pequeñuelos extraños. Las hembras del león marino suelen agarrar sin miramientos a los pequeñuelos extraños que quieren mamar de ellas y lanzarlos lejos. Las ocas silvestres atacan a los ansarones desconocidos y las gaviotas argentadas llegan hasta matar a los polluelos de gaviota que van a parar a su territorio. [187] En estos casos, sólo el conocimiento individual inhibe las agresiones. Por lo general, esta regla rige también la convivencia entre los adultos: conocido = amigo;

desconocido = enemigo. Por eso, en la formación de parejas se encuentran con grandes dificultades los que son desconocidos uno para el otro. Las gaviotas argentadas y las de cabeza negra siempre tienen que empezar por la conciliación. Las de cabeza negra, por ejemplo, que en ambos sexos llevan una máscara negra desencadenadora de agresión, al comenzar el acoplamiento no deben mirarse completamente de frente, y tienen que ocultar la señal desencadenadora desviando marcadamente la cabeza ("head flagging") y atisbarse solamente con el rabillo del ojo. Compárese esto con el efecto inhibidor de la agresión que tiene el conocimiento personal entre los hombres. El vínculo personal nació probablemente, en la mayoría de los casos, al mismo tiempo que se desarrollaba el cuido de la progenie.

Konrad Lorenz [127] ve todavía otro origen del vínculo individual. Opina que la amistad, la unión de dos o más individuos para formar una comunidad defensiva, sería el punto de partida para el desarrollo de las relaciones individualizadas. El vínculo personal del amor nacería sin duda en muchos casos de la agresión intraespecífica y en otros conocidos, por la vía de la ritualización de un ataque o amenaza reorientado. La base de esta interpretación está en la observación de que en muchos animales las pautas del comportamiento de amenaza refuerzan la unión con el compañero o la compañera y hallan empleo como ritos de salutación. El pez joya africano (*Microspathodon chrysurus*) amenaza a un rival nadando hacia él, deteniéndose súbitamente junto al mismo, en actitud intimidadora, y dando un coletazo. Para saludar a la hembra, emplea el mismo comportamiento, pero con una diferencia: que el coletazo y la actitud intimidadora los ejecuta mientras pasa nadando. La orientación es, pues, diferente, y de ese modo queda simbolizado que la compañera no es el objeto de la agresión. El ganso y la oca silvestres emparejados se saludan con el "grito de triunfo", amenazándose con los cuellos al pasar. En cierto modo amenazan así conjuntamente a un tercero, y eso une a la pareja. Pero en los gansos silvestres, el grito de triunfo no sólo liga a la pareja de cónyuges, sino que el ritual agresivo se ha convertido en un vinculador general, que une a los individuos amigos dentro del grupo. En los gansos silvestres, también en el cortejo sirve la agresión para reforzar el vínculo. El ánsar ataca al principio, efectivamente o en forma simulada, a cualquier congénere o una persona que esté en pie junto a la orilla, para después volver a su elegida y saludar con el grito de triunfo. Esto lo repite tantas veces como sea necesario, hasta que la elegida lo imita y lanza el grito de triunfo en su compañía. Los ataques simulados contra cualquier vecino y el subsiguiente grito de triunfo refuerzan posteriormente el vínculo. [127]

Los macacos de la India que quieren hacerse un amigo se detienen una primera vez cerca de él y tratan de mostrarse familiares ofreciéndose a alisarle el pelo. Después de eso atacan directamente a los monos que pasen, o sea que tratan de arrastrar al presunto amigo a una acción conjunta, y a veces lo consiguen. Y cuando han dado juntos una paliza a otro, ya son buenos amigos. [202] Entre los hombres hallamos hechos comparables (p. 153).

Las observaciones por él realizadas con los gansos silvestres condujeron a Lorenz [127] a la hipótesis de que el amor era un género de agresión. Según él, hablaba en favor de esa hipótesis el que la agresión intraespecífica fuera millones de años anterior a la amistad y el amor personales. "Durante largas épocas geológicas había habido con toda seguridad animales muy agresivos y temibles. Casi todos los reptiles que hoy conocemos lo son, y no hay motivos para suponer que los de épocas anteriores lo fueran menos. Pero sólo en los teleósteos, las aves y los mamíferos sabemos que haya vínculos personales, o sea en grupos que aparecieron en el mesozoico o después. Hay, pues, agresión intraespecífica sin su contrario, el amor, pero en cambio *no hay amor sin agresión*" (p. 327).

Éste es un hecho y no cabe dudar al respecto. Pero en todos los casos en que se comprobó la función de una agresión reorientada que robustecía el vínculo, era premisa de este efecto una unión individualizada. Afirma Lorenz que es propio de este género especial de ceremonia de apaciguamiento el que cada uno de los aliados solamente puede realizarla con el otro y no con un individuo cualquiera de su especie. Puede también decirse que ciertamente no hay amistad sin agresión pero que, aparte de raras excepciones, tampoco hay amistad sin cuido de la progenie. Tampoco sé de ningún caso en que los animales se hayan unido exclusivamente por la agresión, sin cuidado simultáneo de la progenie. Y esto, así como el hecho de que la eficacia de un saludo amenazador en los animales presupone siempre la existencia de un vínculo, parece señalar que el amor por lo general no es primordialmente un género de agresión, sino que nace con el cuido de la progenie; que entraña defensa de los hijos. Y como el grupo puede considerarse una ampliación de la familia, la defensa del grupo, con sus fuertes emociones, bien puede derivarse de la defensa de la progenie y de la familia. La defensa en común de la progenie, o del grupo en su caso, unifica. En los animales que no cuidan a sus hijos, como los reptiles o los anfibios, no sabemos que haya ninguna defensa del grupo ni tampoco camaradería en el combate. Su agresión se diferencia claramente en esto de la de las especies que cuidan a su prole.

En cambio, el cuidado de la prole condiciona ya muy tempranas

asociaciones individuales y asistencia individualizada a los pequeñuelos, y con ello ofrece las condiciones necesarias para una vida social diferenciada. Yo no sé de ningún vertebrado terrestre que se una con nadie para actividades en común, como la caza o el combate, que con ello se vincule personalmente con otros semejantes suyos y que entre sus antepasados no tenga comprobada ninguna forma zoológica cuidadora de la progenie. Esta clase de unión recibe, en todo, su motivación propia en forma secundaria. Según Tiger [185], este ejemplo se aplicó a la unión del macho humano con otros para formar grupos de varones.

La pulsión sexual produce una fuerte motivación para la busca de contacto. Este instinto es por lo menos tan antiguo como la agresión, y quizá más, ya que mueve incluso a los animales monocelulares. Por eso es lógico preguntarse si no pudo la pulsión sexual haber logrado una vinculación duradera con el semejante. Cosa interesante, este caso es más raro de lo que sería de esperar. Una de tales excepciones es el hombre. Los animales sociables aplican ciertamente algunos ritos del repertorio sexual a la conciliación, pero una vinculación duradera por la pulsión sexual sólo es un hecho en el hombre y algunos simios (p. 145); con seguridad es esta vinculación de formación secundaria y apareció en forma adicional a la consolidación del vínculo.

Ahora estamos en condiciones de responder a la cuestión que al principio nos planteábamos acerca de las "pulsiones vinculadoras": en los vertebrados se advierten dos raíces principales de sociabilidad. Primeramente, el afán de contacto es motivado por el instinto de fuga. El congénere es el objetivo de la huida, y cerca de él se halla el seguro, porque tiene una valencia de hogar. Esto es ya así en los peces gregarios y es válido hasta los primates superiores. Una segunda raíz de motivación es la pulsión de cuidado de la prole, que liga los padres al hijo y conviene visiblemente para consolidar el vínculo existente entre los adultos. Téngase presente que sólo los animales que cuidan de su prole forman agrupaciones exclusivas. Sólo ellos fueron capaces de formar un vínculo por encima de la barrera de la agresión. Y todos lo hacen con las pautas comportamentales de asistencia originadas en la esfera del cuidado parental y mediante la utilización de señales infantiles que las activan.

La agresión corrobora el vínculo solamente en forma secundaria, y esta función ("solidaridad de combate") se desarrolla con la defensa de los hijos y de la familia. Que yo sepa, ningún vertebrado se alía con un congénere primaria y exclusivamente por la agresión. Incluso la relación individualizada (el amor) se desarrolló primariamente a partir de la relación consistente en el cuido de los hijos.

El instinto sexual es un medio de relación raramente utilizado para vincular, pero entre las personas humanas desempeña un gran papel a ese respecto. Aunque sea uno de los impulsos más antiguos, es curioso que, aparte de unas raras excepciones, no haya sido él quien provocara la formación de relaciones individualizadas duraderas. El amor no radica en la sexualidad, pero se sirve de ella como corroboración secundaria del vínculo.

8
¿QUÉ ES LO QUE LIGA A LAS PERSONAS?

Siendo un ente social de tendencias agresivas, el hombre tiene también el problema de cómo controlar la agresión. Dentro del grupo, impide las provocaciones y hace las paces cuando dos se pelean. Los conflictos inevitables los suaviza mediante ritos de conciliación. Cuando nos vemos obligados a negar la satisfacción de un deseo a un semejante, nos disculpamos, o no se lo decimos directamente sino en forma disimulada y diplomática. La misma petición se hace muchas veces del mismo modo indirecto. Esta "política" en el trato con las gentes suaviza las asperezas de una negativa y no quebranta el vínculo social. Se evidencia así, por ejemplo, en las costumbres del cortejo. En la comarca montañosa de la Eifel, el mozo lleva una botella de vino cuando va a visitar a la elegida, y la pone en la mesa. Si la muchacha va a buscar un vaso, es que está de acuerdo. En el sur de Alemania y en Suiza se regalaba antes a la doncella un pastel en forma de corazón. Si ella lo aceptaba, quería decir que le interesaba el cortejo. La petición y la negativa podían también hacerse indirectamente, con un mediador. En la región de Hirschberg, el pretendiente llama a la puerta de los padres y pide lumbre para su cigarro. Si le contestan que no tienen ("Mer hon ke Tobakfeuer") quiere decir que su petición no es aceptada. [175] En las relaciones cotidianas doramos la píldora diciendo que lo sentimos mucho, pero que no nos es posible, o bien empleamos la fórmula más ceremoniosa: "Sentimos tener que comunicarle...". Nos afirmamos "atentamente suyos", y de este modo conservamos la paz dentro del grupo. ¿Nos son conocidos ya por otros vertebrados los medios que para ello empleamos? ¿Qué podemos aprender de las adaptaciones filogenéticas al servicio de la vinculación, o por ventura son parcialmente innatas en nosotros, como se dice? ¿Hasta qué punto somos pacíficos por naturaleza? Y para terminar: ¿podemos vincularnos también por la agresión? Estas cuestiones nos ocuparán en las siguientes secciones.

a] LA SOLICITACIÓN DE ASISTENCIA Y LA IMPLORACIÓN INFANTIL EN EL COMPORTAMIENTO HUMANO

Hace poco vi en la portada de un periódico ilustrado que hablaba de la guerra de Vietnam la acogida a un soldado joven: visiblemente impresionado por las emociones de la guerra lloraba éste con la cabeza en el pecho de un compañero de armas. En otra fotografía se veía a un soldado que consolaba a un compañero abrazándolo (fig. 34). Así se conducen las madres con sus hijos, y así también



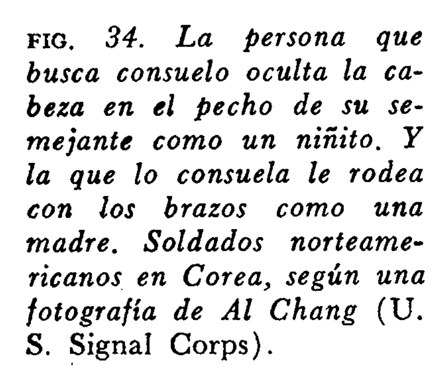


FIG. 34. *La persona que busca consuelo oculta la cabeza en el pecho de su semejante como un niñito. Y la que lo consuela le rodea con los brazos como una madre. Soldados norteamericanos en Corea, según una fotografía de Al Chang* (U. S. Signal Corps).

los primates, nuestros parientes cercanos, nos proporcionan directamente un ejemplo comportamental comparable (p. 112; fig. 32). En el hombre también se trata de pautas de comportamiento derivadas del repertorio de las relaciones entre padres e hijos, o sea de las actividades de cuidado de la progenie y de las imploraciones del infante. Como veremos ahora, en el fondo son estas pautas iguales en todas las culturas, y el hecho de que nuestros próximos parientes los chimpancés nos proporcionen ejemplos muy semejantes indica la base innata de tal comportamiento.

Cuanto menos "civilizado" es un grupo étnico, más directos y espontáneos son sus gestos de afecto o aversión. Nunca olvidaré un saludo de los waikas, en el curso superior del Orinoco. Nuestra pequeña compañía había llegado a la aldea de Yasubueteri y establecido el contacto amistoso gracias a pequeños regalos. Estábamos ya en el poblado circular, cada uno de nosotros rodeado por un grupo de indios, amistosos y curiosos. Las mujeres mostraban particu-

lar interés por mi acompañante, la señora Elke Goetz. En parte, el motivo era material. Los rubios cabellos ondeaban de acá para allá y le acariciaban el pecho, cubierto por una prenda de vestir. Mas una joven india quiso hacer amistad con ella. Se pegó a mi acompañante, le rodeó las piernas con un pie, como hacen los niños cuando quieren subirse a alguien y se frotó la frente moviendo la cabeza lateralmente junto a sus mejillas, y para ello sujetaba la cabeza de Elke con las manos. Yo pedí a Elke que se dejara hacer y siguiera sonriendo amistosamente. Ella lo hizo y yo filmé la pauta comportamental que empleaba la india para establecer el contacto. Como Elke sonreía pero no daba otras muestras de aceptación del comportamiento, la india probó prácticamente todo su repertorio amistoso. Se frotó la frente cada vez con mayor intensidad, hasta rayar en

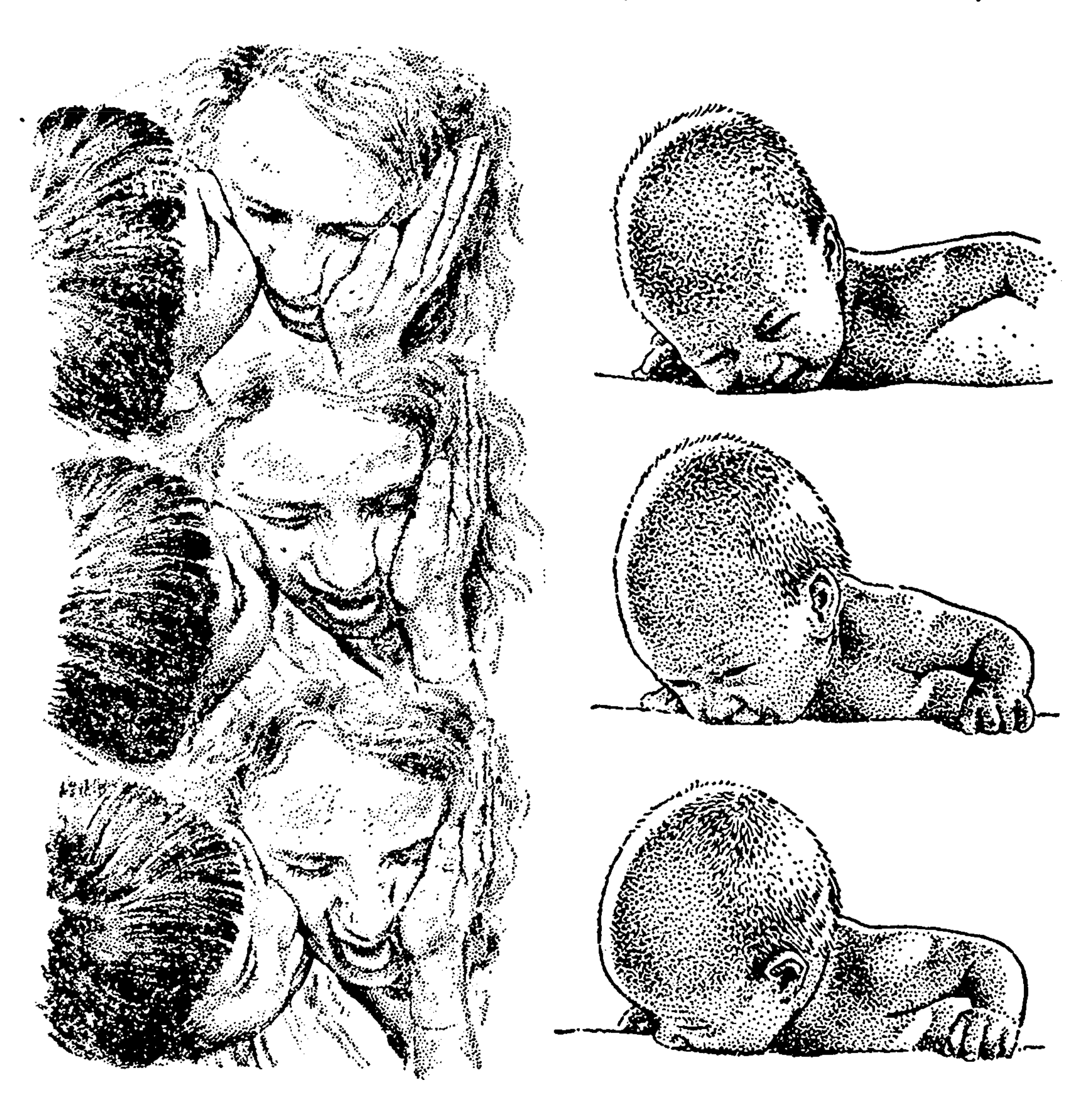


FIG. 35. *India waika frotando su boca en la mejilla de una europea a manera de salutación (según una filmación del autor); a la derecha: automatismo de búsqueda del mamoncillo. Más detalles en el texto.*

la grosería: era una forma agresiva de solicitación y tal vez estaba además poniendo a prueba la tolerancia de la otra. Entre una y otra vez se bajaba y miraba sonriente e interrogante el rostro de Elke.

Una de las veces tocó las mejillas con los labios como en un beso, después se frotó los labios con movimientos laterales en las mejillas y a todo eso sopló con los labios apretados y las mejillas bien hinchadas, comportamiento que usan las waikas para hacer reír a sus hijos. También realizó el frotamiento de narices —punta de la nariz contra punta de la nariz—, tan usual en muchos pueblos. Y de vez en cuando seguía interrumpiéndose para sonreír a mi acompañante. Era un cuadro encantador cuando puso su cabeza de lado en el hombro de Elke y se frotó los largos cabellos de ésta en la cabeza, de modo que le servían de marco. Al hacerlo seguía una inspiración espontánea, pues a diferencia de las demás pautas de comportamiento, aquello lo hacía por vez primera. Finalmente se puso a mordisquear las mejillas de Elke y a remorderla cada vez con mayor ternura (figs. 35 y 36).

Yo mismo fui una vez saludado casi tan amistosamente por un varón waika. Habíamos llegado hasta la orilla y yo me hallaba todavía



FIG. 36. *Frotamiento amistoso de las narices y tierno mordisqueo de la persona saludada. Según filmación del autor.*

sentado en la barca cuando el amistoso indio se puso a manosearme. Sin duda yo debí estremecerme, porque no estaba muy limpio, pues el indio dudó un instante, se lavó inmediatamente las manos en el río y volvió impertérrito con las manos mojadas a su salutación. Yo le regalé alguna chuchería, y entonces me abrazó, me sobó la espalda y finalmente me besó las mejillas y frotó sus labios en ellas.

En estas salutaciones se desarrolló toda una serie de pautas comportamentales, como el abrazo, el beso, el manoseo, el frotamiento de nariz con nariz, el de los labios y el mordisqueo, que posteriormente pude observar como gestos de toma amistosa de contacto entre esos indios. ¿Cómo deben interpretarse en particular? Después trataremos de averiguarlo al tratar de la comparación de culturas.

Hasta ahora, la iniciación del contacto por el roce de la frente sólo la he observado entre los waikas. Pero poco después vi en una película científica que los chimpancés reciben el contacto corporal en la salutación con la cabeza inclinada. Con el mismo ademán requieren el alisamiento social de la piel, y aquí puede estar la raíz de este comportamiento (p. 126).

Al principio interpreté el frotamiento de la boca como de la nariz. Pero cuando volví a ver la película se reveló que no era la nariz sino la boca la que había rozado las mejillas de la saludada. La waika hacía entonces movimientos laterales, pendulares, con la cabeza, iguales en la forma a los que hace el lactante cuando busca el pecho materno (automatismo de búsqueda). Yo considero ese comportamiento una búsqueda del pecho ritualizada. Los mismos movimientos con la cabeza hacen las personas cuando la esconden en el pecho de otra persona en busca de consuelo. En ambos casos se trata, en mi concepto, del recurso al, o regolfar del, comportamiento infantil, como una "imitación" o un "préstamo" que deben propiciar la buena acogida.

La pauta comportamental del frotamiento de la nariz debe en cambio interpretarse como beso olfateo, como un oliscar amistoso. El frotamiento nasal se encuentra como saludo en muchos pueblos (página 171). El punto de origen es un comportamiento que en forma no ritualizada también tenemos nosotros. En el preludio amoroso aspiramos el olor de nuestra compañera o nuestro compañero, y la expresión que dice no poder "ni oler" a una persona por no poder sufrirla, y su equivalente "eso me huele mal", nos enseña el importante papel que tiene el sentido del olfato en el trato social.

El soplar las mejillas con aplicación de los labios merece atención, ya que se trata con toda probabilidad de una pauta comportamental trasmitida culturalmente y que los waikas emplean para alegrar a sus hijos —o sea otra vez una actividad asistencial procedente del cuidado de la prole— en este caso utilizada como gesto amistoso.

De especial interés son las pautas de comportamiento semejantes al ósculo. Entre los humanos pueden distinguirse muchas formas de besar, que probablemente tienen un origen diverso. El beso mordelón se presenta en forma de mordisqueo rítmicamente repetido o de mordisco leve, en que se tocan grandes superficies cutáneas libres y con frecuencia las mejillas, raramente los labios. Una pauta de comportamiento formalmente semejante se halla en los chimpancés. En una película de P. Marler se ve a un chimpancé en libertad saludando a otro con inclinación de la cabeza y contacto de la región frontal, a lo cual el saludado responde con un beso mordelón en la cabeza, con las fauces bien abiertas, pero sin morder efectivamente. Como se trata de la respuesta a una solicitud de alisamiento, el beso mordelón puede considerarse un cuidado de la piel ritualizado. En el hombre habla en favor de esa interpretación el que con el beso mordelón se mordisquea y que los dientes se emplean todavía en raros casos para el cuidado o alisamiento de la piel. Yo filmé a una mujer waika que le quitaba al marido impurezas de la piel con los dientes.

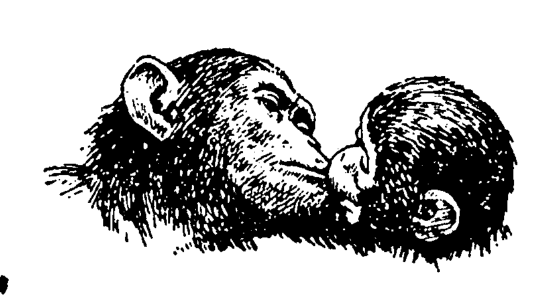
Una segunda raíz motivante del beso mordelón es seguramente la agresión. El mordisco súbito y a veces bastante fuerte se observa frecuentemente como arrumaco en el preludio amoroso de los humanos, y la mujer suele usarlo como respuesta a una pequeña provocación o como defensa (p. 134, fig. 42). Según el impulso que predomina en la situación se halla toda una serie de actividades que van desde el tierno mordisqueo hasta el mordisco declarado. Los chimpancés reciben con la boca abierta alimento de boca de la madre. La posibilidad de que el beso mordelón proceda de ahí y sea un movimiento ritualizado de recepción de alimento me parece empero poco verosímil. La forma del movimiento (mordisqueo) y su orientación hacia otras partes del cuerpo, como la boca, habla en contra de ella. En cambio, el beso en los labios y con la lengua son actividades alimenticias derivadas. La alimentación de boca a boca se usa en muy diversas culturas entre madre e infante. Los papúes alimentan a sus pequeños masticándoles primero los trozos, y también en algunas de nuestras comarcas campesinas existió tal uso (fig. 37). Se tienen informes, por ejemplo, de madres del Schleswig-Holstein y de la Selva Negra que lo confirman. Bilz [21] afirma que los niños se acostumbran a esa forma de alimentación y que a la edad de tres meses sus labios se vuelven hacia fuera y se levantan en forma de bezo. Si uno les toca los labios, nota que la lengua se adelanta "como si quisiera llevarse algo. Efectivamente, cuando mi mujer... presenta entre los labios un atole de sémola o cualquier otra clase de alimento para niños, el hijito se lo lleva a la boca por medio de la lengua. El mamoncillo no solamente tiene para tomar alimento la función innata de la suc-



FIG. 37. *Madre papú alimentando a su infante. Según una fotografía de Dupeyrat, en W. Wickler (1969).*

ción, sino también la posibilidad de recibirlo de boca de la madre" (p. 238).

Hemos observado asimismo la alimentación de boca a boca entre los antropoides (gorila, chimpancé, orangután), y en general como actividad de cuido de la prole (fig. 38). La madre orangutana Suma, del zoológico de Dresden, pasaba a su lactante plátanos ya masticados de boca a boca. Mas de los chimpancés se sabe que también los adultos se alimentan de boca a boca como gesto amistoso. Las observaciones sobre el terreno arrojaron el resultado de que al encontrarse se saludan con el contacto labial, sin trasmitirse alimento no obstante, lo cual puede considerarse una forma ritualizada de la alimentación (fig. 38). Ya Rothmann y Teuber [156] y R. Bilz [20, 21] se



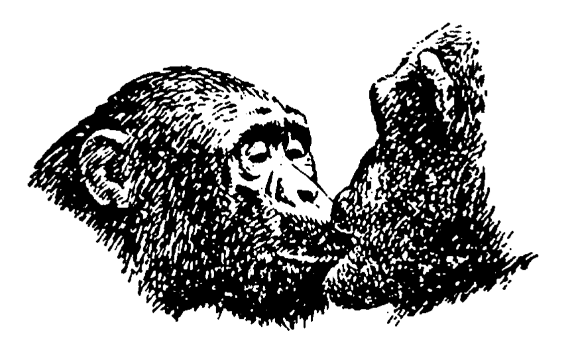


FIG. 38. *Madre chimpancé alimentando a su hijo con la boca. A la derecha: salutación con ósculo de dos chimpancés. Según fotografías de H. y J. van Lawick-Goodall, en W. Wickler (1969).*

expresaron en este sentido, en favor de la procedencia del beso humano por derivación de los cuidados alimenticios de la prole.

La interpretación del beso labial y lingual como alimentación ritualizada es corroborada por el hecho de que los enamorados suelen intercambiarse golosinas con el beso. Los habitantes de Hinterzillertal, en el Tirol, masticaban en otros tiempos resina, y los mozos ofrecían de ella a sus mozas. Dice von Hörmann [86]: "Así como se masca tabaco, se hace con la pez y se intercambia la mascada. Entre los enamorados esta costumbre de mascar pez desempeña un gran papel, y principalmente en el baile. *Beiss mach aft acha,* dice el muchacho a la muchacha, invitándola a morder la puntita de un trozo de pez que le asoma entre los dientes. La muchacha debe entonces pegar su boca a la del muchacho e intentar apresar entre los dientes la puntita del *Koiatel* y sacárselo, difícil empresa que el mozo por su parte se esfuerza en prolongar cuanto puede por mor del jugueteo amoroso. Si la bailarina accede es señal de que está bien dispuesta, y aun de mucho más" (p. 99).

La estrecha relación entre beso y alimentación se manifiesta claramente también en esta usanza húngara: en el curso medio del Theiss se celebra entre novios el "beso", el domingo de la amonestación por la tarde. El mozo que acude al "beso" lleva a su novia un pañizuelo lleno de minúsculas manzanitas que comerán entre los dos "de modo que el mozo muerde primero, y después la moza, y cada mordisco va condimentado con un beso. Entonces se fija el día de la boda" (Baksay [11], p. 75).

El libro indio del amor, *Kamasutra,* enseña a los amantes a tomar vino en la boca y a dárselo con los labios a la persona amada. Pero aun sin dar realmente alimento, los movimientos de entrega de la comida están difundidos en forma de movimientos de la lengua. En el beso observamos, pues, movimientos de entrega de alimentos (beso lingual) y de toma de alimentos (succión). Los que besan estiran también los labios hacia el otro, como hacen los niños cuando esperan que les den de comer en la boca. Y esta infantil boquita de beso tiene mucho atractivo y es exagerada de modo especial en las ilustraciones de figuras infantiles con "características femeninas" (p. 22). En el Instituto de Cinematografía Científica de Gotinga está archivado un rollo de película que muestra cómo un pigmeo ituri corta trozos de una pieza cazada, los toma entre los labios y se los da así a sus compañeros, que los toman también con la boca. No hay descripción detallada de este ritual (figs. 39 y 40). El esfuerzo por alcanzar con la boca chocolate, galletas, queso, pasta de dientes y otras cosas ofrecidas también con la boca utiliza de diversos modos el efecto amistoso de la alimentación mutua como atractivo simpático. Se ven ni-



FIG. 39. *Pigmeos ituri: el que está sentado en la pieza cobrada reparte tiras de grasa de elefante con la boca a sus compañeros. Según fotos de la película científica* C 567, *del Institut für den wissenschaftlichen Film. (Gotinga). De W. Wickler (1969).*

ños que le meten algo a su madre en la boca, madres que alimentan a sus hijos con la boca, y muchos enamorados se pasan golosinas de una boca a la otra, y repetidas veces para mejor subrayar el carácter de ese gesto (fig. 40).

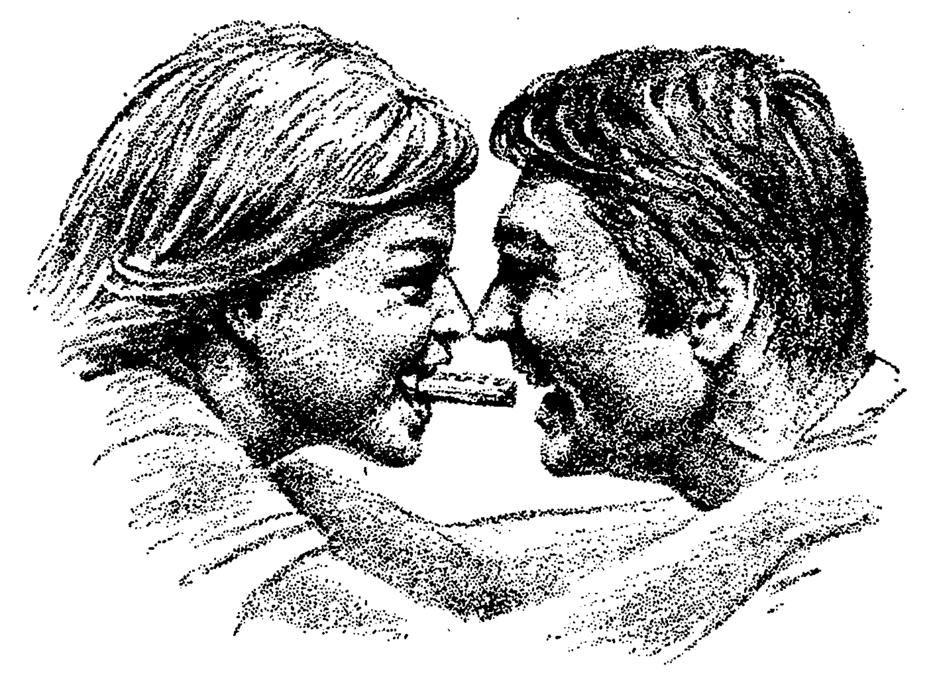


FIG. 40. *Alimentación mutua como gesto amistoso: ofrecimiento y conquista de galletas. Según* Bunte Illustrierte, 20 *(1968).*

Cuando se trata en el beso de un gesto ritualizado de alimentación que tomamos de los primates parece razonable esperar que esta norma de comportamiento se encuentre en toda la tierra. Pero según diversos autores, tal no es el caso. Ya Darwin observaba al respec-

to [33]: "Los europeos estamos tan acostumbrados al beso como señal de afecto que propendemos a considerarlo innato en el hombre. Pero no es así... Jimmy Burton, el fueguino, me dijo que esa costumbre era desconocida en su tierra. Es asimismo desconocida entre los neozelandeses, los tahitianos, los papúes, los australianos, los somalíes del África y los esquimales. De todos modos es innato o natural en tanto que, según todos los indicios, depende del gusto que procura el contacto íntimo con una persona amada. En muchas partes del mundo lo remplazan por el frotamiento mutuo de las narices" (p. 196).

Si examinamos cuidadosamente estos datos nos vemos obligados a comprobar que no son de fiar. Por ejemplo, diversos autores han declarado que los papúes sí se besan. Sorenson y Gajdusek [174] publicaron un documento en que se veían niños fore besándose en la boca (fig. 41). Según Schultze-Westrum [165] las madres papúes del distrito del monte Bosavi besan a sus hijos en la boca. Entre los habi-





FIG. *41. Hermanos papúes (fore) besándose. Según una fotografía de E. R. Sorenson y D. C. Gajdusek,* Pediatrics, *37 (1), 1966.*

El jefe de partido N. Jrushchov saludando a su huésped norteamericano con un beso en las mejillas. Según una fotografía de UPI.

tantes del valle medio del río Wahgi, los woitapmin y kukukuku, vi yo una salutación con besos en las mejillas entre padre e hijo. Se trata, en el caso de los woitapmin, kukukuku y los habitantes del territorio del Bosavi, de comunidades aldeanas que fueron descubiertas por patrullas del gobierno únicamente en los últimos tiempos y que en general se hallan todavía en la Edad de Piedra. Hasta ahora, en los reconocimientos practicados se ha confiado demasiado en los interrogatorios, y es probable que sólo se haya preguntado por el beso entre hombre y mujer como preludio sexual, cosa harto difícil de observar en muchos pueblos que, como los japoneses, sólo lo ejecutan en privado. Si se pregunta a los japoneses por la difusión del beso, por lo general no se obtienen respuestas claras, o se dice que el beso lo introdujeron los europeos. Pero esto no es cierto, como puede colegirse de antiguas fuentes japonesas. En un escrito de la Edad Media se advierte, por ejemplo, contra el uso del beso lingual durante el orgasmo de la mujer, porque podría morderle a uno la punta de la lengua y cortársela. [108] Esto quiere decir sin duda que el beso ya se conocía. No son más dignos de confianza los informes de los pueblos atrasados. Muchas cosas íntimas están cubiertas por un tabú, y no se habla de ellas. Finalmente, una excitación innata puede ser reprimida, y por esa razón puede faltar el beso en las relaciones heterosexuales. Por eso es recomendable estudiar las relaciones entre madre e hijos, menos cargadas de prohibiciones, y los ritos de salutación.

En relación con esto es reveladora una observación del etnólogo Bernatzik. [18] Dice que los akha de Indochina no conocen el beso en el sentido del europeo: "Como no se tome en cuenta el beso de las madres akha, que rozan con sus labios las mejillas de su infante" (p. 96). Entre los semangs de Malaya observó el mismo autor cómo animaba un padre a su muchachito, le sonreía cariñoso, le hacía gestos y le "daba sonoros besos jadeantes en el rostro".

Con frecuencia besa el hombre otras partes del cuerpo. El beso en la mano, por ejemplo, no es propio exclusivamente de nuestra cultura. Los barotses del África meridional se asen de las manos para saludarse y se las besan (Lang [117]; fig. 60). En signo de sumiso respeto se besaban los pies en distintas culturas (fig. 52). También se puede saludar besando uno su propia mano (beso con la mano o besamanos). Entre los romanos, los viajeros saludaban de este modo a los dioses. Los chimpancés de categoría inferior besan a veces la mano (que el jerarca tiende para establecer contacto) con la boca, con un beso mordelón, como se desprende de una película tomada por Jane van Lawick-Goodall.

En estas diversas formas está el beso muy difundido. Yo he observado el beso labial en los samoanos, balineses, masais, los indios del

altiplano sudamericano, los de la selva virgen (waikas) y los japoneses. Los hotentotes se abrazan y besan mutuamente para saludarse. En nuestra cultura occidental, el beso se conocía ya en la Antigüedad. Informa Herodoto que los persas de jerarquía igual se besaban en la boca cuando se encontraban. Si uno de los dos era de condición menos elevada, éste besaba al superior en las mejillas. En el Antiguo y el Nuevo Testamento abundan las menciones de besos. En Alemania se habla ya del beso en documentos de la Edad Media. En México se usaba también antes de la llegada de los europeos, y Moctezuma saludó a Cortés con una suerte de besamanos. Cortés se acercó al soberano, le hizo una profunda inclinación, "a la cual el monarca mexicano respondió a la usanza de su nación, bajando la mano al suelo y llevándosela después a los labios" (Prevost [150], 13, p. 344). El beso labial es el más fácilmente observable. El lingual y el mordelón son formas de contacto más íntimas, y por eso es menos frecuente que puedan verse.

No en todos los casos se efectúa la alimentación del niño con la boca. Entre los waikas, el alimento se mastica y luego se le da al niño con la mano. De ahí también se derivan ritos vinculatorios de la alimentación. En diversos pueblos africanos es usual masticar el alimento para el huésped, y ofrecérselo después, y aun dárselo con la mano en la boca. Derivada es también la común costumbre de demostrar amistad regalando algo comestible (p. 186). Los niños de un año lo intentan ya en forma espontánea. Este comportamiento es tan regular que uno se siente tentado a suponerle una base innata. Pero falta una investigación al respecto mediante la comparación de diversas culturas. Los niños pequeños emplean el ofrecimiento de comida (o de otros regalos) con mucha frecuencia para establecer contacto con personas desconocidas para ellos. Un ejemplo: un matrimonio joven, con una niña de tres años y dos meses, estaba invitado en nuestra casa. La niña se mostraba tímida y retraída en aquel ambiente desconocido, y observaba atentamente el comportamiento de sus padres con nosotros. Comimos juntos, pues, y acabada la comida se sirvió café en la terraza. De pronto, la niña, que estaba jugando aparte, corrió a la mesa, tomó una pastita y me la ofreció sonriendo turbada. Yo la tomé y me la comí, y su rostro resplandeció; inmediatamente tomó otra y me la ofreció del mismo modo. Así me alimentó unas cuantas veces, y aceptó también lo que yo le ofrecí. El hielo se había roto, y la niña se mostró confiada y alegre. También conocí hace poco una niña de diez meses que siempre me metía sus juguetes en la boca.

Los niños sienten por lo demás la necesidad perentoria de comer con ellos cuando los padres se llevan algo a la boca, y sucede esto de un modo que explica claramente su carácter de apetencia de confir-

mación del vínculo que los une.[1] El niño que no tiene apetito pero muerde el pan o la manzana que el padre o la madre estaban comiendo desencadena una alimentación confirmadora del vínculo y al mismo tiempo se asegura de que todo va bien.

El ofrecimiento de regalos comestibles cumple en el hombre sin ninguna duda una función vinculadora, al mismo tiempo que calma la agresión. Un conocido mío vivió un caso conmovedor en la guerra. Estaba encargado de sacar de las trincheras a los centinelas enemigos para interrogarlos, y ya lo había hecho muchas veces. Esta vez, al saltar dentro de la trinchera enemiga y tratar de llevar consigo al sorprendido centinela, éste, que estaba precisamente comiendo en aquel momento, le ofreció un trozo de pan. Mi conocido tomó el pan y quedó tan inhibido en su ataque que se retiró. Según me aseguró, en adelante ya no pudo cumplir misiones de ese tipo. En la vida cotidiana se suavizan del mismo modo situaciones tensas. Lévi-Strauss (citado por Goffman [66]) ha contado un caso en que dos franceses, que nunca se habían hablado, se sentaron frente a frente en una mesa de restorán. Es corriente que la situación se resuelva vertiendo vino cada uno de los dos en el vaso del otro. Y con el intercambio de cortesías se presentó así la ocasión de hablarse.

El comer en compañía crea en muchos pueblos salvajes un vínculo de amistad, y en muchos ritos vinculadores se utiliza el hecho. Nevermann [144] describe un caso que le sucedió entre los makleugas de Nueva Guinea. "Cuando se trató de Ingwer, Mitu arrancó una planta de cuajo, le sacudió algo la tierra y mordió animosamente la raíz. El resto me lo metió en la boca. En otra ocasión se habló de la caza de cabezas de los makleugas y yo pregunté, ya para irme, si había tenido razón en dormir con los makleugas tan confiado como lo había hecho. Mitu suspiró misteriosamente y me dijo en tono lastimero: 'Yo te hubiera quitado la cabeza, aunque ya no esté muy bella, pero comimos juntos y ya no eres extranjero' " (p. 44).

Al hablar de los ritos de salutación quiero dar todavía otros ejemplos de tipo comparatista. Podemos afirmar que los ritos derivados de la alimentación de los pequeñuelos en general se aplican a la vinculación. El beso y el regalo (p. 186) son por otra parte las formas más ritualizadas de la alimentación.

No debe confundirse con el beso el movimiento de la lengua (sacar la lengua), que muchas veces va acompañado por una succión o chupadura en el vacío. Se trata ciertamente de un chupar ritualizado. Entre nosotros, ese gesto se considera indecente. En Europa cen-

[1] En algunos mamíferos se trasmite el conocimiento de lo que se consume comiendo el animalejo de la boca de la madre. Es posible que esto también tenga su papel aquí.



FIG. 42. *Franceses flirteando. Él le toca a ella la comisura de la boca con la lengua y ella le responde mordiéndole suavemente las mejillas. Según una película tomada por el autor.*

tral, las mozas alegres muestran de ese modo su buena disposición o su querencia. Pero también se puede observar ese gesto entre novios que flirtean, y con frecuencia es muy rápido, y menos intencional que involuntario. En Europa occidental también se lamen la cara en tales ocasiones de flirteo. Las muchachas waika me sacaban la lengua para incitarme a coquetear con ellas, y los varones le hacían la misma proposición descaradamente a mi acompañante (figs. 42-45). El

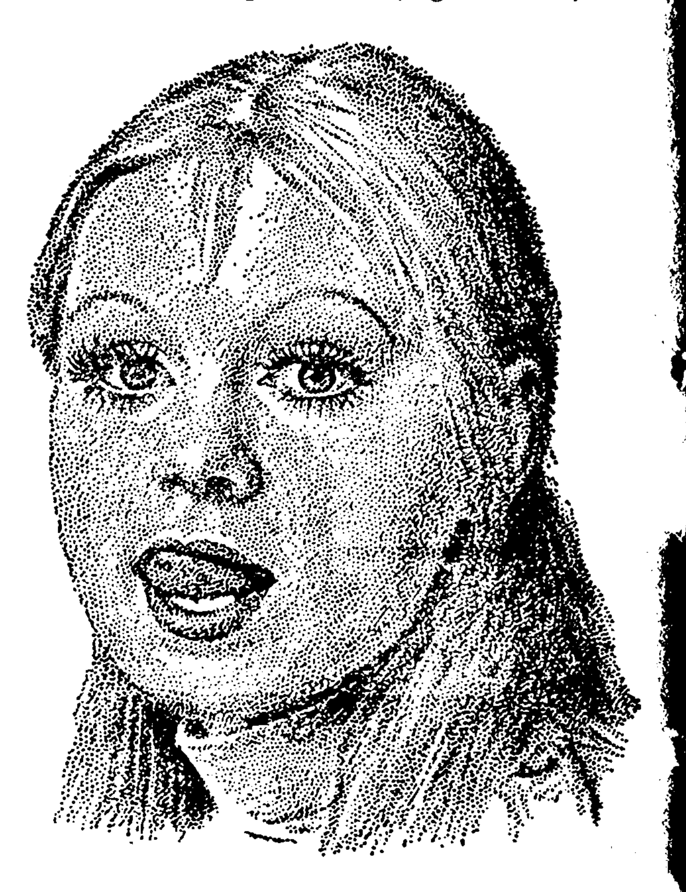


FIG. 43. *Vendedora del norte de Alemania sacando la lengua, según una fotografía de* Brigitte, *21 de octubre de 1969 (página 85).*

gesto es en estos casos una invitación de tipo heterosexual. El sacar la lengua o moverla debe derivarse, como el beso mordelón, de una actividad de cuidado corporal. Muchos mamíferos lamen a su pareja en el preludio al acoplamiento, y los machos de preferencia la región genital, que la madre limpia también de preferencia en sus pequeñuelos. Ya dijimos que el perro que se somete a otro se le presenta casi como un perrillo y se orina, lo cual provoca el enjugamiento con la lengua. Finalmente, en algunos monos se presentan como ademanes de salutación movimientos de lamida en el vacío (p. 107).

Todo el complejo de actividades de cuidados corporales sirve también en el hombre en forma no ritualizada para conservar las relaciones amistosas. Los papúes se rascan mutuamente con pasión, y otro tanto hacen los balineses o los indios sudamericanos. Este comportamiento también sirve de preludio amoroso entre las parejas. En Europa, los enamorados se jalan los cabellos con mucho gusto, porque eso tiene un extraordinario sentido erótico. A orillas del Mediterráneo filmé unas muchachas que rascaban y exprimían con entusiasmo los granitos a sus acompañantes varones. A este complejo de los cuidados corporales pertenecen sin duda también las suaves caricias rozando con la mano o rascando. Los monos se separan los pelos de la piel



FIG. 44. *India waika: a la izquierda sacando la lengua y a la derecha ofreciendo un beso. Según escenas filmadas por el autor.*

con un movimiento de la mano para descubrir el cuero, e igual hacen los hombres cuando se rascan la cabeza. Las muchachas que acarician la piel de su compañero no tardan en descubrir pequeñas irregularidades. En este sentido, el pasar la mano también desempeña una misión al servicio del cuidado corporal. No sé de ninguna cul-

tura cuyos representantes no se acaricien con la mano. Acariciando la cabeza se consuela a los niños y a los adultos amigos que tienen alguna pesadumbre. Basta incluso con poner la mano en la cabeza para consolar. En algunas culturas, esto se ha convertido en ademán



FIG. 45. *Indio waika enseñando la lengua. Según una escena filmada por el autor.*

de bendición y de curación. En su forma más ritualizada ya no se imponen las manos sino que se extienden nada más en gesto de bendición (figs. 46-48).

Un ademán muy difundido de consolación y tranquilización es el abrazo, en que no es difícil reconocer la actitud protectora de la madre, ritualizada en ademán de consolación y salutación, y que también tiene mucha importancia en el preludio amoroso (fig. 49). Con frecuencia soba el que abraza la espalda del abrazado. En esta repetición de disolución del abrazo y nuevo apretón se suele seguir un patrón común de ritualización en los gestos, y así se refuerza su efecto de señal. Es interesante ver cómo los chimpancés también se soban mutuamente la espalda cuando se abrazan para saludarse. Y como entre nosotros, el movimiento suele consistir en un mero golpear los hombros, sin abrazar fuertemente, y a veces es incluso nada más un ligero contacto con una parte cualquiera del cuerpo (véase el gesto de tender la mano en la p. 165). Hay todo género de transiciones. Cuando un animal toca o soba ligeramente alguna parte del cuerpo de su pareja, ya no se puede decir si se trata de un abrazo ligero o si las intenciones son de acariciar.

El abrazado puede responder abrazando a su vez. Mas con frecuencia observamos que oculta su cabeza en el pecho del otro como un pequeñuelo, y sobre todo cuando busca consuelo y protección. Hemos visto también en esas ocasiones alguna ocasional oscilación lateral de



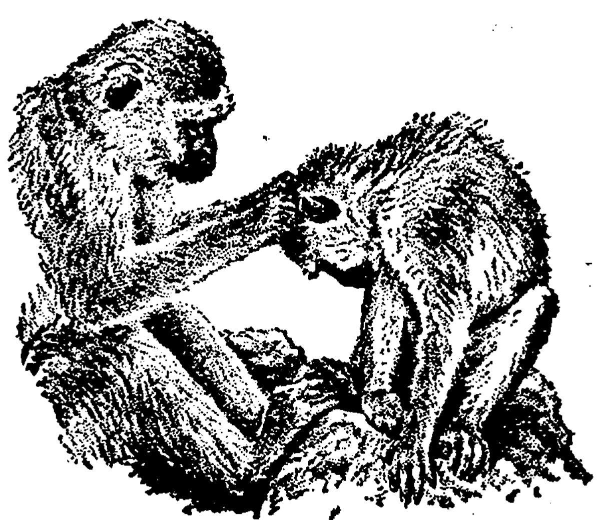


FIG. *46. Cuidados corporales entre balinesas y entre macacos de la India. Según fotografías del autor.*

la cabeza, como en el mamoncillo que busca el pecho materno, y el lenguaje se pone asimismo al nivel del infante. No cabe duda que se trata aquí de verdaderas regresiones funcionales, o sea de imploraciones infantiles. En el preludio amoroso, los hombres se acurrucan gustosos en el pecho de la fémina. Con esto se provocan también actividades de lactante; el objeto de esa acción impulsiva son los pechos de la mujer, y a veces el cuello, los lóbulos de las orejas y otras partes del cuerpo.

En las mujeres también se activa la pulsión lactante, que no se orienta empero hacia el pecho del hombre sino a lugares descubiertos de la piel o a los lóbulos de las orejas. Opina Morris [140] que los lóbulos de las orejas se desarrollaron por su parte como zonas erógenas para corresponder a la necesidad de chupar y succionar de la pareja.

Es seguro que el pecho femenino, aparte de su función de dar leche y por encima de ella, se ha convertido en "instrumento signaliza-



FIG. 47. *Consolación acariciando o tocando con la mano. Según una fotografía de W. Eugene Smith en* Life.

dor", al servicio sobre todo, pero no exclusivamente, de la relación sexual.

Hay algunas notables observaciones que muestran que el ofrecimiento del pecho a veces pertenece al ritual del saludo y la conciliación. Erika Kulnig, de la embajada austriaca en Yakarta, me contó que los indonesios amigos cuando visitaban un poblado papú en Irián occidental debían dar primero una breve mamadita de bienvenida en el pecho de la esposa del señor del pueblo. Y en el libro de Kropotkin [109] hallo lo siguiente: "En el Cáucaso todavía, cuando acaba la hostilidad entre dos familias, el culpable toca con los labios el pecho de la mujer más vieja de su estirpe y se hace así *hermano de leche* de todos los varones de la familia ofendida" (p. 137).

Difieren las opiniones en lo tocante a la evolución filogenética que transformó el pecho femenino en señal o símbolo. Morris ideó la hipótesis [140] de que el pecho femenino era una copia de las posaderas proyectada en la parte delantera del cuerpo. Parte él del hecho de que nuestros antepasados los primates, como todos los simios, copulaban cabalgando por detrás y entonces reaccionarían a señales sexuales visibles por detrás —según Morris, "nalgas carnosas" y roja vulva. Con la erección y la individualización de las relaciones, la posición de la cópula fue frontal, y esto acarreó la necesidad de que la



FIG. *48. Gesto de bendecir, derivado de los gestos humanos de consuelo. A la izquierda, imposición de las manos; a la derecha, bendición con las manos extendidas. Según fotografías de la ordenación de sacerdotes, publicadas por la prensa.*

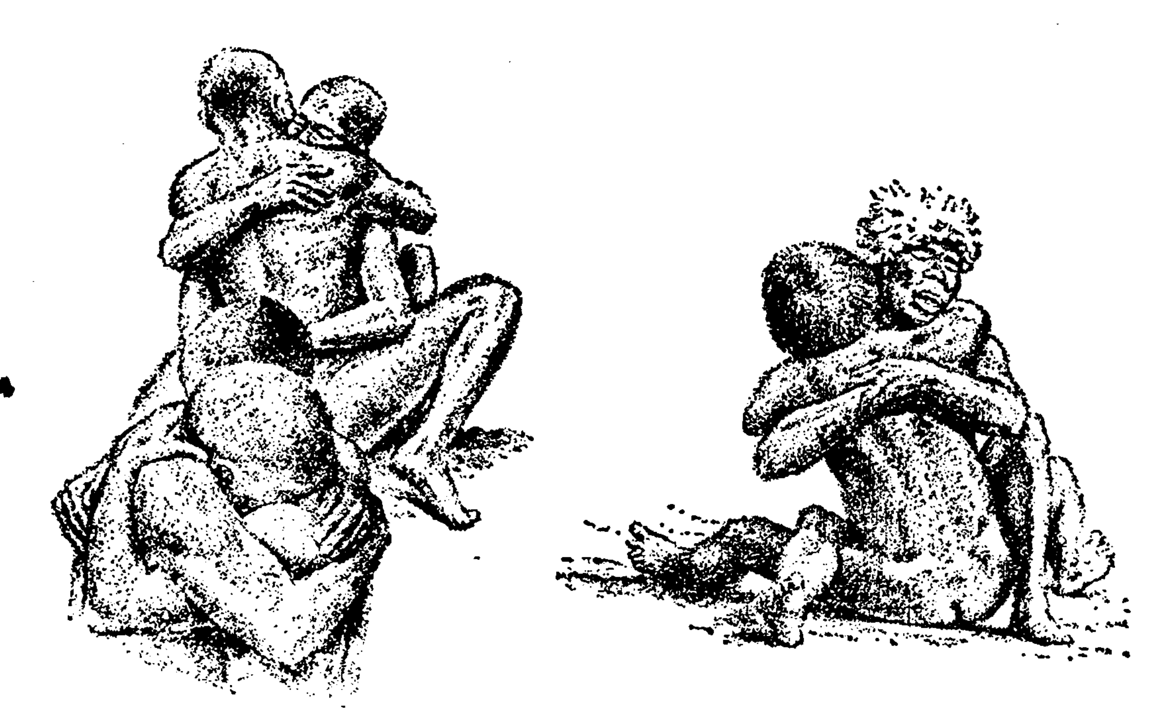


FIG. *49. A la izquierda, andameses saludándose. Según una fotografía de Heywood Seton-Karr, en Lang (1926).*

A la derecha, el convidado y el que invita se abrazan en la fiesta waika de la nuez de India (p. 180); al mismo tiempo se cantan mutuamente algunas promesas de regalos. Según una filmación del autor.

mujer tuviera señales sexuales también en la delantera. La tendencia innata en el hombre a reaccionar a las dichas señales condujo a la aparición de copias de esas señales en la parte anterior del cuerpo femenino.

Contra esto se han levantado objeciones. [46] Ante todo, la de que la semejanza no es realmente muy grande entre las nalgas y los pechos femeninos. Después, vemos —y Wickler [198] lo ha ilustrado últimamente con una serie de ejemplos— que en muchos depredadores, ungulados y primates las tetas se convirtieron en señal perentoria (p. 108) que desempeña también importante papel en el comportamiento sexual de esos animales. Punto de partida para esa evolución fueron las pautas comportamentales del cuidado de la progenitura puestas al servicio de la unidad grupal. Es probable que el hombre en esto tampoco sea un caso raro, ya que el pecho femenino cumple en el niño una función social vinculadora, aparte de la nutricia. Ya mencionamos cómo los niños angustiados se refugian en el pecho materno, toman el pezón en la boca y después examinan ya con calma lo que les rodea (fig. 31). En los primates sucede exactamente lo mismo. Afirma Bowlby [24] que el tomar los pezones en la boca y el mamar tienen dos funciones distintas: ésta para la alimentación, aquélla para la vinculación.[2] La tesis de Morris no es ciertamente desdeñable... sobre todo teniendo en cuenta que los primates también tienen señales sexuales proyectadas hacia la cara anterior del cuerpo; [198] pero su hipótesis es de todos modos menos verosímil que la suposición de que el pecho femenino recibió su función signalizadora en el animal humano en relación con el cuidado de la prole. La suposición de que los labios sean copia de los vulvares tampoco aguantaría una verificación. Los labios debieron aparecer, a medida que se iba desarrollando la alimentación de boca a boca, e ir convirtiéndose en señales (labios de beso). Esto explica también por qué son propios del hombre *como de* la mujer.

Los últimos ejemplos muestran que también en el hombre, con la diferenciación de las pautas comportamentales de solicitud en seña-

2 "...Both these findings are consistent with the conclusion, that the nonnutritional sucking of human infants is an activity in its own right and separate from nutritional sucking; and that in man's environment of evolutionary adaptedness, nonnutritional sucking is an integral part of attachment behavior..." (p. 250).

[Estos dos descubrimientos concuerdan con la conclusión de que el succionar o chupar del infante humano sin fines de alimentación es una actividad en sí y distinta de la mamada alimenticia; y que, en el medio de adaptividad evolutiva, en que se desenvuelve el hombre, la succión no alimenticia es parte integrante del comportamiento de apego...]

les, determinados órganos que sirven para ofrecer asistencia se transformaron en desencadenadores.

De lo hasta aquí dicho debe deducirse claramente que muchas pautas de comportamiento que consideramos típicamente sexuales, como el besar y el acariciar, son por su origen propiamente actividades del cuidado de la prole. Recordemos cómo Freud afirmó una vez, con notoria inversión interpretativa, que una madre se espantaría si descubriera cuántas pautas sexuales comportamentales trasmite a su hijo. En esta ocasión Freud lo entendió al revés: la madre cuida a su hijo con actividades propias del cuidado de la progenie, y con las mismas se conquista al hombre.

Los cuidados a la prole ritualizados también hallan expresión verbal. Las seguridades de protección y consuelo pertenecen al repertorio de la conversación tierna, que en esto parece, por su contenido, preprogramada mediante adaptaciones filogenéticas. El vocabulario cambia según las culturas, pero lo que se dice en el fondo debe estar fijado como un clisé, según lo que hasta ahora sabemos.

Podemos observar que en el hombre la conversación se usa como un ritual vinculador. Apenas se trasmite entonces información objetiva, ya que suele tratarse de afirmaciones una y otra vez repetidas de cosas ya conocidas o baladíes, como el estado del tiempo. Pero sí contiene información social, la de que uno se interesa por el otro y lo que le concierne, y de que está dispuesto a oírle y responderle. Llamaba acertadamente Morris [140] a esta clase de conversación *grooming talk* (conversación de aliño o alisadura), ya que su función, como en el alisarse mutuamente, es establecer un contacto amistoso. Tengo para mí que esa clase de conversaciones tiene también su origen en la relación entre madre e hijo, y aun en la sencilla conversación para mantenerse en contacto, para sentir al otro, que viene siendo algo como: "—¿Estás ahí? —Aquí estoy". Cuando el niño juega en una pieza y su madre trabaja en otra vecina, el niño no deja de llamar, pero se contenta sencillamente con comprobar la presencia materna ("¡Mamá! —¡Sí? —¡Mamá! —¡Sí?" y así sucesivamente).

Las pautas comportamentales asistenciales del cuidado de la progenie tienen su contraparte natural en las señales que las provocan, que entran en forma de "llamados infantiles" en el repertorio de las pautas de comportamiento vinculadoras e inhibidoras de la agresión. El adulto se conduce en ciertas situaciones como un niño, y ya dijimos que esos fenómenos regresivos pertenecen al repertorio comportamental normal de los animales. En el hombre es lo mismo. Los hombres que necesitan socorro o que, como en el cortejo, quieren provocar un comportamiento tierno, caen casi involuntariamente en el papel de

bebé. Tal regresión no es de ningún modo patológica, y debe insistirse en esto, ya que en las obras de psicoanálisis se da muchas veces la impresión de que se trata de un fenómeno mórbido. Y solamente es así cuando el sujeto en cuestión no sabe ya salir de ese papel.

Con frecuencia se observan regresiones en las mujeres que acaban de perder a su marido, en los ancianos delante de otras personas, y en los niños que acaban de tener un hermanito y se sienten abandonados porque el más pequeño acapara la atención de los padres. Es sabido que en tales casos muchos niños empiezan súbitamente a orinarse en la cama y que su lenguaje regresa a la etapa de la primera infancia.

Con la práctica de modificación de la personalidad conocida por "lavado del cerebro", los chinos obligan a sus prisioneros a una regresión. Se crea así una relación de extrema dependencia haciendo que el prisionero que se conducía con reserva respecto de la nueva doctrina quede tan dependiente que ni siquiera puede decidir por sí en materia de las más sencillas necesidades físicas, y deban alimentarlo y limpiarlo sus compañeros de cautiverio más adelantados, de donde nace una relación vinculatoria y al final la disposición a adoptar las opiniones de los demás. [189]

Los niños abstraídos (autísticos) no tienen ninguna clase de relaciones con sus semejantes. Dejan pasar un período sensible (p. 201) sin aprender cómo se realiza el contacto con los demás. Se les cura dándoles frecuentemente golosinas. La alimentación social crea un vínculo y los niños aprenden a amar a quien así los cuida y atiende. A continuación se puede trabajar educacionalmente con el sistema de alabanzas y críticas.

En el lenguaje también pueden observarse fenómenos regresivos. Los enamorados se hablan como niños y empleando muchos diminutivos. En presencia de los hombres, las muchachas se hacen pasar por seres inermes, y su comportamiento infantil desencadena el asistencial. También les gusta parecer algo tontitas y hacerse explicar cosas que ya saben. El comportamiento infantil forma parte del repertorio natural de la doncella, en quien, cosa curiosa, también hay caracteres físicos infantiles. La frente de la muchacha es más redondeada que la del hombre, sus mejillas son menos agudas, y el rostro en general es más pequeño y bonito. Con el maquillaje se acentúan las características infantiles. Se colorean las mejillas, se da a la boca tierna forma de chupón y se realza el grandor de los ojos. Estos rasgos son exagerados sobre todo en las abundantes ilustraciones de algunas revistas (fig. 7).

Recordemos en fin que el llamado conciliador y desencadenador de ayuda muchas veces se hace directamente con el niño (p. 91). Se

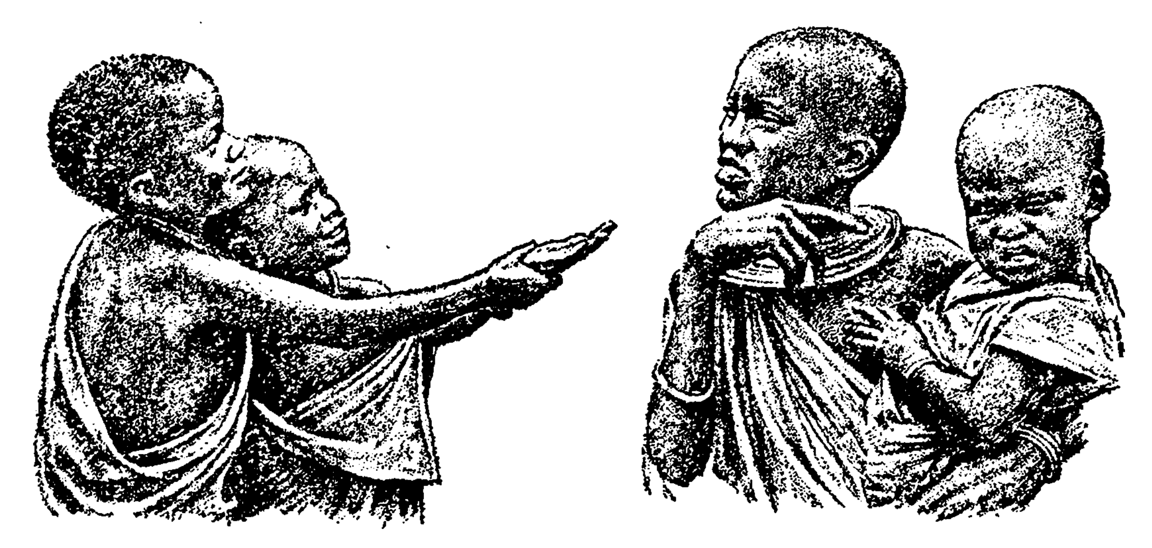


FIG. *50. La petición por medio del niño. Niños mendigos masais pidiendo. A la izquierda, con la mano del hermanito menor. A la derecha, señalando el bebé. Según una filmación de H. Hass; véase también p. 181.*

conjuran las agresiones llevando un niño consigo, y con él se pide (figs. 50 y 63). En nuestros viajes por el oriente africano los masais nos pedían golosinas llevando delante de sí niñitos, cuyas manos levantaban. Los waikas pedían limosna de igual modo con la mano del niño. Las madres masais señalan el mamoncillo que llevan detrás cuando limosnean, aunque es claro que éste no puede comer dulces. Es bien conocido el hecho de que en muchos países los mendigos de profesión se sirven de los niños.

Ya dijimos cómo los indígenas australianos buscan el contacto con los europeos empujando delante de ellos un niño para predisponer amistosamente a los extranjeros. El mismo investigador a quien debemos el informe nos comunica que en el centro de Australia sorprendió a tres mujeres cociendo una serpiente. Dos de ellas huyeron al ver a los extranjeros, pero la tercera, con el espanto más grande pintado en el rostro, se agarró los pechos y les echó leche. Interrogada posteriormente explicó que con ello quería demostrarles que era madre de un niño, con la esperanza de que en vista de ello no le harían ningún daño. Una conocida me contó que después de la ocupación de Dantzig las mujeres estaban protegidas de las violencias de la tropa de ocupación si llevaban niñitos pequeños. Los soldados se mostraban entonces amistosos y hasta les hacían regalos. Para protegerse, las mujeres crearon un verdadero comercio de préstamo de infantes.

Los guerreros waika que visitan un poblado amigo llevan consigo sus hijos y los hacen bailar a la entrada (p. 183).

Los políticos también han sabido en todos los tiempos utilizar a los niños como vinculadores. Los oradores en campaña electoral, los dictadores y monarcas manosean gustosos en público las mejillas de los

niños para tenderse así un puente humano hacia el pueblo. El cristianismo tuvo mucho éxito en hacer del niño un símbolo vinculador. Merece atención en relación con esto un pensamiento de Fremont-Smith. [62] Atascado en una conferencia en Rusia, se preguntó qué interés común podría haber capaz de unir a los grupos humanos por encima de sus diferencias, y descubrió que era la protección a los niños. En su alocución ante los que le habían invitado prosiguió diciendo: "Hemos llegado ahora en nuestra historia a un punto en que ninguna nación puede proteger a sus niños. Ningún gobierno, por poderoso que sea, puede garantizar la seguridad del más preciado de sus bienes, la seguridad de los niños. Si llegara una guerra a bombazos, Nueva York, Londres y Moscú perecerían, y con ellas todos sus niños. Mas si las naciones estuvieran de acuerdo en proteger a los niños de los demás, todos podrían salvarse. Si la URSS garantizara la seguridad de los niños norteamericanos, todos ellos podrían salvarse".

De este interés común se deduce también el símbolo común: el niño necesitado de ayuda. En la base fuertemente emocional, por innata, de nuestro comportamiento de cuidado de la progenie hay realmente una fuerte motivación para la coexistencia pacífica, y los que desean la paz deberían tomar muy en cuenta esta tendencia.

b] EL VÍNCULO SEXUAL

Sigmund Freud hacía proceder de las relaciones sexuales todas las relaciones sociales del hombre. Del capítulo anterior debería deducirse ya que esta generalización seguramente no es acertada. Es cierto sin embargo que precisamente en los humanos la unión de los sexos en el comportamiento sexual desempeña un papel extraordinario, único en el reino animal. Frecuentemente no se le reconoció como era debido su pleno valor —y entre otras cosas en la actual discusión acerca del control de la natalidad— y por eso creemos que merece ser examinada.[3]

Como es sabido, la doctrina de la Iglesia católica afirma que la unión amorosa y la reproducción están inseparablemente ligadas por la ley natural y que una unión de que esté excluida la posibilidad de la reproducción es por lo tanto contraria a la naturaleza. Pero ese autorizarse con la ley natural resulta de dudoso valor desde el mo-

[3] Hay sobre este tema un estudio muy extenso de Wolfgang Wickler, *Sind wir Sünder?* (¿Somos pecadores?), publicado por Droemer en Munich, en 1969.

mento en que la sentencia no se aplica con el mismo rigor a todos los animales. Entre los monocelulares, la unión no produce descendencia sino solamente un intercambio de genes. Es interesante la comprobación de que entre los vertebrados las pautas del comportamiento sexual sufrieron un diferente cambio de significado y al igual que las actividades de cuidado de la prole se pusieron al servicio de la adhesión al grupo. Tal es el caso en especial para los primates que viven en grupos. Entre los cinocéfalos y algunos otros simios, la invitación al acoplamiento por parte de la hembra —volver el trasero— se convirtió en ademán de salutación y conciliación. En el cinocéfalo sagrado, el movimiento viril de copulación es el que cambia; y así la afirmación de que la cópula sirve exclusivamente en el reino animal para la procreación puede ya considerarse refutada. La copulación vinculatoria del cinocéfalo sagrado no tiene otro fin que el contacto social y no produce eyaculación.

Si estudiamos ahora el caso del hombre podemos comprobar que la naturaleza ha utilizado en él casi todas las posibilidades de crear y reforzar un vínculo. Aparte de los mecanismos de cohesión del grupo, ya mencionados, utilizó el comportamiento heterosexual en medida muy especial para la consolidación de la pareja heterosexual. Era necesario agotar también esa posibilidad en el hombre en la larga evolución de la juventud. Hasta los catorce años en general los niños necesitan cuidados, y en los primeros años casi dependen totalmente del cuido maternal. La madre necesita para ello de la ayuda del hombre, que trabaja para procurarle comida y sobre todo le presta protección. Entonces, debe asegurarse al hombre emocionalmente por largo tiempo. El lazo que la pulsión sexual ofrece es muy apropiado, por su fuerza. El cumplimiento de un deseo instintivo fácilmente se convierte en firme base para una vinculación. Presupone esto que la mujer sea capaz de corresponder casi todas las veces a los deseos de este tipo del hombre, y ello requiere nuevas adaptaciones especiales de la fisiología femenina. En la mayoría de los mamíferos, la disposición copulativa y la conceptiva se dan en los escasos días fértiles del celo y, aparte de raras excepciones, coinciden. El acto de la cópula casi siempre está en los mamíferos exclusivamente al servicio de la reproducción. Para que en el hombre se pudiera además realizar la función adicional de la vinculación de la pareja era necesario lograr que se independizara de la rigidez de los ciclos de reproducción. Mediante una serie de particularidades fisiológicas, la mujer está en condiciones de satisfacer al hombre en sus deseos instintivos, lo mismo fuera que dentro de los días fértiles. Casi todo el tiempo es sexualmente excitable y está dispuesta a ceder a la inclinación del hombre y a subyugarlo así con el premio sexual. [48] Ni siquiera en los primeros

meses del embarazo desaparece esa disposición totalmente. Cierta variabilidad individual declara que esa disposición duradera es un logro filogenéticamente nuevo. Hay mujeres que solamente son excitables en el tiempo en que el folículo se abre, y sólo entonces pueden tener orgasmo, y recordemos a propósito de esto que en esa época las mujeres pueden también percibir con bastante acuidad determinados olores (p. 25). Entre los antepasados del hombre, como en los demás mamíferos, la disposición copulativa debió estar ciertamente limitada a la época de la disposición conceptiva. Con el tiempo, esa estrecha relación fisiológica fue abandonada. Al mismo tiempo, en la mujer se desarrolló la capacidad de orgasmo, que incrementó su disposición copulativa. Y fácil es ver que eso refuerza el apego mutuo. Finalmente, la mayor potencia sexual del hombre es otra adaptación al servicio de la vinculación de la pareja. [48] No solamente tiene una continua disposición sexual, sino que la conserva hasta una edad muy avanzada. Los moralistas siempre han lamentado esa hipersexualización, por desconocer su significado biológico, y la han considerado un fenómeno de decadencia; del mismo modo, en "el problema de la píldora", por no reconocer debidamente la función vinculadora que tiene la sexualidad, pecan las autoridades que tienen poder para decidir (p. 86).

La unión sexual tiene sin duda en el hombre tanto la misión de ligar a los dos miembros de la pareja como la de servir a la procreación. Ambas funciones son inseparables. Las adaptaciones biológicas sirven precisamente para hacer que pueda producirse la unión también fuera de los períodos fértiles, cosa que ilustra la gran importancia que tiene la función vinculadora de la pareja en la sexualidad. Esto se advierte claramente sobre todo desde el punto de vista seleccionista. Si en una familia han nacido varios niños, seguramente tiene sentido para la conservación de la especie el que el hombre siga con la mujer y cuide de los niños mientras crecen, aun cuando hubiese desaparecido la capacidad reproductora de la mujer.

Después de reconocidas las dos funciones del comportamiento sexual en los humanos queda todavía por examinar si por ventura una de las dos funciones ha de valorarse más altamente que la otra. Y debemos resolver esta cuestión para estar en condiciones de decidir si el descartar conscientemente una función (o sea la producción de descendencia) conservando la otra función es o no conforme a la naturaleza. Ante todo debe dejarse bien sentado que ya en algunos animales predomina la vinculación sobre la producción de descendencia. En muchos animales de estado conyugal permanente se conserva después del período de inactividad sexual, e incluso cuando el cónyuge ha perdido su fertilidad.

Para valorar el caso del hombre hay una fuente de conocimiento que es imprescindible, y es la de nuestra experiencia subjetiva. Wolfgang Wickler [198] hace resaltar la importancia de este modo de conocimiento y afirma que precisamente es tal manera de conocer los valores la que les está vedada a los teólogos de la Iglesia. "Lo malo —escribe— no es tanto el estado de cosas, de por sí sorprendente, de que sea el sacerdote el único excluido de uno de los sacramentos y de su benéfico efecto entre todos los miembros de la Iglesia no ordenados, sino que en suprema instancia se halla por encima de la ley moral natural, si bien en ese campo sus posibilidades de conocimiento no bastan, como está bien declarado en algunos lugares de la Encíclica. En la parte 17, por ejemplo, se expresan no solamente los tan criticados temores ante toda clase de abusos (y del libre albedrío también puede abusarse, pero la Iglesia lo tolera), sino también la siguiente frase: *Podría temerse que el hombre, acostumbrado al empleo de medios anticonceptivos, terminara perdiendo el respeto por la mujer.* Sería ésta una posibilidad marginal tan remota para las personas profundamente morales que como argumento no tiene ningún valor en cuestión tan medular; pero ya que ha sido presentado, debemos suponer que es opinión de los doctores de la Iglesia que el respeto o la estimación por el compañero o la compañera se debe en lo esencial al temor que inspiran las consecuencias del acto sexual. Para el cónyuge profundamente enamorado es ésta una presunción disculpable solamente por la ignorancia. No menos atrevida es la afirmación de la parte 21 de que la continencia periódica no quebranta de ningún modo el amor conyugal" (pp. 291 *ss.*). Asimismo contradictoria es la sentencia de la comisión papal, de que el amor de los esposos es ante todo espiritual (si el amor es puro) y que toda experiencia conyugal no necesita de gestos específicos, ni tampoco de su repetición con determinada frecuencia. El acto conyugal tiene un profundo significado en la vinculación de los esposos y puede realizarse perfectamente sin ninguna relación con la descendencia, enderezado exclusivamente a la mutua satisfacción de los cónyuges. En la experiencia subjetiva, el acto no se siente por eso menos valioso. Y como en el orden natural no se advierte ningún criterio que se oponga a esta valoración subjetiva, no hay fundamento válido contra la opinión de que no todo acto conyugal deba necesariamente servir a la trasmisión de la vida. Es más: un acto que se realiza con el fin de engendrar un hijo pero odiando al compañero o la compañera es seguramente contrario a la ley moral natural. "Para el sentir natural tal vez esté esto más claro que en una determinada teología moral" (Wickler [198], p. 299). Más parece condición imprescindible de la unidad amorosa la entrega personal al otro, tan importante para la conservación del

vínculo que toda limitación es inadmisible si se quiere mantener el matrimonio. Por otra parte, si las circunstancias requieren una limitación del número de descendientes, deben aceptarse los medios de impedir la concepción. Esto se opone tan poco a la ley moral natural como en la vida individual las intervenciones médicas destinadas a prolongarla.

La gran importancia que el acto sexual tiene en las relaciones de la pareja provocó en cierto modo una "hipersexualización" del hombre, o sea que en el curso de la filogénesis se produjo una evolución en el sentido de una más intensa pulsión sexual y de una mayor sensualidad. La idea de que esa hipersexualización no es de ningún modo patológica conduce a la afirmación radical de la sexualidad humana, aun cuando se excluya *a priori* por medidas preventivas la procreación. Mas el hecho de que la sexualidad esté al servicio de la unidad conyugal implica la necesidad de una relación amistosa, o sea el amor como vínculo individualizado. Con eso se expresa ya que las relaciones pasajeras, cambiando continuamente de pareja, deben considerarse a lo sumo, en una fase transitoria de búsqueda y experimentación juvenil, como algo natural y no como una actitud duradera. El amor es una relación individualizada de consorcio, y el continuo cambio de compañía la contradice. Enamorarse es anudar un lazo con una persona exclusivamente. Y esto es una necesidad que forma parte de nuestra naturaleza. En este sentido puede decirse que estamos dispuestos en forma innata para asociaciones duraderas de tipo matrimonial.

Pero esto no significa de ningún modo que estemos destinados exclusivamente a una forma de unión. En contra de tal idea hablan los hallazgos de los etnólogos, que demuestran que la monogamia y la poligamia son igualmente frecuentes, aunque predomina el número de las culturas que permiten la poligamia. Lo cual habla más bien en favor de una predisposición de los humanos a la poligamia. En última instancia no puede negarse su presencia incluso en las sociedades monógamas, donde se encubre con el pretexto de uniones monógamas sucesivas. El porcentaje de divorcios es relativamente elevado en nuestra cultura occidental, y a menudo se suscita la cuestión de si es verdaderamente humano el requisito del divorcio tan sólo para mantenerse fieles al ideal monógamo. Los divorcios no siempre se rea-

[4] En el matrimonio polígamo, un hombre está unido con varias mujeres en asociación duradera. Las culturas en que una mujer está casada con varios hombres son raras excepciones. Las hallamos por ejemplo en vallecitos perdidos de la región del Himalaya, donde no hay posibilidades de propagación y donde no puede producirse por lo tanto ninguna proliferación, y quedan como una forma de adaptación ecológica.

lizan con pleno entendimiento de ambas partes. Por lo general, una de ellas padece, y casi siempre los hijos. Todo cuanto es bueno para la conservación de una familia ya fundada debería, pues, aplicarse. Y si resultara que la legalización de relaciones conyugales con una segunda persona podía contribuir a esa conservación, deberían tenerse en cuenta semejantes posibilidades. Finalmente, la poligamia no significa continuo cambio de pareja, sino de todos modos un lazo conyugal.[5] El argumento de que solamente en el matrimonio monógamo se realiza la forma ideal de relación individualizada, por limitarse a una persona, parece convincente, y se advierte una tendencia general a la monogamia. De todos modos puede objetarse que tenemos relaciones hondas y muy individualizadas con nuestros hijos, y que nuestros sentimientos no se hacen más superficiales cuando hay más de un hijo. A casi nadie se le ocurriría la idea de propagar en serio la familia de un solo hijo para que la relación entre padres e hijo resultara más íntima.

En el estudio de la cuestión relativa a las reglas naturales (o sea las que nos son innatas) que regulan nuestro comportamiento sexual tropezamos con el tabú del incesto. Las relaciones sexuales dentro de la familia nuclear o básica sólo se permiten entre los esposos, y no entre padres e hijos, ni entre éstos. Ninguna cultura constituye excepción al respecto, y muchos investigadores han polemizado en torno a la interpretación de este hecho, sin que hasta ahora se haya llegado a una solución definitiva. Afirma una teoría biológica que hay una inhibición innata que nos impide el emparejamiento con las personas con las cuales nos criamos juntos. La ventaja para la selección sería la seguridad del intercambio, entre miembros genéticamente lo más diverso posible de una población, del patrimonio hereditario; y que así se evitarían las consecuencias de la procreación entre consanguíneos. A esto se ha replicado que la sucesión pura de un mismo linaje no es necesariamente mala y que se practica con mucha frecuencia en los animales domésticos. Pero puede decirse a esto que la naturaleza por lo general la evita. En el reino vegetal hay mecanismos altamente complicados destinados a impedir la autofecundación. Las plantas pueden ser estériles para sí mismas. En otros casos se impide la autofecundación mediante la diversidad del tiempo de maduración de las estáminas y los estigmas, o haciendo que las unas estén situadas lejos de los otros. Es conocida la descripción que hace Darwin de la heterostilia. Total: puede considerarse demostrado que la fecundación sirve en primer lugar para el intercambio de genes. Como

[5] El harén de la sociedad polígama es una degeneración, tanto como las uniones rápidamente cambiantes de la civilización occidental.

en las plantas subsiste el peligro de la autofecundación por sus flores, a menudo hermafroditas, y por su vida sesil, se desarrollan mecanismos para impedirlo, y esto señala de modo inequívoco el valor positivo que en la selección tiene la heterofecundación.

En los animales no son necesarios por lo general mecanismos semejantes destinados a impedir el incesto, porque su mayor movilidad procura una suficiente mezcla de las poblaciones. Por otra parte, tampoco pasa nada cuando un ratón o un gato silvestre copulan una vez con alguno de sus hermanos. En general, la familia se entretiene con esos primeros pasos con que satisface su curiosidad el pequeñuelo. En muchos casos, por ejemplo en nuestras ardillas del centro de Europa, la madre expulsa a sus hijos, incluso activamente, después del destete. Y el no vivir juntos garantiza por lo general el intercambio de genes dentro de la población. Solamente allí donde los vínculos familiares se han desarrollado con gran fuerza queda el peligro de la procreación entre consanguíneos, y entonces hallamos también una inhibición innata, que impide la copulación con los padres o los hermanos. Un ejemplo clásico de ello es el del ganso silvestre, que no copula con sus semejantes cuando se ha criado con ellos, aunque no se trate de hijos de su misma madre. [102] Últimamente se demostró la existencia de un tabú contra el incesto entre madre e hijo en los macacos japoneses. Jane van Lawick-Goodall [119] observó que dos hijos de chimpancé sexualmente maduros, que eran los únicos machos del grupo, no se apareaban con su madre. Y esto lo observó en dos épocas de celo. Un macho joven se acopló con su hermana repetidas veces, cuando ésta todavía no tenía completamente desarrolladas sus primeras protuberancias. A la primera tumefacción verdadera, sin embargo, la hermana rechazó a su hermano y solamente se ofreció a otros machos. Una revisión de la literatura nos dice que todavía es muy poco lo que se sabe de este punto, tan interesante, sencillamente porque no se ha observado a los animales durante generaciones enteras en condiciones naturales. Los ejemplos aislados muestran de todos modos que en los animales ocasionalmente hay inhibiciones innatas contra la cópula con parientes cercanos, y en virtud de ello podemos calcular que pueda haber la misma posibilidad en el hombre.

Otra ventaja selectiva, para el hombre, de la prohibición del incesto está en el sector social. Si los padres se casaran con sus hijas y los hijos con sus madres, la gran diferencia de edades pronto dejaría a los hijos viudos. En cambio, el connubio fuera de la familia facilita la elección de un cónyuge de edad adecuada y además crea alianzas que sobrepasan los estrechos límites del marco familiar.

Contra la hipótesis de que el tabú contra el incesto sea innato en

el hombre se manifiestan algunos psicoanalistas, que creen advertir deseos sexuales de los hijos respecto de los padres y viceversa. El muchacho desea sexualmente a la madre, y eso atemoriza al padre, tal vez amenazante; tal temor aparece en la literatura con el nombre de miedo a la castración. Ahora bien: buena parte de lo que Freud y sus discípulos interpretan como sexual (acariciar, besar y actividades parecidas, véase p. 127) no lo es primordialmente, sino que se deriva del comportamiento de cuidado de la prole. Atribuir al hijo que abraza y besa a su madre deseos sexuales es sencillamente erróneo. A pesar de todos los reconocidos méritos del psicoanálisis hay que hacer a algunos de sus representantes el reproche de que proceden anticientíficamente. Una interpretación plausible se toma con demasiada ligereza como explicación causal, y se edifica sobre el complejo de Edipo, el miedo a la castración y la envidia del pene de las muchachas como si se tratara de hechos comprobados. Nada de eso lo está. Consta que de vez en cuando alguna muchacha quisiera haber nacido hombre y que un hijo tiene conflictos prematuros con su padre. Pero esto también podría interpretarse, fuera del campo de lo sexual, y con no menor plausibilidad, como disputas incipientes por cuestiones de jerarquía.

La cuestión de si el tabú del incesto es innato en nosotros o si nos viene por tradición cultural la dejaremos por hoy todavía abierta. De todos modos, hay importantes argumentos en favor de una base innata. Ya los hemos citado, y podemos añadir el de nuestra vida subjetiva. Podemos ciertamente comprobar una vinculación de carga afectiva muy fuerte para con nuestros hijos, pero de excitaciones sexuales no va acompañada. Los etnólogos que interrogaron a diversas culturas a fin de descubrir por qué no se casan entre hermanos o entre padres e hijos, siempre tomaron nota de que los interrogados no comprendían en absoluto. Nunca se les había ocurrido aquella idea, y eso era todo. Los juegos sexuales entre hermanos empiezan en la infancia, pero con la pubertad se alza una fuerte barrera sexual de orden afectivo, y sin que la educación tenga nada que ver con ello en especial. Sencillamente sucede, y al parecer tras de un proceso de maduración de inhibiciones innatas.

Como resultado de nuestra investigación podemos afirmar que el comportamiento sexual del hombre, aparte de la función reproductora, tiene una importante misión que cumplir, que es la vinculación de los miembros de la pareja heterosexual. Los amigos normales del mismo sexo no están vinculados por la sexualidad, y otro tanto puede decirse de la vinculación padres-hijo y de la de los hermanos entre sí, que en lo esencial se producen por las actividades del cuidado de la prole y sus derivados. La errónea interpretación moralizante de lo

sexual, y principalmente por parte de la ética cristiana, entraña el peligro de menospreciar las relaciones entre los sexos, que con la represión de lo sexual quedan privadas de sus valores específicamente humanos. Además, toda represión en este campo, como ha expuesto convincentemente Plack [147], conduce a mayor agresividad. Muchas perversiones sádicas tienen ahí su origen. En relación con esto señala Plack las cazas de brujas del medioevo y el hecho de que los sádicos SS eran partidarios de una ética sexual puritana. Con seguridad conduce también la represión a sentimientos de culpabilidad, y es bien posible que hasta cierto punto la cultivaran para obtener un comportamiento de dependencia. Los hombres se dejan conducir cuando tienen sentimientos de culpabilidad. No es ello una de las razones menos importantes de que durante siglos se aceptara el indefendible concepto del pecado original. En los últimos decenios hemos observado una creciente liberalización, aun en el campo de lo sexual. Y es interesante ver que coincide con el movimiento mundial dirigido contra la guerra y la agresión. Es visible que nos esforzamos de un modo totalmente inconsciente en activar todas las fuerzas vinculadoras capaces de sublimar la agresión, entre ellas las que radican en la sexualidad. Hay ahí una posibilidad, pero también el peligro ya mencionado de la desindividualización de las relaciones sexuales. Y eso sería el fin del amor.

c] LA SOLIDARIDAD DE COMBATE

En todas las épocas, el peligro común ha reforzado la cohesión de los grupos humanos. Y en todas las épocas, los jefes de Estado o de tribu han sabido corroborar la solidaridad, en caso necesario con simulacros o espantajos hostiles, y aun impulsar la comunidad a una agresión colectiva. En tales casos se forma evidentemente una agresión provocada por un enemigo común: se crea una solidaridad de combate.

La disposición para ello se halla ya en algunos monos sociables, y de modo independiente se formó también en muchas aves y en los teleósteos. El ejemplo clásico lo ha descrito K. Lorenz. [127] Cuando un ganso silvestre corteja a una hembra, se conduce de un modo altamente sorprendente. Ligeramente erizadas las plumas se pasea orgulloso delante de la elegida y se entrega a demostraciones de fuerza enteramente innecesarias, recorriendo cortos trechos en vuelo, aunque el despegue y el aterrizaje le cansan y normalmente —o sea cuando no hay ninguna hembra delante— evita tales excesos. Además, ataca

a las personas que están junto a la orilla, o a otras creaturas temibles. A continuación vuelve hacia la elegida y toma tierra junto a ella con un "grito de triunfo", y al mismo tiempo estira el cuello como para amenazar. Pero no amenaza a ella sino, como ya dijimos, al lado de ella, de paso. Este comportamiento lo repite varios días, siempre atacando a alguien y volviendo después como quien dice en plan de héroe protector, hasta que la hembra se une a su "grito de triunfo" y estira también el cuello amenazando ruidosamente. Y los dos animales están orientados de tal modo que los cuellos amenazan al lado del otro. En adelante pueden considerarse "enamorados". Han fundado una solidaridad de combate... que es premisa para la venturosa cría de la progenie. De todos modos es necesario más cortejo, en cuyo curso se realizan movimientos ritualizados de construcción del nido, para que se produzca el acoplamiento (p. 117). Pero fundamentalmente, el vínculo del ganso cortejante se creó mediante la agresión. Ya hemos explicado que ésta solamente podía convertirse en fuerza vinculatoria por la defensa de la progenie. Observamos que tan sólo en los animales que cuidan de su prole se forman comunidades de combate con ayuda mutua. Se trata de una forma especial de agresión como no puede hallarse, por ejemplo, en los reptiles que no cuidan de su progenie. Que sepamos, no hay especies sin cuidado de la prole que estén vinculadas por la agresión en forma de solidaridad de combate. La agresión sólo obra de adhesivo grupal secundariamente, por la defensa de los hijos. De este modo vincula también a muchos primates sociables. Entre los monos *Callithrix jacchus,* que viven conyugalmente, la familia nuclear (padre, madre e hijos) forma una comunidad combativa. Todos sus miembros defienden en común su territorio. Entre los monos superiores, son los machos los que llevan el peso principal de la defensa del grupo. Entre los macacos de la India también combaten ciertamente las hembras cuando se producen encuentros entre grupos. Pero los machos son los más activos y están en condiciones de contraer un lazo de amistad con otro simio por la agresión, tratando de arrastrar al amigo potencial a una acción agresiva conjunta (p. 118).

Los paralelos con el hombre son más que meras analogías. Como primates viviendo en grupos cerrados, tenemos tendencia a juntarnos estrechamente ante el peligro. La defensa o la agresión en común crean un vínculo extraordinariamente fuerte. Así es en los pueblos primitivos, y no cabe duda que nosotros seguimos el mismo patrón. Los grupos se unifican incluso con los juegos de combate ritualizados (fútbol y semejantes). Además, es notorio que los símbolos que mantienen la cohesión del grupo suelen ser de naturaleza agresiva, tanto los animales heráldicos (oso, león, gallo, lobo, águila, etc.) como los

monumentos a la victoria o la liberación de las naciones jóvenes. A menudo se asocian a ellos motivos del cuidado de los hijos (madre con niños, padre protector y otros semejantes) ; pero son más bien secundarios.

El simbolismo agresivo también tiene un papel importante en el comportamiento humano de salutación. Junto al saludo amenaza, demostración de la fuerza que uno tiene, están los ademanes del saludo amenaza, que expresan cómo uno está dispuesto al combate en común, por ejemplo el saludo con el puño. Los que saludan así de consuno se sienten vinculados por una solidaridad de combate. Hay una forma ritualizada de amenaza vinculatoria innata en nosotros, y es la risa. Este movimiento expresivo nació probablemente de una actitud que calificamos de "hostigamiento". Muchos son los animales sociales que amenazan juntos a un enemigo de su misma especie o de otra. Muchos simios que viven en grupos muestran los dientes al hacerlo, y emiten rítmicos sonidos de amenaza. Ambos elementos están contenidos también en nuestra risa, y sin duda su motivación suele ser agresiva. Nos reímos de alguien, nos burlamos de él, y gustosos lo hacemos en compañía de otros. El así ridiculizado siente la risa como una agresión. Pero los que ríen en común se sienten vinculados por ese "hostigamiento" ritualizado.

Para vincular a un grupo por la agresión suelen utilizarse chivos emisarios. Al formar un estado se incluyen conscientemente en la nueva formación, como por ejemplo los chinos en Indonesia y Malaya y los indios en África. En situaciones de crisis interna pueden canalizarse las agresiones hacia ellos y utilizarlos de espantajo para reforzar la cohesión del grupo por el temor (p. 155). En el mundo cristiano, los judíos desempeñaron largo tiempo ese papel, y se hacía imposible su adaptación manteniéndolos en el carácter de culpable del chivo emisario. [65]

La identificación por la agresión es peligrosa a causa de sus fuertes compromisos emocionales. Defendemos nuestros ideales muchas veces con un empeño semejante a aquel con que defendemos a nuestros hijos, y en cierto modo son los ideales hijos de nuestro espíritu. De la razón del hombre dependerá que esta facultad de comprometerse y pelear con entusiasmo le resulte benéfica o dañina. Es peligroso que nos aliemos con otros para agredir a nuestros semejantes. También pudiéramos empeñarnos en hacer otra cosa en común, que no estuviera dirigida contra ningún otro grupo humano. No está de ningún modo probada la tesis de que si una vez llegara la humanidad a unirse volvería a dividirse en partidos que se combatirían entre sí "porque desgraciadamente la humanidad es como es" (von Holst [84]). Los cataclismos y otros fenómenos naturales unen a los hombres en

acciones comunes. Y la capacidad del hombre para participar en cosas constructivas está demostrada.

Es digno de mención que los hombres parecen especialmente dotados en lo emocional para tales asociaciones, y Tiger [185] lo ha estudiado últimamente. Los hombres sienten la clara inclinación a cooperar con sus pares, para lo cual excluyen a las mujeres. Es probable que esta capacidad nos venga de la necesidad que los varones tuvieron en otros tiempos de asociarse para cazar y combatir en común, actividades para las que la mujer tiene menos aptitudes, por sus peculiaridades fisiológicas y psíquicas. Tal tendencia pervive hoy en los clubes, hermandades y sociedades secretas. El vínculo de amistad tiene un carácter fuertemente emotivo, aunque no es de índole sexual, y se refuerza por las aventuras pasadas en común (caza, combate). Las parrandas y los banquetes también forman parte de esa vinculación, y eso indica las hondas raíces que tiene la sociabilidad.

d] LA VINCULACIÓN POR EL MIEDO

Un pequeñuelo corre hacia su madre cuando algún peligro amenaza, y ya vimos que de igual modo corren los adultos unos hacia otros cuando sienten algún temor. El miedo vincula de dos modos: 1, al provocar la huida del uno hacia el otro, y 2, al desencadenar la agresión colectiva, como ya vimos en la sección anterior. La vinculación por el miedo es ciertamente la más antigua entre los vertebrados. Sabemos que en el banco de peces el congénere se convierte en objetivo de la huida y tiene valencia de hogar (p. 112). Desde ahí hasta el hombre, el temor ha sido siempre una gran fuerza cohesiva, que entre otros han utilizado los políticos y los jefes religiosos. Los políticos fomentan tanto el temor al enemigo como el temor al caos, porque el orden nos da una orientación y, con ella, seguridad. Éste es un punto muy interesante. Si observamos un hámster joven, que sale por primera vez de su madriguera, veremos que lo primero que aprende es el camino de huida hacia la guarida, porque no deja de practicarlo a las primeras de cambio, y así va poco a poco extendiendo su radio de acción. Si ponemos un hámster adulto en un terreno desconocido, lo primero que hará será igualmente orientarse y aprender el camino hacia su casa. Solamente entonces se sentirá seguro y podrá dedicarse a otras actividades. Nuestra tendencia al orden tiene sus raíces también en la motivación de huida. Orden significa orientación en el tiempo y el espacio, y no sólo en relación con acontecimientos

externos. También nos proporciona seguridad el poder predecir lo que los demás harán y el saber lo que deberíamos hacer nosotros. El niño pequeño pregunta ya incansablemente qué hay que hacer o no hacer, porque así se orienta socialmente y adquiere seguridad. La necesidad, motivada por el miedo, de un conocimiento seguro del lugar donde se está puede incluso conducir a formas extremas de sometimiento. En un grupo de muchachitos de catorce años que se administraban solos en una casa hogar se formó un grupo de tiranos a los cuales los demás debían entregar su desayuno, uno por uno. Y a éstos les parecía aquello perfectamente ordenado. Habían adquirido la seguridad que produce el orden.[148] La prontitud con que aceptamos la superioridad de los jerarcas tiene asimismo aquí una raíz. El miedo también puede inducir una relación entre padres e hijo, en que el superior se conduce paternalmente y el inferior infantilmente. La vinculación por el temor desempeña en la religión cristiana un importante papel. Con el pecado original y la amenaza de la condenación eterna se vincula el hombre al Dios Padre.

La vinculación por el terror es finalmente una estrategia de la tiranía. Así como el perro castigado se echa gimiendo a los pies de su amo y le lame la mano que empuña el látigo, así los hombres se someten al cruel dominador y le obedecen.

9

MÁS DETALLES SOBRE LOS RITOS VINCULADORES

En los capítulos precedentes hemos tratado de demostrar que en primer lugar ponemos al servicio de la vinculación o cohesión grupal las adaptaciones adquiridas. Muchas de ellas las compartimos con otros mamíferos, y otras se formaron independientemente en evolución paralela. Los lectores críticos me repondrán que selecciono los ejemplos y que en el estudio comparativo de las culturas puede comprobarse una gran variabilidad, por ejemplo en las costumbres de salutación. Dado ese estado de cosas, sería difícil que se tratara de preprogramaciones fijas, y más bien debería pensarse en patrones trasmitidos culturalmente. Vamos a responder a esta justa objeción examinando comparativamente dos ejemplos. Escogeré para ello el saludo y la fiesta.

a] EL SALUDO

"Quien quisiera enumerar toda la retahila de los modos de saludar de cada nación fácilmente llenaría un libro. Pero la ventaja científica que ello procuraría sería muy pequeña. Se tropezaría con una ingente multiplicidad, se hallarían rarezas más o menos aparentemente inexplicables, y se maravillaría uno de la etiqueta, tan elaborada, de las formas de salutación" (Andree [4]).

Ahora bien: en el comportamiento humano de salutación hay gran número de rarezas sorprendentes y una gran multiplicidad de formas; pero nuestro conocimiento del comportamiento animal nos permite explicar los ritos en buena parte. Una clave para la interpretación de los fenómenos está en la comprensión de su función vinculadora y conciliadora; otra en el conocimiento del proceso de la ritualización filogenética y el reconocimiento de que la mayoría de los ritos vinculadores proceden de la esfera de los cuidados de la prole, así como de la del sexo, y finalmente, algunos, de la agresión. Estas diversas raíces de los ritos vinculadores condicionan la multiplicidad de las formas de salutación, y como unos componentes son favorecidos por la

cultura y otros reprimidos, las diferencias que se producen son con frecuencia considerables. Esto, así como el hecho de que las mismas coordinaciones hereditarias producen con sus superposiciones un cuadro fenomenológico variable (p. 43), dificulta la búsqueda de constantes. No obstante, los datos manejados hasta ahora deben permitirnos sentar una base desde donde pudiéramos descubrirlas. Es lo que vamos a intentar.

En todas partes, la misión del saludo es crear un vínculo o conservarlo, y conjurar las agresiones. Uno saluda a los amigos y conocidos, y no solamente por cierto la primera vez que se los encuentra en el día, sino repetidas veces, al cabo de breves separaciones. Al complejo del comportamiento de salutación pertenece también la despedida. Al despedirnos volvemos a forjar el vínculo, mediante ritos amistosos, para el porvenir. Otra función de este comportamiento es la conciliación. El que parte está desde el momento en que se va en una posición peligrosa. No puede ver al otro, que podría, por ejemplo, arrojarle algo. El que se aleja de la pieza donde está su superior haciéndole profundas reverencias y medio reculando muestra claramente esa motivación de temor. En este sentido no hay despedida entre los animales.

Es evidente el significado pacificador del saludo en la vida cotidiana de los humanos. Si uno no saluda, desencadena agresiones en el mismo seno de la familia. Y a la inversa, todo el mundo sabe que un gesto amistoso de salutación o una palabra de salutación dicha en tono agradable pueden resolver una situación tensa. La devolución del saludo es una confirmación importante de la disposición al contacto, y hasta cierto punto contiene un compromiso. Por eso, el saludo correspondido suele ser garantía de seguridad. Cuando un desconocido, viajando solo por el territorio de los beduinos rwala, ha de atravesar las tierras de una tribu desconocida pero al hacerlo saluda a alguien —aunque sea sólo una niña— y le devuelven el saludo, puede estar seguro de que no le atacarán ni robarán, porque la misma niña con sus parientes lo defendería. Si un contribeño de la niña lo atacara, le bastaría dirigirse a la familia de ella pidiendo ayuda, y se la prestarían. Los mismos enemigos pueden contar con esa protección si logran en su huida, con alguna maña, que les devuelva un saludo algún miembro de la familia enemiga. Por este motivo, los beduinos adultos son muy cautos en responder a un saludo (Musil, 1928). [143]

El saludo crea y confirma la alianza. En los Estados Unidos se observa que los negros que no se conocen se saludan en las paradas del tranvía, y así documentan un sentimiento de solidaridad. Eso hacen también los propietarios de un mismo tipo de vehículo cuando se encuentran en carretera, sobre todo si el carro está descontinuado. [66]

En nuestros días no saludamos a cualquiera. En las grandes urbes vamos apresurados y pasamos junto a nuestros semejantes sin saludar. Mas si queremos algo de alguna persona, la decencia requiere que saludemos. Saludamos también cuando entramos en una tienda o en una morada extraña, y los japoneses hacen como nosotros. También saludamos a los desconocidos cuando nos los encontramos solos en el campo. Si no lo hiciéramos, crearíamos una desagradable tensión. En cuanto nos separamos de la masa anónima, por ejemplo para establecer contacto individual con alguien, necesitamos, casi compulsivamente, saludar.

Las formas de salutación son a primera vista variadísimas. Entre nosotros mismos, el saludo se hace de muy diversos modos. Si encontramos en montaña a un desconocido, le sonreímos, le hacemos una inclinación amistosa, nos quitamos el sombrero y decimos "buenos días". Si nos hemos encontrado en una comarca muy solitaria, tal vez sintamos además la necesidad de cambiar un par de frases amables. Muchas veces empero nos atenemos a la fórmula que desea el bien. Si no usamos sombrero, tal vez nos llevemos de todos modos un dedo a la cabeza, o alcemos brevemente la mano abierta. Si nos encontramos con un buen amigo, nos comportamos en el fondo de la misma manera, pero involuntariamente alzamos por un instante las cejas en el momento de reconocerlo (véase en la p. 17 la salutación con los ojos). Al amigo también le tendemos la mano para saludarlo y, según sea nuestro temperamento, a veces también se la sacudimos. Si llevamos guantes, lo decente es quitárnoslos, pero esto sólo atañe a los hombres, porque las mujeres deben dejárselos puestos. A los amigos de confianza les golpeamos el hombro, y a los familiares cercanos los abrazamos y besamos. Con el amigo, además, charlamos y le manifestamos interés preguntándole cómo ha estado, de dónde viene o a dónde va.

Si visitamos a alguien en su casa, el saludo de contacto y las fórmulas de salutación son los mismos. (Dar la mano, abrazar, besar eventualmente, etc.) Pero como visitantes, vamos preparados, y llevamos regalos (una caja de chocolates, dulces para los niños, un ramillete de flores o una botella de vino). Al entrar dejamos el sombrero, y si vamos de uniforme, depositamos el correaje y las armas en el perchero guardarropa. En nuestro comportamiento de salutación hallamos, pues, pautas comportamentales muy variadas. ¿Qué función tiene exactamente cada una, y hasta dónde hallamos correspondencias formales o funcionales en otros pueblos? Vamos a examinar las distintas pautas que en la salutación se presentan comparándolas culturalmente de acuerdo con estos puntos de vista.

De la sonrisa ya hemos hablado. Este movimiento expresivo es co-

mún a todos los hombres, y aparece incluso en los ciegos y sordos de nacimiento. No conocemos su origen, pero sí su función conciliadora: la sonrisa desarma. Como al sonreír enseñamos los dientes, se ha supuesto que podría tratarse de un movimiento de amenaza ritualizado que en el curso de la evolución hubiera cambiado su significado original por otro exactamente contrario. Pero se opone a esta opinión el hecho de que en la amenaza se enseñan los dientes de distinto modo. Amenazamos abriendo las comisuras de la boca y bajando marcadamente el labio inferior, precisamente como para descubrir el largo colmillo angular superior que ya no tenemos, pero que todavía puede verse en muchos simios (p. 19). Tampoco es fácil imaginarse cómo una amenaza de mordisco bien clara, dirigida al otro —y aquí no se advierte ninguna reorientación del tipo de la del ademán de amenaza del ganso silvestre, por ejemplo—, haya podido convertirse en un gesto tan manifiestamente conciliador. Sería posible la derivación si se tratara de una amenaza defensiva motivada por el temor. En algunos simios hallamos una risa sin ganas, producida por el temor, entre los inferiores vencidos, que al hacer el gesto descubren los dientes. [5] Pero queda otra posibilidad de derivación. Muchos primates peinan la piel a sus compañeros de grupo, y ya dijimos cómo pueden producirse movimientos ritualizados de este tipo en el vacío. Al hacerlo, los incisivos con que peinan quedan descubiertos. Este pelar de los dientes es muy amistoso, y me parece probable que por ese camino se desarrollara evolutivamente la sonrisa. Dificulta la interpretación la falta de documentación cinematográfica relativa a las pautas de comportamientos correspondientes entre los primates más cercanos parientes nuestros. Así, pues, podemos decir algo seguro de la función y su difusión, pero nada dar por confirmado en lo tocante al origen.

Ya hemos hablado también del saludo con los ojos y mencionado que el rápido alzamiento de las cejas se halla en los más diversos pueblos (p. 16). El movimiento es una seña amistosa caracterizada y una ritualización de la expresión debida a la sorpresa. Cuando algo nos sorprende alzamos las cejas, y por su parte esto se transformó en amenaza ritualizada: cuando un niño, por ejemplo, se porta mal en la mesa, es frecuente ver que sus padres le lanzan una mirada de advertencia. Las cejas quedan alzadas largo tiempo, y los ojos se clavan en el autor de la fechoría. Muchos simios hacen otro tanto. En cambio, el saludo con los ojos se ritualizó de otro modo para convertirse en seña amistosa. Las cejas se alzan brevemente, señalando el reconocimiento y la sorpresa. No hay fijeza amenazadora en la mirada, y la sonrisa que la acompaña declara que uno se alegra de ver al otro.

La inclinación de cabeza no sólo nos es conocida como parte de la situación salutatoria sino también como ademán afirmativo. En ambos casos hay una aquiescencia, que en el saludo lo es al contacto amistoso. Por su origen, la inclinación de cabeza es un movimiento ritualizado de sometimiento.[1] Al asentir uno con la cabeza durante la conversación se somete también como oyente al pensamiento del otro. He hallado la inclinación de cabeza como saludo en los más diversos pueblos: los papúes de la edad de piedra (kukukukus, woitapmines), los indios waika del alto Orinoco, los nilotohamitas (turkanas, karamojos), bantúes, balineses, samoanos y japoneses. Hasta ahora no sé de ninguna cultura en que no se incline la cabeza al saludar. Los nombrados asienten también con la cabeza, pero no es ésa la única forma de asentir (p. 52).

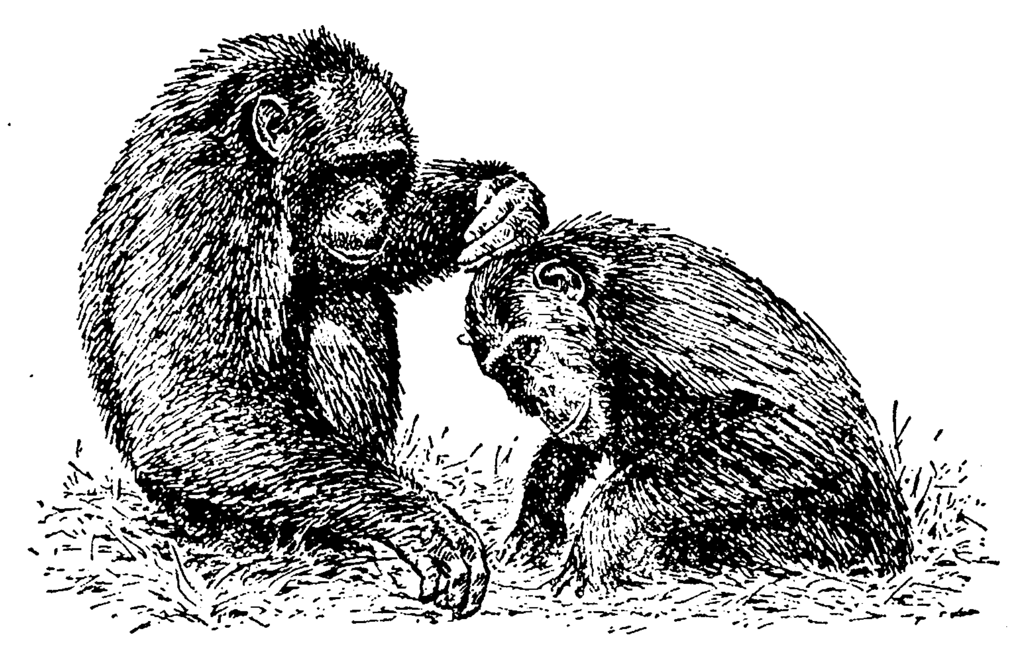


FIG. *51. Hembra de chimpancé saludando a un macho. La inclinación es probablemente una forma ritualizada de la solicitación de cuidados corporales de índole social. Según una fotografía del autor.*

Formas menos ritualizadas de sometimiento son la reverencia, la genuflexión y la prosternación (figs. 52-55). La reverencia o caravana se puede encontrar también entre nosotros como forma de saludo devoto. En las doctrinas del sabio del antiguo Egipto Ptahotep se lee: "Encorva tu espalda ante tu jefe, tu superior y el administrador del Rey, y así durarán tu casa y tus bienes, y recibirás un

[1] Los chimpancés piden a sus semejantes que les alisen o les hagan objeto de otros cuidados corporales sociales mediante una profunda inclinación (*deep bow*). Para acercarse emplean también la posición que representa la antítesis de la actitud de amenaza (fig. 51).

pago justo".[2] En el antiguo Egipto se echaban por el suelo delante del señor y besaban u olían la tierra. Era un favor especial cuando el súbdito podía besar los pies del rey en lugar de la tierra. En el Japón se saludan con una profunda reverencia. En antiguos relatos de viajes se habla de una sumisión extremada. Heinzelmann [73] describe

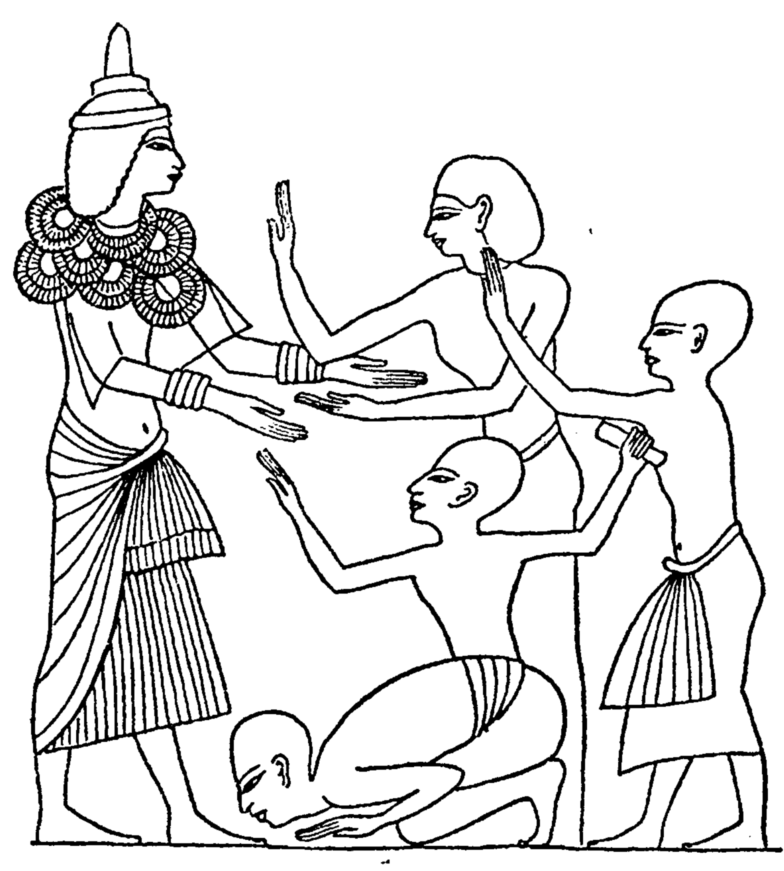


FIG. *52. Salutación a un dignatario egipcio. De K. Lang (1926), página 201.*

una de aquellas salutaciones: "Aquí en la capital de Katunga gobierna el rey Mansola, a quien saludan sus súbditos del siguiente modo: a cierta distancia de él se arrojan al suelo y se frotan dos veces la cabeza con tierra. Después se arrastran un poco más cerca y yacen con el rostro en el polvo. Ya cerca del Rey, besan nuevamente el suelo y apoyan en él ambas mejillas. Cuando ya quedaron la cabeza, el rostro, los labios y el pecho suficientemente cubiertos de tierra, reciben permiso de sentarse junto a su monarca y participar en la conversación. Pero algunos funcionarios, más penetrados de su condición de súbditos, aún hacían más y se revolcaban y rebozaban por el suelo" (p. 228).

Estos ejemplos deben bastar: desde la inclinación hasta la prosternación hay toda clase de grados de sometimiento, y el comportamiento sigue en principio el que observamos en los demás vertebrados, o

[2] *Die Lehren des altägyptischen Weisen Ptahotep,* en *Völkerkunde,* 6, Viena, 1930, p. 259.



FIG. 53. *Laosiano saludando. Según C. Bock. en* Im Reiche des weissen Elefanten *(En el reino del elefante blanco); Leipzig, 1885, p. 128.*

sea hacerse pequeño, que es exactamente lo contrario de la actitud de amenaza e intimidación.

Una forma especial de la inclinación salutatoria es usual en las mujeres fulbé, que vuelven su trasero hacia aquel a quien saludan y se inclinan profundamente (fig. 56). Este comportamiento recuerda extraordinariamente la presentación conciliatoria de algunos monos. Es posible que tenga algo de ella. Llama la atención en los portones de los antiguos castillos y de las ciudades la frecuente presencia de nalgas desnudas en los frontispicios. En el Japón tienen amuletos protectores que muestran los mismo. Bien pudiera tratarse de una presentación conciliatoria. Menciona Wickler al respecto que en la antigua Germania tanto los hombres como las mujeres asomaban las posaderas desnudas a la puerta de su casa para conciliarse a Wotan. [198] En el Japón, hombres y mujeres debían ponerse en filas apartadas y abrirse el kimono para mostrar sus órganos.[27] En este caso conciliaba asimismo la petición femenina de copulación, ya que a los malos espíritus también los amenazan fálicamente. El principio de combinar la amenaza fálica con la presentación femenina se advierte también en los monos *Callithrix jacchus* sudamericanos. En los mo-



FIG. 54. *Ifes (yorubas) saludando a su soberano. Según O. Frobenius, de K. Lang (1926), p. 265.*

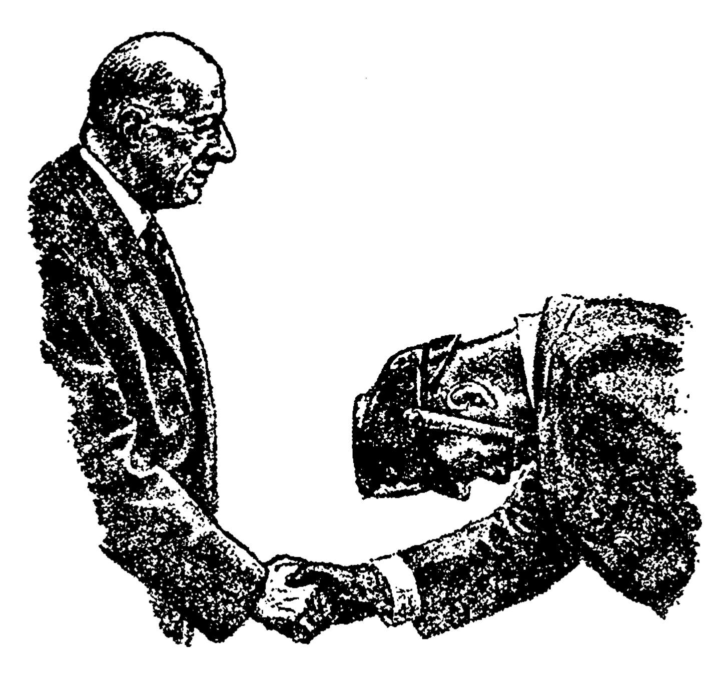


FIG. *55. Un policía alemán saludando al presidente del Estado francés de Gaulle. Según una fotografía publicada por la prensa.*

nos de copete blanco, macho y hembra amenazan a sus enemigos por la presentación, y ambos muestran el trasero al contrario con los ademanes femeninos de invitación a la cópula. Pero al mismo tiempo, los machos ejecutan la presentación de los genitales típicamente masculina: hacen resaltar los testículos exageradamente y tienen una erección. Esto es amenaza y conciliación al mismo tiempo.

Pero volvamos al comportamiento humano de salutación. Ya mencionamos nuestra costumbre de quitarnos el sombrero y los guantes para saludar. Ciertamente, son convenciones y costumbres, pero ¿cuál es su origen? A fin de comprender el gesto de quitarse el sombrero debemos saber que, en un principio, para saludar se quitaba uno la

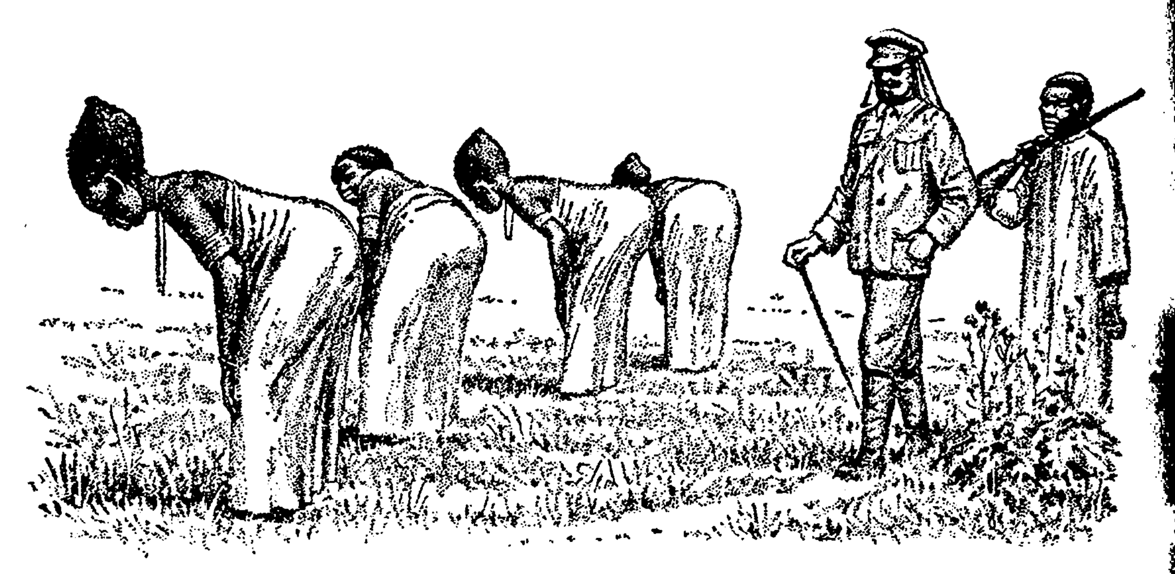


FIG. *56. Mujeres fulbé saludando. Según Passarge, de K. Lang (1926), p. 203.*

especie de casco que cubría la cabeza. En cierto modo renunciaba uno a su protección, y esta muestra de confianza se convirtió en el ademán que todavía hoy acostumbramos. Otro tanto podría decirse del gesto de quitarse los guantes para saludar. En la Edad Media, los guantes eran de hierro y protegían al combatiente. Esto explica por qué solamente los hombres se quitan los guantes. También se abandona la defensa al saludar, puesto que se deja el arma. Muestras de confianza de este tipo pueden también observarse en los más diversos pueblos. Antes de una audiencia, los germanos dejaban las armas a la puerta de la fortaleza. Cuando se encuentran dos wanderobbos (en el África oriental) deponen arco y flechas. Los wasindjas hacen otro tanto. Los cafichos dejan el venablo a un lado, doblan la rodilla y se aprietan las manos tendidas [117], los masais para saludarse arrojan la lanza ante sí al suelo. En el Japón antiguamente saludaba el inferior quitándose las sandalias y, para mostrar su indefensión, metía la mano derecha en la manga siniestra. A continuación dejaba resbalar lentamente los brazos hasta abajo y al pasar junto al superior, le gritaba:

—No me hagas daño.

Y al mismo tiempo simulaba un ademán de temor (Lang [117]). A diferencia de las pautas de comportamiento de salutación hasta ahora señaladas (sonrisa, saludo con los ojos, inclinación de cabeza, reverencia), las manifestaciones de confianza que acabamos de ver están conformadas culturalmente. Toman en cuenta el hecho de que la intimidación con armas activa agresiones, y éste es un rasgo de carácter propio de todas las personas; de ahí los paralelismos.

Un comportamiento de salutación muy interesante es el apretón de manos. En los más diversos ámbitos culturales se encuentra. Los papúes, que cuando yo llegué apenas hacía siete meses habían tenido el primer contacto con europeos, me saludaron de ese modo. [47] Entre los kukukukus y los woitapmines, niños y adultos se atropellaban en torno mío precisamente para darme la mano, y lo hacían tendiendo la suya con la palma hacia arriba, como para mendigar. Al principio creí en una influencia europea, pero interrogados los indígenas declararon que siempre se habían saludado así. Los oficiales de patrullas me aseguraron lo mismo: en sus primeros contactos con los papúes habían sido saludados por éstos con un apretón de manos (fig. 57). En el ámbito europeo, la costumbre de dar la mano se halla ya descrita por Homero. En África está muy difundido el saludo de mano, por ejemplo entre los nilotohamitas (masais), los bantúes y los bosquimanos. Entre los bajanguis del África occidental se tiende la diestra para saludar y al mismo tiempo se rodea la muñeca del saludado con la siniestra. [117] También se ha descrito el ademán de

dar la mano entre los esquimales, los indios de Guatemala y los habitantes del Asia central. De los dayaks de Borneo dice Selenka [169]: "Todos los dayaks que nos encontrábamos se adelantaban en son de amistad hacia mí y me tendían la mano" (p. 39). De los weddas cuenta: "Tendí a los tostados mozos ambas manos y ellos, como la cosa más natural del mundo, me dieron cordialmente las suyas. Esta tendencia a tomar y tender la mano, que seguramente no es costumbre sin embargo entre salvajes, ya me había sorprendido entre los dayaks, menos rozados por el contacto y la cultura de los blancos. En ese ademán debe haber algo de natural y lógico" (p. 328).

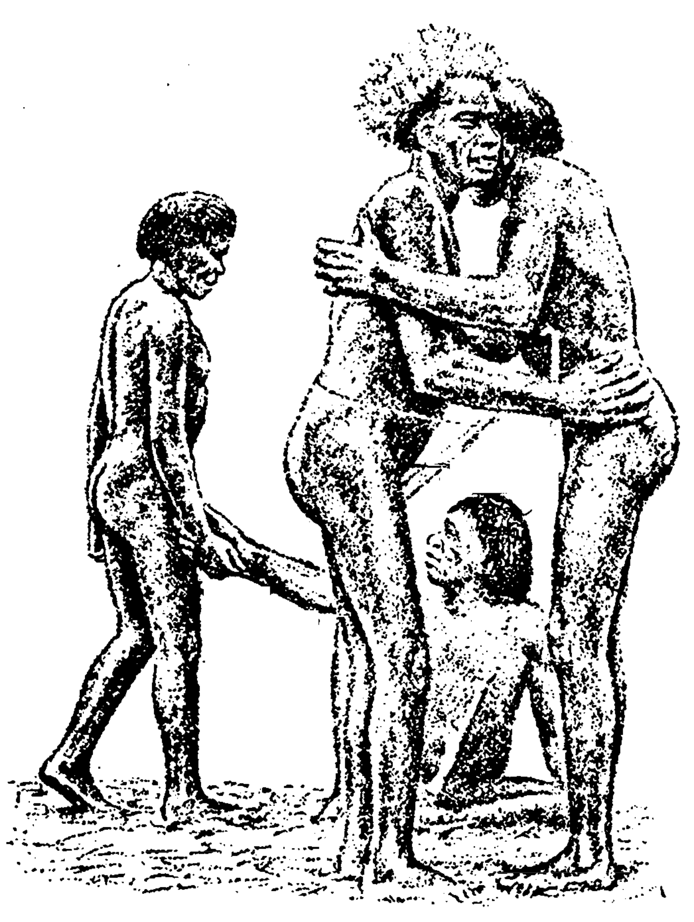


FIG. 57. *Papúes (dugum danis) saludándose. De la película* Dead Birds, *de R. Gardner.*

Lo lógico del movimiento sin duda se debe al hecho de que a nuestros hijos les tendemos la mano para ayudarles, y ellos buscan el contacto corporal. Recordemos además que los chimpancés superiores en jerarquía tienden la mano a los inferiores para animarlos y que los inferiores a veces piden con insistencia el contacto. Ponen la mano sobre la mano ofrecida, y muchas personas también lo hacen todavía (fig. 58). Si un chimpancé de categoría superior está tumbado perezosamente en el pasto y un inferior le pide con apremio algo que le infunda aliento, a menudo se contenta con tenderle un pie. Este ademán es tan alentador como el tender la mano... y como cualquier

otro contacto corporal, que tanto los pequeños como los chimpancés adultos buscan en caso de peligro. Observó Kortlandt [101] cómo atacaban unos chimpancés en libertad a un leopardo disecado. De cuando en cuando retrocedían, se agarraban de las manos para animarse mutuamente y volvían a la carga. Textualmente cogían valor. Los

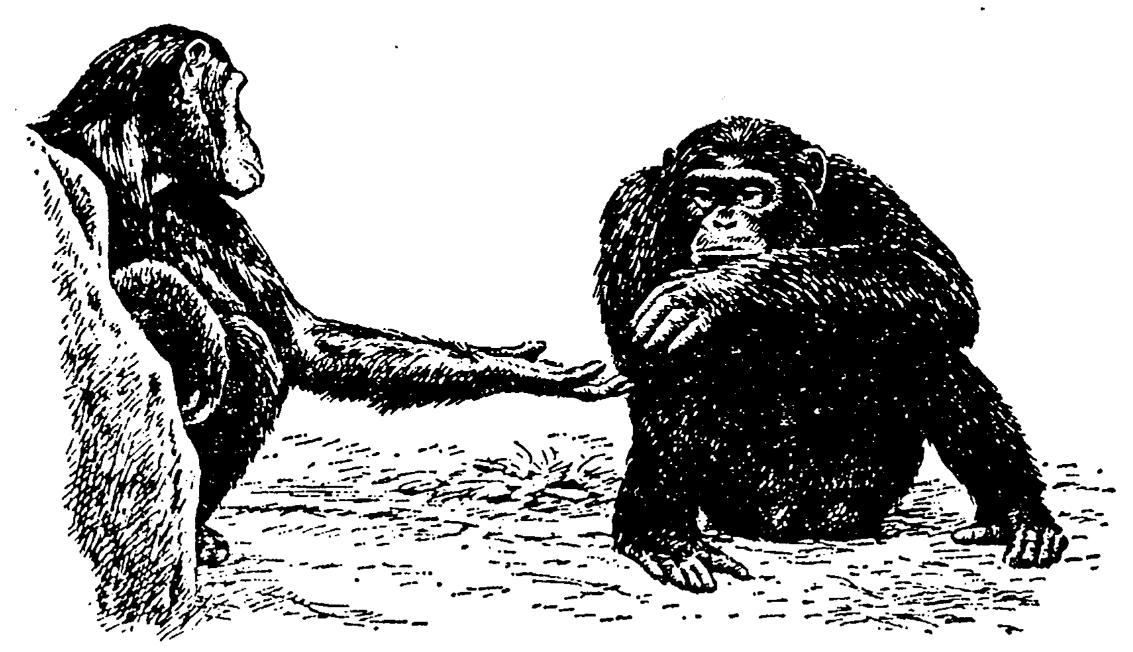


FIG. 58. *Una chimpancé, a la izquierda, pidiendo que el macho le dé la mano. Según una fotografía de J. y H. van Lawick-Goodall, en W. Wickler (1969).*

movimientos de un chimpancé que pide contacto son iguales que los que ejecuta para pedir comida. Como los chimpancés también dan el alimento con la mano al que lo pide, podría pensarse en interpretar todo el complejo de dar y tomar la mano como un dar de comer ritualizado. En lugar de alimento se da contacto, que también calma y alienta. El ademán de pedir es sin duda exactamente el mismo, pero el contacto se adjudica de otro modo que el alimento, o sea que debe haber dos raíces distintas del dar. No todas las gentes se dan la mano como nosotros. A veces se agarran por los hombros, las caderas, los codos u otras partes del cuerpo. En algunas tribus de papúes es costumbre tocar el prepucio del otro para saludarlo. Ignoro si habrá personas que no tengan en absoluto saludo de contacto, pero en ninguna parte lo he visto declarado expresamente. Es primariamente necesario ese contacto, porque calma y anima, y por eso lo buscamos. Por otra parte, las operaciones de pedir y conceder el contacto pueden estar ritualizadas a tal punto que no se necesite el contacto real. Un orador que no se siente seguro consulta con la mirada a sus amigos en espera de una señal de estímulo... y le basta una inclinación de cabeza o una guiñada.

En nuestro apretón de manos hay todavía otros elementos dignos de nota. No nos tendemos simplemente la mano en un contacto, sino que rodeamos la mano del otro con la nuestra, se la apretamos y sacudimos. Esto lo hemos observado también, con diversas variantes, en otros pueblos. De este modo, en la toma de contacto se oculta una demostración de fuerza. Este comportamiento sirve para el mutuo aprecio. Uno se siente avergonzado si no puede devolver el apretón de manos porque el otro, por ejemplo, le agarró muy cerca de las puntas de los dedos. En este punto sin duda contiene el saludo un elemento agresivo; el sacudir y apretar la mano es en cierto modo un duelo.

En muchos ritos humanos de salutación hay elementos agresivos, que en la literatura etnográfica han sido descritos como saludo guerrero. Se trata de demostraciones de destreza bélica que por una parte procuran respeto al ejecutante y por otra manifiestan claramente que éste no tiene malas intenciones. En algunas tribus de indios de la selva virgen amazónica hay por ejemplo el saludo con flechas. Los que llegan son saludados por una salva de flechas, pero disparadas tan certeramente que todas se hincan en el suelo exactamente delante de él.[3] Es una salutación equivalente a nuestros cañonazos de honor. Y no siempre se tira al aire. Cuenta Baker [10] cómo lo saludaron las tropas turcas en el nordeste africano: "Después de una hora de caminar tras las huellas de la compañía vimos a lo lejos una gran ciudad latuka y al acercarnos descubrimos una multitud que se había congregado debajo de dos enormes árboles. Al mismo tiempo tronaron las armas de fuego, redoblaron los tambores y al irnos aproximando más vimos las banderas turcas con una tropa de unos cien hombres, que se dirigían a nosotros con las usuales salutaciones, pero disparando con bala al mismo tiempo, y a toda la velocidad con que podían volver a cargar... Avanzaron bizarramente hacia mí para saludarme, y cuando ya estábamos casi tocándonos, volvieron los fusiles al suelo y los dispararon casi a mis pies" (p. 173).

Entre los indios norteamericanos eran también corrientes las salutaciones agresivas de este tipo. En el centro de Australia se recibía a una persona de elevada jerarquía de una tribu amiga con las armas en alto, como para dispararlas. El visitante hacía entonces por su parte un simulacro de ataque, que los demás repelían con sus escudos. Después abrazaban al huésped, lo conducían al campo y las mujeres lo agasajaban con alimentos (Howitt [88]. Muchas veces, grupos enteros de viandantes armados se saludaban y en el centro de Australia esto condujo con frecuencia a incidentes, debidos al exceso de las emociones (Spencer y Gillen [176]).

[3] Muchos visitantes han tomado esto por señales de enemistad.



FIG. 59. *Saludo amenaza de un guerrero de Uganda. Según J. A. Grant, en* A Walk across Africa, *Londres, 1864, p. 191.*

Los maoríes de Nueva Zelandia saludaban a un visitante desconocido lanzando un venablo en dirección suya, después se ponían en el suelo los dos, se saludaban frotándose las narices y se agasajaba al extranjero. De los africanos se conocen ritos comparables. En Uganda, por ejemplo, los guerreros saludan con la lanza lista (fig. 59). Muy notables son los ritos de salutación de las tribus esquimales del centro. Los habitantes de una aldea se ponen en fila, y uno se adelanta. El forastero se le acerca con los brazos cruzados y la cabeza inclinada a la derecha y recibe del residente un fuerte bofetón en la mejilla tendida. El otro debe también ofrecer su mejilla y recibir del forastero un bofetón correspondiente. Y así se van propinando bofetadas, hasta que el duelo termina cuando uno cae. Por lo general estos duelos de salutación se desarrollan pacíficamente, el forastero se da por recibido y puede tomar una mujer. El sentido del singular combate es que el extraño debe mostrarse digno de ser aceptado.[117]

Pero tales demostraciones agresivas sólo suelen hallarse en el saludo viril, porque los hombres tienen tendencia a fundar una solidaridad de combate por la agresión. En el capítulo siguiente veremos otro ejemplo de ello.

Las demostraciones agresivas son un notable aditamento del saludo, que precisamente tiene por objeto conjurar las agresiones y subra-

yar su aspecto vinculador. Se aprecia ciertamente al buen arquero que planta al visitante precisamente la flecha delante de las narices o se la hace pasar entre las piernas del caballo; es sin duda una manera de demostrar sus intenciones pacíficas. Pero se dan casos en que hay malos entendimientos.

A los gestos de salutación marcadamente amistosos pertenecen el abrazo, las distintas formas de caricias o golpecitos amistosos y el beso. Ya vimos la vasta difusión del beso y la presencia de pautas de comportamiento visiblemente homólogas en el chimpancé. Tiene Grillparzer[4] un poema sobre el beso en que dice, entre otras cosas: "En las manos besa el respeto, en la frente la amistad, en las mejillas la satisfacción y en la boca el hondo amor". Esta diferencia de proximidad parece también manifestarse en otros pueblos; hemos visto cómo los africanos sólo pueden besar el suelo delante de su soberano como favor especial. El saludo de los persas antiguos se diferenciaba según la calidad de las personas que se saludaban. Los de igual jerarquía se besaban en la boca; si uno era de condición inferior, se besaban en las mejillas. Cuando la diferencia de categoría era muy grande, el inferior se echaba al suelo delante del superior. Por desgracia, faltan datos detallados de otros pueblos. Se besa la mano, el pie, el hombro, las mejillas, la frente, los ojos, el borde del vestido (fig. 60). En el Sudán egipcio cada quien se besa la palma de la mano antes de tendérsela al otro. Suele repetirse el beso a uno mismo y el tender la mano. En el besamanos echamos besos con la mano, que previamente nos hemos besado. Los beduinos truenan los besos en el aire al mismo tiempo que dan la mano a su invitado (Lang



FIG. *60. El saludo entre los barotses. La persona de la izquierda ase la mano izquierda que extiende el otro y la besa. Al mismo tiempo extiende la izquierda suya para que se la besen. Según una fotografía de P. M. Clarke, en K. Lang (1926), página 197.*

[4] Grillparzer: poeta y dramaturgo austriaco (1791-1872). [T.]

[117]). El beso en los labios es, como dijimos (p. 127), un alimentar ritualizado de boca a boca. Ya hemos explicado detalladamente este comportamiento y mostrado cómo se trata de una pauta de comportamiento immata en el hombre. En cuanto al beso mordelón, raramente se saluda con él (p. 126).

En muchos pueblos existe el saludo con las narices, que es vagamente parecido al beso. Se trata de un olfateo amistoso en que se aprieta la nariz contra la mejilla o la nariz del otro y se frota ligeramente. En Birmania llaman a este saludo *namchui* (de *nam*, olor y *chut*, aspirar). En la misma ocasión toma el que saluda la mano del otro y con ella se frota la nariz, como dijo Cook [29] que hacían los neozelandeses y cuenta Wilkes [201] de los samoanos. Hallamos el saludo nasal entre los lapones, esquimales, waikas, malayos, y en Madagascar, Nueva Guinea y Polinesia. El olfateo amistoso en la salutación puede también producirse de otro modo. El príncipe de Wied [200] cuenta que los botocudos se olfatean mutuamente las muñecas (pulsos).

Los movimientos del abrazo y el acariciamiento se dan en el comportamiento de salutación de muchos pueblos. Ya vimos la derivación de esta pauta comportamental a partir del cuidado de la prole. Ocasionalmente, el saludador pone la cabeza, como un niño que busca consuelo, en el pecho del saludado. Describiendo la coronación del rey de Loanga, en el África occidental, por sus nobles, dice Prevost [150]: "Dos o tres veces se golpean las manos y después se echan a los pies de Su Majestad, y se revuelcan en el polvo para dar fe de su sometimiento. Los favoritos corren después de cumplido esto hacia el Rey y se inclinan, con ambas manos en su rodilla, de modo que su cabeza le toca el pecho" [4, p. 677].

Tal vez no se pueda comprobar en todas partes el alzamiento de la mano abierta para saludar, pero tiene de todos modos una gran difusión, así es que puede suponerse una disposición innata para tales gestos. Yo los he observado entre los papúes, entre los shom pen de la Gran Nícobar y entre los karamojos y turkanas del África oriental. [52] Esos gestos son una clara demostración de la intención amistosa. Se muestra ciertamente que en la diestra no se tiene ningún arma. A veces se combina con una guiñada. En el Japón vi que las madres que vigilaban a sus hijitos en los caballitos también les hacían un guiño. Los quejosos suelen alzar ambas manos con las palmas hacia afuera, algo más arriba de los hombros. Está por investigar si hay relación alguna entre estos gestos (figs. 61 y 62).

"Puede decirse que en todo el mundo es costumbre invitar a comer a los extraños o enviarles un regalo alimenticio. Nosotros mismos no consideramos la comida igual que otras cosas y aceptamos gustosos



FIG. *61. Niña napolitana saludando con la mano abierta en alto, al mismo tiempo que abraza protectora a su hermanito. Según una fotografía de H. List,* Leica Fotografie, *6, 1960.*



FIG. *62. Shom pen de la Gran Nicobar saludando con la mano abierta en alto. Según una fotografía del autor.*

una invitación a almorzar, aunque nos daría más gusto que nos entregaran el dinero que cuesta" (Birket-Smith [22], p. 363).

En los más diversos pueblos se ofrece a los invitados artículos alimenticios y regalos a manera de salutación. Se bebe amablemente a la salud del huésped, y se le ofrece el trago de bienvenida. Y aunque no en todas partes se use como entre los mandingos de la costa occidental africana que cuenta Prevost [150], donde la esposa lleva de rodillas agua para que beba el esposo que vuelve al hogar, en principio en todas partes emplean los mismos medios para asegurar amistad. Describe Rasmussen [152] que a su llegada a una aldea de esquimales del Polo tenía que comer con todas las familias, una tras otra, hasta que ya no podía tragar un pedazo más de piel de morsa helada; y para reponerse de tales amistosas salutaciones necesitaba varios días.

Entre los masais, cuando un forastero va de visita a un kral, se pone primero a la sombra de un árbol fuera del poblado, hasta que una anciana le lleva leche. El huésped bebe unos tragos, devuelve el tazón, y la mujer vuelve a su casa. Entonces llega un hombre, escupe delante del huésped, y éste hace lo mismo. Hecho el intercambio de fórmulas de salutación se le lleva a la aldea.

Cuando los walbiris del centro de Australia llegan al territorio de otra tribu, siempre llevan carne de canguro, harina, tabaco, etc., como regalo. Cuando los propios huéspedes no tienen nada, esto suele no ser más que un gesto. [133]

No solamente entre los primitivos es tal la usanza. Cuando visitamos a una familia por primera vez en su nueva vivienda, le llevamos pan y sal. En Ucrania así reciben al visitante. En las visitas de cumplido llevamos dulces o chocolates; agasajamos a nuestros invitados y bebemos a su salud. En todas las fiestas, que en definitiva significan la consolidación del vínculo, el beber y comer en compañía desempeña un gran papel, ya se trate de fiestas familiares o de una compañía industrial, de la fiesta del pijiguao entre los waikas o de un "sing-sing" de los papúes. Se refuerza el vínculo para toda la vida con un pastel de bodas; entre los patasivas de las Molucas consumen juntos un plato de popeda... y sólo entonces se da por concluida la alianza matrimonial. El vínculo familiar se refuerza comiendo juntos el pastel de cumpleaños o el jamón de Pascua.

En el intercambio vinculatorio de regalos está una de las motivaciones del comercio. "Tenemos tendencia a considerar el comercio y el trueque como cuestiones puramente económicas, y los motivos económicos no faltan ni siquiera en la vida comercial de los primitivos. Pero ese aspecto no siempre aparece en primer plano entre ellos. Con frecuencia, el comercio es el medio de anudar lazos de amistad entre individuos y entre familias, cosa mucho más importante que el cam-

bio de mercancías en sí. Entre los esquimales del centro a menudo un hombre tiene un buen amigo en uno de los grupos vecinos, y con él suele cambiar regalos en un ambiente festivo de cantos, tambores y baile. En Alaska, los esquimales invitaban antes a los habitantes de poblados de humor amable a magníficas fiestas en que se cambiaban regalos con un ceremonial tan complicado como fielmente seguido" (Birket-Smith [22], p. 187).

El declinar una invitación a comer y beber juntos puede ser una ofensa mortal. Menciona Bernatzik [17] un caso que puede servir de ejemplo. Un ingeniero silvícola francés fue asesinado por la tribu de los radés, en Indochina. Se envió una expedición de castigo, que consiguió apresar a los culpables. Interrogados, declararon éstos con indignación: "El blanco nos había afrentado insoportablemente. Lo ofrecimos nuestro trago de bienvenida y la carne de un puerco que habíamos sacrificado a los espíritus en honor de él. Pero se negó a aceptar nuestros dones y hubimos además de presenciar cómo se hacía llevar alimentos por sus esclavos anamitas. Entonces decidimos vengar la ofensa y matarlo".

Si dos arapeshes están muy enojados, uno de ellos cuelga, según Mead [132], un ramo de hojas de ricino a la puerta del otro, para recordar que nunca comerá con él. Puede componerse la ruptura solamente si el que puso la señal sacrifica un puerco.

Del regalo de comida deriva seguramente el ofrecimiento de otros dones. En el Japón se anudaba antes en las cintas con que se ataba el paquete de regalo una sardina seca. La función vinculadora de un regalo equivale enteramente a la de un regalo de comida. Una vez dio Rasmussen [152] a un huérfano esquimal un cuchillo; se había ganado un amigo fiel. "Seguramente era aquélla la primera vez —dice Rasmussen— que alguien le regalaba algo a aquel huérfano. Él me examinó de arriba abajo y sacudió la cabeza. Yo le aseguré que era en serio. Entonces me arrebató el cuchillo de la mano sin cambiar de expresión y corrió con él. No creí que lo volvería a ver pronto, y estaba para volver a la carpa cuando le vi llegar con un trozo de carne de morsa. Me lo dio en la mano y dijo: *Tú me diste y mira, yo te doy*. Y su rostro brillaba de grasa y orgullo. Naturalmente, la carne de morsa la había robado de alguna parte. Pero a partir de ese día fuimos amigos" (p. 51).

Los esquimales de la costa oriental de Groenlandia tienden al visitante su cuerno de tabaco rapé, y el otro ofrece entonces del suyo. También hacen esto para la despedida.

Finalmente, también cambiamos objetos como regalos. En el distrito austriaco de Mühl, la mujer que se casa con alguien de un cortijo debe ofrecer un regalo a cada miembro de la familia para su bienvenida.

Los dones pueden ser también simbólicos. Así, en diversos pueblos dan algo que corresponde a la palma de la paz. Ramos verdes, hojas, manojos de hierba, abanicos de palma y cosas semejantes se dan entre los waikas del Orinoco, los masais, los habitantes de la Polinesia y muchos más. Un shom pen que se acercaba a nuestro barco (Expedición Xarifa [44]) nos tendió una hoja verde. Era su primer contacto con un blanco.

La ritualización más avanzada del regalo consiste en desear bienandanzas al otro. El deseo es una donación verbal, que se dice al saludar o se envía en una tarjeta postal.

Hasta ahora hemos tratado esencialmente de ritos de salutación que en principio son muy semejantes a los nuestros. Pero en algunos pueblos primitivos hay costumbres de salutación muy diferentes, y de problemática interpretación. A veces es costumbre untar o poner en contacto al saludado con una sustancia procedente del saludador. Entre los nilotohamitas se escupe al otro o a sus pies.

Los wakikuyus se escupían en la mano antes de tenderla para saludar (von Höhnel [79]). Cuando dos wakikuyus celebraban amistad, sacaban agua y se la echaban mutuamente a la cabeza. Después recogían con los dedos de la mano derecha el agua que escurría y se la bebían.

Es también conocido el saludo con saliva de los esquimales. He aquí cómo describe Kotzebue [105] la forma en que lo saludaron en el estrecho de Bering: "Extendieron un cuero sucio sobre las tablas del piso y me hicieron sentar encima; a continuación fueron llegando uno tras otro. Me abrazaban, se frotaban fuertemente la nariz con la mía y acababan sus cariños escupiéndose en la mano y pasándomela varias veces por el rostro" (p. 196). Entre los kanum-irebes de Nueva Guinea es una manifestación de simpatía tomar algo oloroso del que se va y ponérselo uno. El que se despide toma al otro por los sobacos, se huele la mano y después se frota el olor. La orina también tiene esta función vinculatoria en algunas tribus. Entre los damas sudafricanos, al despedir a un adulto se dice: "Que te mojen los padres, mis antepasados". Pero por lo que puedo colegir del escrito todo queda en palabras. Cuando uno se despide, un anciano que se queda toma un recipiente con agua, bebe de ella y se la escupe al que se va. Cuando alguien vuelve también se ejecuta esta ceremonia. Viejos y jóvenes son así saludados, y las mujeres también. Solamente los varones ancianos pueden impartir el saludo. [117] Ritos urinarios propiamente dichos hay entre los hotentotes. Cuando un hombre ha matado un león, un elefante o un rinoceronte, se celebra su hazaña del siguiente modo: se mete en su choza, y allí está hasta que va a buscarlo un anciano del kral y lo invita a recibir los honores. Lo conduce

al centro del pueblo, donde todos los varones están reunidos esperando su llegada. El héroe se acurruca entonces en un petate y los demás se ponen en cuclillas en torno suyo. El anciano se le acerca y lo orina de arriba abajo. Si es muy amigo del héroe, lo inunda, porque así es mayor el honor. Después de la circuncisión, el que practica la operación orina a los muchachos. Otro tanto sucede cuando los jovencitos son admitidos en la sociedad viril. Finalmente, también se ejecuta el ceremonial urinario en el casamiento. Los hombres se ponen en círculo acurrucados, y en el medio están los novios. El maestro de ceremonias, que es del pueblo del novio, orina a éste, después a la novia y para terminar se vuelve a cada uno de los que están en torno y los va regando hasta que se agotan sus reservas (Kolbe [100]). Todo esto recuerda mucho los ritos de marcación de algunos mamíferos. Muchos roedores orinan a los miembros de su grupo y de este modo los dejan marcados como pertenecientes a la banda. Es posible que se trate en esos antiquísimos grupos humanos de un comportamiento análogo (¡no *afín!*), que con el correr del tiempo otros pueblos transformarían en ritos en que se emplea agua, como por ejemplo el bautizo en nuestra cultura. La unción con saliva u otras sustancias podría tener en el fondo la misma motivación, que sería la de la vinculación por una misma sustancia. Dice Ruppell [157] a propósito de los árabes del martillo: "Cuando llegué junto al pozo Nedjer con el cabecilla de esos árabes, sus tres esposas le dieron la bienvenida con solícita insistencia; le oprimieron las piernas y se las untaron con mantequilla"; cada una quería que él consumiera el brebaje semiácido preparado por ella; "las esclavas se acercaron a gatas y le abrazaron las rodillas hasta que él les fue poniendo la mano en la cabeza a todas; a mí nadie me hizo caso"(p. 148). Los ovambos también se untan con mantequilla a manera de salutación (Andersson [3]). En la Antigüedad, las personas de elevada jerarquía eran ungidas con otras sustancias.

Quedan otras muchas formas de salutación, como el saludo con lágrimas, que se usaba en las islas Salomón y en toda una serie de tribus amerindias. Pero digamos algo brevemente todavía de las fórmulas de salutación. En principio expresan lo mismo que los gestos, o sea las intenciones pacíficas, el interés por el otro, la sumisión y el deseo de crear un vínculo. Finalmente se desea toda clase de felicidades, y ésta es ya una forma ritualizada de donación. El buen deseo es un don que se hace. Se desea uno "buenos días", "salud", "suerte", "la paz sea contigo", "Dios te salve"; se dice "bienvenido" o se desea "volver a ver pronto" al otro y se repite uno "su seguro servidor". Si comparamos las fórmulas de salutación de distintos pueblos vemos que en principio son las mismas.

Un waruvu (del África oriental) hace una serie de preguntas amistosas, a las que el interlocutor responde con "Ejem", que el saludador repite (von Höhnel [76], p. 70).

Dice A a B:	*Contesta B*	*Repite A*
Kilo vedi? (¿Dormiste bien?)	¡Ejem!	¡Ejem!
Sie vedi? (¿Fue bueno el día?)	¡Ejem!	¡Ejem!
Ho kaya? (¿Cómo están en casa?)	¡Ejem!	¡Ejem!
Ho kaya kilo vedi? (¿Qué tal fue la noche?)	¡Ejem!	¡Ejem!
Mzima? (¿Estás bien?)	¡Ejem!	¡Ejem!
Sana? (¿Mucho?)	¡Ejem!	¡Ejem!
Yambo (¡Te saludo!)	¡Ejem!	¡Ejem!

Dos targui que no se conocen se saludan, al encontrarse, de este modo:[5] se detienen, y el de calidad superior (persona de respeto, *PR*) tiende la diestra al otro. Ambos frotan la palma del otro con un movimiento de tracción hacia sí, y la mano es atraída hacia arriba en cuanto la dejan las yemas de los dedos.

Dice la PR:	Salam Aleikum!	(La paz sea contigo.)
Respuesta:	Aleikum Salam!	(Contigo sea la paz.)
PR:	Matulit?	(¿Cómo va?)
Respuesta:	El jeròs	(Va bien.)

Entonces, la *PR* empieza la presentación: Yo soy hijo de... y de..., de la estirpe de... El otro contesta del mismo modo. A continuación se piden y dan noticias y se pregunta el objetivo del viaje. Finalmente desea la *PR* "Arr Sarjat" (Hasta la vista) y recibe por respuesta "Insh Allah" (Si Alá quiere). La fórmula se repite otra vez con los papeles invertidos, después se frotan las manos y se separan. Si los dos van en dromedario, todo el tiempo siguen sentados en el animal. Mas si se conocen personalmente, el de jerarquía inferior baja del suyo y da la mano a la *PR* y se la estrecha como entre nosotros. Entonces desmonta también la *PR*. El otro prepara té o una de las comidas del día, la que corresponde por la hora, mientras hace preguntas a la *PR*, que ésta contesta sin hacer preguntas por su parte. Después de la mencionada fórmula de despedida acompaña el otro a la *PR* todavía unos 100 m y se despiden con un apretón de manos.

Cuando un masai despide a un invitado, dice: "Vive bien, ora a Dios, habla sólo de cosas seguras y ofende solamente a los ciegos".

[5] Debo estos datos a mi amigo Markus Krebser.

El huésped le responde: "Dios te dé siempre leche y vino de miel" (Fuchs, p. 92, según Lang [117]).

Con frecuencia se pregunta también atentamente si el otro ha comido bien. Los culíes chinos no olvidaban nunca la pregunta: "Che fan la moa?" (¿Has comido arroz?). Y nosotros solíamos responder "Quisiera haberlo comido".

Los waikas saludan diciendo "Shori" (cuñado). Con eso manifiestan estar dispuestos a entrar en relaciones de parentesco con el saludado.

Lo notable de estas fórmulas de salutación es el hecho, hasta ahora que yo sepa bastante desatendido, de que en determinadas situaciones las personas siempre se dicen las mismas cosas, lo cual hace suponer disposiciones innatas. Esto se echa de ver sobre todo en la conversación amorosa. Lo mismo que en sus pautas de comportamiento, también verbalmente emplean los enamorados expedientes infantiles e imploraciones enternecedoras.

Las pautas comportamentales observadas en los ritos de salutación aparecen también con mucha frecuencia en los ritos religiosos. Se trata uno con los espíritus y los dioses como si fueran semejantes a los hombres. Les dan arroz y otros alimentos, les dedican flores y aromas y se inclinan ante ellos. En los ritos religiosos de muchos pueblos, la comida en común desempeña un papel muy importante. La última cena de Jesucristo creó simbólicamente con la despedida un vínculo para el futuro.

Si recordamos la multiplicidad de los gestos de salutación de los humanos veremos claramente que en principio siguen el mismo modelo. Por una parte, esto se debe a su misión de establecer la paz, de modo que hasta los ritos trasmitidos culturalmente presentan semejanzas. Pero una serie de analogías en el principio y el desarrollo normal sólo pueden explicarse razonablemente por la hipótesis de adaptaciones filogenéticas comunes preexistentes.

Del comportamiento de cuidado de la progenie se derivan diversos ademanes que facilitan el contacto, como ofrecer la mano, acariciar, abrazar y sobar. La alimentación ritualizada aparece en el saludo en forma de beso, el ofrecimiento del pecho, de comida y bebida y, derivado de esto, el intercambio de regalos. Todo ello puede expresarse también verbalmente, deseando algo bueno al otro y manifestándole interés.

La señal innata de paz que es la sonrisa todavía no puede interpretarse claramente por el origen, pero ya hemos señalado la posibilidad de que se derive del cuidado social de la piel o alisamiento. De ser cierto, también procedería de este modo de comportamiento el complejo de las actividades maternales de asistencia solícita.

Los infantilismos se manifiestan en el afán de establecer el contacto que manifiesta el saludador, por ejemplo cuando tiende la mano pidiendo contacto en el saludo. Cuando el saludador esconde la cabeza en el seno del superior también se trata de un rasgo del comportamiento infantil. A veces incluso chupa el pecho. Los movimientos laterales de vaivén con la cabeza al frotarse la nariz y acurrucarse en el pecho han de interpretarse sin duda también como infantilismos. El ademán conciliador a veces no se hace mediante el comportamiento infantil sino que lo ejecuta directamente un niño. Entre nosotros es corriente que en las visitas oficiales los niños ofrezcan flores al invitado.

Se pueden interpretar como pautas comportamentales ritualizadas de la esfera de lo sexual determinados ademanes de conciliación (como mostrar el trasero), relacionados directamente con el ademán de presentación de las hembras en los primates. Ya mencionamos el saludo de las fulbé, y es de suponer que este comportamiento no sea único, ya que el gesto es muy difundido en forma de conciliación protectora.

Las demostraciones de paz en que uno se despoja de la protección (deposición de las armas, sacamiento del casco, etc.) y actitudes humildes (reverencia, prosternación, inclinación de la cabeza) se ejecutan en todas partes. Son gestos en parte culturalmente configurados, y en parte innatos (inclinación de cabeza), y se desarrollaron ciertamente en forma autónoma como antítesis de la amenaza.

De origen agresivo y hoy todavía de motivación agresiva son las demostraciones de fuerza que se hacen por ejemplo al apretar la mano o en diversas formas del saludo amenaza (disparos de salutación, presentación del fusil).

El saludo con los ojos, difundido por todas las culturas, es una manifestación ritualizada de alegre sorpresa. Del olfateo amistoso procede el saludo nasal. La interpretación del saludo lacrimal es insegura, y pudiera ser una forma ritualizada de interés por la persona o bien una forma ritualizada de petición de asistencia. Yo me inclino por la primera solución, ya que el duelo compartido liga fuertemente (p. 185).

Problemático es también el origen de los ritos que implican el frotamiento mutuo con algunas sustancias. Son costumbres que recuerdan sorprendentemente diversas formas de la marcación mutua por el olor en algunos mamíferos.

A pesar de tantas y tan variadas formas, en el comportamiento saludador se echa de ver un tipo en el fondo unitario, del cual aparecen incesantemente en las culturas los mismos elementos, cuya función es en lo esencial conciliatoria, vinculatoria y de presentación intimi-

dante del individuo. Para muchos ritos de salutación podemos postular una base innata.

b] LA FIESTA DEL PIJIGUAO ENTRE LOS WAIKAS

Si preguntamos a cualquiera que por qué nos reunimos a veces en pequeñas celebraciones, es probable que responda que a él le gusta entretenerse de vez en cuando. Y en las fiestas, efectivamente, se come, se bebe, se baila y se hacen conquistas femeninas, todo ello muy divertido.

Pero cuando ya se ha hecho costumbre en uno preguntarse la importancia que pueden tener las funciones especiales de determinado patrón comportamental en la conservación de la especie, no tarda en descubrirse que las festividades tienen precisamente gran importancia para la convivencia de los humanos. Se trata de ritos vinculatorios en muchos puntos afines a los de salutación. Tratemos de aclarar esto con un ejemplo.

Hace poco visité a los indios waika, que viven en el curso alto del Orinoco.[6] Se trata de un antiguo grupo de indios que probablemente procede de la primera oleada migratoria que pasó el estrecho de Bering; y gracias al aislamiento de su territorio se han conservado hasta hoy en su estado original. Viven de la caza y la recolección, y además cultivan el plátano. Lo único que llevan como prenda de vestir, tanto hombres como mujeres, es un cordón en la cintura. Con ese cordón se amarran los hombres el pene para que quede alto. En las festividades se adornan con plumas y pinturas y algunos llevan cintas que compran en las misiones. Sus armas de caza y de combate son el arco y las flechas, y éstas las envenenan con curare. Viven en comunidades aldeanas que raramente comprenden más de un centenar de personas. Sus poblados se componen de una gran plaza despejada y de mamparas o abrigaños inclinados en torno suyo hacia el interior, de cuyos postes de sostén cuelgan las hamacas de las familias. Toda la comunidad mora así en cierto modo bajo el mismo techo, y cada familia es propietaria de una parte del abrigado y de un hogar.

[6] Manifiesto aquí mi especial agradecimiento a la doctora Inga Steinvorth von Goetz y a su hija, la señora Elke Goetz. La doctora me hizo llevar allá por uno de sus pilotos, y su hija me condujo. Es la doctora conocedora de los waikas y publicó hace poco un notable libro sobre esa tribu [181] (véase además Zerries [204]).

Estos indios son muy belicosos e irritables y viven en discordia continua con los poblados vecinos. La supervivencia de las comunidades menores depende de que puedan aliarse con otras, que les presten ayuda y refugio en caso de necesidad. Ahora bien, esos pactos de amistad se concluyen en fiestas y con fiestas se corroboran. Como los anfitriones deben agasajar y hacer regalos a sus invitados, casi siempre se celebran las fiestas en el momento en que están maduros los frutos del pijiguao.[7] Precisamente en esa época fue cuando estuvimos en su territorio y supimos apenas llegados a la estación misionera de Ocamo que habían sido invitados los habitantes del poblado de Shiparioteri, junto al río Ocamo.

Trabamos conocimiento con este grupo, les hicimos regalos y logramos unirnos a su marcha, que duró dos días, hasta el poblado vecino. En el viaje participaban mujeres y niños; como después vimos, es éste un detalle importante, que demuestra sus pacíficas intenciones. Sin mujeres y niños, aquella tropa de guerreros armados jamás podría haber entrado en el poblado extraño. El viaje se realizó primeramente en barcas, río arriba, y fue una experiencia extraordinaria. Elke Goetz y yo íbamos sentados en uno de los grandes monóxilos frente a una familia india compuesta por cuatro personas, dos de ellas niños: uno de unos 9 meses y el otro de 5 años. Todo el día seguimos la sinuosa y parda corriente río arriba, dejamos atrás una hermosa faja boscosa con árboles en flor y gigantes de la selva virgen a medio desarraigar, que se tendían allá en lo alto sobre la corriente. De vez en cuando, una bandada de papagayos tomaba el vuelo. Nosotros llegamos mucho antes porque en la misión nos habían proporcionado fuertes motores de fuera de borda. Durante todo el viaje nuestros anfitriones se mostraron muy amables unos con otros. La mayor parte del tiempo la pasaban despiojándose, por turno. Primero despiojaba el marido a la mujer; después ponía la cabeza en el regazo de ella para que lo despiojara. Se llegaba a formar una verdadera cadena de despiojamiento: el padre despiojaba a la madre, la madre al hijo de cinco años, y éste al mamoncillo. El producto del despiojamiento se lo ponía él a ella en la mano tendida: era una golosina. Ella en cambio no compartía su caza, y siempre la consumía sola. Examinaba cuidadosamente el cuerpo de su esposo y le quitaba con los dientes las pequeñas impurezas que descubría. Alguna vez que otra comían y nos ofrecían con amables sonrisas. Mediante gestos sencillos nos preguntaban si nosotros también teníamos un niño así, y es probable que en su fuero interno se hayan maravillado de que no nos despiojáramos

[7] El fruto farináceo de la palma pijiguao es un importante artículo en la alimentación de los waikas.

mutuamente. El bebé era el centro de la atención. Cuando no lo estaban amamantando o no lo tenían por encima de la borda para que hiciera sus necesidades, jugaban con él los padres y el hermano. La madre sabía hacerle reír apretándole los labios en la pancita fuertemente y soplando cuanto podía. Y cuando el crío gritaba de contento, ella miraba orgullosa en torno suyo. Chupeteaba el pene del rorro, y a veces la imitaba el hermanito. Después vi que otras madres hacían lo mismo para alegrar a sus hijitos varones. Durante aquella larga navegación solamente una vez vi una reacción violenta. El mamoncillo orinó mientras jugaban al hermano, quien torció el gesto y devolvió el niño a su madre, contrariado y enojado; y cuando el pequeñuelo quiso volver a él arrastrándose, lo rechazó. Mas no duró la cosa, porque a los pocos minutos ambos estaban otra vez jugando juntos. El padre también bromeaba con los niños.

Varias veces pasamos junto a bancos de arena que detenían la barca. Entonces, todo el mundo hurgaba en la arena buscando huevos de tortuga. Hallamos algunos, y hubo mucha algazara.

Antes de que llegara la noche instalamos nuestro campamento en la selva. Cortaron leña en la espesura, colgaron las hamacas y encendieron pequeños fuegos. Cada familia tenía el suyo. En la negra noche se conducían con perfecta tranquilidad. Nunca dormían todos al mismo tiempo. Mientras duró la noche no dejó de oírse alguna voz que gritaba algo, y en las tinieblas, otra voz le contestaba. Me pareció que de ese modo se daban valor mutuamente. Un grupo de waikas en marcha siempre debe tomar en cuenta la posibilidad de una sorpresa, y por esa razón siempre viajan armados.

Después de desayunarnos proseguimos nuestra navegación, pero sólo un corto trecho, y después caminamos por un sendero de la selva que nunca hubiéramos descubierto solos. Pero nuestros compañeros de viaje lo seguían con gran seguridad, y nosotros íbamos detrás de ellos. Elke se quitó los zapatos para correr mejor, pero hubiera valido más que no lo hiciera, porque me tropecé con una serpiente que se me escurrió entre las piernas y corrió hacia atrás, precisamente hacia Elke. Todavía tuve tiempo de gritar: "¡Cuidado, una serpiente!" Como si la hubiera picado una tarántula, Elke dio un salto y fue a parar primero con un pie y después con el otro... encima del reptil, que por fortuna sólo quería huir y se debatió vivamente. Jamás vi a nadie saltar tan pronto de un lugar. La serpiente desapareció, y por eso no sé todavía en qué especie de ofidio bailó Elke. Es probable que fuera perfectamente inocua, pero después de aquella aventura no las teníamos todas con nosotros.

A mediodía de la segunda jornada de viaje nos llegó una embajada del poblado de nuestros anfitriones. El que dirigía nuestro grupo

y uno del pueblo donde nos habían invitado se pusieron en cuclillas, frente a frente, y cada quien echó un discurso lleno de gesticulaciones, del que no comprendimos nada. El resultado fue que en aquel punto montamos nuestro campamento para pasar la noche y esperamos al día siguiente para llegar al poblado. Ya en la noche, nuestros anfitriones nos agasajaron con frutos de pijiguao cocidos, mono ahumado y volatería.

A la mañana siguiente caminamos hasta las inmediaciones de la aldea, donde nuestros anfitriones volvieron a agasajarnos. Después los nuestros se adornaron con pinturas. Hasta los niños y los perros recibieron puntitos, circulitos y líneas onduladas.[8]
Mientras todos se embellecían nosotros nos pusimos a la sombra de la aldea, a esperar los acontecimientos.

Como preludio de la fiesta, los guerreros invitados danzaron cada quien a su vez en el poblado. Muchos de ellos aparecían con pintura de guerra y blandiendo arco y flechas. Pateaban con el pecho henchido y aspecto heroico e intimidador ante los anfitriones. Con su heroica actitud demostraban ser hombres valientes, cuya amistad valía la pena, principio que ya conocemos por el saludo amenaza. Pero los gestos de intimidación y la exhibición de las armas desencadenan agresiones que es necesario conjurar, y esa tarea incumbía a los niños. Detrás de cada jactancioso guerrero bailaba por regla general un niño, que agitaba en las manos hojas reducidas a hilachas. Aquí estaban unidas en una expresiva imagen la intimidación y la conciliación, las dos funciones básicas del comportamiento social de los humanos (fig. 63). Con los guerreros que blandían las armas se mezclaban los seres inermes que movían verdes abanicos de hoja. El origen de esta ceremonia no es conocido. Es interesante que en todas las culturas, se emplean partes de plantas verdes para mostrarlas en señal de intenciones pacíficas. Eso recuerda el material de construcción para el nido que enseñan las aves para cortejar y saludar. Pero en los primates más directamente afines a nosotros no hallamos nada parecido.

Al final de cada solo de danza hacían su vez algunas muchachas, saltando y ondeando abanicos de palma en las manos alzadas. Después, los invitados tendieron sus hamacas entre las de los anfitriones y se echaron un rato. En la tarde se separaron pequeños grupos y se pusieron a aspirar yopa con sus anfitriones. Se trata de un estupefa-

[8] Hace poco mostré a un conocedor de perros algunas diapositivas. En la primera se veía un perro blanco con manchas redondas de un rojo indio por todo el cuerpo, y mi colega se entusiasmó. Después apareció un perro con redondelitos y rayas en las piernas, y se excitó mucho con aquella extraña raza. Finalmente, cuando llegó el turno de otro con manchas, circulitos y líneas onduladas, me tiró el cenicero a la cabeza.



FIG. 63. *Intimidación y conciliación, dos funciones básicas del comportamiento expresivo de los humanos. El guerrero waika invitado a la fiesta del pijiguao danza delante de sus anfitriones en agresiva actitud, mas detrás de él va bailando el niño, que subraya con su pacífica aparición las amistosas intenciones del guerrero. Según una fotografía del autor.*

ciente fortísimo —un polvo parduzco— que se soplan unos a otros en la nariz por medio de un tubito. El efecto es sorprendente. Primero, el que lo toma se estremece como si hubiera recibido una descarga eléctrica, se rasca la cabeza y moquea abundantemente. Muchas

veces hasta vomita. Al cabo de cierto tiempo obra la droga, que produce una exagerada sensación de fuerza y dignidad. El drogado baila y canta hasta quedar agotado. La yopa tiene prolongada acción ulterior. Ya avanzada la tarde se engalanaron los anfitriones a su vez y bailaron, y ciertamente eran el grupo mayor. Mientras tanto, las mujeres habían preparado una sopa de plátano que anfitriones e invitados, pero sólo los varones, iban tomando de una misma escudilla de corteza. Las mujeres estaban, como antes, en segundo plano. Esencialmente era la fiesta cosa de hombres, y sobre este punto hemos de volver. Constituyó una excepción una pequeña solemnidad luctuosa en la noche y la mañana siguiente. En la noche lamentaron, después de una danza común a la redonda, los muertos del año. Las mujeres de ambas comunidades pataleaban en torno al principal del poblado anfitrión; lloraban y lamentaban los muertos de ambos poblados. Se manifestaban mutua condolencia unos a otros y se sentían unidos por el dolor común.

Hasta aquí, la festividad servía para corroborar la alianza en el plano comunal: se celebraba en común. Cuando llegaron las sombras de la noche se desarrolló una nueva fase de la fiesta. Todos se habían retirado a sus hamacas, los fuegos se fueron extinguiendo y la conversación enmudeció. De repente, dos hombres interrumpieron la calma de la noche con un diálogo a media voz, que poco a poco se fue transformando en canto alternativo. Uno de los invitados fue el primero en salir de la hamaca y hablar. Uno del poblado anfitrión respondió brevemente, bajó asimismo de la hamaca y se acurrucó junto a su interlocutor. Entonces fue cuando el diálogo se transformó en canto, no muy melódico. El invitado cantaba al principio estrofas enteras, después sólo trozos de palabras, y el anfitrión contestaba a cada reclamo con un breve y melódico ruido parecido a un gruñido, que podría representarse como un "m, m, m" sordo, repetido tres veces rápidamente. El canto duraría bien una media hora, y cuanto más tiempo pasaba, más fuertemente gesticulaban los cantores. Al cabo de un rato se cambiaron los papeles. Finalmente, se dijeron un par de palabras y volvieron a sus hamacas. Apenas habían terminado empezaron otros dos a cantar alternadamente.

Como yo no entendía la lengua de aquellas gentes, no podía entender el contenido de lo que cantaban, pero lo grabé en cinta magnética, y el padre Berno, de la misión salesiana, tuvo la amabilidad de traducirme algunas partes. Se trata de un rito llamado *uayamou,* algo así como "contrato de palabra". En este canto se hacen promesas —o sea regalos verbales— y protestas de amistad. No he podido hallar ninguna traducción en la literatura, y por eso reproduzco un trozo, sobre todo que se ha manifestado la suposición [166] de que en estos

cantos se trate de trozos de textos "míticos" más largos. Ahora bien, estos textos míticos son muy realistas y apegados a lo terrenal, como se desprende de la siguiente traducción. Habla el invitado, que es de Patanoueteri.[9] El invitador responde a cada estrofa con los breves sonidos descritos, que sólo transcribo en las primeras estrofas.

Empieza el invitado: "Voy a hablar" —(murmurio del invitador)— "Somos amigos" —(murmurio del invitador)— "Digo la verdad" (murmurio del inv., y así sucesivamente). "Somos pobres, porque vivimos lejos, y ustedes son ricos, porque viven cerca de la misión extranjera." —"Aquí están los mapeyomas, las monjas salesianas y el nape, el lego Iglesias. — Ellos dan a ustedes muchas cosas. — Nosotros no tenemos nadie a quien pedir cosas; pero ellos les dan machetes, vasijas, hamacas, vestidos, cuentas de vidrio." —Pausa— "A nosotros los de Patanoueteri vinieron los pissasaiteris, y nos asaetearon, porque son muy malvados. Mataron a un hombre de nosotros y a mi mujer. Por eso estoy muy triste y muy enojado."

"Tú que eres amigo, procúrame un machete, que el lego te procura, vasijas, que te dan las hermanas." —Pausa— "Yo no tengo perro y por ello estoy terriblemente furioso. Ustedes tienen muchos, Necesito uno para cazar el tapir, por eso te lo pido. Dámelo, yo te lo pago, para que pueda cazar tapires."

"No querría irme de aquí, porque ustedes son mis amigos. Yo moro en sus casas de ustedes, que están en la selva. Dame un perro, aunque esté flaco, yo le daré de comer y cazaré tapires con él. Tú tienes muchos y además una perra, que tendrá perritos. Dame, pues, un perro." —Se abrazan los dos, y el interpelado responde: "Te prometo que te daré un trozo de tapir, porque ciertamente tengo perros para cazar más. Así podrás comer plátano con carne. También te daré el perro, para que después puedan cazar con él, y plátanos, carne y pijiguao".

A cambio le pidió *rajacas* (palitos para hacer flechas), porque tenían muchos enemigos, y así podrían enviar a todos los amigos al combate.

Dame, yo te doy, tal es el contenido en lo esencial de esta conversación "mítica". Durante toda la noche se desarrolló en alta voz, y era asimismo cosa exclusivamente de los varones. Y eso también es ilustrador. Lo que en el fondo se pacta en la noche, en el plano comunal y sobre una base individual, son alianzas bélicas, o sea amistades que obligan a la ayuda mutua en el combate.

A la mañana siguiente se reunió nuevamente un grupo de hombres y mujeres para lamentarse en común.[10] Lloraban y plañían des-

9 Grabé el canto en una segunda fiesta en Platanal.

10 En nuestra cultura también se fortalece el vínculo doliéndose en común

garradoramente. Las mujeres levantaban sollozando las calabazas que contenían las cenizas de los suyos y después se las entregaban al jefe de su tribu, que estaba sentado en medio de ellas. Éste las mezclaba en una sopa de plátano y se las daba a un joven guerrero para que se las tomara. Así consumían en elegiaca solemnidad las cenizas de los suyos. A continuación, los hombres aspiraban yopa. Después hubo una danza común de los hombres, que al cabo de unos minutos se ponían en cuclillas por parejas, uno enfrente del otro, se abrazaban y una vez más —pero ahora todos juntos— cantaban contratos.

A todo esto, las mujeres habían cubierto un espacio con hojas de plátano y colocado encima cestos con pijiguaos, plátanos, armadillos asados, monos, cocodrilos, pajarillos y otros animales. Eran regalos para los huéspedes, que por su parte repartían regalos. Como vivían cerca de la misión, los anfitriones regalaban tiras de tela, machetes y cosas semejantes. Después se echó al hombro cada quien los regalos recibidos y se fueron con su pesada carga.

La fiesta del pijiguao sirve para consolidar una alianza, y es interesante que tal fin se logra mediante la alimentación y los regalos mutuos, el intercambio de promesas y la lamentación en común, así como la danza de intimidación en común. Elementos esenciales del comportamiento saludador se vuelven a encontrar también en estos ritos.

Fiestas semejantes, que sirven para consolidar una alianza entre hombres, se hallan en los más diversos pueblos. Siempre van ligadas a actitudes teatrales agresivas y a comilonas. En una fiesta del altiplano de Nueva Guinea vi cómo en el medio del valle de Wajge se concentraban mil papúes. Armados, adornados con plumas de ave del paraíso y pintados con abigarrados colores, los hombres empezaron el baile. Habían despejado un espacio de varios centenares de metros de largo para danzar, y hacia él se precipitaron. Delante iba un grupo de unos 40 tamborileros, y les seguían varios centenares de bailarines fantásticamente adornados, que blandían largos venablos de madera, pateaban el suelo con entusiasmo, y a cada patada arrastraban el pie fuertemente para atrás y alzaban tierra y piedras, de modo que todo el escenario estaba lleno de polvo. Era una demostración agresiva impresionante. Los tamborileros sacaban de sus tamboriles un sordo y potente retumbo. Casi todos empezaban y acababan a una, como movidos por un resorte. Después, los bailarines se ponían en cuclillas para un breve descanso, y al siguiente redoble invadían la plaza, don-

por los muertos, y en las visitas oficiales, por ejemplo, llevándoles coronas, así como en las reuniones anuales de las organizaciones, en que se les guarda un minuto de silencio.

de estaban los puercos degollados para la ocasión en torno a una pequeña casa circular destinada a los espíritus. A continuación se celebró un enorme festín, en el cual se consumieron lo menos cien puercos. Los jóvenes competían en trepar por árboles descortezados y untados de grasa de cerdo, en cuya punta se habían amarrado trofeos. En esa clase de fiestas hay también muchas veces competencias deportivas, que sirven para la desviación ritualizada de las agresiones. Nuestras fiestas anuales de tiradores, que tienen por objeto fraternizar en el plano tribal o comunal, poseen el mismo carácter. Se bebe, se banquetea y se hace ver quién es uno, luciéndose como es debido.

La demostración de la valía personal conduce frecuentemente a raras aberraciones. Anfitriones e invitados tratan a veces de superarse en convivialidad. La manifestación más extraña se advertía en las fiestas de los indios kwakaiutle, de la isla de Vancouver (América del Norte), llamada *potlatch,* que venían siendo la muestra de la superioridad del que da la fiesta sobre los invitados. El jefe invitador se glorificaba a sí mismo en cantos y no dudaba en burlarse de sus invitados tratándolos de pobretes.

"Yo soy el gran jefe, que avergüenza a la gente.
Yo soy el gran jefe, que avergüenza a la gente.
Nuestro jefe hace que la gente enrojezca de vergüenza.
Nuestro jefe hace que le tengan envidia.
Nuestro jefe hace que la gente se tape la cara
de vergüenza por lo que ÉL siempre hace aquí.
Continuamente está dando fiestas del aceite a todas las tribus."

"Yo soy el único árbol grande, yo, ¡el jefe!
Yo soy el único árbol grande, yo, ¡el jefe!
Vosotras, las tribus, sois mis súbditos. Yo me siento,
¡oh tribus! en la parte trasera de la casa.
Yo soy el primero que os dio propiedades, ¡oh tribus!
Yo soy vuestra águila, ¡oh tribus!"

"Traed vuestro contador de cobijas, oh tribus, para
que en vano trate de contar las riquezas que el gran
hacedor de planchas de cobre habrá de entregar..."

"Busco en vano entre todos los jefes invitados
una grandeza semejante a la mía.
No logro descubrir un verdadero jefe en ninguno
de mis invitados.
Nunca se desquitan.

¡Los señores jefes de tribu, pobres
muchachitos huérfanos!
Se deshonran a sí mismos.
Yo soy aquel que da a los jefes, los invitados,
los jefes de tribu, las pieles de nutria marina.
Yo soy aquel que da a los jefes, los invitados,
los jefes de tribu, estas barcas" (Ruth Benedict [13], pp. 148 *ss.*)

Se trataba de superar a los invitados de todas las maneras posibles. Se agasajaba de una manera dispendiosa, se echaba el aceite al fuego, se rompían las barcas; mataban esclavos y rompían costosas placas de cobre. En una de tales ocasiones declaró el anfitrión: "Mi orgullo requiere además que aniquile en ese fuego mi placa de cobre Dandalayu, que en mi casa gime. Todos saben cuánto pagué por ella. Me costó 4 000 cobijas. Y ahora voy a destruirla para vencer a mis rivales. Haré de mi casa por vosotros campo de pelea, mis contribeños. Alegraos, jefes, porque ¡es la primera vez que se realiza tal potlatch!" (Benedict [13], p. 151).

Los así provocados tienen que aniquilar, si les es posible, cosas aún más valiosas, para quedar bien. La fiesta muestra así claramente su carácter agresivo. Casi se ha convertido en una costumbre válvula de escape, en un torneo derivador de agresiones. Sin embargo, no es aspecto exclusivamente decisivo de esta fiesta la competencia por la jerarquía, en perpetua escalada, del potlatch de rivalidad. Nunca aparece en primer plano y solamente atañe a unas cuantas personas, dos por lo general. Para los invitados y espectadores, el espectáculo sirve de entretenimiento. Son al mismo tiempo jueces del encuentro que tratan de conservar las formas institucionalmente establecidas de la competencia. Lo que no hace resaltar suficientemente Ruth Benedict es el hecho de que el dar un potlatch no es solamente una elevación de categoría sino también un testimonio de respeto por los invitados y su consecuencia no es, pues, solamente la rivalidad sino también, como señaló Rudolph,[11] el agradecimiento mutuo. Ciertamente, ese tipo de fiesta, por la escalada del triunfo personal, puede a veces ser motivo de discordia, pero por lo general se mantiene en un plan "deportivo". Para los respectivos grupos, la cohesión se consolida con esa demostración de poder. El porcentaje del elemento agresivo se puede además probar perfectamente que existe en cualquier coctel, en cualquier recepción oficial y en los Juegos Olímpicos. Y al igual que en el potlatch de los kwakiutl, cada anfitrión trata

[11] W. Rudolph: *Der kulturelle Relativismus* (El relativismo cultural), en *Forschungen zur Ethnologie und Sozialpsychologie*, tomo 6, Berlín, Duncker & Humblot, 1968.

siempre de superar a sus predecesores de algún modo. En Munich se han ocupado en hacer un techo olímpico particularmente costoso, y puede decirse que una parte considerable de los ingresos del país se consumirá en ese gasto de prestigio. –

Sobre todo no debe olvidarse que con el gasto mismo se honra a los huéspedes. La demostración dispendiosa refleja la estimación en que se tiene al invitado; en general es una muestra de consideración atribuir a éste una elevada categoría, y eso se demuestra mediante el despliegue de galas, un servicio esmerado o cosas por el estilo. En la vida cotidiana también sucede. Dejamos al invitado el lugar de honor, le cedemos el paso, le servimos el primero y en todo le damos la preferencia; al hacerlo así seguimos un patrón básico de cortesía que en todas las culturas se halla más o menos de modo semejante.

El autoelogio es también un elemento esencial de todas las fiestas nacionales. En los más diversos países se celebran las acciones agresivas de la colectividad nacional, siempre y cuando tuvieran éxito, y de este modo se activan las vivencias de solidaridad que mantienen la cohesión. Esto se observa también en colectividades pequeñas. Hace unos años recorrí en Landrover con mi amigo Hans Hass el norte de Uganda y Kenia. Después de un largo viaje por el erial llegamos ya caída la noche a una aldea de los karamojos, donde sólo había un kral y algunas chozas. Los hombres sólo llevaban un paño en los hombros, iban armados y llevaban en el tocado, modelado con limo, plumas de avestruz y otros ornamentos. Las mujeres tenían el cuello y los brazos adornados con multitud de anillos metálicos. Nos hallábamos en una comarca donde todavía no había llegado la civilización. Después de habernos introducido con algunos presentes, montamos nuestra carpa. Hasta la noche cerrada estuvimos rodeados por gente curiosa, que después desapareció.

Habíamos ya entrado en la carpa cuando un hondo cantar y murmurar nos hizo volver a salir. No lejos de nuestro campo estaba en pie un grupo de guerreros. Algunos daban palmadas, otros seguían el mismo ritmo alzando las lanzas, con la punta hacia arriba, una y otra vez. Un guerrero saltaba en cadencia tan alto como podía y en las pausas cantaban los jóvenes. No hicieron caso de nosotros cuando nos acercamos y les dijimos un par de palabras amables, y aquello nos pareció inquietante. Volvimos a nuestra tienda de campaña y dormimos un ratito. Pero pronto nos despertó el mismo canto, ahora acompañado por un gorjear aún más agudo, que nos espantó. Tomé un par de grabaciones y nos deslizamos fuera de la tienda. Como no pasaba nada, al cabo de cierto tiempo, con los miembros helados, volvimos a meternos en los sacos de dormir. A la mañana siguiente vinieron a vernos los lugareños y les tocamos su canto, lo que les divirtió

mucho. En la noche volvieron a cantar, pero entonces ya nos sentíamos más seguros y salimos a contemplar su danza.

Otra vez estaba el grupo de bailarines solo en el campo. Las muchachas se mantenían alejadas. Solamente había unos muchachillos con unas varas que blandían como si fueran lanzas, y que contemplando como fascinados a los guerreros trataban de saltar como ellos con sus piernecitas torcidas. Era visible que estaban plenamente identificados con los guerreros. Las mujeres estaban sentadas aparte, como si aquello no fuera con ellas. Mas gradualmente se fueron acercando, algunas se mezclaron saltando entre los danzantes, y lanzaban aquellos agudos gorjeos que nos habían asustado la noche anterior. En el curso de aquel viaje supimos que las comunidades aldeanas se reunían todas las noches para ejecutar aquellas danzas, incluso junto a las tribus vecinas de turkanas y samburus. Los guerreros cantaban sus toros y sus proezas y se ganaban la admiración de sus iguales, así como de las muchachas y los niños.

Pero en general, en las fiestas de los pequeños grupos, sobre todo en las familiares, vuelve a aparecer el componente de alardeo. Se bebe, se come y se hacen regalos en los bautizos, en las bodas, en los cumpleaños, en las navidades y en otras muchas ocasiones.

En general, lo más importante de la ceremonia es el comer y beber en común, que aparece, por ejemplo, en la mayoría de los ritos de casamiento. Cuando dos wapares, de África oriental, quieren casarse, toman una pequeña vasija de barro llena de cerveza, leche o caldo de carne, escupen dentro, le echan también raspaduras de las uñas y lo mezclan todo. Después del intercambio de algunas fórmulas de conjuro[12] se tienden el recipiente el uno al otro y beben.

En la región de Salzburgo, el novio que por primera vez iba a ver oficialmente a su novia llevaba varias piezas de moneda como "dinero para eso", y entonces comían ambos en la misma escudilla. En las provincias alemanas se aprovecha la menor ocasión para hacer fiesta. Se celebran los acontecimientos de orden familiar, como el bautizo, el nacimiento, el onomástico, las bodas, la pascua o la Navidad, por sólo mencionar algunos; estas últimas a veces desbordan del círculo familiar, pero en lo esencial siguen siendo fiestas familiares. Las fies-

[12] El hombre empieza el conjuro más o menos de este modo: "Si rompes el matrimonio, que nuestra comida de la alianza te mate; pero si eres fiel, que te siente en el cuerpo como si fuera aceite. Si te veo charlar con otros hombres, me pongo celoso y te pego, que la comida de la alianza me mate, por no haber confiado en ti, porque en adelante ella será la guardiana de tu virtud". La mujer responde: "Hacemos una alianza porque nos amamos. Si tú me pegas y yo no te he sido infiel, que te mate la comida de la alianza; pero si me voy con otro hombre, la comida encantada me matará" (E. Kotz [104], p. 161).

tas de los tiradores, de la cosecha o del solsticio son en cambio festividades de comunidades más grandes. En todas ellas se come y se bebe, y este elemento vinculador predomina en las fiestas familiares. Cuanto más oficial es la fiesta, mayor es el círculo de los participantes en ella, que así resulta más espectacular. Estas celebraciones también sirven para confirmar los vínculos. El presumirse mutuamente también vincula. Cuanto mayor es el grupo celebrante, más se activa la agresión colectiva, grupal, y eso une al grupo. Esto es bien visible en los días de fiesta nacional. Los componentes competitivos también se advierten en las fiestas familiares, y se puede comprobar sobre todo en nuestras celebraciones navideñas. Pero eso no debe hacernos olvidar los aspectos extraordinariamente positivos de las fiestas familiares. Se dan regalos a familiares y amigos y se envían tarjetas de felicitación por todo el mundo. Es demasiado simplificar calificar el conjunto de "alboroto navideño". Las fiestas de ese tipo sirven para confraternizar, y todo lo que tenga tal fin debe ser bienvenido más que nunca en estos días que vivimos. Graves son las fiestas nacionales que celebran hechos agresivos y que unen el grupo a otros grupos por la enemistad. Siembran la desconfianza, inspiran temor y fomentan el odio y la intolerancia.

La comparación de las usanzas salutatorias y las festivas hizo aparecer muchas cosas comunes entre ellas, que se explican por la función vinculadora. En principio se emplean los mismos medios, y en muchos ritos se puede probar una base filogenética.

Con esto terminamos la discusión de los aspectos filogenéticos y funcionales del comportamiento vinculador y nos hacemos las siguientes preguntas: ¿cómo influyen en nuestro comportamiento social las experiencias que tenemos en el curso de nuestro crecimiento? ¿Cómo se desarrollan nuestras relaciones sociales de amistad durante nuestra infancia? En el desarrollo de los animales, como ya vimos, suele producirse en los períodos sensibles la fijación a manera de troquelado de algunas actitudes sociales fundamentales. ¿Es acaso la dureza y falta de amor que tanto se ve en las personas de las grandes ciudades actualmente resultado de la "falta de educación"? ¿Hay condiciones en las cuales las personas son troqueladas para esa actitud fundamentalmente dura e inclemente?

10

EL DESARROLLO DEL VÍNCULO PERSONAL Y DE LA CONFIANZA PRIMORDIAL

La capacidad de ser amigo de alguien se va formando poco a poco en el hombre durante su crecimiento. Primeramente, el lactante está ligado a la madre por algunas reacciones innatas. Trata por un apremio innato de buscar el contacto y tiene reflejos prensiles, que le permitirían sujetarse firmemente si la madre todavía tuviera pelo como otros animales. Al mamar, los bebés aprietan las manos, y con toda seguridad heredaron ese gesto de nuestros ancestros los primates, cuyos hijos se han de agarrar activamente a las pieles de la madre. Por una parte, la madre es casi un objeto, al cual puede uno aferrarse y del cual se puede chupar. Además ofrece protección, y así es al mismo tiempo un objeto con valencia de hogar (p. 114). Como es sabido, un mamoncillo saciado, al dejarlo uno tranquilamente, llora y grita, pero se calma al instante si lo levantamos o acunamos para hacerle creer que lo están llevando a algún lado. Gritos de abandono de este tipo emiten muchos mamíferos cuando se caen del nido o pierden el contacto con la madre. Al monito lactante normalmente no lo dejan, y perder el contacto con su madre significaría para él un gravísimo peligro. Del mismo modo, el hombre es por naturaleza un animal "paternícola", pegado siempre a los padres (W. Wickler [198]), y en esas condiciones no sólo está adaptado, por una serie de pautas comportamentales, para restablecer el contacto, sino que también tiene el deseo o apetencia de hacerlo, primero gritando, y después mediante una búsqueda activa. Sus actividades instintivas de asir y adherirse se acomodan a la madre objeto. Esta apetencia innata de contacto es la verdadera raíz del vínculo que une a madre e hijo.

Hacemos resaltar esto porque tal vinculación ha sido a veces declarada secundaria con ayuda de la teoría del aprendizaje. Es primaria la necesidad de alimento, y como la madre satisface esa necesidad, el niño aprende secundariamente a adherirse a la madre. Recordamos lo que dejó escrito Freud: "...el amor aparece en anaclisis con la satisfacción de las necesidades nutricias" (S. Freud [1940], t. III, p. 425). Pero esta hipótesis no se puede aceptar. Ya en los primeros días de vida se calma el niño cuando lo acarician, lo levantan

o le hablan. Alimentación y cuidados corporales no son premisa de ello.

En un kibbutz, los niños suelen estar confiados al cuidado de una enfermera o nodriza, que los alimenta y lava. Los padres solamente están con ellos una o dos horas al día, aparte del sábado libre. Sin embargo, los niños están vinculados más fuertemente a los padres que a la hermana nodriza, que les da de comer. En el juego, los padres dan al niño amor y seguridad, y esto es más importante que el alimento. La vinculación con la cuidadora es una relación objetal, transitoria, intercambiable y que satisface una necesidad, mientras que con los padres se trata de una honda relación social individualizada. La vinculación con los padres es tanto más fuerte cuanto más rápidamente reaccionan éstos al lloro del niño y cuanto más frecuentemente inician por sí el contacto social (Bowlby [24]). Por los hospicios sabemos que un niño es capaz de apegarse a otro niño, casi como remplazante de la madre, aunque el otro no haya hecho nada para satisfacer las necesidades fisiológicas usuales de su compañero. De los animales sabemos también, asimismo, que no se vinculan primeramente a la madre por la recompensa alimenticia. Harlow [70] crió macacos de la India recién nacidos con simulacros de alambre, y les dejó la posibilidad de escoger entre un simulacro vestido de tela y otro sin vestir. Y solamente les daba de comer con el simulacro sin vestir. En caso de peligro, aquel simulacro que ofrecía alimento no era empero el objetivo de la huida. Los monitos huían siempre de preferencia hacia el simulacro vestido de tela, que proporcionaba un buen contacto. No es el aliciente de la comida, son otros estímulos los que vinculan al animalito tierno con la madre, y ciertamente antes de todo adiestramiento. Ya vimos (p. 112) que la madre es entonces el primer objetivo de la huida. Mencionemos también la interpretación psicoanalítica de que al niño le cae muy mal que lo echen al mundo por el nacimiento y por ello se esfuerza en volver al cuerpo de la madre. Es ésta una interpretación muy hechiza, que incluso en las esferas del psicoanálisis en general es rechazada. Melanie Klein, que desarrolló todas estas ideas, hace derivar todo nuestro afán de contacto de esa raíz.

La madre está asimismo primariamente vinculada a su lactante por una serie de señales desencadenadoras de asistencia. Esa relación es rápidamente individualizada por su parte desde el principio. Una madre reconoce a su bebé en seguida y rechaza decididamente a los extraños. En muchos mamíferos sucede así. La oveja lame y olfatea concienzudamente a su hijito y no se lo deja cambiar por ningún otro. Una leona marina frota con su hocico el del pequeñuelo, a quien reconoce individualmente en cuanto nace, y no tolera ningún otro

pequeñuelo cerca del suyo. Las ocas silvestres atacan a los gansitos extraños y las gaviotas plateadas o arenqueras matan inmediatamente a los hijitos de otras parejas. Todos los animales en que está tan marcada esta aversión a los hijos de los demás son precociales. Los altriciales, cuyos hijos se crían en el nido, adoptan por lo general a los hijos de otros, sin más problemas. Los ratones domésticos y los turones, por ejemplo, son capaces de alimentar a otros pequeñuelos además de los suyos, y por eso es fácil hacérselos adoptar. De todos modos, en un experimento de elección siempre suelen preferir a los suyos. Hay una notable dispersión individual. Pero normalmente no corren peligro los pequeñuelos altriciales de que los cambien por otros, y por eso no son necesarias medidas especiales para impedir tales cambios.

Cabe ahora preguntarse por qué habrían de impedirse y cuál sería la ventaja para la selección. En primer lugar, una madre sólo puede educar y criar un número limitado de hijos. Si adoptase indiscriminadamente a cualquier pequeñuelo, llegaría un punto en que su familia sería demasiado grande. Los pequeñuelos estarían mal alimentados y mal cuidados, y en algunos casos ni siquiera se lograrían. Además, el ciclo de los cuidados parentales es un proceso fisiológico cuyo desarrollo está dirigido hormonalmente. Estimulando los sentidos se puede prolongar la fase de cuidado de la progenie, pero de todos modos tiene sus límites. Si una hembra adoptara pequeñuelos al final de un ciclo de cuidado, pocas probabilidades habría de que los pudiera criar bien. Por la adopción libre, además, se producirían familias de tipo mixto, en que los pequeñuelos de distintas edades competirían por la leche, y seguramente esto sería peligroso para los más pequeños. Finalmente, en los animales sociables, la inclinación a robarse mutuamente los hijos conduciría a trastornos de la convivencia social. Es, pues, perfectamente comprensible que allí donde podría producirse con facilidad un cambio de hijos, o sea por precociales y padres nidícolas, sea ventajosa la vinculación individualizada entre madre e hijo.

El miedo que tienen las madres de los humanos de que les cambien sus hijos y la fuerte aversión emocional que sienten a pensar siquiera que podrían ponerles otro en lugar del suyo tiene probablemente una raíz biológica, o sea que corresponde a una disposición innata.

Al niño le es al principio indiferente quién le presta asistencia, pero pronto dirige la vista al rostro de la madre y se alegra por el contacto individual. Los experimentos realizados con simulacros demostraron que los niños fijan la vista en un rostro humano, y que a los ojos les corresponde en ello un significado especial. Cuando

el niño empieza a mirar a su madre, ésta reacciona muy fuertemente, como es bien sabido. Las madres lo sienten de modo extraordinariamente positivo, y por lo general empiezan a juguetear amistosamente con el niño. Entonces —puede ser ya en la cuarta semana— se desarrolla una fortísima relación de familiaridad entre la madre y el hijo. Opina Robson [153] que este comportamiento del infante, lo mismo que la sonrisa, recompensa a la madre de todas sus penalidades. "La madre —escribe— tiene que pasar por un largo, fatigosísimo y a menudo ingrato período de cuidado de su progenie. El recién nacido tiene un repertorio notablemente limitado para su entretenimiento. Realmente, su desvalimiento, sus gritos, sus secreciones y su aspecto físico a menudo provocan repugnancia. Por eso la sabia naturaleza hizo el contacto ocular y la sonrisa... pautas de comportamiento que activan sentimientos maternales positivos y que representan así en cierto modo una recompensa por los servicios prestados" (p. 15).

Del hecho de ser innata se desprende que esta reacción de que fije la vista el lactante tiene una importancia extraordinariamente grande para el desarrollo del contacto social. Incluso los mamoncillos ciegos de nacimiento miran fijamente a la madre (fuente de sonido) cuando ésta se inclina sobre el hijo y le habla, con lo que cesan los inquietos movimientos oculares del cieguito. Tiene que tratarse de un proceso central de fijación de la vista, ya que, como hemos dicho, son niños que no ven (Freedman [60]). Con la sonrisa y la reacción de fijación de la vista, el lactante establece al principio el contacto con la madre de una manera automática y totalmente inconsciente. En el segundo semestre de vida maduran otras pautas comportamentales de la iniciativa contactal. El parloteo del infante desencadena en la madre reacciones positivas, y se establecen diálogos balbuceados, a media lengua, en que tal vez deba advertirse el origen del diálogo vinculador (p. 141). También es extraordinariamente satisfactorio el efecto que producen en la madre los gritos de júbilo del infante. En el primer año empieza éste a echar objetos (juguetes) a la madre. Espera que ésta los tome, pero también que se los devuelva. Tira cosas de la cuna y espera que las recojan y se las vuelvan a dar. Por entonces empieza también a estirar la mano y señalar con el índice lo que le rodea. Según las observaciones que tengo realizadas comparando culturas, hasta ahora he comprobado ese ademán en todos los pueblos. Finalmente, al acabar el primer año, más o menos, se desarrollan los gestos de contacto de la alimentación. El niño empieza a meter comida suya en la boca de la madre o a dar de comer a sus hermanitos.

En una edad muy temprana puede observarse también que los

niños, mediante determinados gestos de iniciativa, desencadenan contacto social, inician diálogos y piden habérselas objetiva y colectivamente con las cosas que los rodean (juego). Es sorprendente la iniciativa que tiene el niño, y el hecho de que esas peticiones hallen poca resonancia en los niños de asilo puede ser causa de su escaso desarrollo intelectual y social.

Ciertamente, la evolución humana, como la de cualquier organismo, se basa también en procesos de maduración, crecimiento y diferenciación, cuyo programa está ya trazado de antemano en el patrimonio o genoma de la especie. Entre otras cosas está el niño programado de modo tal que, como acabamos de indicar, requiere el contacto con el mundo exterior y le plantea cuestiones, pero esos contactos, así como la explicación dialogal con el mismo mundo exterior deben ser facilitados. Poco antes de la segunda guerra mundial, el matrimonio Dennis [35] realizó un experimento tan interesante como su ensayo del inconsciente. Querían saber cómo se desarrollan los niños que crecen con un mínimo de contacto social. Tuvieron a dos hermanitas gemelas de cinco semanas, durante sus primeros seis meses, en condiciones bastante estrictas (posteriormente algo suavizadas) de privación de experiencias. No debían verse, y los experimentadores las trataban sin ninguna emoción. Las alimentaban, las bañaban, las secaban y hacían determinados experimentos con ellas. Por lo demás, las dejaban en sus cunas y no hacían caso de sus gritos cuando salían de la pieza. Evitaban también toda demostración de afecto, como las sonrisas, las caricias y los abrazos.

Cuando tuvieron siete semanas de edad, las niñas empezaron a seguir con la vista a los experimentadores, y ocasionalmente les sonreían cuando entraban. Desde el momento en que veían a los adultos se dirigía más su atención a los rostros que a otras partes del cuerpo. Entre la novena y la duodécima semana empezaron a reír y a coquetear, y entre la número trece y la número dieciséis lloraban cuando los adultos se apartaban de su lecho. Alrededor del sexto mes reaccionaron con temor a los ruidos, y sonreían sin desanimarse cuando alguien se les acercaba o cuando estaban satisfechas. También solían balbucir al mismo tiempo. En el octavo mes consiguió una de ellas tocar el pelo y el rostro del experimentador y reventar así la atmósfera de indiferencia. A partir de entonces, el matrimonio Dennis cedió al afán de contacto de las niñas. Cada día les hablaban un poco, jugaban con ellas y les permitían entretenerse la una con la otra. La continua iniciativa que manifestaban las mellizas en pos del contacto había ablandado a los experimentadores y les hizo suavizar el cruel experimento. De todos modos, hasta el catorceno mes de vida mantuvieron a las niñas en condiciones muy estrictas de pri-

vación de experiencia. El desarrollo motor sufrió un retraso. Ninguna de las dos se tenía en pie antes de cumplir el año. Habiéndoseles dado breves instrucciones después de ese tiempo, el primer día pudieron estar paradas unos cuantos segundos si el experimentador las tenía, y al cuarto día de ejercicios estuvieron en pie un minuto con su ayuda. Era visible el retraso en el desarrollo, pero, como aseguraban los experimentadores, rápidamente se normalizó cuando ellos ofrecieron las situaciones de ejercicio.

Era notable la positiva reacción de las gemelas a los experimentadores, a tal punto que éstos no pudieron filmar sus reacciones negativas, ya que en cuanto se les acercaban cesaban el llanto y se ponían a sonreír.

El que estos experimentos no perjudicaran a las niñas se debe solamente al hecho de que su iniciativa en busca de contacto perforó la armadura de indiferencia de que se habían revestido los experimentadores. Y en el segundo semestre de su vida, el contacto social desempeñó un papel decisivo para el desarrollo posterior de las niñas.

Hacia fines del primer semestre, el niño puede distinguir entre personas conocidas y desconocidas y muestra la tendencia innata a apegarse a las personas conocidas, entre las cuales prefiere visiblemente a una. Cuando un niño está rodeado por varias personas amistosas que permiten un trato agradable, una de ellas es claramente preferida. Bowlby [24] acuñó el concepto de monotropía para el fenómeno de que el niño busque exclusivamente el contacto con una persona. Y dice: "Es un error suponer que el infante reparte su afecto entre varias personas de modo que no se produzca ninguna fuerte vinculación con nadie y que por lo tanto no añora a ninguna persona en especial cuando se aleja. Por el contrario, los hechos sustentan la hipótesis... expuesta en un trabajo anterior, de que en el niño hay una fuerte tendencia a aplicar el comportamiento de apego a determinada persona y a tomar fuertemente posesión de ella. En apoyo de esta opinión se ha señalado la firme adhesión que los niñitos de los asilos manifiestan hacia alguna de sus cuidadoras cuando de ello tienen ocasión... Porque esta inclinación del niño puede tenerse por asegurada y porque además tiene serias consecuencias para la psicoterapia, creo yo que merece un concepto especial" (p. 308). Esta tendencia innata a tal relación individualizada tiene cierta importancia en vista de los intentos que a veces se hacen de desindividualización de las relaciones entre los humanos (p. 213). En el segundo semestre de vida se va desenvolviendo gradualmente, por fin, el temor a los desconocidos. Spitz [177] lo interpretaba como miedo a la separación, pero Bowlby [24] pone de relieve que esa interpretación en realidad no explica nada. No se puede demos-

trar que efectivamente temen los niños la separación. Sencillamente, temen al desconocido, y ese temor es innato en ellos, ya que según he comprobado, la aversión y el temor por los extraños se advierte incluso entre los niños que nacen ciegos y sordos. Esta actitud se desarrolla precisamente en contra de los esfuerzos educacionales, porque uno se empeña en convencer a los niños de que no deben tener miedo y de que todo el mundo es amistoso con ellos.

Al madurar en el segundo semestre el temor a los desconocidos aumenta la fuerza de la vinculación a la persona preferida, y la posibilidad de tal vinculación es premisa del posterior desarrollo normal de la persona. Si un niño está separado de su madre por una larga estancia en el hospital, el choque es terrible para él. Al principio protesta y no cesa de llorar. Poco a poco se va calmando y trata de establecer contacto con la enfermera. Si tiene éxito la vinculación con esa madre de remplazo, los pronósticos de evolución ulterior son favorables. Pero dificulta la posibilidad de esa vinculación el hecho de que por lo general una enfermera no tiene tiempo que dedicar al niño. Además, las enfermeras cambian según los turnos o los permisos, y cada vez que se queda el niño sin su madre de remplazo sufre otro choque. Al final, el niño se aparta del mundo exterior y cae en un estado de apatía. Si a los tres o cuatro meses de estancia en el hospital se le vuelve a llevar a un ambiente familiar, se cura. Si la estancia es más larga, como en un asilo, los daños son ya resistentes a la terapia. En el asilo, los niños se retrasan en su desarrollo físico y mental, a pesar de tener mejores condiciones de higiene y mejor alimentación. Como las cuidadoras están cambiando continuamente, tienen que renunciar a tener contacto social con ellas. Por lo demás, las cuidadoras tienen mucho que hacer, y no les queda tiempo para jugar con los niños ni consolarlos. Según Spitz [178] un tercio de esos niños mueren al final del segundo año.[1] El cociente de desarrollo de los supervivientes llega más o menos a 45% de lo normal. Si sobreviven esos Gaspar Hauser del amor, tienen después temor a los contactos, y es fuerte en ellos la tendencia a una carrera criminal. Spitz comparó también la evolución de los niños en una inclusa y un asilo. En la inclusa cuidan a los niños en forma rutinaria enfermeras o nodrizas. En el asilo los cuidan madres delincuentes, por lo general me-

[1] La elevada mortalidad se debe atribuir, según nuevos datos, principalmente a la mala alimentación. El asilo donde Spitz llevó a cabo sus investigaciones está situado en una comarca donde incluso en las familias normales es frecuente la falta de albúminas. Los demás fenómenos son consecuencia de la hospitalización, y se presentan también en los niños bien alimentados.

nores, que a su entrada iban ya encinta de sus propios hijos. Determinó Spitz [178] el cociente de desarrollo de los niños en el primero y el último tercios del primer año de vida. En el primer tercio, el cociente de desarrollo de los niños incluseros era claramente superior al de los niños de asilo, porque los padres de los incluseros procedían de capas sociales superiores, mientras los del asilo tenían padres por lo general procedentes de las capas inferiores. Los genes de los incluseros eran visiblemente mejores que los de los hijos de madres menores delincuentes.

En el último tercio del año, el cociente de desarrollo de los incluseros había empero quedado dramáticamente por debajo del nivel inicial, mientras el de los niños de asilo había mejorado, a consecuencia seguramente de los intensivos cuidados de las madres, que dedicaban todo su amor a los niños y que competían en cierto modo con otras de las castigadas para hacer destacar a su hijo. En el siguiente cuadro, que tomamos de René Spitz [178], están reunidos los datos: arriba, comparativamente el cociente de desarrollo para un total de 34 niños de diversas capas sociales; abajo, datos sobre los niños de las instituciones. Los datos de esta rúbrica se basan en los estudios realizados en 69 asilos y 61 inclusas.

Tipo de ambiente	*Medio cultural y social*	*Cocientes de desarrollo en el primer año de vida*	
		Promedio en los primeros 4 meses	*Promedio en los últimos 4 meses*
Familia	*Académica*	133	131
	Campesina	107	108
Institución	*Inclusa*	124	72
	Asilo	101.5	105

En el segundo año de vida, el desarrollo en la inclusa sigue rezagado de forma impresionante. Los niños sin madre no saben comer solos y no han adquirido ningún hábito higiénico. Los niños de hasta dos y tres años todavía no saben correr. En la estación para niños de entre 18 meses y 2½ años, solamente dos de los 26 supervivientes hablaban un par de palabras. Estos dos también corrían, y un tercero empezaba a hacerlo.

"El cuadro que presentan los niños de más edad del asilo (de 8 a 12 meses de edad) está en fuerte contraposición. No se trata aquí de si los niños saben correr o hablar al final del primer año de vida; en esos sanos retacos de 10 meses el problema consiste en poner un dique a su curiosidad y espíritu emprendedor. Trepan por los barrotes de su cuna como los isleños del mar del Sur por

los cocoteros. Fue necesario tomar medidas especiales de seguridad para impedir que se hicieran daño después que un niño de 10 meses logró subir a la barandilla de su cuna, de más de 60 cm de alto. Chacharean solitos incesantemente, muchos saben ya decir dos o tres palabras, y todos entienden el significado de ademanes sociales sencillos. Si uno los saca de la cuna, todos pueden correr, algunos con ayuda y otros sin ella" (Spitz [178], p. 84).

El estado de salud de esos niños es excelente. Durante los tres años y medio que Spitz trabajó en el asilo, pudo observar a 122 lactantes, cada uno durante un año. Ninguno de ellos murió en todo ese tiempo, y el examen de las hojas de enfermedad de un período de 14 años reveló que solamente habían muerto tres niños. En la inclusa murieron 23 hasta la edad de 2½ años de un total de 88 niños. Algo verdaderamente espantoso.

Todavía está por probar hasta qué punto son irreversibles los daños, como afirma Spitz. Pero está comprobado que la ausencia de posibilidades de vinculación individualizada con otra persona en la más tierna infancia causa en el comportamiento social daños resistentes a la terapia. Este cuadro concuerda con los resultados obtenidos por Harlow [70, 71] en los macacos de la India. Si se crían hembras aisladas con simulacros maternales inertes, esas hembras resultan después malas madres. Maltratan a los pequeñuelos y se los dejan quitar sin oponer resistencia. En este caso también, el comportamiento social posterior fue dolorosamente trastornado por la experiencia en temprana edad.

Bowlby ha observado las consecuencias de la separación de madre e hijo en niños de 15 a 30 meses de edad. La pérdida de la madre conduce, según sus investigaciones, a fenómenos en todo semejantes, aunque la influencia en el desarrollo no sea tan impresionante como en los casos descritos por Spitz. También aquí empieza por protestar el niño. Grita, se tira por el suelo y se revuelca en la cuna. A las personas desconocidas que le ofrecen amistad empieza por rechazarlas. La fase de protesta puede durar una semana. Le sigue una fase de desesperación. Las protestas activas se resuelven en monótono llanto. El niño es retraído e inactivo y no se dirige a las personas que lo rodean. Da la impresión de hallarse en una situación profundamente triste. Esta etapa relativamente tranquila suele interpretarse equivocadamente como que el niño se ha calmado de verdad al haber cedido la desesperación.

A esta fase sigue finalmente la de desprendimiento: el niño ya no rechaza a las cuidadoras y parece interesarse en el mundo exterior. Si vuelve la madre, ya no la saluda como antes. Es frecuente que no le haga ningún caso. Si el niño debiera seguir en el hospital

y seguir sufriendo el frecuente cambio de la amada enfermera, ligado al choque de la separación, al fin se conduciría como si para él no tuvieran ninguna importancia los cuidados maternales ni ningún otro contacto humano. La repetida pérdida de la figura materna hace que el niño no se vincule emocionalmente a ningún ser humano. Se hará egoísta y se interesará principalmente en las cosas materiales. El cambio de enfermera ya no le preocupa, pero la visita de los padres tampoco significa gran cosa para él: "Es alegre, se adapta a la insólita situación (la residencia en el asilo) y se muestra sin temor y perfectamente desenvuelto o disponible frente a cualquiera. Pero esta sociabilidad es superficial. El niño no parece desear nada de nadie" (Bowlby [24], p. 28).

Se troquela la actitud del ser accesible, que fácilmente establece contactos, pero sin gran hondura, tan fáciles de deshacer como de establecer.

Buena parte de nuestro desarrollo se basa seguramente en procesos de maduración. Ciertas actitudes fundamentales del hombre, como la afección, el temor y la agresión, maduran siempre en ese orden, y esta pauta de maduración se halla también en los macacos de la India criados en aislamiento (Harlow [70]). Mas para que de esa inclinación nazca en el hombre la confianza son necesarias ciertas experiencias sociales, que normalmente tiene cada niño con su madre. Se trata en cierto modo de sucesos, y experiencias "previstos", y el programa de desarrollo está abierto para ellos en ese punto. Si el niño no puede tener la relación personal "prevista" con la madre (o la que hace su papel), se producen trastornos en el desarrollo... el síndrome del abandono. Normalmente, el niño aprende en el diálogo con la madre que siempre hay alguien ahí, que está solícitamente cuidado y que sus necesidades sociales están tan cubiertas como las materiales. Aprende como actitud fundamental el enfoque positivo de que uno puede fiarse de sus semejantes, actitud que Erikson [53] calificó de confianza primordial u original. Esta confianza original es el pilar principal de una personalidad sana. En muchas situaciones de la vida diaria comprobamos esta actitud básica, como cuando nos confiamos a un medio público de comunicación o pedimos a alguien un informe. Esperamos de nuestros semejantes fundamentalmente lo bueno, y nada encona como la confianza decepcionada. Esta confianza original es la premisa de todo enfoque positivo de la sociedad, de toda capacidad de identificación con una colectividad, de todo compromiso social. La capacidad de amar a sus semejantes presupone la capacidad de contraer amistad. Según mi opinión es éste un punto que no han visto claro aquellos que movidos por nobles razones tratan de adaptar el hombre a la

sociedad masiva, multitudinaria, impidiendo lo más tempranamente posible la formación de relaciones personales (p. 216).

"Los niños que crecieron sin amor estarán de adultos llenos de odio", dice R. Spitz. Determina la posición básica de estos desdichados, en lugar de una confianza original, una desconfianza original.

11

DE LA AGRUPACIÓN INDIVIDUALIZADA A LA COLECTIVIDAD ANÓNIMA

La relación madre-hijo es ciertamente el núcleo de cristalización de la sociedad humana. Durante su crecimiento, el niño va ampliando considerablemente el círculo de sus conocidos y anudando relaciones estrechas con sus hermanos, parientes y amigos. El grado de confianza es determinado por el grado de conocimiento, y se reduce a un mínimo con éste. Los desconocidos causan miedo al niño, que vive totalmente en un grupo individualizado.

Entre los primitivos que viven en pequeños grupos, y entre nosotros también en pequeños y lejanos poblados de montaña o serranía, en lo esencial no se sale de ahí. Los habitantes de una aldea o un pueblecito se conocen todos unos a otros. Los desconocidos son rechazados, a menudo atacados, y en el mejor de los casos, tolerados con una reserva curiosa.

Dentro de las comunidades individualizadas reina la condición de la confianza.[1] Esto no significa de ningún modo que no haya agresiones de ninguna clase dentro del grupo; pero la competencia y el afán de subir en la jerarquía las neutralizan bastante. Y su aplicación contra los extraños al grupo pone incluso la agresión al servicio de la vinculación. Como el vínculo del conocimiento personal es por otra parte conciliador, los conflictos dentro del grupo rara vez adquieren proporciones alarmantes.

Ya hemos mencionado que en los mamíferos superiores se zanjan las dificultades en forma ritualizada en materia de aspiraciones jerárquicas (p. 81).

Para los germanos, paz era "la vinculación del individuo a su tribu y la solidaridad de ésta con cada individuo" (C. D. Kernig,

[1] Tal vez haya sociedades en que sea de otro modo. Los habitantes de la isla Dobu (grupo D'Entrecasteaux) tienen fama de ser malévolos y pérfidos incluso dentro de su propio grupo. "Son desaforados y mañosos, y cada quien es enemigo de todos los demás", dice R. Benedict [13, p. 104]. Entre los mundugumures, la estructura de la sociedad hace a los padres enemigos de los hijos (Mead [131]). "Esta enemistad entre padre e hijo, entre hermanos y hermanastros, se halla en todas las familias de los mundugumures" (p. 466). Pero los datos son muy imprecisos e inconcretos, y considero no probada la tesis de que hay sociedades sin amor.

p. 722).[2] La palabra paz en alemán (*Friede*), procede de "fridu", el terreno cercado, y expresa ya el abrigo que separa y defiende a los de dentro de los de fuera. Dentro de la tribu era tan fuerte la vinculación, que ni siquiera se podía pensar en delitos como el asesinato dentro de la familia y no se había previsto su posibilidad en la legislación. En cambio, las tribus estaban continuamente hostilizándose unas a otras.

Con el desarrollo de las civilizaciones, las agrupaciones individualizadas fueron transformándose en las ciudades y comunidades tribales en agrupaciones anónimas, y al final ya nadie se conocía en una ciudad. Por otra parte, tampoco era posible ya mantenerse aislado de los desconocidos, y hubo que aprender a convivir con ellos. Esto ocasionó una serie de problemas.

Sabemos que el vínculo del conocimiento personal aplaca las agresiones. En las pequeñas comunidades humanas, por ejemplo, no impide que cada quien aparezca a diario con atuendos guerreros. Los hombres pueden portar armas, collares con dientes de animal, coronas de plumas, y mostrarse apantalladoramente agresivos. Todos los varones pueden hacer gala de fuerza guerrera, que desencadenaría contraagresiones[3] si los hombres no estuvieran vinculados por la amistad. Pero así, el compañero no relaciona consigo mismo la actitud agresiva e intimidadora del otro, y lo ayuda en esa actitud, que los vincula; la agresión va dirigida hacia fuera, contra los extraños al grupo. En la formación anónima no sucede así. Cada actitud intimidadora provoca agresiones que no pueden aplacarse mediante el vínculo de la amistad personal. Esto podría trastornar sensiblemente la convivencia, y observamos que el hombre lo tiene bien en cuenta, por cuanto se acomoda a la sociedad multitudinaria renunciando a la presunción viril. En todas las civilizaciones se presencia un proceso de "agrisamiento" del hombre. [48] Su vestimenta se hace poco llamativa, sus adornos se reducen a un mínimo y se renuncia por completo a las armas. La conducta jactanciosa es proscrita de la sociedad. Cuanto menos exagerados el traje o la presentación, mejor. De este modo, las superficies de fricción se alisan lo más posible. Solamente las personas de elevada jerarquía, con las cuales se identifica el grupo, pueden mostrarse fastuosas, pero hay también tendencia a la desaparición de esa pompa.[4]

[2] C. D. Kernig, *Frieden, Sowjetsystem und demokratische Gesellschaft. Eine vergleichende Enzyklopädie*, Friburgo, 1969.

[3] Berkowitz [15] demostró que incluso la vista de un arma puede desencadenar agresiones.

[4] La ostentación de las mujeres activa fuerzas vinculadoras, por eso ellas no participan en el fenómeno.

La proscripción de las actitudes intimidadoras inflige al individuo ciertas frustraciones, y vemos cómo los jóvenes, principalmente, se rebelan contra esa presión conformista y dan a su aspecto exterior un sello marcadamente individual. Pensemos por ejemplo en el fenómeno de los "rockers".

La vinculación de la persona en la formación anónima se efectúa por símbolos e intereses comunes. Se recurre para ello a los mismos mecanismos vinculadores que en la familia.

"Que abarque a millones, este beso para todo el mundo", dice Schiller en su oda *A la alegría.* En nuestros discursos, los desconocidos se convierten en hermanos, y el jefe del Estado en padre del país. Conceptos como el de la "madrecita Rusia" caracterizan muy bien el tipo de vinculación emotiva en la colectividad anónima. Las fiestas nacionales, fiestas de la fraternidad, están hechas a semejanza de las fiestas familiares. En los días de fiesta nacional es precisamente cuando más se pone de relieve la fuerza cohesiva de la agresión. También las colectividades anónimas son por su carácter exclusivistas, pero es más fácil ser adoptado por ellas que por un grupo individualizado. Por lo demás, la exclusividad es perfectamente superable: ya vimos cómo en definitiva el hombre puede sentirse vinculado a la humanidad por un interés común (p. 94).

Este sentimiento de solidaridad aumenta al aumentar las posibilidades de comunicación. Por radio y TV nos enteramos diariamente de la existencia de otras personas y de sus preocupaciones, y nos interesamos en ellos por encima de las fronteras políticas. Ciertamente, los demagogos tratan ahora como antes de crear simulacros y espantajos hostiles y de hacernos creer que los enemigos son monstruos inhumanos, para distraernos de nuestros propios problemas. Pero cada día es más difícil convertir en seres odiosos a los contrarios. Las barreras que se oponen a la comunicación ya no son tan fáciles de mantener como antes. La técnica de la información y el gusto por los viajes fomentan la fraternización a escala mundial. Y así la creciente tecnificación, tan atacada, resulta contribuir a la humanización de la humanidad. Los jefes de Estado se ven obligados a tomar en cuenta a la opinión pública. Ciertamente, eso no cambia gran cosa de momento la situación universal: las guerras de agresión no han desaparecido ni mucho menos. Pero tengo la impresión de que los partidos beligerantes se exponen cada vez más a la crítica de la opinión pública, que acabará por frenarlos. En este respecto, Vietnam podría ser un caso de prueba.

Además, en la época de los cohetes atómicos espanta la perspectiva de un conflicto armado en grande. Sucesos que antes hubieran provocado una guerra, como el asunto del *Pueblo,* la crisis de Cuba

o los incidentes en la frontera rusochina, hoy son objeto de intentos de solucionar por otro medio. Sin duda, esto es consecuencia directa de la situación de empate militar. El temor ligado a ella frena por una parte las agresiones, pero al mismo tiempo crea circunstancias altamente explosivas, que a cada momento pueden llevar a una reacción crítica, sobre todo si nos empeñamos cada vez más en la estrategia de esperar siempre lo peor del contrario y tomar los intentos bienintencionados de platicar como maniobras de diversión. Esta configuración ideológica del esquema del enemigo crea una desconfianza letal y corrobora dentro del grupo la vinculación por el miedo frente al adversario. Los medios técnicos de comunicación y los crecientes contactos personales entre gentes de distintas ideologías contribuyen a acabar con la desconfianza. Pero en cambio, la creciente ideologización refuerza la agresividad.

La ideologización es sin duda la expresión de nuestra tendencia a formar grupos separados (véase la seudoespeciación en la p. 39), y esto parece ser un carácter constitutivo de nuestra especie. En la formación e ideologización de un esquema del enemigo tal vez sigamos compulsivamente ciertas asociaciones de ideas. Averiguar esta cuestión interesa a los investigadores amigos de la paz. Es evidente que junto a esta tendencia al aislamiento está la disposición del grupo a la accesibilidad y la vinculación, que se halla en un verdadero conflicto funcional con la tendencia aislacionista. Debemos descubrir cómo se imparte mayor densidad a las fuerzas vinculadoras. Con toda seguridad, uno de los medios de lograrlo es desechar el miedo. En un mundo como el nuestro, cuya población aumenta sin cesar, cada grupo acabará por temer que un día un país sobrepoblado lo avasalle. El desarme de la "bomba de tiempo biológica" mediante el control de la natalidad es premisa de la coexistencia pacífica.

Una tendencia universal a proscribir los conflictos bélicos parece sobreponerse cada vez más a la propensión aislacionista de los grupos humanos. En cambio, los conflictos dentro del grupo anónimo adquieren mayor agudeza. Son dificultades de adaptación que tienen diversos motivos.

En primer lugar, dentro de la formación anónima nos sentimos bastante menos vinculados a nuestros semejantes desconocidos que a los conocidos. Para con los extraños somos menos "atentos", y los problemas con ellos se zanjan con más rudeza. Esto se evidencia sobre todo en la lucha por la jerarquía. Ciertamente, se hace la corte a los electores presentándoseles amistosamente, en tono "paternal", pero eso suele ser mentira, y tales mentiras son mucho más difíciles de calar en la formación anónima. El que sabe abrirse camino

con los codos logra descollar más pronto. La persona sin escrúpulos, agresiva, que consigue disimular bastante bien su insuficiencia social tiene en la formación anónima ocasiones de llegar a la cumbre mucho mejores que en la sociedad individualizada. Los personajes situados en puestos superiores que no conocen personalmente a sus subordinados tienen además menos escrúpulos para servirse de ellos. Como no se han hecho investigaciones al respecto no podemos decir si la tendencia a la corrupción es mayor en las capas dirigentes de las sociedades anónimas que en las formaciones individualizadas, pero tengo la impresión de que así es.

Otro factor que contribuye a agudizar los conflictos intragrupales es consecuencia de la ilustración y del rápido aumento de los conocimientos. Esto ha producido en todas partes una actitud crítica frente a todos los antiguos patrones culturales. Ya no se aceptan las costumbres sin someterlas a crítica, y la gente trata de fundar su vida sobre bases inteligentes y razonadas. Esto lleva a cierta relativización de los valores y en sentido positivo, al contrario de otros sistemas de valores, a una honesta sinceridad... o sea a una verdadera liberalización. Por otra parte, empero, las tradiciones son la armadura estructural de una cultura. De cualquier índole que sean, sirven para crear orden y dan seguridad al portador de la cultura (p. 155).

La actitud crítica del hombre contemporáneo produce una inclinación menor a aceptar los valores sin examinarlos antes. Los trastornos en la trasmisión de las tradiciones, que pueden llegar hasta su aniquilamiento, ocasionan empero inseguridad. La fase juvenil de búsqueda de valores se alarga, y el resultado es una estabilización tardía de la personalidad. El que está dispuesto a reconocer otros sistemas axiológicos defiende su opinión con menos dogmatismo que el fanático religioso, por ejemplo, que sabe perfectamente por principio lo que está bien y lo que no. La arrebatadora acción de los demagogos se apoya en esa seguridad.

Sin embargo, para muchos es una necesidad tener una opinión firme y sólidamente basada, y así vemos que es principalmente la inteligencia en desarrollo la que se apasiona por los problemas sociales y políticos de conocimiento público. Es interesante al respecto que toman partido gustosamente por los procesos que permiten una inequívoca identificación, porque según las normas reconocidas por todos se producen injusticias. Por otra parte escogen procesos muy alejados en el espacio, y sobre los cuales no pueden informarse directamente. De este modo no corren los jóvenes el peligro de que se empañe su imagen ideal. Entonces se puede tomar posición firmemente.

Otra consecuencia de la actitud crítica del hombre contemporáneo es su escasa disposición a reconocer autoridades, y las mismas autoridades tampoco están muy convencidas de su papel. Y comprueban que su saber suele resultar arcaico con una gran rapidez, que no les permite ponerse al día. Tienen ahora menos que ofrecer a los jóvenes de lo que a ellos antaño les ofrecieran sus padres, y su carencia da alas a las agresiones. Como por otra parte sigue habiendo necesidad de autoridades —y la inseguridad la hace mayor (p. 155)—, se buscan autoridades de remplazo, a su vez muy lejanas o ya difuntas, y por ello perfectamente idealizables.

La actitud de criticar a las autoridades agudiza el "conflicto generacional". Nuestra juventud dispone ahora de un acervo de conocimientos objetivos mayor que el de ninguna juventud anterior, y diariamente se entera por radio o TV de los problemas de este mundo. ¿Acaso es de extrañar que se pregunte si las tradiciones que condujeron a dos terribles conflictos mundiales, amén de la guerra de Vietnam, merecen respeto? No puede identificarse sin reserva con los antiguos valores y pone en duda la capacidad que los viejos tengan para dirigir. Esto da fe de un sano compromiso social y debería animar al diálogo, pero precisamente, según mi opinión, el diálogo se descuida bastante. Y así resulta que a veces se forman frentes drásticos y que grupos de jóvenes, radicalizados por su parte, entran precisamente por la trillada senda de la violencia, que era, sin embargo, lo que se trataba de evitar. El conflicto de las generaciones se hace más fuerte, porque aquellos que fueron educados antes de la segunda guerra mundial están troquelados para representaciones axiológicas distintas de las de las nuevas generaciones.

Agrava aún más el conflicto el hecho de que la elevación del promedio de vida implica el bloqueo de las posibilidades de ascenso, sobre todo para la inteligencia. Es difícil llegar hoy a un puesto de dirección antes de los 30 años. Los mejores años pasan en vano y el joven que a los 26 años se halla todavía, sin tener culpa alguna, aspirando al doctorado, no puede fundar una familia y en la sociedad vale menos que un peón cualquiera mayor de edad. Los que dirigen la sociedad no son capaces de entender la situación, pero en cambio no carecen de afirmaciones dogmáticas. Hace poco, un académico calificó en una reunión los movimientos estudiantiles de reacciones "pubertales" de los jóvenes, sin más averiguación. A mi observación de que la mayoría de ellos habían pasado ya de los 21 años y que por lo tanto no podía hablarse de pubertad —y en cambio podía comprobarse una patente aceleración del desarrollo— contestó el orador que la aceleración sólo era del campo de lo corporal.

Y que en lo espiritual el desarrollo era claudicante. Yo pedí datos experimentales, pero no pudo presentar ninguno. Cuando las minorías selectas en crecimiento —y eso es lo que son los estudiantes— se agitan en todo el mundo, es que la sociedad ha cometido algún error. Y el problema no se resuelve apelando a los guardianes del orden.

Mas el descontento llega a otras capas. En una sesión dedicada a la agresión en nuestra sociedad dijo un amable señor anciano que los hombres eran en realidad unos ingratos, porque nunca habían ido las cosas tan bien. En la Europa central entera había trabajo para todos, y las tiendas estaban rebosantes de mercancías; entonces la agitación era totalmente incomprensible, y lo más probable era que a los hombres les estaba yendo demasiado bien. Esto me induce a observar que se podría hacer un estudio para comprobar si a las personas de la moderna sociedad industrial no les va en algunos puntos esenciales peor que a las de generaciones anteriores. Para empezar, nuestro trabajo ha perdido ya buena parte de su carácter de actividad creadora. Nosotros —o sea la mayoría de los trabajadores asalariados— no cosechamos lo que sembramos; los productos que creamos no crecen bajo nuestras manos. Es difícil sentirse orgulloso de actividades que se desarrollan en una oficina o en un taller de fabricación en cadena. El trabajo asalariado no nos satisface, y además, raramente requiere una intervención especial del cuerpo ni de la mente. Cuando los hombres eran cazadores o agricultores, el trabajo era para ellos una vivencia muy diferente.

Hablemos ahora de la abundancia de bienes. Ciertamente, los aparatos de radio o TV, los automóviles, los refrigeradores y las lavadoras son comodidades que hacen la vida más aceptable en los multifamiliares y cuchitriles de las grandes ciudades. El automóvil sobre todo permite a los citadinos huir de la ciudad todos los fines de semana y saborear el sol y el campo. La gigantesca huida hebdomadaria en busca de lo verde es señal de los padecimientos que tienen las personas en las ciudades. Antes las ciudades eran pequeñas, y la mayoría de las personas podían poseer un jardincito. El pobre campesino tenía su casita propia y un par de árboles frutales, que veía florecer y fructificar. De los citadinos, solamente una minoría de gente acomodada puede darse ese lujo en la actualidad. La mayoría de ellos viven lejos de la naturaleza. Se apretujan en banquetas llenas de transeúntes y se disimulan a sí mismos, con sus bienes de consumo, su fundamental pobreza. Verdad es que han conquistado el seguro social, y no quisiera de ningún modo predicar la vuelta a la naturaleza. Pero sí quiero señalar los factores que tal vez provocan nuestra inquietud, a pesar de la "prosperidad". La creciente densidad de población nos obliga a acumularnos en cen-

tros de concentración que nos hacen echar de menos la libertad de movimientos, la independencia y la tranquilidad. No somos insociables, ciertamente, pero el exceso de compañía es gravoso para el individuo.

Experimentos realizados con *Tupaia* y una serie de roedores han dado por resultado que si se sobrepasa determinada densidad de población esos animales se irritan tanto unos a otros que se producen variaciones hormonales, que acaban por matarlos. Este mecanismo se estudió con especial cuidado en los *Tupaia,* que marcan sus pequeñuelos y la entrada del nido con la secreción de una glándula mandibular; eso impide que los devoren sus congéneres. Cuando la carga de la sobrepoblación todavía no es muy grande ya se reduce bastante la función de esa glándula. Entonces, los pequeñuelos no están protegidos, y los mayores se los comen. Si la carga de *stress* es más fuerte se menoscaba el funcionamiento de las glándulas mamarias, y si aumenta la presión sucede otro tanto a las glándulas sexuales. Los animales pierden peso entonces y mueren. [83] Ahora bien: ignoramos los límites de la capacidad de adaptación del ser humano, pero sería bueno saber de todos modos si de veras convendría probar la tolerancia de éste hasta su punto más extremo. Tal vez debería bastarnos con el hecho de que en las metrópolis sobrepobladas nos pongamos tan nerviosos y que eso libere agresiones que perjudican visiblemente a la convivencia con nuestros congéneres.

Los cambios de medio condicionados por la civilización atañen de modo principal al ambiente familiar, donde el niño nace, y en los primeros años le imponen considerables privaciones. A. Mitscherlich [137] ha descrito esta situación con gran claridad. "Las modificaciones del mundo exterior por obra de la civilización han cambiado por completo la situación en que nace el niño y en que transcurren sus primeros años: nacimiento en un hospital, la madre sin apoyo de la familia ni de su tradición, limitación del radio de acción del infante en la vivienda citadina, menor estimulación por observación de las labores extradomésticas, frecuente cambio de domicilio, el padre cada vez menos visible, y la madre que va por el mismo camino, irrupción de los juguetes mecánicos en el mundo infantil... toda esta transformación del conocimiento empírico debe tenerse en cuenta cuando se habla de frustración" (pp. 58 *ss.*). Señala Mitscherlich en especial las dificultades de identificación que esta situación plantea al niño. Y la identificación defectuosa conduce a una menor solidaridad con sus semejantes.

Con esto hemos hecho ver una serie de factores responsables del aumento de la agresión intragrupal:

1] La transformación de la formación individualizada en sociedad anónima multitudinaria, para la cual no estamos suficientemente equipados en lo emocional. No nos sentimos tan vinculados a los extraños como a los conocidos; para nosotros representan menos, y por eso nuestras agresiones son menos inhibidas con ellos. La consecuencia es que nos sentimos menos obligados y que nuestros semejantes no nos parecen dignos de confianza.

2] La consecuencia de la ilustración y de la moderna técnica de información es que tengamos una actitud más crítica frente a las tradiciones y las autoridades culturales. Esto provoca una inseguridad general y un agudizamiento del conflicto generacional.

3] La sobrepoblación, las modificaciones de la actividad productiva y la prolongación del promedio de vida pesan abrumadoramente sobre el individuo. Como han dicho acertadamente Russell [158] y Morris [141], vivimos enjaulados en nuestras ciudades como en un zoológico. El alejamiento de la naturaleza es para nosotros una privación, y la huida en masa semanal de la ciudad al campo es una buena prueba de ello. Estas frustraciones contribuyen considerablemente al aumento de la agresividad en los humanos. El niño situado en un medio familiar civilizado en plena transición también está expuesto a estas presiones.

Mientras parece iniciarse un control de la agresión intergrupal, la agresión intragrupal aumenta en la colectividad anónima, y nos impone el deber apremiante de luchar contra ella.

Solamente el control de la natalidad puede suavizar el factor de la aglomeración y satisfacer las necesidades biológicas de espacio y calma del indviduo. En el urbanismo se está restableciendo la proximidad de la naturaleza mediante una nueva diferenciación arquitectónica de los espacios; véase por ejemplo la aparición de superestructuras escalonadas con terrazas en distintos planos y jardineras para cada departamento. Las condiciones de trabajo también podrían hacerse más agradables. Pero de todos modos siempre tendremos que vivir con la sociedad multitudinaria y esto requiere no solamente la suavización de las asperezas sino también el restablecimiento de la confianza que cada quien siente en la formación individualizada, para lo que en todas partes se buscan caminos.

En las democracias occidentales, el Estado garantiza la igualdad de derechos de los ciudadanos, que por lo demás son distintos unos de otros.[5] Se reconocen las diferencias de capacidad, que se manifiestan en la diferente producción. Rige el principio de la

[5] El Estado garantiza con su poder la propiedad del individuo y quita con ello el derecho de la defensa personal, por la fuerza de los puños, o sea el de tomarse la justicia por su mano.

competencia, que fácilmente entra en conflicto con el de la igualdad. Aquí entra el marxismo, como es lógico. La competencia crea discordia. Por eso, una sociedad pacífica sólo puede prosperar después de haberse deshecho de la propiedad. O sea que para que el Estado pueda cumplir su función de protector debe anular la propiedad privada.

Con la abolición de la propiedad se producirá un cambio de conciencia. La persona buena, sin agresiones, para la cual el trabajo es una agradable obligación, se sentirá atraída.

Estos modelos de armonía naturalmente están muy bien pensados, pero en parte se basan en hipótesis que no son defendibles en la ciencia natural. Como los demócratas norteamericanos, por base de todos sus afanes tienen la hipótesis de que no hay naturaleza humana en el sentido de las disposiciones innatas. Sólo el medio social configura las personas. Y claro es que el mundo exterior configura al hombre en gran medida, y en la configurabilidad del hombre radica nuestra esperanza, pero también se ha comprobado la existencia de disposiciones innatas. Y tomándolas en cuenta se evitará la sociedad, llegado el caso, el trabajo de hacer muchos experimentos.

Muchos marxistas atribuyen la escasa responsabilidad del individuo respecto de la colectividad al egoísmo, que se formó en la familia. Por esta razón dirigieron sus primeros ataques contra el individualismo y contra la familia, que consideraban el asilo del individualismo. Se opinaba que el hombre quedaría libre de vincularse a la colectividad si se desprendiera de los lazos familiares.

Después de la revolución rusa y la china, los ataques de los revolucionarios fueron dirigidos contra la estructura familiar. Pero no se creó el hombre con fuertes tendencias colectivas, porque la inclinación natural del hombre a formar vinculaciones individualizadas se oponía al intento. En los países socialistas pronto se advirtió el hecho, y en la misma China se considera la familia el núcleo de la sociedad. Pero la sociedad requiere que la lealtad al Estado sea más fuerte que la lealtad a la familia. El 1o. de junio de 1951 se presentaron el Día del Niño niños modelo que debían demostrar ese nuevo punto de vista. Entre otros había un mocito de 12 años que había denunciado a su padre por contrarrevolucionario y había pedido lo condenaran a muerte (Hsi-en Chen [89]). Mas en la valoración de esos casos no debe olvidarse que precisamente China está muy centrada en la familia y que el sentimiento de responsabilidad social respecto de quien no es miembro de la familia o la tribu estaba escasamente desarrollado.

En el vínculo de amistad personal se ha visto también a veces

una actitud individualista opuesta a la sociedad. En determinadas organizaciones políticas se esfuerzan por consiguiente en destruir en su germen las vinculaciones amistosas nacientes, por ejemplo mediante acusaciones ritualizadas por parte del amigo. Y las personas deben ligarse a la colectividad únicamente por la identificación con el símbolo.

Actualmente se prueban entre nosotros nuevos modelos de armonización en comunas. Debe renunciarse a toda represión que provoque agresión, a toda imposición autoritaria, a toda traba sexual y por lo tanto a la fijación personal en la pareja. Este movimiento se dirige sobre todo contra la familia, célula germinal del capitalismo y de toda represión, como dicen. En la vida en común deben los miembros adultos de la comuna adquirir una conciencia colectiva mediante el consumo en común y una caja común. Se come en el mismo platón, para que el plato personal pierda su función de propiedad, y se acaba con el monopolio del matrimonio sobre la sexualidad... "Así tiene la mujer también la posibilidad de cumplir funciones colectivas y por ende (factor de capital importancia para la misma mujer) de alcanzar un grado superior de emancipación, una total liberación de aquella imperiosa prescripción de la Biblia, de que el hombre debía ser el señor de la mujer, el propietario al pie de la letra..."[6] La libre sexualidad no debe entrañar solamente la libre frecuentación de un compañero, sino también el abandono del pudor. Se deben reconocer públicamente, y no sólo en palabras, "la pulsión sexual y su práctica".

Las experiencias actuales demuestran que todos esos esfuerzos tropiezan en definitiva con las estructuras comportamentales "burguesas". "Las tensiones sexuales ensombrecen la vida de la comuna de una forma intolerable, que hace imposible el trabajo político efectivo. La supresión de la relación por parejas, calificada de represiva, resultó ilusoria, y la situación sexual que se había imaginado flexible en cuanto al cambio de pareja fracasó por las estructuras comportamentales burguesas, que se manifestaron en luchas por la posición y el poder, rivalidades y celos dentro de la comuna" (M. Braun).

Así, por ejemplo, Liz Söllner, de 20 años, secretaria, que vivía en una conocida comuna anarquista de Munich denominada *Frente Sur*, opina que por el momento no es posible renunciar totalmente

[6] M. Braun, *Eine Kommunarde schreibt uns*, en *Süddeutsche Zeitung*, núm. 196, 16 de agosto de 1969, suplemento. Véase además F. Schrader-Klebert, *Die kulturelle Revolution der Frau*, libro 17 del curso (1969), 1-46, y P. Brügge, *Mit sexuellen Normen hart geschlagen*, en *Der Spiegel*, 23 (51), 1969.

a las relaciones actuales por parejas, que la mujer no debe tener por única función la de objeto coital, y que debe haber también una relación ideal entre los miembros de la pareja" (Braun, véase *supra*).

Si las personas en cuestión hubiesen tenido cierto trato con la etnología, hubiesen podido predecir perfectamente el resultado del experimento, porque la unión maridable no es de ningún modo exclusiva de las sociedades burguesas. No hay ningún pueblo primitivo que no conozca el maridaje.

Parece buen ideal educativo que el niño no se dirija de preferencia a los padres propiamente dichos, sino que esté vinculado a varias personas parentales. Así desaparecerá el papel de la familia como asilo de la autoridad. Los miembros de la comuna evitan educar mediante la privación o la manifestación de amor... porque opinan que así el hombre resultaría demasiado fácilmente manejable. Nada de alabanzas ni de regaños, y nada de relación con bienes materiales tampoco (cambiar al niño los juguetes y los vestidos). Ningún premio por los logros realizados, porque en el afán de lograr algo distinguido se ve una fuente de frustración y, por lo tanto, de agresión. No se tolera que alguien se mantenga al margen; si un niño lo intenta, se le hace volver a la sociedad y si se considera necesario es sometido a un análisis, porque ciertamente hay algo en él que no funciona debidamente. No se reconoce que en la primera infancia los niños gustan de aislarse y que todas las personas tienen necesidad de reposo.[7] Se quiere que las personas sean alegres, sin agresiones y colectivamente vinculadas y se cree poder lograrlo reduciendo lo más posible las relaciones personales o la vinculación con los objetos, así como mediante una educación en extremo tolerante.

Lo que se olvida es el hecho de que con esa artificial oposición a la formación de fuertes vinculaciones personales se crean vivencias carenciales, verdaderas frustraciones. Y no precisamente porque la educación nos programara erróneamente sino porque ya venimos al mundo programados así. Las investigaciones en lactantes y niños pequeños arriba mencionadas (p. 197) demostraron claramente que el niño busca una relación de apego a determinada persona. Si se le quita la posibilidad de conseguirlo, padece, y la consecuencia pueden ser graves trastornos en el desarrollo ulterior de la personalidad.[8]

[7] No se tolera el retraimiento, y los extremistas de la comuna hasta quitan la puerta del baño o retrete, para que no haya ninguna "privacía".

[8] Hasta ahora no se ha intentado en las comunas el experimento de confiar el cuido de los lactantes indistintamente a un grupo de personas. Todos los niños han crecido bajo cuidados paternales, y en las comunas

Esas personas no se vincularán ya jamás fuertemente a nadie, y se volverán retraídas, que era precisamente lo que se quería evitar. Ya hemos señalado las preprogramaciones al servicio de la relación conyugal, así como el hecho de que no hay cultura donde no exista un maridaje duradero. La vinculación a los objetos se halla asimismo en todas las culturas, y en el niño pequeño se manifiesta muy temprano. La educación "burguesa" no consiste en enseñar la propiedad al niño sino en enseñarle temprano a compartirla. Pero si por principio se le niega al niño el derecho a la propiedad, se le crean frustraciones. Además, ese amor por las cosas es el fundamento de la cultura material. No hay cultura cuyos representantes no tengan algo propio, que cuidan y adornan. La propiedad es un aliciente para hacer cosas bien hechas y por ende para la evolución cultural. La sociedad que renuncie a ella se priva de un acicate muy importante. Mala es la posesión cuando da poder para explotar a los demás.

En muchos puntos, la educación de la comuna es extremadamente tolerante. Con eso se cree fomentar la actitud de crítica de las autoridades. Pero yo creo que tal actitud solamente se forma al hallarse cierta resistencia. Para lograrla se necesita la polémica, el diálogo. Una educación demasiado tolerante en la primera infancia produciría también por lo demás frustraciones, ya que el niño trata de orientarse en el mundo. Algunas directivas culturales le dan seguridad. Pregunta y pide para saber hasta dónde llegan los límites de lo posible, y éstos no deben ser demasiado reducidos, pero tampoco demasiado vastos. Esto ya lo había advertido Rousseau (1712-1778):

¿El medio más seguro de
hacer desdichado a un niño?
Acostumbrarle a obtener
cuanto pida. Porque nunca
dejará de pedir. Más o menos
pronto se verán obligados a negarle algo,
y esta insólita negativa
será para él un tormento
mayor que la privación
del objeto codiciado.

Toda educación extremosa es en el fondo intolerante y por lo tanto represiva. Si en las comunas se aplica consecuentemente la

también los cuidan los padres, de modo que siempre tienen personas con quienes relacionarse de preferencia.

receta educativa preconizada, es probable que se logre una desindividualización y por ella, precisamente lo que se quería evitar, o sea la formación de personas fácilmente manipulables, que no tendrán interés en hacer grandes cosas y que vegetarán colectivamente.

La familia procura al hombre amor y seguridad, de donde nace la confianza original en nuestros semejantes. Esa confianza es condición indispensable del libre desenvolvimiento del individuo. Ciertamente, la educación familiar puede producir deformaciones autoritarias, pero tal no es necesariamente el resultado de toda educación familiar. Solamente en la familia se despiertan las predisposiciones sociales positivas del hombre, y con ella la facultad de la responsabilidad social y de la identificación. El que no ha tenido ningún vínculo familiar, tampoco podrá tener después ningún amor a la sociedad. Pero el que aprendió a amar a sus padres y sus hermanos, puede también amar posteriormente a la colectividad. Sólo él es capaz de ver hermanos en sus semejantes. La sociedad humana se basa en el amor y la confianza, y ambos se desarrollan en la familia.

12

PERSPECTIVAS

Nos planteábamos al principio la cuestión de si los hombres somos suficientemente aptos para los requisitos de nuestra actual vida en sociedad y si el precepto de amar al prójimo no es demasiado para nuestras capacidades innatas. Es decir, si podemos esperar la supervivencia, en forma digna, del hombre en la sociedad de masas.

A veces se afirma que no estamos acomodados a tal sociedad multitudinaria. Pero ningún organismo está acomodado a nada en sentido finalista. La adaptación es consecuencia de condiciones selectivas especiales. En las Kerguelen, los insectos sin alas resultan adaptados.

Las mutantes, que aparecen en otras partes del mundo pero normalmente caen víctima de la selección, en esta isla tormentosa llevan la ventaja. Las cosas se complican además con el hecho de que un carácter puede ser ventajoso para sus portadores en un círculo funcional y desventajoso en otro. Para los peces que se orientan con los ojos es una ventaja el poder reconocer rápidamente algunas características llamativas de sus rivales o su compañera desde grandes distancias. Pero una señal llamativa también la ve el enemigo devorador. En tales casos, las presiones selectivas contrapuestas suelen hallar un *modus vivendi* (p. 109).

Si se calcula el logro de una especie por el número de sus descendientes viables, la nuestra está sin duda adaptada a la vida en sociedad multitudinaria. Pero la adaptación no es completa, ni mucho menos. No pocas de nuestras tendencias individualistas son considerablemente frustradas, y las agresiones, más abundantes, de este tipo de sociedad agudizan el conflicto intragrupal, ya que para nosotros, en principio, los extraños representan menos que los pertenecientes al grupo. Este hecho ha provocado la aparición de muchos inventores de modelos de armonización. Los que se autorizan con un conocimiento salvador que hasta justifica la violencia son peligrosos, porque agudizan el conflicto intragrupal. Así como la medicina se desarrolló venturosamente a partir del momento en que se hizo ciencia experimental, así solamente se podrá hallar un modo para el tratamiento de las crisis sociales mediante el conocimiento científico del comportamiento humano.

"Una sociedad está enferma cuando sus instituciones y su sistema (o sea su estructura) son de tal índole que no permiten la utilización de los medios materiales e intelectuales disponibles para el desarrollo óptimo de la existencia humana (humanidad)", ha dicho Marcuse [130], p. 11.

Según esta definición, actualmente no hay sociedad sana; si acaso, más o menos enferma. El temor y la desconfianza dominaban antes solamente las relaciones con los miembros de sociedades extrañas. Con la formación de las sociedades anónimas empezamos también a desconfiar de nuestro prójimo, el que está junto a nosotros. El temor hace más enconada la lucha por conquistar posiciones de fuerza y excluye los miramientos. Es casi moda ver quién madruga a quién. Por eso, la primera impresión es que no nos hemos puesto a la altura de lo que requiere la sociedad multitudinaria. Con toda seguridad nos hallamos en una crisis de la sociedad, pero somos seres racionales y podemos dirigir su evolución ulterior. El atento estudio del caso y la aplicación de las inclinaciones innatas pueden hacer el pronóstico favorable. Nuestra investigación biológica del comportamiento humano, para empezar, nos ha mostrado que el instinto de agresión innato en nosotros tiene sus contrarios naturales, y con ayuda de éstos estamos en condiciones de vincularnos con nuestros semejantes y de no romper el vínculo. Ciertamente, hay en nosotros un fuerte impulso innato que nos hace sociables. Todos los mecanismos de vinculación al grupo son filogenéticamente muy antiguos, y es bastante probable que se desarrollaran mano a mano con los cuidados a la progenie. Con este "invento", las aves y los mamíferos adquirieron, cada quien por su parte, la facultad de apoyarse mutuamente y de formar unidades altruistas en las que la lucha por la existencia pierde validez en comparación con la de los participantes.

De este modo, en la evolución de los organismos superiores, la ayuda mutua fue conquistando un papel cada vez más importante. De las unidades familiares nacieron las familias grandes, de parentela, después el tropel y por fin las formaciones cerradas y anónimas de los mamíferos y los humanos. Los cohesivos eran en el fondo siempre los mismos, y por su origen procedentes del repertorio de las pautas comportamentales que vinculan a madre y niño. La relación madre-hijo del filogenéticamente, y es en el desarrollo del individuo, el punto de cristalización de toda vida social. En muchos mamíferos superiores se halla ya individualizada, precisamente para prevenir el peligro de un cambio de hijos, que por toda una serie de razones (p. 195), haría insegura la crianza. Aquí radica nuestra visible tendencia a establecer lazos personales, tendencia que es innata en

nosotros. Por la relación personal entre madre e hijo nace en nosotros la confianza primordial, en la cual se funda posteriormente nuestra actitud social básica y con ella, en general, la facultad de comprometerse socialmente. Por estas razones son muy graves los intentos de oponerse al desarrollo de tales vínculos familiares. Ciertamente, la confianza en los desconocidos debe corroborarse, y eso es lo que sucede en la familia. Es el único modo que tenemos de adquirir aquella responsabilidad social que es condición indispensable de la convivencia pacífica y seguramente también de la continuación de nuestra existencia como especie.

Dijo una vez Ruth Benedict [13] que la teoría del medio ambiente, de la relatividad social era "una doctrina de esperanza, no de desesperación", porque del reconocimiento de la relatividad cultural se desprende un principio de lo social más cercano a la realidad, y por cierto basado en la toleranci.a Pero esto presupone que la tolerancia y el amor al prójimo sean valores vinculatorios. Y ¿cómo lo son exactamente?

Creo que hay razones para ser optimista sencillamente porque por naturaleza somos seres sociables y porque en nuestras adaptaciones filogenéticas podemos orientarnos también por la búsqueda y la corrección de normas. No debemos considerar de origen cultural todas las normas éticas, ya que muchas de ellas forman parte de nuestra constitución, y esto nos da cierta seguridad.

¿El bien o el mal? La tendencia a la intolerancia y la agresividad son ciertamente innatas en nosotros, pero no llevamos en la frente la marca de Caín. La tesis de que el hombre es un ente asesino no se puede tomar en serio. Más bien se desprendería de las investigaciones ya realizadas que somos por naturaleza seres muy amistosos.

Con esta exposición fundamentalmente optimista no quisiera de ningún modo quitar importancia a nuestras agresiones. Hablo de potencias buenas, y éstas no siempre están despiertas. Nada de eso. Hace poco nos fueron dadas a conocer las espantosas imágenes de la erradicación de los indios en el Brasil.[1] La educación sin amor y la hostigación hacen hombres duros y sepultan su tendencia innata a amar al prójimo. Cuando cesemos de levantar barreras a la comunicación y de representarnos a nuestros semejantes como seres odiosos —aunque tengan otros sistemas de valores— y en cambio pongamos de relieve lo vinculatorio, habremos preparado un porvenir feliz para nuestros descendientes. Las potencias del bien son tan biológicamente nuestras como las del autoaniquilamiento. Este pétreo

[1] *Brasilien, Indianer-Mord. Einige Tonnen Schande*, en *Der Spiegel*, 27 de octubre de 1969, pp. 173-86.





Imágenes reproducidas en las películas de 16 mm que sirvieron de modelo para las ilustraciones del texto. 1-4 para la fig. 1; 5-12 para las figs. 2 y 3; 13-15 para la fig. 17; 16-18 para la fig. 18; 19-21 para la fig. 19; 22-25 para la fig. 20; 26 y 27 para la fig. 21; 28 y 29 para la fig. 36; 30-32 para la fig. 35; 33 y 34 para la fig. 42; 35 para la fig. 45; y 37 para la fig. 44; y 38 y 39 para la fig. 50.

planeta fue ascendiendo, con formas siempre nuevas, desde las algas más sencillas hasta el hombre, que medita esa creación, trata de darle forma a su vez y quizá al hacerlo acabe con ella. Sería ciertamente un modo muy grotesco de resolver la interrogante relativa al sentido de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

1. Aberle, D. *et al.* [1963], *The incest tabu and the mating patterns of animals,* en *Am. Anthropol.,* 65, 253-265.
2. Adler, A. [1908], *Der Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose,* en *Fortschr. Med.,* 26, 577-584.
3. Andersson, Ch.J. [1857], *Reisen in Südwestafrika,* Leipzig.
4. Andree, R. [1889], *Ethnographische Parallelen und Vergleiche,* N.F., Leipzig.
5. Andrew, R.J. [1963], *Evolution of facial expression,* en *Science,* 142, 1034-1041.
6. Anthoney, T.R. [1968], *The ontogeny of greeting, grooming, and sexual motor patterns in captive Baboons* (*superspecies* Papio cynocephalus), en *Behaviour,* 31, 358-372.
7. Antonius, O. [1947], *Beobachtungen an einem Onagerhengst,* en *Umwelt,* 1, 299-300.
8. Ardrey, R. [1962], *African genesis,* Londres, Collins.
9. Azrin, N.H., R.R. Hutchinson y D.F. Hakel [1966], *Extinction induces aggression,* en *J. Exp. Analysis of Behavior,* 9, 191-204.
10. Baker, S.W. [1867], *Der Albert Nyanza,* Jena.
11. Baksay, A. [1891], *Ungarische Volksbräuche. Die österreichisch-ungarische Monarchie in Wort und Bild,* en *Ungarn,* II, Viena, 69-148.
12. Basedow, H. [1906], *Anthropological notes on the western coastal tribes of the northern territory of South Australia,* en *Trans. Roy. Soc. South Australia,* 31, 1-62.
13. Benedict, R. [1934], *Patterns of culture,* Boston-Nueva York, Houghton and Mifflin Co.
14. Berkowitz, L. [1962], *Aggression: a social psychological analysis,* Nueva York-Londres, McGraw-Hill.
15. —[1968], *Seeing a gun can trigger aggression,* en *Science Journal,* abril, 9.
16. —[1969], *Roots of aggression,* Nueva York, Atherton Press.
17. Bernatzik, H. [1941], *Die Geister der gelben Blätter,* Leipzig, Koehler und Voigtländer.
18. —[1947], *Akha und Meau,* I y II, Innsbruck.
19. Berndt, R. y C.H. Berndt [1964], *The world of the first Australians,* Londres-Sydney, Angers and Robertson.
20. Bilz, R. [1943], *Lebensgesetze der Liebe,* Leipzig.
21. —[1948], *Schrittmacherphänomene,* en *Psyche,* 2, 229-250.
22. Birket-Smith, K. [1956], *Geschichte der Kultur,* Zurich, Orell Füsli.
23. Bohannan, P. [1966], *Drumming the scandal among the Tiv,* en P. Bohannan, *Law and warfare,* Nueva York.
24. Bowlby, J. [1969], *Attachment and loss. I. Attachment,* en *The Int. Psychoanal. Library,* 79, Londres, Hogarth Press.
25. Brehm, A. E. [1862], *Reiseskizzen aus Nordafrika,* Jena.
26. Buechner, H. K. y R. Schloeth [1965], *Ceremonial mating behavior in the Uganda Kob* (Adenota kob), en *Z. Tierpsychol.,* 22, 209-225.

27. Casal, U.A. [1963], *Der Phalluskult im alten Japan,* en *Mitt. Deutschen Ges. f. Natur u. Völkerkde Ostasiens,* 44 (1), 72-94.
28. Chagnon, N.A. [1968], *Yanomamö the fierce people,* Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
29. Cook, J. [1784], *A voyage to the Pacific Ocean (1776-1780)* (C.J. King, comp.) Londres.
30. Coss, R.G. [1968], *The ethological command in art. Leonardo I,* Pergamon Press, 273-287.
31. Cullen, E. [1960], *Experiments on the eff cts of social isolation on reproductive behaviour in the three-spined stickleback,* en *Anim. Beh.,* 8, 235.
32. Dart, R.A. [1959], *Adventures with the Missing Link,* Nueva York, Harper.
33. Darwin, Ch. [1872], *La expresión de las emociones en el hombre y los animales,* Barcelona.
34. —[1876], *Die Entstehung der Arten,* en *Ges. Werke,* t. II (trad. de J. v. Carus), Stuttgart.
35. Dennis, W. [1941], *Infant development under conditions of restricted practice and of minimal social stimulation,* en *Genet. Psychol. Monogr.,* 23, 143.
36. Dollard, J., L. Doob, N. Miller, O. Mowrer y R. Sears [1939], *Frustration and aggression,* Yale-New Haven.
37. De Vore, I. [1965], *Primate behavior, field studies of monkeys and apes,* Nueva York-Londres, Holt, Rinehart & Winston.
38. Eggan, D. [1943], *The general problem of Hopi adjustment,* en *Am. Anthropol.,* 45, 372-373.
39. Eibl-Eibesfeldt, I. [1951], *Zur Fortpflanzungsbiologie und Jugendentwicklung des Eichhörnchens,* en *Z. Tierpsychol.,* 8, 370-400.
40. —[1953], *Zur Ethologie des Hamsters* (Cricetus cricetus *L.*), en *Z. Tierpsychol.,* 10, 204-254.
41. —[1955], *Ethologische Studien am Galapagos-Seelöwen* (Zalophus wollebaeki *Sivertsen*), en *Z. Tierpsychol.,* 12, 286-303.
42. —[1962], *Freiwasserbeobachtungen zur Deutung des Schwarmverhaltens verschiedener Fische,* en *Z. Tierpsychol.,* 19, 165-182.
43. —[1963], *Angeborenes und Erworbenes im Verhalten einiger Säuger,* en *Z. Tierpsychol.,* 20, 705-754.
44. —[1964], *Im Reich der tausend Atolle,* Munich, Piper.
45. —[1964], *Galapagos, die Arche Noah im Pazifik,* Munich, Piper.
46. —[1968], *Über Desmond Morris' "Der nackte Affe",* en *Der Spiegel,* 4 de marzo de 1968.
47. —[1968], *Zur Ethologie des menschlichen Grussverhaltens. I. Beobachtungen an Balinesen, Papuas und Smoanern nebst vergleichenden Bemerkungen,* en *Z. Tierpsychol.,* 25, 727-744.
48. —[1969], *Grundriss der vergleichenden Verhaltensforschung,* Munich, Piper.
49. Eibl-Eibesfeldt, I. y E. [1967], *Die Parasitenabwehr der Minima-Arbeiterinnen der Blattschneiderameise* (Atta cephalotes) en *Z. Tierpsychol.,* 24, 278-281.
50. Eibl-Eibesfeldt, I. y H. Hass [1967], *Neue Wege der Humanethologie,* en *Homo,* 18, 13-23.
51. Eibl-Eibesfeldt, I. y H. Sielmann [1965], Cactospiza pallida (*Fringil-*

lidae): Werkzeuggebrauch beim Nahrungserwerb, en *Encycl. cinem.,* E 597, Inst. wiss. Film, Gotinga.

52. Eibl-Eibesfeldt, I. y W. Wickler [1968], *Die ethologische Deutung einiger Wächterfiguren auf Bali,* en *Z. Tierpsychol.,* 25, 719-726.
53. Erikson, E. H. [1953], *Wachstum und Krisen der gesunden Persönlichkeit,* Stuttgart, Klett.
54. —[1966], *Ontogeny of ritualisation in man,* en *Philos. Trans. Roy. Soc. London,* B, 251, 337-349.
55. Ewer, R.F. [1968], *Ethology of Mammals,* Londres, Logos Press.
56. Fantz, R. L. [1967], *Visual perception and experience in infancy,* en H.W. Stevenson, E.H. Hess y H.L. Rheingold (comps.), *Early behavior,* Nueva York, John Wiley, 181-224.
57. Feshbach, S. [1961], *The stimulating versus cathartic effects of a vicarious aggressive activity,* en *J. Abnorm. Soc. Psychol.,* 63, 381-385.
58. Frank, F. [1969], *Apo und Establishment aus biologischer Sicht,* Oldenburg, Stalling.
59. Frank, J.D. [1967], *Muss Krieg sein? Psychologische Aspekte von Krieg und Frieden,* Verlag Darmstädter Blätter.
60. Freedman, D.G. [1964], *Smiling in blind infants and the issue of innate vs. acquired,* en *J. Child Psychol. Psychiatr.,* 5, 171-184.
61. —[1965], *Hereditary control of early social behavior,* en B.M. Foss (comp.), *Determinants of infant behavior II,* Londres, Methuen.
62. Fremont-Smith, F. [1962], *Saving the children can save us,* en *Saturday Rev.,* 11 de agosto.
63. Freud, S. [1968], *Obras completas,* Madrid, Biblioteca Nueva, 3 t.
64. García, J., B.K. McGowan, F.R. Ervin y R.A. Koelling [1968], *Cues: their relative effectiveness as a function for the reinforcer,* en *Science,* 160, 794-795.
65. Gehlen, A. [1969], *Moral und Hypermoral, eine pluralistische Ethik,* Frankfurt, Athenäum Verlag.
66. Goffman, E. [1963], *Behavior in public places,* Londres, Collier-Macmillan.
67. Grzimek, B. [1949], *Die "Radfahrer-Reaktion",* en *Z. Tierpsychol.,* 6, 41-44.
68. Guppenberger, L. [1889], *Volkscharakter, Trachten, Sitten und Bräuche. Die österreichisch-ungarische Monarchie in Wort und Bild,* Viena, 119-175.
69. Güttinger, H.R., *Zur Evolution von Verhaltensweisen und Lautäusserungen bei Prachtfinken* (Estrildidae), en *Z. Tierpsychol.*
70. Harlow, H.F. y M.K. Harlow [1962], *Social deprivation in monkeys,* en *Sci. Americ.,* 207, 137-146.
71. —[1967], *Reifungsfaktoren im sozialen Verhalten,* en *Psyche,* 21, 193-210.
72. Hass, H. [1968], *Wir Menschen,* Viena, Molden.
73. Heinzelmann, F. [1852], *Reise in Afrika,* Leipzig, 228.
74. Helmuth, H. [1967], *Zum Verhalten des Menschen: die Aggression,* en *Z. Ethnol.,* 92, 2, 265-273.
75. Hess, E. H. [1959], *Imprinting, an effect of early experience,* en *Science,* 130, 133-141.
76. —[1965], *Attitude and pupil size, en Sci. Americ.,* 212, 46-54.
77. Hess, E.H., A.L. Seltzer y J.M. Shlien [1965], *Pupil response of*

hetero- and homosexual males to pictures of men and women: a pilot study, en *J. Abnorm. Psychol.*, 70, 165-168.
78. Hoebel, E.A. [1966], *Song duels among the Eskimo*, en P. Bohannan (comp.), *Law and warfare*, Nueva York, 256-262.
79. Höhnel, L. v. [1891], *Zum Rudolph See und Stephanie See*, Viena.
80. Hokanson, J.E. y M. Burgess [1962], *The effects of three types of aggression on vascular processes*, en *J. Abnorm. Soc. Psychol.*, 46, 446-449.
81. Hokanson, J.E. y S. Shetler [1961], *The effect of overt aggression on vascular processes*, en *J. Abnorm. Soc. Psychol.*, 63, 446-448.
82. Holm, G. [1914], *Ethnological sketch of the Angmagssalik Eskimo Medelelser on Groenland*, vol. 39.
83. Holst, D. v. [1969], *Sozialer Stress bei Tupajas* (Tupaia belangeri), en *Z. vgl. Physiol.*, 63, 1-58.
84. Holst, E. v. [1961], *Probleme der modernen Instinktforschung*, reeditado en *Zur Verhaltenspsychologie bei Tieren und Menschen*, Munich, Piper, t. I, 277-289.
85. Holst, E. v. y U. v. Saint-Paul [1960], *Vom Wirkungsgefüge der Triebe*, en *Die Naturwiss.*, 18, 409-422.
86. Hörman, L. v. [1912], *Genuss- und Reizmittel in den Ostalpen; eine volkskundliche Skizze*, en *Z. Dtsch. Österr. Alpenver.*, 35, 78-100.
87. Howard, H.E. [1920], *Territory in bird life*, Nueva York, E.P. Dutton & Co.
88. Howitt, A.W. [1904], *The native tribes of Southeast Australia*, Londres-Nueva York.
89. Hsi-en Chen, T. [1953], *The marxist remolding of chinese society*, en *Am. J. Sociol.*, 58, 340-346.
90. Huxley, T. [1888], *Struggle for existence and its bearing upon man.*
91. Immelmann, K. [1966], *Zur Irreversibilität der Prägung*, en *Die Naturwiss.*, 53, 209.
92. Itani, J. [1958], *Sobre la adquisición y propagación de un nuevo hábito alimenticio en una manada de monos japoneses en Takasakiyana*, en *Primates*, 1, 84-98 (en japonés).
93. —[1963], *Paternal care in the wild japanese monkey* (Macaca fuscata), en Ch. Southwick (comp.), *Primate social behavior*, Nueva York, van Nostrand, 91-97.
94. Jerusalem, W. [1890], *Laura Brigsman: Erziehung einer Taubstumm-Blinden*, Viena.
95. Jolly, A. [1966], *Lemur social behavior and primate intelligence*, en *Science*, 153, 501-506.
96. Kawai, M. [1965], *Newly acquired pre-cultural behavior of the natural troop of Japanese monkeys on Koshima Island*, en *Primates*, 6, 1-30.
97. Kawamura, S. [1963], *The process of sub-culture propagation among Japanese macaques*, en Ch. Southwick (comp.), *Primate social behavior*, Nueva York, van Nostrand, 82-90.
98. Kinsey, A. C. [1966], *Das sexuelle Verhalten des Mannes*, Frankfurt.
99. König, H. [1927], *Das Recht der Polarvölker*, en *Anthropos*, 22, 689-746.
100. Kolbe, P. [1719], *Gegenwärtiger Zustand des Vorgebirges der Guten Hoffnung*, Nuremberg.
101. Kortlandt, A. [1967], *Handgebrauch bei freilebenden Schimpansen*, en B. Rensch, *Handgebrauch und Verständigung bei Affen und Frühmenschen*, Berna, Huber, 59-102.

102. Kortmulder, K. [1968], *An ethological theory of the incest taboo and exogamy*, en *Current Anthropol.*, 9, 437-449.
103. Kosinski, J. [1966], *The painted bird*, Nueva York.
104. Kotz, E. [1922], *Im Banne der Furcht. Sitten und Gebräuche der Wapare in Ostafrika*, Hamburgo.
105. Kotzebue, O. v. [1825], *Entdeckungsreise in die Südsee und nach der Beringstrasse zur Erforschung einer nordöstlichen Durchfahrt*, Viena, Kaulfuss u. Kramer, 2 t.
106. Kramer, G. [1949], *Macht die Natur Konstruktionsfehler?*, *Wilhelmshavener Vorträge*, Schriftenreihe d. Nordwestdeutschen Univ. Ges., 1, 1-19.
107. Krämer, A. [1968], *Soziale Organisation und Sozialverhalten einer Gemspopulation der Alpen*, Diss. Univ., Zurich.
108. Krauss, F. [1965], *Das Geschlechtsleben des japanischen Volkes*, Hanau, Schustek.
109. Kropotkin, P. [1904], *Gegenseitige Hilfe in der Entwicklung*, Leipzig.
110. Kruijt, J. [1964], *Ontogeny of social behaviour in Burmese red jungle fowl* (Gallus gallus spadiceus), en *Behaviour*, supl. 12.
111. Kühme, W. D. [1965], *Freilandstudien zur Soziologie des Hyänenhundes*, en *Z. Tierpsychol.*, 22, 495-541.
112. Kummer, H. [1968], *Social organization in Hamadryas baboons — a field study*, en *Bibl. Primat.*, Basilea, Karger.
113. Kummer, H. y F. Kurt [1965], *A comparison of social behavior in captive and wild Hamadryas baboons*, en H. Vogtberg (comp.), *The baboon in medical research*, Univ. Texas Press, 1-16.
114. Kuo, Z. Y. [1960/61], *Studies on the basic factors in animal fighting*, en *J. Gen. Psychol.*, 96, 101-239, y 97, 181-295.
115. Lack, D. [1943], *The life of the robin*, Cambridge Univ. Press.
116. —[1947], *Darwins finches*, Cambridge Univ. Press.
117. Lang, K. [1928/29], *Die Grusssitten*, en *Völkerkde*, Viena, 4, 43-45, 108-110, 190-192, 252-259; 5, 27-32, 103-106, 169-175, 230-233; 6, 23-27, 106-110, 178-180, 243-247.
118. Lawick-Goodall, J. van [1967], *My friends the wild chimpanzees*, en *Nat. Geogr. Soc.*, Washington.
119. —[1968], *The behavior of freeliving chimpanzees in the Gombe Stream Reserve*, en *Anim. Beh. Monogr.*, 1 (3), 161-311.
120. LeMagnen, J. [1852], *Les phénomènes olfacto-sexuels chez l'homme*, en *Arch. Sci. Physiol.*, 6, 125-160.
121. Leyhausen, P. [1969], *Experimentelle Untersuchung eines angeborenen Auslösemechanismus*, 11th Ethological Conf., Rennes, 2-10 de septiembre de 1969.
122. Lorenz, K. [1937], *Über die Bildung des Instinktbegriffes*, en *Die Naturwiss.*, 25, 289-300, 307-318, 325-331.
123. —[1943], *Die angeborenen Formen möglicher Erfahrung*, en *Z. Tierpsychol.*, 5, 235-409.
124. —[1950], *So kam der Mensch auf den Hund*, Viena, Borotha-Schoeler.
125. —[1952], *Die Entwicklung der vergleichenden Verhaltensforschung in den letzten 12 Jahren*, en *Verh. Dt. Zool. Ges.*, 36-58.
126. —[1961], *Phylogenetische Anpassung und adaptive Modifikation des Verhaltens*, en *Tierpsychol.*, 18, 139-187.
127. —[1971], *Sobre la agresión: el pretendido mal*, México, Siglo XXI.
128. —[1965]: *Darwin hat doch recht gesehen*, Pfullingen, Neske.

129. Marcuse, H. [1971], *El fin de la utopía*, México, Siglo XXI.
130. Marcuse, H. *et al.* [1968], *Aggression und Anpassung in der Industriegesellschaft*, Frankfurt, Bibliothek Suhrkamp.
131. Mead, M. [1965], *Leben in der Südsee*, Munich, Szczesny.
132. —[1968], *Die persönlichkeitsbildung bei den Arapesh*, en G. Bittner y E. Schmid-Cords (comps.), *Erziehung in Früher Kindheit. Erziehung in Wiss. u. Praxis*, Munich, Piper.
133. Megitt, M. J. [1962], *Desert People*, Londres-Sydney, Angus & Robertson.
134. Milgram, S. [1963], *Behavioral Study of Obedience*, en *J. Abnorm. Soc. Psychol.*, 67, 372-378.
135. —[1965], *Liberating effects of group pressure*, en *J. Personality and Social Psychol.*, 1, 127-134.
136. —[1966], *Einige Bedingungen von Autoritätsgehorsam und seiner Verweigerung*, en *Z. exp. u. angew. Psychol.*, 13, 433-463.
137. Mitscherlich, A. [1969], *Die Idee des Friedens und die menschliche Aggressivität*, Frankfurt, Bibliothek Suhrkamp.
138. Mohr, J.W., R.E. Turner y M.B. Jerry [1964], *Pedophilia and Exhibitionism*, Univ. Toronto Press.
139. Montagu, M.F.A. [1968], *Man and Aggression*, Nueva York, Oxford Univ. Press.
140. Morris, D. [1968], *Der nackte Affe*, Munich, Droemer.
141. —[1969], *Der Menschen-Zoo*, Munich, Droemer.
142. Murphy, R.F. [1957], *Intergroup hostility and social cohesion*, en *Am. Anthropol.*, 59, 1028.
143. Musil, A. [1928], *The manners and customs of the Rwala bedouins*, en *Am. Geogr. Soc., Oriental Expl. a. Studies*, 6, 455.
144. Nevermann, H. [1941], *Ein Besuch bei Steinzeitmenschen*, Kosmosbändchen, Stuttgart, Franckh.
145. Nicolai, J. [1964], *Der Brutparasitismus der Viduinae als ethologisches Problem. Prägungsphänomene als Faktoren der Rassen- und Artbildung*, en *Z. Tierpsychol.*, 21, 129-204.
146. Packard, V. [1963], *Die Pyramidenkletterer*, Dusseldorf, Econ.
147. Plack, A. [1968], *Die Gesellschaft und das Böse*, Munich, List.
148. Popitz, H. [1968], *Prozesse der Machtbildung. Recht und Staat*, Tubinga, 362-363.
149. Prévost, J. [1961], *Écologie du manchot empereur:* Aptenodytes forsteri *Gray*, en *Exped. polaires Françaises, Miss. P.-E. Victor.*, publ. núm. 222, *Actual. Scient. et Industr.*, núm. 1291, París, Hermann.
150. Prevost [1748], *Allgemeine Historie zu Wasser und Lande*, III, Leipzig, Arkstee u. Merkus.
151. Rasa, A. [inédito]. *Referat in Eibl-Eibesfeldt* (1969).
152. Rasmussen, K. [1908], *People of the Polar North*, Londres.
153. Robson, K. S. [1967], *The role of eye-to-eye contact in maternal-infant attachment*, en *J. Child Psychol. Psychiatr.*, 8, 13-25.
154. Roper, M. K. [1969], *A survey of evidence for intrahuman killing in the Pleistocene*, en *Current Anthropol.*, 10, 427-459.
155. Rosenkötter, L. [1966], *Auf Exkursion in die Menschenkunde*, en *Frankfurter Hefte*, 21 (8).
156. Rothmann, M. y E. Teuber [1915], *Einzelausgabe aus der Anthropoidenstation auf Teneriffa. I. Ziele und Aufgaben der Station, sowie*

erste Beobachtungen an den auf ihr gehaltenen Schimpansen, en *Abh. Preuss. Akad Wiss.*, Berlín, 1-20.

157. Rüppell, E. [1829], *Reisen in Nubien, Kordufan und dem peträischen Arabien*, Frankfurt.
158. Russell, C. y W.M.S. Russell [1968], *Violence, monkeys and man*, Londres, Macmillan.
159. Sackett, G.P. [1966], *Monkeys reared in isolation with pictures as visual input: evidence for an innate releasing mechanism*, en *Science*, 154, 1468-1473.
160. Sauer, F. [1954], *Die Entwicklung der Lautäusserungen von Ei ab schalldicht gehaltener Dorngrasmücken* (Sylvia c. communis), en *Z. Tierpsychol.*, 11, 1-93.
161. Schein, W.M. [1963], *On the irreversibility of imprinting*, en *Z. Tierpsychol.*, 20, 462-467.
162. Schenkel, R. [1956], *Zur Deutung der Phasianidenbalz*, en *Ornith. Beob.*, 53, 182-201.
163. —[1967], *Submission, its features and function in the wolf and dog*, en *Am. Zool.*, 7, 319-329.
164. Schleidt, W., M. Schleidt y M. Magg [1960], *Störungen der Mutter-Kind-Beziehung bei Truthühnern durch Gehörverlust*, en *Behaviour*, 16, 245-260.
165. Schultze-Westrum, T. [1968], *Ergebnisse einer zoologisch-völkerkundlichen Expedition zu den Papuas*, en *Umschau*, 68, 295-300.
166. Schuster, M. [1959], *Waika-Südamerika, Palmfruchtfest*, en *Encycl. Cinem.*, E 178, Inst. wiss. Film, Gotinga (1962).
167. Schutz, F. [1965], *Homosexualität und Prägung bie Enten*, en *Psychol. Forschung*, 28, 439-463.
168. Scott, J.P. [1960], *Aggression*, Chicago Univ. Press.
169. Selenka, E. y L. [1925], *Sonnige Welten*, Berlín, 39 y 328.
170. Shaw, Ch.E. [1948], *The male combat "dance" of some Crotalid Snakes*, en *Herpetologica*, 4, 137-145.
171. Sielmann, H. [1958], *Das Jahr mit den Spechten*, Berlín, Ullstein.
172. Simpson, C. [1963], *Plumes and arrows inside New Guinea*, Londres-Sydney, Angus & Robertson.
173. Sommer, R. [1966], *Man's proximate environment*, en *J. Social Issues*, 22, 59-70.
174. Sorenson, E.R. y D.C. Gajdusek [1966], *The study of child behavior and development in primitive cultures*, en *Pediatrics* (supl.), 37, 149-243.
175. Spamer, A. [1935], *Die deutsche Volkskunde*, Leipzig, Bibliogr. Inst., 2 t.
176. Spencer, B. y F.J. Gillen [1904], *The northern tribes of central Australia*, Londres-Nueva York.
177. Spitz, R.A. [1965], *The first year of Life*, Nueva York, Int. Univ. Press.
178. —[1968], *Die anaklitische Depression*, en G. Bittner y E. Schmid-Cords (comps.), *Erziehung in früher Kindheit*, Munich, Piper.
179. Staehelin, B. [1953], *Gesetzmässigkeiten im Gemeinschaftsleben schwer Geisteskranker*, en *Schweiz. Arch. Neurol. Psychiat.*, 72, 277-298.
180. —[1954], *Gesetzmässigkeiten im Gemeinschaftsleben Geisteskranker, verglichen mit tierpsychologischen Ergebnissen*, en *Homo*, 5, 113-116.
181. Steinvorth de Goetz, I. [1969], *Uriji jami! Life and belief of the forest Waika in the upper Orinoco*, Caracas, Asociación Cultural Humboldt.

182. Sugiyama, Y. [1965], *Behavioral Development and Sound Structure in the Two Troops of Manuman Langurs* (Presbytis entellus), en *Primates*, 6, 213-247.
183. Szondi, L. [1969], *Gestalten des Bösen*, Berna, Huber.
184. Tauern, O.D. [1918], *Patasiwa und Patalima; vom Molukkeneiland Seran und seinen Bewohnern*, Leipzig, Voigtländer.
185. Tiger, L. [1969], *Men in groups*, Nueva York, Random House.
186. Tinbergen, N. [1970], *El estudio del instinto*, México, Siglo XXI.
187. —[1963], *The herring gull's world*, Londres, Collins.
188. Ulrich, R. E. y N. H. Azrin, *Reflexive fighting in response to aversive stimulation*, en *J. Exp. Analysis of Behavior*, 5, 511-520.
189. Waelder, R. [1962], *Demoralisation and reeducation*, en *World Politics*, 14, citado en A. y M. Mitscherlich, *Die Unfähigkeit zu trauern*, Munich, Piper.
190. Wagner, H.O. [1954], *Massenansammlungen von Weberknechten*, en *Z. Tierpsychol.*, 11, 348,352.
191. Washburn, S.L. e I. de Vore [1961], *The social life of baboons*, en *Sci. Americ.*, 204, 62-71.
192. Weidkuhn, P. [1968/69], *Aggressivität und Normativität*, en *Anthropos*, 63/64.
193. Wheeler, W. M. [1928], *Social life among the insects*, Nueva York.
194. Wickler, W. [1961], *Über die Stammesgeschichte und den ökologischen Wert einiger Verhaltensweisen der Vögel*, en *Z. Tierpsychol.*, 18, 320-342.
195. —[1966], *Ursprung und biologische Deutung des Genitalpräsentierens männlicher Primaten*, en *Z. Tierpsychol.*, 23, 422-437.
196. —[1967], *Vergleichende Verhaltensforschung und Phylogenetik*, en G. Heberer, *Die Evolution der Organismen*, Stuttgart, G. Fischer, t. I, 420-508.
197. —[1967], *Vergleich des Ablaichverhaltens einiger paarbildender sowie nicht paarbildender Pomacentriden und Cichliden*, en *Z. Tierpsychol.*, 24, 457-470.
198. —[1969], *Sind wir Sünder? Naturgesetze der Ehe*, Munich, Droemer.
199. Wickler, W. y D. Uhrig [1969], *Bettelrufe, Antwortszeit und Rassenunterschiede im Begrüssungsduett des Schmuckbartvogels* Trachyphonus d'arnaudii, en *Z. Tierpsychol.*, 651-661.
200. Wied, M., príncipe de [1825], *Die Reise nach Brasilien*, t. I y II, Viena, 68.
201. Wilkes, Ch. [1849], *Narrative of the U.S. exploring expedition during the years 1838-1842*. 2 t.
202. Wilson, A.P. [1968], *Social behaviour of free-ranging rhesus-monkeys with an emphasis on aggression*, Diss. Univ. Calif. Berkeley, Dept. Anthrop.
203. Wynne-Edwards, V.C. [1962], *Animal dispersion in relation to social behaviour*, Londres, Oliver & Boyd.
204. Zerries, O. [1964], *Waika*, Munich, Klaus Renner.

ÍNDICE ANALÍTICO

INDICE DE NOMBRES

impreso en imprenta madero, s.a.
avena 102 - méxico 13, d.f.
tres mil ejemplares
15 de abril de 1972